WILLIAM

BARCLAY

Volumen 5

JUAN

I

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

–Tomo 5–

Evangelio según san Juan (I)

Editorial CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO
Volumen 5 - El Evangelio de Juan I

Traductor de la Obra completa: Alberto Araujo
© por C. William Barclay. Publicado originalmente en 1955
y actualizado en 1975 por The Saint Andrew Press,
121 George Street, Edimburgh, EH2 4YN, Escocia.
© 1995 por CLIE para la versión española.

ISBN 978-84-7645-749-8 Obra completa
ISBN 978-84-8267-721-7 Volumen 5

Clasifíquese: 0222 COMENTARIOS COMPLETOS N.T. -Juan
C.T.C. XXXXXXXX
Referencia: xxxxxxx

Índice

Portada
Portada interior
Créditos
Índice
Presentación
Introducción al Evangelio según san Juan
La Palabra (1:1-18)
La Palabra Eterna (1:1-2)
El Creador de todas las cosas (1:3)
La Vida y la Luz (1:4)
La oscurida hostil (1:5)
El Testigo de Jesucristo (1:6-8)
La Luz de todas las personas (1:9)
No Le reconocieron (1:10-11)
Hijos de Dios (1:12-13)
La Palabra Se hizo carne (1:14)
La Plenitud inagotable (1:15-17)
La revelación de Dios (1:18)
El testimonio de Juan el Bautista (1:19-28)
El Cordero de Dios (1:29-31)
La venida del Espíritu (1:32-34)
Los primeros discípulos (1:35-39)
Compartiendo la gloria (1:40-42)
La rendición de Natanael (1:43-51)
La nueva euforia (2:1-11)
La indignación de Jesús (2:12-16)
El nuevo Templo (2:17-22)
El que ve al corazón (2:23-25)
El que vino a Jesús de noche (3:1-6)
Nacer de nuevo (3:1-6) (conclusión)
La obligación de saber y el derecho de hablar (3:7-13)
El Cristo elevado (3:14-15)
El amor de Dios (3:16)
El amor y el juicio (3:17-21)
Un hombre sin envidia (3:22-30)

El que ha venido del Cielo (3:31-36)
Derribando barreras (4:1-9)
El agua viva (4:10-15)
Enfrentándose con la verdad (4:15-21)
El verdadero culto (4:22-26)
Compartiendo la maravilla (4:27-30)
El alimento más nutritivo (4:31-34)
El sembrador, la cosecha y los segadores (4:35-38)
El sembrador, la cosecha y los segadores (4:35-38)
El argumento irrefutable (4:43-45)
La fe de un diplomático (4:46-54)
La impotencia humana y el poder de Cristo (5:1-9)
La sanidad y el odio (5:10-18)
Credenciales insoslayables (5:19-29)
El Padre y el Hijo (5:19-20)
Vida, juicio y honor (5:21-23)
Aceptación quiere decir vida (5:24)
La muerte y la vida (5:25-29)
El único juicio verdadero (5:30)
Testigos de Cristo (5:31-36)
El testimonio de Dios (5:37-43)
La condenación definitiva (5:44-47)
Los panes y los peces (6:1-13)
El sentido de un milagro (6:1-13) (conclusión)
La reacción del gentío (6:14-15)
Defensa en trance agudo (6:16-21)
La búsqueda infructuosa (6:22-27)
La única obra verdadera (6:28-29)
La demanda de señal (6:30-34)
El pan de la vida (6:35-40)
El fracaso de los judíos (6:41-51)
Su cuerpo y Su sangre (6:51-59)
El Espíritu imprescindible (6:59-65)
Actitudes ante Cristo (6:66-71)
El tiempo del hombre y el de Dios (7:1-9)
Reacciones a Jesús (7:10-13)
Veredictos sobre Jesús (7:10-13) (conclusión)

La autoridad suprema (7:15-18)
Un razonamiento sabio (7:19-24)
Las credenciales de Jesús (7:14, 25:30)
Tiempo de buscar (7:31-36)
La fuente de agua viva (7:37-44)
Admiración involuntaria y tímida defensa (7:45-52)
Palabras griegas, latinas y hebreas
Nombres y temas que aparecen en el texto
Autores y libros que se recomiendan

PRESENTACIÓN

El estar dedicado este comentario al libro del Nuevo Testamento que es el gran favorito de la mayoría, nos hace más exigentes; pero William Barclay, una vez más, cumple y supera ampliamente todas nuestras expectaciones.

Con la claridad y la naturalidad a que nos tiene acostumbrados, aquí también bucea en las profundidades de los sentidos ocultos bajo la superficie, y se remonta, como sobre alas de águila, para describirnos panoramas alucinantes que no se pueden vislumbrar con la vista de la razón a secas. Nos introduce en escenas y escenarios: el pradillo herboso cerca de Betsaida Julias en el que se ha reunido una expectante, cansada y hambrienta muchedumbre; el Atrio de los Gentiles del templo de Jerusalén, con su tráfago mercantil que dificulta el recogimiento de sinceros buscadores de Dios; el Huerto de Getsemaní, a la luz de la luna llena de la Pascua, repentinamente invadido por todo un cuerpo de ejército que busca a un Carpintero; la orilla del Mar de Galilea al amanecer, en la que el Resucitado espera, con el desayuno dispuesto en el fuego, el retorno de unos pescadores agotados después de una noche de infructuoso faenar... Y nos presenta a personajes que no pueden parecernos más vivos ni más reales: Andrés, que llevaba a Jesús a todos los que podía; la marginada Samaritana, liberada para enfrentarse consigo misma y con la vida; Pedro, impetuoso y seguro de sí mismo, que sufre un fracaso y lo supera, y tantos otros que comparten con nosotros sus luchas, y su supremo descubrimiento.

Al lado de personajes notables de la historia universal o de la de la Iglesia aparecen figuras insignificantes para los historiadores, que nos transmiten ejemplos conmovedores, como el chico o el mecánico que dieron su vida en la guerra para comunicar un mensaje o restablecer una comunicación; o la niña del suburbio que se preguntaba si le molestaría a Dios que cogiera algunas de Sus margaritas; o los niños gitanos visitando reverentes una catedral inglesa; o los escolares escoceses que echaban de menos a Jesús un día de tormenta... O historias tan conmovedoras como la de la pareja enamorada de O’Henry, o la del jefe amerindio y el misionero.

Desarrolla magistralmente los grandes temas joaninos, como: La Palabra, en sus trasfondos hebreo y griego; el nuevo nacimiento; la relación entre el amor y la obediencia; la unidad de la Iglesia; la oración en el nombre de Jesús, y la persona y la obra del Espíritu Santo. Presta la debida atención a los títulos de Jesucristo tan característicos del Evangelio de Juan: El Buen Pastor; el Cordero de Dios; la Luz del mundo; el Camino, la Verdad y la Vida, etc., etc.; y a la enseñanza acerca de la deidad, preexistencia y omnisciencia de Cristo, así como de Su humanidad: Su majestad, autoridad, honestidad, simpatía, independencia, intrepidez, etc.

Nos aclara circunstancias históricas y costumbristas como la enemistad secular entre judíos y samaritanos; el sentido y el ritual de las fiestas judías; la gran hazaña de ingeniería del túnel de Siloé; la importancia de los pastores en la historia de Israel; el carácter del agua en la antigüedad; cómo se celebraban las bodas, y cómo se organizaban los duelos, etc., etc.

No faltan toques de humor, como la semblanza de «los fariseos acardenalados» de la Misná, o de «los ministros funerarios» de Spurgeon. Explica frases como «entrar y salir», «el canto del gallo», «estar en el seno de alguien»; y otras más misteriosas, como «Yo dije: ¡Sois dioses!»; y nos ilumina detalles pictóricos que se nos podrían pasar desapercibidos, como que los panecillos del chico eran de cebada; y saca deducciones que hacen comprender mejor los hechos, como la colocación de los comensales en la Última Cena.

«Detrás de este evangelio —escribe Barclay al final de la Introducción— está toda la iglesia de Éfeso, toda la comunión de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.»

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

EL EVANGELIO DE LA MIRADA DE ÁGUILA

Para muchos cristianos, *El Evangelio según san Juan* es el libro más precioso del *Nuevo Testamento.* Es el libro en el que, por

encima de todo, alimentan sus mentes, edifican sus corazones y descansan sus almas. A menudo encontramos en las vidrieras de colores y sitios así a los evangelistas representados simbólicamente con las figuras de los cuatro seres vivientes que vio el autor del *Apocalipsis* alrededor del trono de Dios *(Apocalipsis 4:7).* Los símbolos se distribuyen de diversas maneras entre los evangelistas; pero lo más corriente es asignar *el hombre* a *Marcos,* porque es el más sencillo y natural y humano de los evangelios; *el león* representa a *Mateo,* porque es el que vio a Jesús específicamente como el Mesías y el León de la tribu de Judá; *el becerro* corresponde a *Lucas,* porque es el animal del servicio y del sacrificio, y *Lucas* vio a Jesús como el gran Siervo de los hombres y el Sacrificio universal por toda la humanidad, y *el águila* representa a *Juan,* porque es el único animal que puede mirar directamente al Sol sin deslumbrarse, y *Juan* tiene la mirada más penetrante de todos los autores del *Nuevo Testamento* para escrutar las verdades y los misterios eternos y la misma naturaleza de Dios. Muchos se encuentran más cerca de Dios y de Jesucristo en *Juan* que en ningún otro libro del mundo.

EL EVANGELIO QUE ES DIFERENTE

Pero no tenemos más que leer el Cuarto Evangelio de corrido para darnos cuenta de que es distinto de los otros tres. Omite muchas cosas que los otros incluyen. Por ejemplo: no nos relata el nacimiento de Jesús, ni el bautismo, ni las tentaciones; no hace referencia a la Última Cena, ni a Getsemaní, ni a la Ascensión. No nos dice ni una palabra de la curación de personas que estuvieran poseídas por demonios o espíritus malos. Y, probablemente lo más sorprendente: no contiene ninguna de las parábolas que contó Jesús y que son una parte tan preciosa de los otros tres evangelios. En ellos Jesús usa, o bien esas historias maravillosas, o breves frases epigramáticas y gráficas que se quedan en la memoria. Pero el Cuarto Evangelio nos conserva discursos de Jesús que ocupan a veces capítulos enteros, y que son exposiciones razonadas y desarrolladas, muy diferentes de los dichos jugosos e inolvidables de los otros tres evangelios.

Todavía más sorprendente es que el relato que nos hace el Cuarto Evangelio de los hechos de la vida y el ministerio de Jesús es a menudo distinto del de los otros tres.

(i) *Juan* hace un relato distinto del *principio* del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios se deja bien claro que Jesús no surgió como predicador hasta después que metieron a Juan el Bautista en la cárcel. «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios» *(Marcos 1:14; Lucas 3:18ss; Mateo 4:12).* Pero en *Juan* hay un período considerable de tiempo durante el cual el ministerio de Jesús coincide con la actividad de Juan el Bautista *(Juan 3:22-30, 4:1-2).*

(ii) Juan presenta *un escenario* distinto del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios, el principal escenario del ministerio es Galilea, y Jesús no llega a Jerusalén hasta la última semana de Su vida. En *Juan* el principal escenario es Jerusalén y Judea, con ciertas retiradas ocasionales a Galilea *(Juan 2:1-13; 4:35—5:1; 6:1—7:14).* En *Juan,* Jesús está en Jerusalén en una Pascua, que es cuando purifica el templo según *Juan (2:13);* está en Jerusalén otra vez en una fiesta de la que no se nos da el nombre *(Juan 7:2, 10);* está allí en la Fiesta de la Dedicación, en invierno *(Juan 10:22).* Más aún, según el Cuarto Evangelio Jesús ya no se marchó de Jerusalén desde aquella fiesta; desde el capítulo 10 se queda en Jerusalén todo el tiempo, que puede querer decir meses, desde la Fiesta de la Dedicación en invierno hasta la Pascua en la primavera, cuando Le crucificaron.

En esta cuestión lo más probable es que *Juan* esté en lo cierto. Los otros evangelios nos presentan a Jesús haciendo duelo por Jerusalén cuando llega a ella la última semana: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía, ¡cuántas veces he querido reunir tus hijos como junta sus pollitos la gallina debajo de sus alas! Pero no quisiste...» *(Mateo 23:37=Lucas 13:34).* Está claro que Jesús no podría haber dicho eso si no hubiera hecho repetidas visitas a Jerusalén y le hubiera dirigido Su invitación repetidas veces. Era imposible que dijera eso en Su primera visita. En esto no cabe duda de que Juan está en lo cierto.

De hecho, fue esta diferencia de escenario lo que le sugirió a Eusebio una de las primeras explicaciones de las diferencias entre el Cuarto y los otros tres evangelios. Dijo que en su tiempo (hacia el 300 d.C.) muchos investigadores mantenían la siguiente opinión. Mateo predicó al principio al pueblo hebreo. Llegó el momento en que tuvo que marcharse para ir a otras naciones. Antes de irse escribió su relato de la vida de Jesús en hebreo, «y así compensó por la falta de su presencia a los que tuvo que dejar.» Después que Marcos y Lucas publicaron sus evangelios, Juan seguía predicando oralmente la historia de Jesús. «Por último se puso a escribir por la siguiente razón: los tres evangelios ya mencionados estaban en las manos de todos y en las suyas también, y dicen que él los aceptaba totalmente y daba testimonio de su fiabilidad; *pero faltaba en ellos el relato de lo que Jesús había hecho al principio de Su ministerio...* Así es que dicen que Juan, cuando le pidieron que lo hiciera por esta razón, puso en su evangelio el relato del período que habían omitido los evangelistas anteriores, y de los hechos del Salvador durante ese tiempo; es decir, de lo que hizo antes de que metieran en la cárcel a Juan el Bautista... Por tanto Juan refiere los hechos de Jesús de *antes de que* el Bautista fuera encarcelado; pero los otros tres evangelistas tratan de lo que sucedió *después de* ese tiempo... *El Evangelio según Juan* contiene *los primeros* hechos de Cristo, mientras que los otros hacen un relato de *la última parte* de Su vida» (Eusebio, *Historia Eclesiástica 5:24).*

Así que, según Eusebio, no hay la menor contradicción entre el Cuarto Evangelio y los otros tres; las diferencias se deben al hecho de que el Cuarto Evangelio está describiendo, por lo menos en los primeros capítulos, el ministerio en Jerusalén que precedió al ministerio de Galilea, y que tuvo lugar cuando Juan el Bautista estaba todavía en libertad. Es muy posible que esta explicación de Eusebio sea correcta, por lo menos en parte.

(iii) *Juan* da una impresión diferente de *la duración* del ministerio de Jesús. Los otros tres evangelios parece que implican que duró solamente un año. En su relato no se menciona la Pascua nada más que una vez, mientras que en *Juan* hay *tres* Pascuas: la de la purificación del templo *(Juan 2:13);* otra cerca de la multiplicación de los panes y los peces *(Juan 6:4),* y la última, cuando crucificaron a

Jesús. Según *Juan,* el ministerio de Jesús debe de haber ocupado un mínimo de dos años, y más probablemente un período más cerca de los tres, para incluir todos los acontecimientos. De nuevo *Juan* está en lo cierto, como advertiremos si leemos los otros tres evangelios con atención. Cuando los discípulos arrancaron las espigas *(Marcos 2:23)* debe de haber sido primavera. Cuando Jesús dio de comer a los cinco mil, se sentaron en *la hierba verde (Marcos 6:39),* lo que quiere decir que era primavera otra vez; y debe de haber pasado un año entre los dos acontecimientos. A eso sigue el viaje que hicieron por Tiro y Sidón, y la Transfiguración. En la historia de la Transfiguración, Pedro quería hacer tres chozas para quedarse allí. Lo más natural es pensar que era el tiempo de la Fiesta de los Tabernáculos o chozas, y que por eso hizo Pedro aquella sugerencia *(Marcos 9:5),* lo que colocaría la escena a principios de octubre; y a eso seguiría el período hasta la última Pascua, al principio de la primavera siguiente. Por consiguiente, en el relato de los otros tres evangelistas podemos leer entre líneas que el ministerio de Jesús se extendió de hecho por lo menos tres años, que es lo que presenta Juan.

(iv) Algunas veces hasta sucede que *Juan* difiere de los otros en cuestión de hechos. Hay dos ejemplos sobresalientes. El primero es que *Juan* coloca la Purificación del templo *al principio* del ministerio de Jesús *(Juan 2:13-22),* y *los otros* la colocan *al final (Marcos 11:15-17; Mateo 21:12-13; Lucas 19:45-46).* El segundo ejemplo es que, cuando lleguemos a estudiar los relatos en detalle, veremos que *Juan* fecha la crucifixión de Jesús el día antes de la Pascua, mientras que los otros evangelios la ponen en el mismo día de la Pascua.

No podemos hacernos los ciegos a las diferencias obvias que existen entre *Juan* y los otros evangelios.

CONOCIMIENTOS EXCLUSIVOS DE JUAN

Una cosa es segura: Si *Juan* difiere de los otros evangelios, no es ni por ignorancia ni por falta de información. El hecho indudable es que, si omite mucho de lo que los otros relatan, también refiere mucho que los otros no mencionan. *Juan* es el único que cuenta las bodas de Caná de Galilea (2:1-11); la conversación de Jesús con

Nicodemo (3:1-15); la historia de la samaritana (4); la resurrección de Lázaro (11); cómo Jesús les lavó los pies a Sus discípulos (13:1-17), y la enseñanza maravillosa de Jesús acerca del Espíritu Santo, el Confortador, que se encuentra extendida por los capítulos 14 al 17. Es sólo en *Juan* donde se identifican algunos de los discípulos: Tomás habla (11:16; 14:5; 20:24-29); se nos revela el carácter de Andrés (1:40-41; 6:8-9; 12:22); tenemos detalles del de Felipe (6:5-7; 14:8-9), y escuchamos la crítica mordaz de Judas a la unción de Betania (12:4-5). Y lo curioso es que estos detalles extra son intensamente reveladores. Los retratos que hace *Juan* de Tomás, Andrés y Felipe son como camafeos o viñetas en los que ha quedado grabado su carácter de una manera que nos resulta inolvidable.

Además, una y otra vez *Juan* aporta detalles que parecen proceder del recuerdo vivo de uno que estuvo allí: los panecillos que el chaval Le trajo a Jesús eran *de cebada* (6:9); cuando Jesús se acercó a sus discípulos cuando estaban cruzando el lago en medio de la tempestad, habían remado *de cinco a seis kilómetros* (6:19); había *seis tinajas de piedra* en Caná de Galilea (2:6); *Juan* es el único que dice que los cuatro soldados *se jugaron la túnica inconsútil* mientras Jesús estaba muriendo (19-23); sabía el peso exacto de la mezcla de mirra y áloe, *cien libras,* que llevó Nicodemo para ungir el cuerpo de Jesús (19:39), y recordaba cómo el aroma del perfume de la unción *se había extendido por toda la casa* de Betania (12:3). Muchos de estos detalles parecen tan insignificantes que no tendrían ninguna importancia si no fuera porque son indicios del testimonio fidedigno del narrador.

Por mucho que difiera *Juan* de los otros tres evangelios, las diferencias no se pueden atribuir a ignorancia, sino más bien al hecho de que tenía *más* conocimientos, o mejores fuentes, o una memoria más fiel que los otros.

Adicional evidencia de la información especializada del autor del Cuarto Evangelio se encuentra en su *conocimiento detallado de Palestina y de Jerusalén.* Sabía el tiempo que se había invertido en la construcción del templo (2:20); que los judíos y los samaritanos estaban enemistados tradicionalmente (4:9); la baja opinión que los judíos tenían de las mujeres (4:9), y el concepto que tenían del

sábado (5:10; 7:21-23; 9:14). Tenía un conocimiento íntimo de la geografía de Palestina: conocía dos Betanias, una de las cuales estaba al otro lado del Jordán (1:28; 12:1); sabía que algunos de los discípulos eran de Betsaida (1:44; 12:21); que Caná estaba en Galilea (2:1; 4:46; 21:2), y que Sicar estaba cerca de Siquem (4:5). Tenía un conocimiento de Jerusalén calle por calle: conocía la Puerta de las Ovejas y el estanque que había por allí cerca (5:2); el estanque de Siloé (9:7); el Pórtico de Salomón (10:23); el torrente Cedrón (18:1); el enlosado que se llamaba Gabatá (19:13), y Gólgota, que es como una calavera (19:17). Debe recordarse que Jerusalén fue destruida el año 70 d.C., y que Juan no escribió hasta el año 100 o por ahí; y, sin embargo, se conocía Jerusalén como la palma de la mano.

CIRCUNSTANCIAS EN QUE ESCRIBIÓ JUAN

Ya hemos visto que hay diferencias innegables entre el Cuarto y los otros tres evangelios; y también hemos visto que, fuera por la razón que fuera, no era por falta de conocimiento por parte de Juan. Ahora debemos preguntarnos: ¿Qué propósito tenía Juan al escribir su evangelio? Si podemos descubrirlo, también descubriremos por qué seleccionó y elaboró los hechos de esa manera.

El Cuarto Evangelio se escribió en Éfeso hacia el año 100 d.C. Para entonces habían surgido dos características especiales en la situación de la Iglesia Cristiana. La primera, *que el Cristianismo se había desplazado al mundo gentil.* La Iglesia Cristiana ya no era predominantemente judía; todo lo contrario: era gentil en su inmensa mayoría. Casi todos sus miembros procedían, no de un trasfondo judío, sino helenístico. En tales circunstancias, *había que plantear el Cristianismo de nuevo.* No es que hubiera cambiado la verdad del Evangelio; pero había que cambiar los términos y las categorías en que se había expresado anteriormente.

Vamos a tomar sólo un ejemplo. Si un griego tenía en la mano el *Evangelio según san Mateo,* en cuanto empezara a leerlo se encontraría con una larga genealogía. Los judíos estaban familiarizados con las genealogías, pero a los griegos les parecían algo sumamente extraño. Si seguía leyendo, se encontraba con que Jesús era hijo de David, un rey del que los griegos ni siquiera

habrían oído, y que era el símbolo de una ambición racial y nacionalista que no le decían nada. Luego se encontraría con la descripción de Jesús como el Mesías, un término que no habría oído nunca. ¿Es que un griego que quisiera hacerse cristiano estaba obligado a reorganizar todas las categorías de su pensamiento para que se ajustaran a las de los judíos? ¿Tendría que aprender un montón de la historia de los judíos y de su literatura apocalíptica (que hablaba de la venida del Mesías) antes de poder ser cristiano? Como lo expresó E. J. Goodspeed: «¿No había manera de que se le pudiera introducir directamente a las realidades de la salvación cristiana sin tener que pasar, diríamos «que ser reciclado», al judaísmo?» Los griegos eran los mejores pensadores del mundo. ¿Tenían que abandonar la totalidad de su gran herencia intelectual, y empezar a pensar en los términos y las categorías de pensamiento de los judíos?

Juan se enfrentó con este problema directa y honradamente. Y encontró una de las mayores soluciones que hayan entrado nunca en la mente humana. Más adelante, en el comentario, trataremos de la gran solución de Juan mucho más en detalle. De momento sólo la mencionaremos brevemente. Los griegos tenían dos grandes concepciones.

(*a*) Tenían la concepción del *Logos.* En griego, *logos* quiere decir dos cosas: *palabra* y *razón.* Los judíos estaban familiarizados con la idea de la Palabra todopoderosa de Dios: «Dios dijo: «¡Que haya luz!» Y hubo luz» *(Génesis 1:3).* Los griegos estaban familiarizados con la idea de la razón. Cuando observaban el universo, veían un orden magnífico e infalible. El día y la noche se sucedían con constante regularidad; las estaciones del año seguían su turno indefectiblemente; las estrellas y los planetas recorrían sus rutas invariables; la naturaleza tenía leyes inalterables. ¿Qué producía este orden? Los griegos contestaban sin dudar que *el Logos,* la Mente de Dios, es responsable del orden mayestático del universo. Y a la pregunta sobre qué es lo que le da al hombre la capacidad de pensar, razonar y saber, contestaban igualmente sin la menor duda que *el Logos,* la Mente de Dios que mora en el interior del hombre, le hace un ser pensante racional.

Juan se aferró a esta idea. Así era como pensaba en Jesús. Les decía a los griegos: «Toda la vida habéis estado fascinados por esa gran directriz y controladora Mente de Dios. Pues bien: la Mente de Dios ha venido al mundo en el hombre Jesús. Miradle, y veréis cómo son la Mente y el pensamiento de Dios.» Juan había descubierto una nueva categoría en la que los griegos podían pensar en Jesús, una categoría en la que se presentaba a Jesús como nada menos que Dios actuando en forma humana.

(*b*) Tenían la concepción de dos mundos. Los griegos siempre pensaban en dos mundos: uno era el mundo en que vivimos, un mundo maravilloso a su modo, pero que es un mundo de sombras y copias e irrealidades. El otro era el mundo real, en el que las grandes realidades, de las que nuestras cosas terrenas son sólo copias pobres y pálidas, permanecen para siempre. Para los griegos, el mundo invisible era el mundo real; el mundo visible era sólo una sombría irrealidad.

Platón sistematizó esa manera de pensar en su doctrina de las formas o ideas. Mantenía que en el mundo invisible estaba el modelo perfecto de todas las cosas, y que las cosas de este mundo eran copias sombrías de esos modelos eternos. Dicho más sencillamente: Platón mantenía que en algún lugar está el modelo perfecto de una mesa, del que todas las mesas de este mundo son copias imperfectas; en algún lugar está el modelo perfecto de lo bueno y de lo bello, del que toda bondad y belleza terrenas son sólo copias imperfectas. Y la gran realidad, la idea suprema, el modelo de todos los modelos y la forma de todas las formas era Dios. El gran problema era cómo salir de este mundo de sombras, y entrar en el mundo de la realidad.

Juan declara que eso es precisamente lo que Jesús nos capacita para hacer. Él *es* la realidad, que ha venido a la Tierra. La palabra griega para *real* es *alêthinós;* está íntimamente relacionada con *alêthês,* que quiere decir *verdadero,* y con *alêtheía,* que quiere decir *la verdad.* La antigua versión Reina-Valera y la revisión de 1960 traducen *alêthinós* por *verdadero;* habría sido mucho mejor traducirlo por *real.* Jesús es la luz *real* (1:9); Jesús es el pan *real* (6:32); Jesús es la vid *real* (15:1); a Jesús Le pertenece el juicio *real*

(8:16). Jesús es el único que encarna la realidad en nuestro mundo de sombras e imperfecciones.

Hay algo que se deriva de esto. Todas las acciones que Jesús llevó a cabo son, por tanto, no sólo hechos que ocurrieron en el tiempo, sino ventanas por las que se nos permite contemplar la realidad. Eso es lo que Juan quiere decir cuando habla de los milagros de Jesús como *señales (sêmeía).* Las obras maravillosas de Jesús no eran simplemente hechos admirables; eran ventanas que se abrían a la realidad que es Dios. Esto explica por qué Juan nos relata los milagros de una manera completamente diferente de la de los otros tres evangelistas. Hay dos diferencias principales.

(*a*) En el Cuarto Evangelio echamos de menos el carácter de compasión que se encuentra en los relatos de los otros tres. En los otros fue la compasión lo que movió a Jesús a sanar al leproso *(Marcos 1:41);* Su simpatía lo que le salió al encuentro a Jairo *(Marcos 5:22);* Le dio pena del padre del muchacho epiléptico *(Marcos 9:14);* cuando devolvió a la vida al hijo de la viuda de Naín, Lucas dice con una ternura infinita que «se le devolvió a su madre» *(Lucas 7:15).* Pero en *Juan* los milagros no son tanto obras de compasión como acciones que demuestran la gloria de Cristo. Después del milagro de Caná de Galilea, Juan comenta: «Esta, la primera de Sus señales, la hizo Jesús en Caná de Galilea, *y manifestó Su gloria» (Juan 2:4).* La resurrección de Lázaro tuvo lugar «para la gloria de Dios» *(Juan 11:4).* La ceguera del ciego de nacimiento existía para permitir la demostración de la gloria de las obras de Dios *(Juan 9:3).* No es que para Juan no hubiera amor ni compasión en los milagros; pero en ellos veía la gloria de la realidad de Dios abriéndose paso en el tiempo y en las condiciones humanas.

(*b*) A menudo los milagros de Jesús en el Cuarto Evangelio van acompañados de largos discursos. La multiplicación de los panes y los peces va seguida de un largo mensaje sobre el pan de vida (capítulo 6); la curación del ciego viene a ilustrar el dicho de que Jesús es la luz del mundo (capítulo 9); la resurrección de Lázaro conduce al dicho de que Jesús es la resurrección y la vida (capítulo 11). Para Juan, los milagros no eran simplemente acontecimientos singulares en el tiempo, sino vislumbres de lo que Dios está

haciendo siempre y de lo que es Jesús siempre; son ventanas a la realidad de Dios. No es sólo que Jesús alimentó una vez a cinco mil personas; esa era una ilustración de que es siempre el pan de vida real. No es sólo que Jesús le dio la vista a uno que había nacido ciego, sino que Él es siempre la luz del mundo. No es sólo que Jesús resucitó una vez a Lázaro, sino que Él es siempre y para todos los hombres la resurrección y la vida. Para Juan, un milagro no era meramente un hecho aislado, sino una ventana abierta a la realidad de lo que Jesús ha sido siempre, y es, y siempre ha hecho, y siempre hace.

Con esto en mente, aquel gran investigador que fue Clemente de Alejandría (c. 230 d.C.) llegó a uno de los más famosos y convincentes veredictos acerca del origen y propósito del Cuarto Evangelio. Su sugerencia era que los evangelios que contienen las genealogías se habían escrito primero —es decir, *Mateo* y *Lucas—;* y que más tarde Marcos, a ruego de muchos que habían oído predicar al apóstol Pedro, escribió su evangelio, que incluía los materiales de la predicación de Pedro; y que «por último, Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente, y animado por sus amigos e inspirado por el Espíritu Santo, escribió *un evangelio espiritual.»* (Citado por Eusebio, *Historia Eclesiástica 6:14).* Lo que Clemente quería decir era que Juan no estaba tan interesado en los hechos concretos como en su significado; no tanto en los datos como en la verdad. Juan no veía los acontecimientos de la vida de Jesús simplemente como sucesos en el tiempo; los veía como ventanas por las que se ve la eternidad; e investigaba el sentido espiritual de los hechos y de las palabras de Jesús como no lo intentaron los otros tres evangelistas.

Ese sigue siendo uno de los veredictos más convincentes y profundos que se han alcanzado acerca del Cuarto Evangelio.

Así pues, lo primero de todo, Juan presentó a Jesús como la Mente de Dios que había venido a la Tierra en una Persona humana; una Persona que posee la realidad en vez de las sombras, y que puede conducir a los hombres de las sombras al mundo real que Platón y otros grandes griegos habían intuido. El Evangelio, que

había estado revestido con el ropaje de las categorías judías, asumió por fin la grandeza del pensamiento de los griegos.

EL BROTE DE LAS HEREJÍAS

El segundo de los hechos importantes que confrontaban a la Iglesia cuando se escribió el Cuarto Evangelio era *el brote de las herejías.* Hacía ya setenta años que Jesús había sido crucificado. La Iglesia era ya una organización y una institución. Se iban concibiendo y formulando teologías y credos; e, inevitablemente, los pensamientos de algunos siguieron caminos equivocados y surgieron herejías. Una herejía no suele ser una falsedad total; a menudo se produce cuando se subraya exageradamente algún aspecto de la verdad. Podemos descubrir por lo menos dos de las herejías que el autor del Cuarto Evangelio trataba de combatir.

(*a*) Había ciertos cristianos, especialmente los de origen judío, que le asignaban un lugar demasiado alto a Juan el Bautista. Había habido algo en él que era natural que produjera una gran impresión en los judíos. Pertenecía a la estirpe de los profetas, y hablaba con voz profética. Sabemos que en tiempo posterior hubo una secta de Juan el Bautista.

En *Hechos 19:1-7* leemos que Pablo encontró en Éfeso a un grupito de doce hombres en la frontera de la Iglesia Cristiana que no habían llegado más allá del bautismo de Juan.

Una y otra vez, cortés pero firmemente, relega a Juan al lugar que le corresponde. Una y otra vez, el mismo Juan niega haber poseído o pretendido la categoría suprema, y se la reconoce a Jesús sin el menor lugar a duda. Ya hemos visto que en los otros evangelios el ministerio de Jesús no empezó hasta que metieron en la cárcel a Juan el Bautista; pero en el Cuarto Evangelio los ministerios de ambos coincidieron en parte. Es posible que el autor del Cuarto Evangelio presentara los hechos de forma que se viera que se habían encontrado, y que Juan había aprovechado los encuentros para admitir, y hacer admitir a otros, la supremacía de Jesús. Se hace notar expresamente que Juan «no era la luz» (1:8). Se le presenta rechazando concretamente ninguna aspiración mesiánica (1:20ss; 3:28; 4:1; 10:41). No se permite considerarle como el testigo supremo (5:36). No se le hace la menor crítica a Juan el

Bautista; pero se corrige la posible tendencia a darle un lugar que pertenece solamente a Jesús.

(*b*) Cierto tipo de herejía que se había extendido ampliamente en los días en que se escribió el Cuarto Evangelio se llama con el nombre general de *gnosticismo.* Si no lo tenemos en cuenta y lo entendemos un poco, perderemos mucho de la grandeza y del propósito de *Juan.* La doctrina básica del gnosticismo era que la materia es esencialmente mala, y el espíritu esencialmente bueno. De ahí pasaban los gnósticos a afirmar que Dios no podía tocar la materia y, por tanto, no había creado el mundo. Lo que sí hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Él, hasta que, por fin, hubo una que podía tocar la materia. Esa emanación fue la que creó el mundo.

Esa idea ya es en sí suficientemente mala; pero la hizo peor algo que se le añadió. Los gnósticos afirmaban que cada emanación sabía menos de Dios que las anteriores, hasta que se llegaba a un nivel en el que, no sólo eran ignorantes, sino hostiles a Dios. Así llegaban a la conclusión de que el dios creador era, no sólo diferente del Dios real, sino totalmente ignorante de Él y hostil a Él. Cerinto, uno de los líderes de los gnósticos, dijo que «el mundo fue creado, no por Dios, sino por un cierto poder muy distante de Él y muy lejos de ese otro Poder que está sobre el universo, e ignorante del Dios que está sobre todo.»

Los gnósticos creían que Dios no había tenido nada que ver con la creación del mundo. Por eso Juan empieza su evangelio con la afirmación tajante: «Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de lo que hay hecho» (1:3). Por eso Juan insiste en que «de tal manera amó Dios al mundo» (3:16). Frente a los gnósticos, que tanto erraban al «espiritualizar» a Dios hasta tal punto que no podía tener nada que ver con el mundo, Juan presentaba la doctrina cristiana del Dios Que creó el mundo y Cuya presencia llena el mundo que Él ha hecho.

Las creencias de los gnósticos influían en su idea de Jesús.

(*a*) Algunos de los gnósticos afirmaban que Jesús era una de las emanaciones que procedían de Dios. Mantenían que no era divino en ningún sentido real; que era sólo una especie de semidiós más o

menos distante del Dios real; que era simplemente uno de una cadena de seres inferiores entre Dios y el mundo.

(*b*) Algunos de los gnósticos mantenían que Jesús no tenía un cuerpo real. El cuerpo es materia, y Dios no podía tocar la materia; por tanto Jesús era una especie de fantasma, no un ser de carne y hueso. Sostenían, por ejemplo, que cuando andaba por la tierra no dejaba huellas, porque Su cuerpo no tenía peso ni sustancia. No podrían haber dicho nunca: «El Verbo se hizo carne» (1:14). Agustín nos dice que había leído muchas de las obras de los filósofos de su tiempo; que había encontrado muchas cosas que eran como lo que hay en el *Nuevo Testamento;* pero dijo: «Que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» no lo leí allí.» Por eso Juan, en su *Primera Epístola,* insiste en que Jesús vino *en la carne,* y declara que el que lo niegue está movido por el espíritu del anticristo *(1 Juan 4:3).* Esa forma particular de gnosticismo se llama *docetismo,* de la palabra griega *dokein,* que quiere decir *parecer;* y la herejía así llamada mantenía que Jesús simplemente *parecía* ser un hombre.

(*c*) Algunos gnósticos sostenían una variante de esa herejía. Decían que Jesús era un hombre al que vino el Espíritu de Dios en el bautismo; que el Espíritu siguió con él toda su vida, hasta el final; pero, como el Espíritu de Dios no podía sufrir y morir, le dejó inmediatamente antes de que Le crucificaran. Explicaban el grito desde la cruz como: «Mi poder, mi poder, ¿por qué me has abandonado?» Y decían en sus libros que había personas hablando en el Monte de los Olivos con uno que era exactamente igual que Jesús, mientras el hombre Jesús moría en la cruz.

Así es que las herejías gnósticas se presentaban en dos formas. O bien creían que Jesús no era realmente divino sino simplemente una de la serie de emanaciones que procedían de Dios, o que no era humano en ningún sentido, sino una especie de fantasma que se presentaba en forma humana. Las creencias gnósticas destruían a la vez la divinidad real y la humanidad real de Jesús.

LA HUMANIDAD DE JESÚS

El hecho de que Juan se propusiera corregir estas dos tendencias gnósticas explica un curioso énfasis paradójicamente doble de su evangelio. Por una parte, no hay otro evangelio que subraye tan sin

compromisos la humanidad real de Jesús. Jesús estaba enfadado con los que vendían y compraban en los atrios del templo (2:15); estaba físicamente cansado cuando Se sentó al lado del pozo que había cerca de Sicar, en Samaria (4:6); Sus discípulos le ofrecieron algo de comer de la manera que se le ofrecería a uno que tuviera hambre (4:31); Jesús simpatizaba con los que tenían hambre y miedo (6:5, 20); sentía dolor y lloraba con los que estaban de duelo (11:33, 35, 38); en la agonía de la cruz, el grito que salió de Sus labios resecos fue: «¡Tengo sed!» (19:28). El Cuarto Evangelio nos presenta a un Jesús que no era una figura irreal o decética, sino Uno que experimentaba el cansancio de un cuerpo agotado, y las heridas de una mente y de un corazón apesadumbrados. Es el Jesús humano en todos los sentidos el Que el Cuarto Evangelio nos presenta.

LA DEIDAD DE JESÚS

Por otra parte, ningún otro evangelio nos presenta más claramente la deidad de Jesús.

(*a*) Juan subraya *la preexistencia* de Jesús. «Antes que Abraham fuese —les dijo Jesús—, Yo soy» (8:58); Jesús habla de la gloria que tuvo cerca de Dios antes que el mundo existiera (17:5). Una y otra vez habla de Su bajada desde el Cielo (6:33-38). Juan veía en Jesús a Uno que había existido siempre, hasta antes de la creación del mundo.

(*b*) El Cuarto Evangelio hace hincapié más que los otros en *la omnisciencia* de Jesús. Juan nos presenta que Jesús sabía, al parecer milagrosamente, el pasado de la mujer samaritana (4:16-17); sin que nadie se lo dijera, Jesús sabía el tiempo que había estado aquel enfermo cerca del estanque milagroso (5:6); desde antes, ya sabía la respuesta a la pregunta que le hizo a Felipe (6:6); sabía que Judas Le iba a traicionar (6:61-64), y antes de que nadie Se lo dijera ya sabía que Lázaro había muerto (11:14). Juan veía que Jesús tenía un conocimiento especial y milagroso independientemente de lo que otros Le pudieran decir. No tenía necesidad de hacer preguntas, porque ya sabía todas las respuestas.

(*c*) El Cuarto Evangelio hace hincapié en el hecho de que Jesús hacía siempre las cosas por propia iniciativa y sin depender de nadie. No fue la petición de Su madre lo que Le movió a realizar el milagro de las bodas de Caná de Galilea, sino Su propia decisión personal (2:4); la insistencia de Sus hermanos no fue lo que Le obligó a ir a Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos (7:10); nadie Le quitó la vida: Él mismo la ofreció voluntaria y libremente (10:18; 19:11). Juan se dio cuenta de que Jesús actuaba con una independencia divina, libre de toda influencia humana. Jesús siempre decidía y actuaba por Sí mismo.

Para salirles al paso a los gnósticos y a sus extrañas doctrinas, Juan nos presenta a un Jesús que era indudablemente humano, pero que era también indudablemente divino.

EL AUTOR DEL CUARTO EVANGELIO

Hemos visto que el propósito del autor del Cuarto Evangelio era presentar el Evangelio de una forma que resultara comprensible para los griegos, y también combatir las herejías e ideas equivocadas que habían surgido en el seno de la Iglesia. Ahora debemos pasar a preguntarnos: ¿Quién fue el autor del Cuarto Evangelio? La tradición responde unánimemente que fue el apóstol Juan. Vamos a ver que, sin duda, la autoridad de Juan respalda el evangelio, aunque es posible que no fuera su mano la que le diera la forma definitiva. Vamos a recoger lo que sabemos del apóstol Juan.

Era el más joven de los hijos de un tal Zebedeo, que tenía un negocio de pesca lo suficientemente bien montado como para tener empleados además de sus hijos *(Marcos 1:19s).* Su madre se llamaba Salomé, y parece probable que fuera hermana de María, la madre de Jesús *(Mateo 27:56; Marcos 16:1).* Con su hermano Santiago obedeció la llamada de Jesús *(Marcos 1:20).* Parecería que Santiago y Juan eran socios de Pedro en el negocio de la pesca *(Lucas 5:7-10).* Era uno de los que formaban el círculo más íntimo de los discípulos, porque las listas empiezan siempre por los nombres de Pedro, Santiago y Juan, y hay ciertas ocasiones especiales en las que Jesús llevó sólo consigo a estos tres *(Marcos 3:17; 5:37; 9:2; 14:33).*

En cuanto a carácter, está claro que era un hombre turbulento y ambicioso. Jesús les puso a él y a su hermano el mote de *Boanergues,* que los evangelistas interpretan como *Hijos del trueno.* Juan y Santiago eran absolutamente exclusivistas e intolerantes *(Marcos 9:38; Lucas 9:49).* Tenían un temperamento tan violento que querían demoler un pueblo samarita-no porque no les quiso dar hospitalidad cuando iban camino de Jerusalén *(Lucas 9:54).* Ellos dos —o su madre Salomé para ellos— tenían la ambición de convertirse en primeros ministros cuando Jesús inaugurara Su Reino *(Marcos 10:35; Mateo 20:20).* En los otros tres evangelios se nos presenta como un líder entre los apóstoles, uno de los del círculo íntimo, y, sin embargo, turbulento, ambicioso e intolerante.

En el *Libro de los Hechos*, Juan siempre aparece en compañía de Pedro, y nunca es él el que habla. Su nombre sigue figurando entre los tres a la cabeza de la lista apostólica *(Hechos 1:13).* Estaba con Pedro en la curación del cojo en la Puerta Hermosa del templo *(Hechos 3:1ss).* Le trajeron con Pedro al sanedrín, cuando ambos se comportaron con tal valor y arrojo ante los líderes judíos que los dejaron alucinados *(Hechos 4:1-13).* También está con Pedro cuando van a Samaria a supervisar el trabajo de Felipe *(Hechos 8:14).*

En las cartas del apóstol Pablo sólo se le menciona una vez, en *Gálatas 2:9,* donde aparece con Pedro y Santiago como uno de los pilares de la Iglesia que dieron su aprobación a la obra misionera de Pablo.

Juan era una mezcla extraña. Era uno de los líderes de los Doce; formaba parte del círculo más íntimo de los amigos de Jesús, y al mismo tiempo era hombre de temperamento ambicioso e intolerante, pero no menos valiente.

Podemos seguir a Juan en las historias que se contaban de él en la Iglesia Primitiva. Eusebio nos dice que le desterraron a Patmos en el reinado de Domiciano (Eusebio, *Historia Eclesiástica 3:23).* En el mismo pasaje Eusebio nos cuenta una historia característica de Juan que él recibió de Clemente de Alejandría. Juan llegó a ser una especie de obispo de Asia Menor, y estaba visitando a la sazón una de las iglesias cerca de Éfeso. En la congregación vio a un joven

alto, fuerte y muy bien parecido. Se volvió al anciano responsable de la congregación y le dijo:

—Te confío encarecidamente a ese joven, y hago testigos de ello a todos los de la congregación.

El anciano dio hospitalidad al joven en su propia casa, y le cuidó e instruyó, hasta que un buen día fue bautizado y recibido en la iglesia. Pero poco después se juntó con malas compañías y se embarcó en una carrera de crímenes que le llevó a ser el jefe de una pandilla de bandoleros y asesinos. Algún tiempo después volvió a pasar Juan por aquella congregación, y le dijo al anciano:

—Da cuenta del depósito que el Señor y yo os confiamos a ti y a la iglesia que está a tu cargo.

Al principio el anciano no sabía de lo que le hablaba Juan, hasta que le dijo:

—Me refiero al alma del joven que te confié.

—¡Ay —dijo el anciano—, que está muerto!

—¿Muerto?

—Sí; muerto para Dios. Cayó de la gracia. Tuvo que huir de la ciudad a causa de sus crímenes, y ahora es un bandolero en las montañas.

Inmediatamente, Juan se dirigió a las montañas. Se dejó capturar a propósito por la banda de forajidos. Le llevaron a aquel joven, que era el jefe, que, de la vergüenza que le dio, intentó huir de él. Juan, aunque era anciano, le persiguió gritándole:

—¡Hijo mío! ¿Es que vas a huir de tu padre? Yo estoy débil y cargado de años; ten piedad de mí, hijo mío; no tengas miedo; aún hay esperanza de salvación para ti. Yo me presentaré por ti ante el Señor Cristo. Si hace falta, de buena gana moriré por ti como Él murió por mí. ¡Deténte, para, cree! ¡Es Cristo el Que me ha enviado a Ti!

Aquellas palabras quebrantaron el empedernido corazón del joven, que se detuvo, tiró las armas y rompió a llorar. Juntos bajaron de la montaña, y el joven volvió a la iglesia y a la fe. Aquí vemos el amor y el valor de Juan en acción.

Eusebio (3:28) nos cuenta otra historia de Juan que él sacó de las obras de Ireneo. Ya hemos visto que uno de los líderes de la herejía gnóstica era un tal Cerinto. «El apóstol Juan entró una vez en los

baños para darse un baño; pero, cuando se enteró de que Cerinto estaba allí, pegó un salto y salió corriendo por la puerta de donde estaba, porque no podía soportar estar bajo el mismo techo que él. Y aconsejó a los que estaban con él que hicieran lo mismo.

—¡Huyamos —les dijo— antes que los baños se nos caigan encima; porque Cerinto, el enemigo de la verdad, está dentro!»

Aquí tenemos otro rasgo del temperamento de Juan. Boanergues no había muerto del todo.

Casiano nos cuenta otra historia famosa de Juan. Cierto día, estaba jugando con una perdiz amaestrada. Un hermano más rígido y estrecho le reprendió por perder el tiempo, y Juan le respondió:

—El arco que siempre está tenso, pronto deja de tirar derecho.

Y es Jerónimo el que nos cuenta la historia de las palabras finales de Juan. Cuando estaba muriendo, sus discípulos le preguntaron si tenía algún último mensaje que dejarles.

—Hijitos: Amaos unos a otros —y lo repitió varias veces. Cuando le preguntaron si era eso todo, dijo sencillamente:

—Con eso basta, porque es el mandamiento del Señor.

Tal es la información acerca de Juan que nos ha llegado, de la que surge como figura de temperamento ardiente, de gran ambición, de indudable coraje y, finalmente, de tierno amor.

EL DISCÍPULO AMADO

Si hemos ido siguiendo las referencias con atención, nos habremos dado cuenta de una cosa. Todo lo que sabemos de Juan se encuentra en los otros evangelios. Es sorprendente que el apóstol Juan nunca se menciona en el Cuarto Evangelio, de principio a fin. Pero sí menciona a otras dos personas.

Primero, habla del *discípulo al que Jesús amaba.* Se le menciona cuatro veces: estaba recostado en el pecho de Jesús en la Última Cena *(Juan 13:23-25;* RV60: «al lado de Jesús» y «cerca del pecho de Jesús»); fue a él al que Jesús le confió a Su madre cuando estaba muriendo en la cruz (19:25-27); fue a él y a Pedro a los que se encontró María Magdalena al volver de la tumba vacía la mañana del Domingo de Resurrección (20:2); estaba presente en la última aparición de Jesús Resucitado en el lago (21:20).

En segundo lugar, el Cuarto Evangelio tiene una especie de personaje al que podríamos llamar *el Testigo.* Cuando nos refiere que la lanza hirió el costado de Jesús, del que salió agua con sangre, se añade: «Y el que lo vio ha dado testimonio —su testimonio es verdad, y él sabe que dice la verdad— para que vosotros también creáis» (19:35). Al final del evangelio se hace la afirmación de que fue el Discípulo amado quien testificó de estas cosas, «y sabemos que su testimonio es verdad» (21:24).

Aquí nos enfrentamos con algo bastante extraño. Juan no se menciona a sí mismo en el Cuarto Evangelio, pero sí al Discípulo amado y, además, al Testigo mayor de toda excepción de la historia. Nunca se ha dudado realmente en la tradición que el Discípulo amado era Juan. Algunos han tratado de identificarle con Lázaro, porque se nos dice que Jesús le amaba (11:3, 5), o con el joven rico, del que se dice que Jesús le amó cuando le vio *(Marcos 10:21).* Pero, aunque el evangelio nunca lo dice con todas las letras, la tradición ha identificado siempre a Juan con el Discípulo amado, y no hay razón de peso para dudar de esa identificación.

Pero surge un detalle muy real: Supongamos que fue Juan mismo el que escribió el evangelio. ¿Sería normal que hablara de sí mismo como el Discípulo amado de Jesús? ¿Sería realmente normal que se destacara a sí mismo de esa manera, como si quisiera decir: «Yo era Su favorito, al que Jesús quería más que a nadie»? Es realmente muy poco probable que Juan se asignara ese título; si fueron otros los que se lo aplicaron, es bonito; pero, si fue él mismo, parece presunción.

Entonces, ¿habría alguna manera de que el Cuarto Evangelio fuera de Juan como testigo presencial, pero al mismo tiempo lo hubiera escrito otra persona?

LA PRODUCCIÓN DE LA IGLESIA

En nuestra búsqueda de la verdad, empezamos por darnos cuenta de una de las características sobresalientes y únicas del Cuarto Evangelio. Lo más sorprendente en él son los largos discursos de Jesús. A menudo llenan todo un capítulo, y son muy diferentes de la manera como se nos presenta en los otros evangelios que hablaba Jesús.

El Cuarto Evangelio, como ya hemos visto, se escribió hacia el año 100 d.C., es decir, setenta años después de la Crucifixión. ¿Se pueden considerar esos discursos como reproducciones palabra por palabra de lo que dijo Jesús? ¿O podemos explicarlos de alguna manera, que a lo mejor les da todavía más valor? Debemos empezar manteniendo en mente el hecho de los discursos y de las preguntas que suscitan inevitablemente.

Y tenemos algo que añadir a eso. Resulta que tenemos entre los escritos de la Iglesia Primitiva una amplia serie de relatos sobre la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio. El más antiguo es el de Ireneo, que fue obispo de Lyon hacia el 177 d.C., y había sido discípulo de Policarpo, que a su vez lo había sido de Juan. Por tanto hay una cadena, corta e ininterrumpida, entre Ireneo y Juan. Escribe Ireneo:

> *«Juan, el discípulo del Señor, el que se recostó en Su pecho, fue el que* publicó *el evangelio en Éfeso, cuando estaba viviendo en Asia.»*

Lo más sugestivo es que Ireneo no dice simplemente que Juan *escribió el evangelio;* dice que Juan lo *publicó (exedôke)* en Éfeso. La palabra que usa Ireneo suena, no como si se tratara de la publicación privada de unas memorias personales, sino de la salida al público de un documento oficial.

El siguiente relato es el de Clemente, que era el cabeza de una gran escuela cristiana en Alejandría hacia el año 230 d.C.:

> *«Por último Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente,* y animado por sus amigos *e inspirado por el Espíritu Santo, escribió un evangelio espiritual.»*

Lo que nos interesa de aquí ahora es la frase *animado por sus amigos.* Empieza a resultar claro que el Cuarto Evangelio es mucho más que la producción de una sola persona, y que había un grupo, una comunidad, una iglesia detrás de él. En el mismo sentido, un manuscrito del siglo X que se llama *Codex Toletanus* que contiene introducciones con breves resúmenes de los libros del *Nuevo Testamento,* introduce el Cuarto Evangelio así:

> *«El apóstol Juan, al que más amaba el Señor Jesús, escribió este evangelio el último,* a petición de los obispos de Asia, *contra Cerinto y otros herejes.»*

De nuevo recibimos la impresión de que detrás del Cuarto Evangelio está la autoridad de un grupo y de una iglesia.

Ahora pasamos a un documento muy importante, que se conoce como el *Canon de Muratori,* por el nombre del investigador que lo descubrió. Es la primera lista de libros del *Nuevo Testamento* que publicó la Iglesia, y que se compiló en Roma hacia el año 170 d.C. No sólo da una lista de los libros del *Nuevo Testamento,* sino también breves noticias acerca del origen, naturaleza y contenido de cada uno de ellos. Su relato de la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio es sumamente importante e iluminador:

> *«A petición de sus condiscípulos y de sus obispos, Juan, uno de los discípulos, dijo: «Ayunad conmigo tres días desde ahora, y lo que se nos revele a cada uno, sea a favor de que yo lo escriba o no, nos lo comunicaremos.» Aquella misma noche se le reveló a Andrés que Juan había de relatar todas las cosas,* ayudado por la revisión de todos.»

No es fácil aceptar todo ese relato, porque no parece posible que Andrés —si es que era el apóstol— estuviera en Éfeso hacia el año 100 d.C.; pero lo que se reseña con la mayor claridad es que, si bien la autoridad y la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las de Juan, es clara y definitivamente el producto, no de una persona, sino de un grupo y de una comunidad.

Ahora podemos reconstruir lo que sucedió. Hacia el año 100 d.C. había en Éfeso un grupo de personas cuyo líder era Juan. Le respetaban como a un santo y le amaban como a un padre. Debe de haber tenido cerca de los 100 años. Antes de que muriera, pensaron muy sensatamente que sería una gran cosa que el anciano apóstol escribiera sus memorias de los años que había estado con Jesús. Pero acabaron haciendo mucho más que eso. Nos los figuramos sentados, reviviendo los días pasados. Uno diría: «¿Recordáis cómo dijo Jesús...?» Y Juan diría: «Sí; y ahora sabemos lo que quería decir...»

En otras palabras: este grupo no escribió solamente lo que *dijo* Jesús; eso no habría sido nada más que una demostración de buena memoria. Estaban escribiendo lo que Jesús *quería decir;* eso era la dirección del Espíritu Santo. Juan había meditado sobre cada palabra que había dicho Jesús; y había pensado bajo la dirección del Espíritu Santo, Que era Alguien muy real para él. W. M. Macgregor tiene un sermón titulado: «Lo que Jesús llega a ser para uno que Le ha conocido mucho tiempo.» Esa es la exacta descripción de Jesús que encontramos en este evangelio. A. H. N. Green Armytage lo expresa perfectamente en su libro *Juan que vio. Marcos,* dice, le va bien al *misionero,* con su relato escueto de los hechos de la vida de Jesús. *Mateo* le va bien al *maestro,* con su colección sistemática de las enseñanzas de Jesús; *Lucas* le va bien *al párroco o al pastor,* con su gran simpatía y su retrato de Jesús como el amigo de todos; pero *Juan* es el evangelio del *contemplativo.* Y sigue hablando del aparente contraste entre *Marcos* y *Juan.* «Los dos evangelios son, en cierto sentido, el mismo Evangelio. Solamente que, donde Marcos vio las cosas sencilla y llanamente, al natural y literalmente, Juan las vio sutil, profunda y espiritualmente. Podríamos decir que Juan iluminó las páginas de Marcos con la lámpara de una vida de meditación.» Wordsworth definía la poesía como «Emoción recogida en tranquilidad.» Esa es una descripción perfecta del Cuarto Evangelio. Por eso *Juan* es, sin lugar a dudas, el mayor de los evangelios. Su objetivo no era transcribirnos lo que dijo Jesús como podía haberlo hecho un buen taquígrafo, sino transmitirnos lo que Jesús quería decir. En él todavía habla el Señor Resucitado. *Juan* no es tanto *El Evangelio según san Juan,* como *El Evangelio según el Espíritu Santo.* No fue el Juan de Éfeso el que escribió el Cuarto Evangelio: fue el Espíritu Santo el Que lo escribió por medio de Juan.

EL AMANUENSE DEL EVANGELIO

Todavía tenemos que hacernos una pregunta. Podemos estar bien seguros de que la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las del apóstol Juan; pero también hemos visto que por detrás hay también un testigo que fue el escritor, en el

sentido de que fue el que lo escribió materialmente. ¿Podemos descubrir quién fue?

Sabemos, por lo que nos han transmitido los escritores de la Iglesia Primitiva, que había realmente, no uno, sino dos Juanes en Éfeso al mismo tiempo: por una parte estaba el apóstol Juan; pero estaba también otro Juan, al que se conocía como el anciano Juan.

Papías, al que le encantaba recoger todo lo que pudiera encontrar sobre la historia del *Nuevo Testamento* y de Jesús, aporta aquí una información muy interesante. Era obispo de Hierápolis, que estaba bastante cerca de Éfeso, y vivió del 70 al 145 d.C. Es decir, que fue un contemporáneo de Juan. Describe cómo trataba de descubrir «lo que habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o cualquier otro de los discípulos del Señor; y lo que decían Aristión y *el anciano Juan,* los discípulos del Señor.» En Éfeso estaban *el apóstol* Juan y *el anciano* Juan; y el anciano Juan era tan bien conocido que se le llamaba simplemente *El Anciano.* No cabe duda de que tenía una posición única en la Iglesia. Tanto Eusebio como Dionisio el Grande nos dicen que había todavía en sus días dos tumbas famosas en Éfeso: la del apóstol Juan y la del anciano Juan.

Ahora vamos a fijarnos en las dos cartas *Segunda de Juan* y *Tercera de Juan.* Son del mismo autor que el Cuarto Evangelio, y ¿cómo empiezan? *La segunda carta* empieza: «El anciano, a la señora elegida y a sus hijos» *(2 Juan 1). La tercera carta* empieza: «El anciano, al amado Gayo» *(3 Juan 1).* Aquí tenemos la solución. El que escribió las cartas de su puño y letra fue el anciano Juan; pero la mente y la memoria detrás de ellas eran las de su maestro, el apóstol Juan, al que el anciano Juan describía siempre como «el discípulo amado del Señor.»

EL PRECIOSO EVANGELIO

Cuanto más sabemos del Cuarto Evangelio más precioso nos resulta. Juan había estado pensando en Jesús setenta años. Día a día el Espíritu Santo le había estado descubriendo el sentido de lo que Jesús había dicho y hecho; así es que, cuando Juan ya tenía cerca de un siglo de edad y eran contados los días que le quedaban, se sentó con sus amigos para recordar. El anciano Juan

manejaba la pluma para escribir para su maestro, Juan el apóstol; y el último de los apóstoles dejó constancia, no sólo de lo que él Le había oído decir a Jesús, sino también de lo que él comprendía entonces que Jesús había querido decir. Recordaba que Jesús había dicho: «Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podríais asumir; pero, cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él se encargará de guiaros a la Verdad total» *(Juan 16:12-13).* Había muchas cosas que Juan no había entendido setenta años atrás; había muchas cosas que en esos setenta años el Espíritu de la Verdad le había revelado; y Juan nos las dejó cuando ya la gloria eterna le estaba amaneciendo. Cuando leamos este evangelio, recordemos que estamos leyendo el que es más la obra del Espíritu Santo, Que nos declara lo que Jesús había querido decir, por medio de la mente y la memoria del apóstol Juan y la pluma del anciano Juan. Detrás de este evangelio está toda la iglesia de Éfeso, toda la compañía de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.

LA PALABRA

Juan 1:1-18

> *Cuando el mundo empezó a existir, la Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios. Fue el Agente por medio de Quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una sola cosa que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de conquistarla. Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz. El Que sí era la luz real era el Que, en Su venida al mundo, da la luz a todas las personas. Estaba en el mundo; y, aunque el mundo había sido hecho por Él, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le recibieron. A todos aquellos que sí Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de*

Dios. Éstos nacieron, no de la sangre, ni de ningún impulso humano, ni de la voluntad de nadie; sino que su nacimiento fue de Dios. Y la Palabra se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y de verdad; y nosotros contemplamos Su gloria, una gloria tal como la que recibe de su padre un hijo único. Juan fue Su testigo, porque exclamó: «Éste es el Que yo os decía: el Que viene detrás de mí, me lleva en realidad la delantera, porque era antes que yo. De Su plenitud es de donde hemos sacado, y hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que dio Moisés fue la ley, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. Nadie ha visto nunca a Dios. Es el Único, Que es Dios, Que está en el seno del Padre, el Que nos lo ha dicho todo acerca de Dios.»

Vamos a estudiar este pasaje por secciones breves y en detalle; pero, antes de hacerlo, debemos tratar de entender lo que Juan está intentando decir cuando describe a Jesús como *la Palabra.*

LA PALABRA SE HIZO CARNE

El primer capítulo del Cuarto Evangelio es una de las más grandes aventuras de pensamiento espiritual jamás emprendidas por la mente humana.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que la Iglesia Cristiana se tuviera que enfrentar con un problema muy básico. Había empezado en el judaísmo. Al principio, todos sus miembros eran judíos. En cuanto a Su naturaleza humana, también Jesús era judío; y, en todo caso, excepto unas breves visitas a los distritos de Tiro y de Sidón y a la Decápolis, nunca salió de Palestina. El Cristianismo empezó entre los judíos; y, por tanto, era inevitable que se expresara en la lengua y en las categorías de pensamiento que eran característicamente judías.

Pero, aunque su cuna fue el judaísmo, muy pronto salió al ancho mundo. Treinta años después de la Crucifixión de Jesús, ya había viajado por toda Asia Menor y Grecia y había llegado a Roma. Hacia el año 60 d.C., habría cien mil griegos en la Iglesia por cada judío que fuera cristiano. Las ideas judías les resultaban muy extrañas a los griegos. Para dar sólo un ejemplo destacado, los griegos no había oído nunca hablar del Mesías. El mismo centro de la

expectación judía, la venida del Mesías, era una idea totalmente ajena a la mentalidad griega. La misma categoría en la que los judíos cristianos concebían y presentaban a Jesús no tenía ningún sentido para los griegos. Así es que, ahí estaba el problema: ¿Cómo había que presentar el Evangelio al mundo griego?

Lecky, el historiador, dijo una vez que el progreso y la difusión de cualquier idea dependen, no sólo de su fuerza y vitalidad, sino de la predisposición que haya a recibirla en la edad en la que se presenta. La tarea de la Iglesia Cristiana era crear en el mundo griego la predisposición a recibir el Evangelio. Como E. J. Goodspeed dijo, la cuestión era: «¿Tendría un griego que estuviera interesado en el Cristianismo que asumir las ideas mesiánicas y la manera de pensar de los judíos, o podría encontrarse un nuevo enfoque que le hablara a la mente y al corazón desde su mismo trasfondo?» El problema era cómo presentar el Evangelio de una manera que hiciera posible que los griegos pudieran entenderlo.

Alrededor del año 100 d.C. había un hombre en Éfeso que estaba fascinado con ese problema. Se llamaba Juan. Vivía en una ciudad griega. Tenía trato con griegos para los que las ideas judías resultaban extrañas e incomprensibles y hasta groseras. ¿Cómo podría encontrar la manera de presentar el Evangelio a esos griegos para que lo pudieran entender y recibir? Repentinamente, la verdadera solución se esclareció a su alrededor. Lo mismo en el pensamiento griego que en el judío existía el concepto de *La Palabra.* Aquí había algo que se podría elaborar para salir al encuentro del doble mundo griego y judío. Aquí había algo que pertenecía a la herencia de ambas razas y que ambas podían entender.

Así pues, empecemos a mirar los dos trasfondos de la concepción de *la Palabra.*

EL TRASFONDO JUDÍO

En el trasfondo judío hay cuatro hebras que se trenzan en la idea de la Palabra.

(i) Para el judío, una palabra era mucho más que un mero sonido; era algo que tenía una existencia independiente y que de hecho producía resultados. Como dijo el profesor John Paterson: «Para el

hebreo, la palabra era algo aterradoramente vivo... Era una unidad de energía cargada de poder. Volaba como una bala hacia su blanco.» Por eso mismo el hebreo era parco en palabras. En hebreo hay menos de 10.000 palabras, cuando hay 200,000 en griego.

Un poeta moderno cuenta que una vez el que había realizado una hazaña heroica no se lo podía contar a sus camaradas de la tribu porque le faltaban las palabras. A eso se levantó uno «afligido con la necesaria magia de las palabras,» y refirió el hecho en términos tan vívidos y conmovedores que «las palabras cobraban vida y se paseaban arriba y abajo por los corazones de los oyentes.» Las palabras del poeta adquirieron poder. La Historia está llena de esa clase de cosa.

Cuando John Knox predicaba en los días de la Reforma en Escocia, se decía que la voz de ese hombre solo inyectaba más valor en los corazones de los oyentes que diez mil trompetas rugiendo en sus oídos. Sus palabras hacían cosas en las personas. En los días de la Revolución Francesa, Rouget de Lisle escribió *La Marseillaise,* y esa canción lanzó a la gente a la revolución. Las palabras hacían cosas. En los días de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Reino Unido se quedó sin aliados y sin armas, las palabras de su primer ministro Sir Winston Churchill, radiadas a la nación, infundían valor y esperanza en los corazones de la gente.

Esto era todavía más real en el Este, y todavía lo es. Para los orientales, una palabra no es meramente un sonido; es un poder que hace cosas. Una vez, cuando Sir George Adam Smith estaba viajando por el desierto en Oriente, un grupo de musulmanes le dio a su equipo el saludo de costumbre: «¡La paz sea con vosotros!» En el momento no se dieron cuenta de que era cristiano. Cuando descubrieron que habían dado la bendición a un infiel, volvieron corriendo a pedir que se la devolviera. La palabra era como una cosa que se podía enviar a hacer cosas y que creían que se podía recuperar otra vez. Will Carlton, el poeta, expresa algo así:

> *«Tras volar las cometas, se vuelve a recogerlas,*
> *mas ya no se recogen las palabras que vuelan;*
> *«¡Cuidado con el fuego!», dice el que te aconseja,*
> *pero aun más: «¡Ten cuidado con las palabras sueltas!»*
> *Ideas no expresadas puede que queden secas;*

las que han volado nunca vuelven vivas ni muertas.»

Bien podemos entender que para los orientales las palabras tienen una existencia independiente y llena de poder.

(ii) El Antiguo Testamento está lleno de esa idea general del poder de las palabras. Una vez que Isaac había pronunciado la bendición del primogénito sobre Jacob en vez de sobre Esaú, aunque se le había sacado con engaño, ya no se podía hacer nada para recuperar esa bendición *(Génesis 27).* La palabra había salido, y había empezado a actuar, y nada la podía detener. En particular vemos la Palabra de Dios en acción en la historia de la Creación. En cada etapa de ella leemos: «Y Dios dijo...» *(Génesis 1:3, 6, 11).* La Palabra de Dios es Su poder creador. Una y otra vez encontramos esta idea de la Palabra de Dios, creadora, activa y dinámica. «Por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos» *(Salmo 33:6).* «Envió Su Palabra, y los sanó» *(Salmo 107:20).* «Él envía Su Palabra a la Tierra; velozmente corre Su Palabra» *(Salmo 147:15).* «Así será Mi Palabra que sale de Mi boca; no volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo quiero, y será prosperada para aquello que la envié» *(Isaías 55:11).* «¿No es Mi Palabra como fuego, dice el Señor, y como una maza que quebranta la piedra?» *(Jeremías 23:29).* «Señor, Tú hablaste claramente en la primera Creación en el primer día, cuando mandaste: Sea hecho el Cielo y la Tierra: y la obra se siguió a Tu Palabra» *(4 Esdras 6:38, Biblia del Oso).* El autor del *Libro de la Sabiduría* se dirige a Dios: «Dios de los Padres, y Señor misericordioso, Que creaste todas las cosas con Tu Palabra» *(Sabiduría 9:1, Biblia del Oso).* Por todo el Antiguo Testamento está esta idea de la Palabra poderosa, creadora. Aun las palabras humanas tienen una especie de actividad dinámica; ¡cuánto más la Palabra de Dios!

(iii) Algo se incorporó a la vida religiosa hebrea que acentuó considerablemente el desarrollo de esta idea de la Palabra de Dios. Durante los cien años o más que precedieron a la venida de Jesús, el hebreo dejó de ser una lengua viva. El Antiguo Testamento estaba escrito en hebreo, pero los judíos ya no conocían esa lengua. Los estudiosos sí; pero la gente corriente, no. Hablaban dialectos del arameo, una lengua emparentada con el hebreo que había sido la *lingua franca* del Oriente Próximo antes del griego. En aquellas

circunstancias tenían que traducir las Escrituras a esa lengua que era la que la gente entendía, que son lo que se llama *targum* (singular) o *targumîm* (plural). En la sinagoga se leían las Escrituras en el original hebreo, pero con traducción alternada cada pocos versículos.

Los targumîm se produjeron en una época en la que los judíos estaban fascinados con la idea de la trascendencia de Dios, y no pensaban más que en la distancia que los separaba de Él, Que es absolutamente diferente de nosotros. Por esa razón, los que hicieron los targumîm tenían mucho miedo de atribuirle a Dios pensamientos, o sentimientos, o acciones humanas. Para decirlo con el término técnico, se esforzaban para no caer en *antropomorfismos* al hablar de Dios.

Ahora bien: el Antiguo Testamento habla corrientemente de Dios de manera humana; y siempre que los targumîm se encontraban con algo así sustituían el nombre de Dios por *la Palabra* de Dios. Veamos cómo funcionaba esta costumbre. En *Éxodo 19:17* leemos que «Moisés sacó del campamento al pueblo *para encontrarse con Dios.»* El targum pensó que esa era una manera demasiado humana de hablar de Dios, así es que puso que Moisés sacó al pueblo del campamento para encontrarse con *la Palabra de Dios.* En *Éxodo 31:13* leemos que Dios dijo al pueblo que el sábado «es una señal entre Mí y vosotros para todas vuestras generaciones.» Esa era una manera de hablar demasiado humana para el targum, así es que dijo en vez que el sábado es una señal «entre *Mi Palabra* y vosotros.» *Deuteronomio 9:6* dice que Dios es fuego consumidor, pero el targum tradujo que *la Palabra de Dios* es fuego consumidor. *Isaías 48:13* presenta un gran cuadro de la Creación: «Mi mano puso el cimiento de la Tierra, y Mi diestra desplegó los cielos.» Esa era una descripción de Dios demasiado humana para el targum, e hicieron decir a Dios: «Por *Mi Palabra* he fundado la Tierra, y por Mi fuerza he colgado los cielos.» Hasta un pasaje tan maravilloso como *Deuteronomio 33:27,* que habla de «los brazos eternos» de Dios, pasó a: «El eterno Dios es tu refugio, y *por Su Palabra* fue creado el mundo.»

En el *Targum de Jonatán,* la frase *la Palabra de Dios* aparece no menos de unas trescientas setenta veces. Está claro que no es más

que una simple perífrasis del nombre de Dios, pero el hecho es que *la Palabra de Dios* se convirtió en una de las expresiones más corrientes de los judíos. Era una frase que cualquier judío devoto reconocería, porque la oiría muy a menudo en la sinagoga cuando se leía la Escritura. Cualquier judío estaría acostumbrado a la expresión *la Memra,* que era como se decía en arameo.

(iv) En este punto tenemos que fijarnos más en algo que ya mencionamos en la introducción. La palabra griega para *palabra* es *logos;* pero *logos* no sólo quiere decir *palabra,* sino también *razón.* Para Juan, y para todos los grandes pensadores que usaban esta idea, estos dos significados estaban íntimamente entrelazados. Siempre que usaban la palabra *Logos,* tenían en mente las dos ideas: la Palabra de Dios y la Razón de Dios.

Los judíos tenían un género literario que se llama *La literatura sapiencial,* o *de la sabiduría,* que contenía los escritos de los sabios de Israel. No son por lo general especulativos ni filosóficos, sino de sabiduría práctica para la vida y los quehaceres cotidianos. El gran ejemplo de la literatura sapiencial en el Antiguo Testamento es el *Libro de los Proverbios,* en el cual hay ciertos pasajes que le atribuyen un misterioso y eterno poder vivificador a *la Sabiduría (Sofía).* En esos pasajes, la Sabiduría aparece, como si dijéramos, personificada, y se concibe como el Agente eterno y colaborador de Dios. Hay tres pasajes principales.

El primero está en *Proverbios 3:13-26.* Nos fijaremos especialmente en los versículos 18-20:

> *«Ella es árbol de vida a los que de ella echan mano,*
> *y bienaventurados los que la retienen.*
> *El Señor, con sabiduría fundó la Tierra;*
> *estableció los cielos con inteligencia.*
> *Con Su ciencia los abismos fueron divididos,*
> *y destilan rocío las nubes.»*

Recordemos que *Logos* quiere decir *Palabra* y también *Razón.* Ya hemos visto lo que pensaban los judíos de la Palabra poderosa y creativa de Dios. Aquí vemos cómo empieza a surgir el otro aspecto. *La Sabiduría* es el agente de Dios en la iluminación y en la creación; y *la Sabiduría* y *la Razón* son la misma cosa. Ya hemos visto lo

importante que era *Logos* en el sentido de *la Palabra;* ahora vemos cómo empieza a serlo en el sentido de *la Sabiduría* o *la Razón.*

El segundo pasaje importante está en *Proverbios 4:5-13,* del que destacamos:

> *«Retén la instrucción, no la abandones;*
> *guárdala, porque ella es tu vida»* (13).

La Palabra es *la luz* de los hombres, y *la Sabiduría* es *la vida* de los hombres. Las dos ideas se amalgaman entre sí rápidamente ahora.

El pasaje más importante está en *Proverbios 8:1–9:2,* del que destacamos especialmente esto que dice la Sabiduría:

> *«El Señor me estableció al principio de Su obra,*
> *al comienzo de Sus obras primigenias.*
> *Hace siglos fui establecida, al inicio,*
> *antes que empezara la Tierra.*
> *Fui dada a luz cuando no había abismos,*
> *cuando no había fuentes con caudales de agua.*
> *Antes de que se formaran las montañas,*
> *cuando no eran ni colinas fui dada a luz;*
> *aún no había hecho Él la Tierra, con sus campos,*
> *y ni siquiera había empezado el polvo del mundo.*
> *Cuando desplegó los cielos, yo estaba allí,*
> *cuando trazó su bóveda sobre la haz del abismo;*
> *cuando sujetó los cielos por arriba;*
> *cuando estableció las fuentes del océano;*
> *cuando le asignó sus límites al mar*
> *para que las aguas no pasen sus fronteras;*
> *cuando marcó los cimientos de la tierra,*
> *entonces yo estaba con Él como Su encargado,*
> *y era Su delicia día a día,*
> *gozando siempre de Su presencia.»*
>
> (Proverbios 8:22-30).

Cuando leemos este pasaje percibimos un eco tras otro de lo que Juan dice de *la Palabra* en el primer capítulo de su evangelio. *La Sabiduría* tenía esa existencia eterna, esa función iluminadora, ese

poder creador que Juan atribuía a *la Palabra,* el *Logos,* con el que identificaba a Jesucristo.

El desarrollo de la idea de *la Sabiduría* no se detuvo allí. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos se siguió produciendo esta clase de literatura sapiencial. Contenía tanta sabiduría concentrada y extraía tanto de la experiencia de los sabios, que era una inapreciable guía para la vida. En particular se escribieron dos libros muy notables que están entre los deuterocanónicos y que no le hará ningún daño a nadie el leer.

(*a*) El primero se llama *Eclesiástico (Ben Sirá),* en la Biblia del Oso *El libro de la Sabiduría de Jesús hijo de Sirach, llamado comúnmente Ecclesiástico.* También encontramos en él mucho acerca de esta gran concepción de la Sabiduría creativa y eterna de Dios.

> *La arena de las playas y las gotas de la lluvia,*
> *y los días de las edades, ¿quién los podrá contar?*
> *La altura de los cielos, la anchura de la Tierra*
> *y la profundidad del océano, ¿quién los descubrirá?*
> Antes que nada fue creada la Sabiduría,
> *la inteligencia y la prudencia son desde siempre»*
>
> *(Eclesiástico 1:1-10).*

> *«Yo procedía de la boca el Altísimo,*
> *y cubría la Tierra como una niebla.*
> *Yo habitaba en las alturas,*
> *y tenía mi trono en los pilares de las nubes.*
> *Yo sola rodeaba la bóveda celeste*
> *y paseaba por las profundidades del océano»*
>
> *(Eclesiástico 24:3-5).*

> *«Me creó antes que empezaran las edades,*
> *y no decaeré jamás»*
>
> *(Eclesiástico 24:9).*

Aquí encontramos otra vez a la Sabiduría como el poder eterno y creador que estaba al lado de Dios en los días de la creación y al principio del tiempo.

(*b*) *Eclesiástico* se escribió en Palestina hacia el año 100 a.C.; y por el mismo tiempo se escribió en Alejandría, Egipto, un libro

igualmente grande, que se conoce como *La Sabiduría de Salomón.* En él tenemos la más grande de todas las descripciones de *la Sabiduría. La Sabiduría* es el tesoro que usan los hombres para convertirse en amigos de Dios (7:14). *La Sabiduría* es el artífice de todas las cosas (7:22). Es el aliento poderoso de Dios, y una pura corriente que fluye del Todopoderoso (7:25). Puede hacerlo todo y hace todas las cosas nuevas (7:27).

Pero el autor hace mucho más que hablar de *la Sabiduría;* la identifica con *la Palabra:* para él las dos ideas son lo mismo. Puede hablar de *la Sabiduría de Dios* y de *la Palabra de Dios* en la misma frase y con el mismo significado. Cuando ora, Le dice a Dios:

> *«Oh Dios de mis padres, y Señor de la misericordia,*
> *Que has hecho todas las cosas con* Tu Palabra,
> *y formaste al hombre por medio de Tu Sabiduría» (9:1s).*

Puede hablar de *la Palabra* casi como hablaría Juan:

> *«Cuando todo estaba sumido en un silencio reposado,*
> *y aquella noche estaba en medio de su rápida carrera,*
> Tu Palabra todopoderosa *se abalanzó desde el Cielo,*
> *desde su regio trono, como fiero hombre de guerra,*
> *en medio de la tierra de la destrucción;*
> *llevaba como espada aguda tu firme mandamiento,*
> *y, erguido, lo llenó todo de muertos,*
> *de pie en la Tierra y alcanzaba al Cielo» (18:14-16).*

Para el autor del *Libro de la Sabiduría,* la Sabiduría era el poder eterno, creador e iluminador de Dios; *la Sabiduría* y *la Palabra* eran una y la misma cosa. Fueron *la Sabiduría* y *la Palabra* los instrumentos y agentes de Dios en la creación, y las que traen siempre la voluntad de Dios a la mente y al corazón de las personas.

Así es que, cuando Juan estaba buscando la manera de presentar el Evangelio, encontró en su propia fe y en la literatura de su propio pueblo la idea de *la Palabra,* la palabra sencilla que no es en sí misma meramente un sonido, sino algo dinámico, *la Palabra* de Dios por medio de la cual Dios creó el mundo, *la Palabra* de los targumîm que expresaba la misma idea de la acción de Dios, *la Sabiduría* de la literatura sapiencial, que era el poder eterno, creador e iluminador

de Dios. Así pues, Juan decía: «Si quieres ver esa *Palabra* de Dios, si quieres ver el poder creador de Dios, si quieres ver esa *Palabra* que llamó al mundo a la existencia y que da la luz y la vida a todo ser humano, *mira a Jesucristo.* En Él *la Palabra de Dios* vino entre vosotros.»

EL TRASFONDO GRIEGO

Empezamos viendo que el problema de Juan no era cómo presentar el Evangelio al mundo judío, sino cómo presentárselo al mundo griego. Entonces, ¿cómo encajaba esta idea de *la Palabra* en el pensamiento griego? ¡Ya estaba allí, esperando que la usaran! En el pensamiento griego, la idea de *la Palabra* empezó tan atrás como alrededor del año 560 a.C. y, para mayor sorpresa, precisamente en Éfeso, donde se escribió el Cuarto Evangelio.

En el año 560 a.C. había un filósofo efesio llamado Heráclito, cuya idea fundamental era que todo está en un estado de flujo. Todo cambiaba de día en día y de momento en momento. La ilustración famosa que usaba era que es imposible meterse dos veces en el mismo río: te metes en un río, y te sales; si te metes otra vez, ya no es el mismo río, porque el agua ha seguido fluyendo, y ahora el río es diferente. Para Heráclito, así era todo: todo estaba en un constante cambiante estado de flujo. Pero, si así eran las cosas, ¿por qué no era la vida un completo caos? ¿Cómo puede tener ningún sentido un mundo en el que hay un constante fluir y cambiar?

La respuesta de Heráclito era: Todo este cambio y flujo no es casual; está controlado y ordenado siguiendo un esquema continuo todo el tiempo; y lo que controla el esquema es el *Logos, la Palabra, la Razón de Dios.* Para Heráclito, el *Logos* era el principio de orden bajo el cual seguía existiendo el universo. Heráclito iba aún más lejos: mantenía que no había sólo un esquema en el mundo físico, sino también en el mundo del acontecer. Mantenía que nada va a la deriva; en todas las vidas y en todos los sucesos hay un propósito, un plan, un diseño. ¿Y qué era lo que controlaba los sucesos? Una vez más, la respuesta era que el *Logos.*

Heráclito se acercó todavía más al fondo de la cuestión. ¿Qué era lo que, individualmente y en cada uno de nosotros, nos hacía ver la

diferencia entre el bien y el mal? ¿Qué nos capacitaba para pensar y razonar? ¿Qué nos permitía escoger el bien, y reconocer la verdad cuando la veíamos? De nuevo Heráclito daba la misma respuesta: Lo que le daba a una persona la razón y el conocimiento de la verdad y la habilidad para discernir entre el bien y el mal era el *Logos* de Dios que moraba en su interior. Heráclito mantenía que en el mundo de la naturaleza y en el del acontecer «todas las cosas suceden de acuerdo con el *Logos,»* y que en cada persona «el *Logos* es el juez de la verdad.» El *Logos* no era sino la Mente de Dios que está en control del universo y de cada persona individual.

Una vez que los griegos descubrieron esta idea, ya no la dejaron escapar. Les fascinaba; especialmente a los estoicos. El orden que reina en el universo los tenía sumidos en la más sincera admiración. El orden implica la existencia de una Mente. Los estoicos se preguntaban: «¿Qué es lo que mantiene a las estrellas en sus cursos? ¿Qué es lo que produce el flujo y reflujo de las mareas? ¿Qué es lo que hace que los días y las noches se sucedan indefectiblemente? ¿Qué es lo que produce el orden inalterable de las estaciones?» Y respondían: «Todas las cosas están bajo el control del *Logos* de Dios. El *Logos* es el poder que hace que todo tenga sentido, que hace que el mundo sea un orden en vez de un caos, el poder que puso el mundo en movimiento y que lo mantiene en perfecto orden. El *Logos* —decían los estoicos— lo impregna todo.»

Aún nos queda otro nombre en el mundo griego que no podemos pasar por alto. Había en Alejandría un judío llamado Filón, que había dedicado la vida a estudiar la sabiduría de dos mundos: el judío y el griego. No había quien le dejara atrás en el conocimiento de las Escrituras de Israel; y ningún judío le alcanzaba en el conocimiento del pensamiento griego en toda su grandeza. Él también conocía, y usaba, y amaba esta idea del *Logos, la Palabra, la Razón de Dios.* Él mantenía que el *Logos* era lo más antiguo del mundo, y el Instrumento por medio del cual Dios lo había hecho todo. Decía que el *Logos* era el pensamiento de Dios estampado en el universo; hablaba del *Logos,* por medio del cual Dios había hecho el universo y todas las cosas; decía que Dios, el piloto del universo, tenía *el Logos* como timón con el que navegaba todas las cosas.

Decía que la mente humana también estaba estampada con *el Logos,* y que *el Logos* era lo que le confería al hombre la razón y la capacidad de pensar y de conocer. Decía que el *Logos* era el intermediario entre Dios y el mundo, y que el *Logos* era el sacerdote que introducía el alma a Dios.

El pensamiento griego sabía todo lo que se podía saber del *Logos;* veía en él el poder creador y guiador y director de Dios, el poder que había hecho y que mantenía el universo. Así es que Juan se dirigía a los griegos y les decía: «Lleváis siglos pensando, y escribiendo, y soñando acerca del *Logos,* el poder que hizo el mundo y lo mantiene en orden; el poder por el que piensan, y razonan, y saben los hombres; el poder por el que los hombres se pueden poner en contacto con Dios. Jesús es ese *Logos,* que ha venido a la Tierra.» «La Palabra —decía Juan— se hizo carne.» Esto lo podríamos decir de otra manera: «La Mente de Dios se hizo una Persona.»

AL JUDÍO, Y TAMBIÉN AL GRIEGO

Los judíos y los griegos habían ido recorriendo el camino hacia la concepción del *Logos,* la Mente de Dios que hizo el mundo y que hace que tenga sentido. Así que Juan se dirigió a los judíos y a los griegos para decirles que, en Jesucristo, esta Mente de Dios creadora, iluminadora, controladora y sustentadora, había venido a la Tierra. Juan fue a decirles que ya no tenían que andar a tientas, sino que todo lo que tenían que hacer era mirar a Jesús para ver en Él la Mente de Dios.

LA PALABRA ETERNA

Juan 1:1-2

> *Cuando el mundo empezó a existir, la Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios.*

El principio del evangelio de Juan tiene tal importancia y profundidad de sentido que debemos estudiarlo casi versículo por versículo. La gran idea de Juan es que Jesús no es sino la Palabra creadora, vivificadora e iluminadora de Dios, y la Razón de Dios que

sostiene el mundo, que ha venido a la Tierra en forma humana y corporal.

Aquí, al principio, Juan dice tres cosas acerca de la Palabra, es decir, acerca de Jesús.

(i) La Palabra ya estaba allí en el mismo principio de todas las cosas. Juan se remonta con el pensamiento al primer versículo de la Biblia: «En el principio creó Dios los cielos y la Tierra» *(Génesis 1:1).* Lo que Juan nos está diciendo es esto: La Palabra no es una de las cosas creadas; la Palabra ya existía cuando empezó la creación; la Palabra no es una parte del mundo que empezó a existir en un tiempo; la Palabra es parte de la eternidad y estaba con Dios antes que empezaran el tiempo y el universo. Juan está pensando en lo que se conoce como *la preexistencia de Cristo.*

En muchos sentidos esta idea de la preexistencia es muy difícil, si no imposible, de captar. Pero representa algo muy sencillo, muy práctico y muy tremendo. Si la Palabra estaba con Dios antes que empezara el tiempo, si la Palabra es parte del esquema eterno de las cosas, esto quiere decir que *Dios ha sido siempre como Jesús.* Algunas veces se ha pensado que Dios era severo y vengativo; y que lo que hizo Jesús cambió la ira de Dios en amor y alteró Su actitud hacia la humanidad. El Nuevo Testamento no sabe nada de esa idea. Lo que todo el Nuevo Testamento nos dice, y especialmente este pasaje de Juan, es que Dios ha sido siempre como Jesús. Lo que hizo Jesús fue abrir una ventana en el tiempo para que pudiéramos ver el amor eterno e inalterable de Dios.

Entonces podríamos muy bien preguntarnos: «¿Y qué pasa con algunas de las cosas que leemos en el Antiguo Testamento? ¿Qué de los pasajes en los que se dice que Dios mandó arrasar ciudades enteras y matar a hombres, mujeres y niños? ¿Qué de la ira, y de los celos de Dios de los que leemos a veces en las partes más antiguas de la Escritura? La respuesta es: No es Dios el Que ha cambiado, sino nuestro conocimiento de Dios. Esas cosas se escribieron porque entonces no se tenía un conocimiento mejor; hasta ahí habían llegado en su conocimiento de Dios.

Cuando un niño está estudiando una asignatura tiene que ir aprendiéndola por etapas. No empieza por el conocimiento total, sino por lo que puede comprender, y de ahí va pasando a más.

Cuando empieza con la apreciación de la música, lo primero que le dan a escuchar no es un preludio o una fuga de Bach, sino algo mucho más sencillo; y luego va comprendiendo más por etapas. Así sucedía con los hombres y Dios. Sólo en parte podían captar y entender la naturaleza de Dios y Sus caminos. Fue sólo cuando vino Jesús cuando vieron total y perfectamente cómo ha sido Dios *siempre.*

Se cuenta que una chiquilla tuvo que enfrentarse una vez con algunos de los pasajes más sangrientos y salvajes del Antiguo Testamento, y comentó: «¡Pero todo eso pasó antes de que Dios se hiciera cristiano!» Si podemos decirlo así con toda reverencia, cuando Juan dice que la Palabra siempre estuvo allí, está diciendo que Dios siempre ha sido cristiano. Nos está diciendo que Dios siempre ha sido, y es, y será como Jesús. Pero la humanidad no lo podía saber ni se podía dar cuenta hasta que vino Jesús.

(ii) Juan sigue diciendo que *la Palabra estaba con Dios.* ¿Qué quería decir con eso? Quería decir que siempre ha habido la más estrecha conexión entre la Palabra y Dios. Vamos a decirlo de una manera más sencilla: Siempre ha habido la más íntima conexión entre Jesús y Dios. Eso quiere decir que nadie nos puede decir cómo es Dios, cuál es la voluntad de Dios para nosotros, cómo son el amor y el corazón y la Mente de Dios nada más que Jesús.

Vamos a poner un ejemplo humano sencillo. Si de veras queremos saber lo que una persona piensa y siente sobre algo, y no tenemos acceso a ella, no vamos a alguien que no es más que un conocido lejano suyo o que hace poco que la conoce, sino a uno que sabemos que es su amigo íntimo de muchos años. Ese será capaz de interpretarnos de veras la mente y el corazón de la otra persona.

Algo así es lo que Juan nos está diciendo de Jesús. Nos está diciendo que Jesús ha estado siempre con Dios. Vamos a usar el lenguaje humano, porque es el único que podemos usar. Juan está diciendo que Jesús tiene tal intimidad con Dios que Dios no tiene secretos con Él; y que, por tanto, Jesús es la única Persona en todo el universo que nos puede revelar cómo es Dios y lo que siente acerca de nosotros.

(iii) Por último, Juan nos dice que *la Palabra era Dios.* Este es un dicho difícil de entender para nosotros; y es difícil porque el griego, la lengua en que escribió Juan, tiene una manera de decir las cosas que es diferente del español. Cuando se usa un nombre en griego, casi siempre se le antepone el artículo determinado. La palabra para Dios es *theós,* y el artículo determinado correspondiente es *ho.* Cuando se habla de Dios en griego, no se usa solamente *theós,* sino *ho theós.* Ahora bien, cuando no se usa el artículo determinado con un nombre, ese nombre se usa como adjetivo. Juan no dijo que la Palabra era *ho theós,* lo que habría querido decir que la Palabra era *el mismo que* Dios. Dijo que la Palabra era *theós* —sin artículo definido—, lo que quiere decir que la Palabra era, podríamos decir, del mismo carácter y cualidad y esencia y ser que Dios. Cuando Juan dijo que *la Palabra era Dios,* no estaba diciendo que Jesús es *el mismo* que Dios, sino que Jesús es *lo mismo* que Dios. De dos personas íntimamente compenetradas se dice que piensan y sienten lo mismo de tal manera que, si se conoce a una, es como si se conociera a la otra. Jesús está tan íntima y totalmente identificado con Dios en pensamientos, sentimientos y carácter que, conociéndole a Él, conocemos perfectamente a Dios.

Así pues, al principio mismo de su evangelio Juan asegura que en Jesús, y sólo en Él, se ha revelado perfectamente a la humanidad todo lo que Dios ha sido siempre y siempre será, y todo lo que siente sobre los hombres y desea para ellos.

EL CREADOR DE TODAS LAS COSAS

Juan 1:3

> *Fue el Agente por medio de Quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una sola que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de Él.*

Puede que nos parezca extraño que Juan haga tanto hincapié en la manera que se creó el mundo; y puede que también nos lo parezca el que conecte tan definidamente a Jesús con la obra de la creación. Pero tenía que hacerlo a causa de ciertas tendencias que había en el pensamiento de su tiempo.

En los días de Juan había una herejía que se llamaba *el gnosticismo.* Su característica era que se trataba de un enfoque intelectual y filosófico al Cristianismo. A los gnósticos no les era suficiente con las creencias sencillas de cualquier cristiano corriente. Trataban de construir un sistema filosófico del Cristianismo. Tenían problemas con la existencia del pecado y el mal y el dolor y el sufrimiento del mundo, así que diseñaron una teoría para explicarlo. Esa teoría era como sigue.

En el principio existían dos realidades: la una era Dios, y la otra la materia. La materia había existido siempre, y fue la materia prima de la que se construyó el universo. Los gnósticos insistían en que esa materia era defectuosa e imperfecta. Podríamos decir que el mundo se inició mal desde el principio. Estaba hecho de unos materiales que ya contenían el germen de la corrupción.

Los gnósticos llegaban más lejos. Dios, decían, era espíritu puro, y como tal no podía tocar la materia, y menos aún una materia imperfecta. Por tanto, era imposible que Dios llevara a cabo la obra de la creación por Sí mismo. Lo que hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Dios que las anteriores; y, cuanto más se alejaban de Dios, menos Le conocían. Hacia la mitad de camino de la serie de emanaciones había una que no sabía nada en absoluto de Dios. A partir de ésa, las emanaciones empezaban a ser, no sólo ignorantes, sino hostiles a Dios. Por último había una emanación que estaba tan lejos de Dios que Le ignoraba totalmente y Le era totalmente hostil, y ésa fue el poder que creó el mundo; porque ya estaba tan lejos de Dios que podía tocar esta materia defectuosa y mala. El dios creador estaba totalmente distanciado y enemistado con el Dios real.

Los gnósticos dieron otro paso más: identificaron al dios creador con el Dios del Antiguo Testamento; y sostuvieron que el Dios del Antiguo Testamento era completamente distinto y distante del Dios y Padre de Jesucristo, del Que era enemigo.

En los tiempos de Juan se había extendido mucho esta clase de creencia. La gente creía que el mundo era malo, y que lo había creado un dios malo. Para combatir esta creencia, Juan establece aquí dos verdades cristianas básicas. De hecho, la relación de Jesús con la creación es algo que se repite en el Nuevo Testamento

precisamente por este trasfondo intelectual que divorciaba a Dios y al mundo en que vivimos. En *Colosenses 1:16,* Pablo escribe: «Porque en Él fueron creadas todas las cosas, en el Cielo y en la Tierra… todas fueron creadas por Él y para Él.» En *1 Corintios 8:6* escribe del Señor Jesucristo «por medio del Cual son todas las cosas.» El autor de *Hebreos* habla de Uno que era el Hijo, «por medio de Quien Dios hizo el universo» (1:2). Juan y los otros autores del Nuevo Testamento que escribieron estas cosas estaban subrayando dos grandes verdades.

(i) El Cristianismo siempre ha creído en lo que se llama *la creación partiendo de la nada.* No creemos que en Su creación del mundo Dios tuviera que usar una materia ajena y mala. No creemos que el mundo empezara ya con un defecto de fabricación, ni que tuviera su origen en Dios y en algo más. Nuestra fe es que detrás de todo está Dios, y sólo Él.

(ii) El Cristianismo siempre ha creído que este *mundo es de Dios*. Lejos de estar tan desconectado del mundo que no puede tener nada que ver con él, Dios está íntimamente comprometido con el mundo. Los gnósticos trataban de echarle la culpa al creador del mal que hay en el mundo. El Cristianismo cree que lo que no está como es debido en el mundo se debe al pecado humano. Pero, aunque el pecado ha causado destrozos en el mundo y le ha impedido llegar a ser lo que hubiera podido ser, no debemos nunca despreciar el mundo, porque es esencialmente de Dios. Si creemos esto, nos da un nuevo sentido del valor del mundo y de nuestra responsabilidad hacia él.

Se cuenta de una niña de los suburbios de una gran ciudad, que la llevaron a pasar un día en el campo. Cuando vio las margaritas en el bosque, preguntó: «¿Cree usted que a Dios le importará que coja unas pocas de Sus flores?» Este es el mundo de Dios; por eso, nada en él está fuera de Su control; y por eso, debemos usar todas las cosas dándonos cuenta de que pertenecen a Dios. El cristiano no le hace de menos al mundo creyendo que el que lo hizo era un dios ignorante y hostil, sino que lo glorifica recordando que Dios está en todas partes, detrás de todo y en todo. Cree que el Cristo que recrea el mundo fue el colaborador de Dios cuando el mundo fue

creado al principio y que, en la obra de la redención, Dios está tratando de recuperar algo que fue siempre Suyo.

LA VIDA Y LA LUZ

Juan 1:4

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

En una gran pieza de música, el compositor a menudo empieza exponiendo los temas que va a elaborar en el curso de su obra. Eso es lo que hace Juan aquí. *Vida* y *luz* son dos de las grandes palabras básicas sobre las que se construye el Cuarto Evangelio. Son dos de los temas principales que el evangelio se propone desarrollar y exponer. Vamos a considerarlas en detalle.

El Cuarto Evangelio empieza y termina con *la vida.* En el mismo principio leemos que en Jesús estaba *la vida;* y en el mismo final leemos que el propósito de Juan al escribir su evangelio era «que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis *vida* en Su nombre» (20:31). Esta palabra está continuamente en los labios de Jesús. Es Su sentido pesar que las personas no quieren venir a Él para tener *vida* (5:40). Es Su declaración que Él vino para que los hombres tuvieran *vida,* y la tuvieran en abundancia (10:10).

Él testifica que les da *vida* a las personas y que no perecerán jamás, porque nadie las podrá arrebatar nunca de Su mano (10:28). Se proclama el camino, la verdad y *la vida* (14:6). En el evangelio la palabra *vida (zôê)* aparece más de treinta y cinco veces, y el verbo *vivir* o *tener vida (zên)* más de quince. Así pues, ¿qué es lo que quiere decir Juan con *vida?*

(i) Quiere decir sencillamente que *vida* es lo contrario de destrucción, condenación o muerte. Dios envió a Su Hijo para que todos los que crean en Él no se pierdan, sino tengan *vida* eterna (3:16). El que oye y cree tiene *vida* eterna, y no está sujeto a juicio (5:24). Hay un contraste entre la resurrección para *la vida,* y la resurrección para *el juicio* (5:29). Aquellos a los que Jesús da *la vida* no perecerán jamás (10:28). Hay algo en Jesús que le da a uno seguridad en esta vida y en la por venir. Hasta que aceptamos a Jesús y Le tomamos como nuestro Salvador y Le entronizamos

como nuestro Rey no se puede decir que vivimos. El que vive una vida sin Cristo *existe,* pero no sabe lo que es *la vida.* Jesús es la única Persona que puede hacer que valga la pena vivir, y en Cuya compañía la muerte no es más que el preludio de una vida más plena.

(ii) Pero Juan está completamente seguro de que, aunque Jesús es el que nos trae esa *vida,* el que nos la da es Dios. Juan usa la frase *el Dios viviente* como el resto de la Biblia. Es la voluntad del Padre Que envió a Jesús que todos los que Le ven y creen en Él tengan vida (6:40). Jesús es el Que da la vida porque el Padre ha puesto Su propio sello de aprobación sobre Él (6:27). Él les da la vida a todos los que el Padre Le ha dado (17:2). Dios está en todo ello. Es como si Dios estuviera diciendo: «Yo he creado a los seres humanos para que tengan la vida real; a causa de su pecado, han dejado de vivir y sólo existen; Yo les he enviado a Mi Hijo para hacerles saber lo que es la vida real.»

(iii) Debemos preguntarnos qué es esa vida. Una y otra vez el Cuarto Evangelio usa la frase *vida eterna.* Ya trataremos del sentido completo de esa frase más tarde; pero de momento notaremos esto: La palabra que usa Juan para *eterna* es *aiônios.* Está claro que, sea lo que sea la *vida eterna,* no es simplemente una vida que no se acaba nunca. Una vida interminable podría ser una maldición terrible; muchas veces hay personas que claman por una liberación de la vida. En la vida eterna tiene que haber algo más que su *duración;* tiene que haber también *una calidad* de vida.

No se desea la vida a menos que sea una cierta clase de vida. Aquí tenemos la clave. *Aiônios* es el adjetivo que se usa a menudo para describir a Dios. En el verdadero sentido de la palabra, *sólo* Dios es *aiônios, eterno;* por tanto, *vida eterna es la vida de Dios.* Lo que Jesús nos ofrece de Dios es la misma vida de Dios. La vida eterna es la que experimenta algo de la serenidad y el poder de la vida de Dios mismo. Cuando vino Jesús ofreciendo a los hombres *la vida eterna,* estaba invitando a todo el mundo a entrar en la misma vida de Dios.

(iv) Entonces, ¿cómo entramos en esa vida? *Creyendo en Jesucristo.* La palabra *creer (pisteuein)* aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que setenta veces. «El que cree en el Hijo

tiene vida eterna» (3:36). «El que cree —dice Jesús— tiene la vida eterna» (6:47). La voluntad de Dios es que las personas vean al Hijo, y crean en Él, y tengan la vida eterna (5:24). ¿Qué quiere decir Juan con *creer?* Dos cosas.

(*a*) Quiere decir que debemos estar convencidos de que Jesús es real y verdaderamente el Hijo de Dios. Quiere decir que debemos hacer una decisión en relación con Él. Después de todo, si Jesús no fue nada más que un hombre, no hay razón para que Le demos la obediencia completa e implícita que Él demanda. Tenemos que pensarnos personalmente Quién era Jesús. Tenemos que mirarle, aprender acerca de Él, estudiarle, pensar en Él hasta llegar a la conclusión de que no es sino el Hijo de Dios.

(*b*) Pero es más que una convicción intelectual. Creer en Jesús quiere decir tomarle la palabra, aceptar Su programa como algo que nos obliga absolutamente, creer sin lugar a duda que lo que Él dice es verdad.

Para Juan, fe quiere decir la convicción de la mente de que Jesús es el Hijo de Dios, la confianza del corazón de que todo lo que dice es verdad y el fundamentar toda nuestra vida sobre la seguridad inquebrantable de que debemos tomarle la palabra. Cuando lo hacemos, dejamos de «existir» y empezamos a vivir. Nos enteramos de lo que quiere decir la Vida, con mayúscula.

LA VIDA Y LA LUZ

Juan 1:4 *(conclusión)*

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La segunda de las grandes palabras clave de Juan que nos encontramos aquí es la palabra *luz.* Esta palabra aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que veintiuna veces. Jesús es *la luz* de los hombres. La misión de Juan el Bautista era señalar a los hombres aquella *luz* que estaba en Cristo. Dos veces se llama Jesús a Sí mismo *la luz* del mundo (8:12; 9:5). Esta *luz* puede estar en los hombres (11:10), de manera que pueden llegar a ser hijos de *la luz* (12:36). «Yo he venido —dijo Jesús— como *la luz* al mundo» (12:46). Veamos si podemos entender algo de esta idea de *la luz* que trae Jesús al mundo. Hay tres cosas que sobresalen.

(i) *La luz* que trae Jesús es la que hace huir al caos. En la historia de la creación, Dios se movió sobre el caos oscuro e informe que había antes que empezara el mundo, y dijo: «Sea la luz» *(Génesis 1:3).* La recién creada luz de Dios derrotó al caos vacío al que vino. Así Jesús es *la luz que brilla en la oscuridad* (1:5). Él es la única Persona que puede salvar la vida de convertirse en un caos. Dejados a nosotros mismos estamos a merced de nuestras pasiones y temores.

Cuando Jesús amanece en la vida, viene la luz. Uno de los miedos más antiguos del mundo es el miedo a la oscuridad. Hay una historia de un niño que tenía que dormir en una casa desconocida. Su anfitriona, creyendo ser amable, le ofreció dejar la luz encendida cuando él se acostara. Cortésmente declinó el ofrecimiento. «Creía —le dijo la señora— que podrías tener miedo de la oscuridad.» «Oh no —replicó el muchacho—, ¿sabe usted? Es la oscuridad de Dios.» Con Jesús la noche resplandece a nuestro alrededor como el día.

(ii) *La luz* que trae Jesús es *una luz* reveladora. La condenación consistió en que los hombres amaron más la oscuridad que la luz; y lo hicieron porque sus obras eran malas; y odiaban *la luz* porque no querían que expusiera sus obras (3:19s). *La luz* que trae Jesús es lo que revela cómo son las cosas. Despoja de los disfraces y de los embozos; muestra las cosas en toda su desnudez, en su verdadero carácter y en su valor real.

Hace mucho, los cínicos decían que la gente aborrece la verdad porque es como la luz para los ojos irritados. En el poema de Caedmon hay una escena extraña. Es un cuadro del último día, y en el centro de la escena está la Cruz; y de ella fluye una extraña luz rojiza como la sangre, y esa misteriosa calidad de luz es tal que muestra las cosas tal como son. Lo externo, los disfraces, las coberturas exteriores son descubiertos y despojados, y todo queda revelado en la desnuda y terrible soledad de lo que es esencialmente.

Nunca nos vemos hasta que nos vemos a través de los ojos de Jesús. Nunca vemos cómo son nuestras vidas hasta que las vemos a la luz de Jesús. Jesús a menudo nos conduce a Dios revelándonos a nosotros mismos.

(iii) *La luz* que trae Jesús es *una luz* que guía. El que no tiene esa *luz* anda en tinieblas y no sabe adónde va (12:36). Cuando uno recibe esa *luz* y cree en ella, ya no anda en tinieblas (12:46). Una de las características de las historias del evangelio que no pueden pasar desapercibidas es el número de personas que vinieron corriendo a Jesús para preguntarle: «¿Qué es lo que tengo que hacer?» Cuando Jesús viene a una vida, se acaba el tiempo del suponer y del andar a tientas, el tiempo de la duda y de la inseguridad y de la vacilación. La senda que parecía oscura se vuelve luminosa; la decisión que estaba envuelta en una noche de incertidumbre se ilumina. Sin Jesús somos como los que van a tientas por una carretera desconocida en un apagón. Con Él, el camino es claro.

LA OSCURIDAD HOSTIL

Juan 1:5

> *Y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de apagarla.*

Aquí nos encontramos con otra de las palabras clave de Juan: *oscuridad (skotos, skotía).* Esta palabra aparece siete veces en el evangelio. Para Juan había *una oscuridad* en el mundo que era tan real como *la luz.*

(i) *La oscuridad* es hostil a *la luz. La luz brilla en* la oscuridad, que, por mucho que lo intente, no puede extinguirla. El hombre pecador ama *la oscuridad* y odia la luz, porque la luz descubre demasiadas cosas.

Puede que aquí Juan haya tomado prestado un pensamiento. Como sabemos, estaba dispuesto a salir y a adoptar ideas nuevas si así podía presentar y ofrecer el Evangelio a los hombres. La gran religión persa, el zoroastrismo, tenía por entonces una gran influencia en el pensamiento de muchos. Creía que había dos grandes poderes opuestos en el universo: el dios de la luz y el de la oscuridad, Ormuz y Ahrimán. Todo el universo era el campo de batalla en el conflicto eterno y cósmico entre la luz y la oscuridad; y tenía una importancia suprema en la vida qué lado se escogía.

Así que Juan está diciendo: «A este mundo ha venido Jesús, la luz del mundo; hay una oscuridad que tratará de eliminarle, de desterrarle de la vida, de extinguirle. Pero hay un poder en Jesús que es invencible. La oscuridad Le puede odiar, pero nunca se librará de Él.» Como se ha dicho en verdad: «Toda la oscuridad del mundo no puede extinguir la lucecita más pequeña. La luz inconquistable vencerá al fin a la oscuridad hostil. Juan está diciendo: «Elegid vuestro bando en el conflicto eterno, y elegid bien.»

(ii) *La oscuridad* representa la esfera natural de todos los que odian el bien. Son las personas que hacen el mal las que temen a la luz (3:19s). Los que tienen algo que esconder aman la oscuridad; pero es imposible esconderle nada a Dios. Su reflector barre la oscuridad y descubre los males que acechan en el mundo.

(iii) Hay algunos pasajes en los que *la oscuridad* parece representar a *la ignorancia,* especialmente esa ignorancia voluntaria que rechaza la luz de Jesucristo. Jesús dice: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en *la oscuridad»* (8:12). Les dice a Sus discípulos que la luz no estará con ellos más que un tiempo; que anden en la luz; porque si no, viene la oscuridad, y el que anda en la oscuridad no sabe adónde va (12:35). Jesús dice que vino con Su luz para que los hombres no tuvieran que vivir en *la oscuridad* (12:46). Sin Jesucristo nadie puede encontrar o ver el camino. Es como el que va con los ojos vendados o es ciego. Sin Jesucristo la vida se pierde. Goethe, cuando estaba muriendo, pedía: «¡Luz, más luz!» Y uno de los antiguos líderes escoceses les decía a sus amigos cuando estaba ya al final: «Encended el candil para que vea para morir.» Jesús es la luz Que le enseña a uno el camino, y que le ilumina el camino para que pueda dar cada paso.

Hay lugares en los que Juan usa esta palabra *oscuridad* en sentido figurado. La usa a veces refiriéndose a algo más que la falta de la luz terrenal. Nos habla de Jesús andando sobre el agua. Nos cuenta que los discípulos se habían embarcado en su barca y estaban cruzando el lago sin Jesús; y entonces dice Juan: «*Y la oscuridad ya había caído,* y Jesús todavía no había venido a ellos» (6:17). Sin la presencia de Jesús, no había nada más que la oscuridad amenazadora. Nos cuenta la mañana de la Resurrección, y las horas que precedieron al momento en que los que habían amado a Jesús se dieron cuenta de que se había levantado de los muertos. Empieza la historia: «Ahora, el primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, *cuando estaba todavía oscuro»* (20:1). Ella estaba viviendo en aquel momento en un mundo que ella pensaba que había eliminado a Jesús; y un mundo así estaba oscuro. Cuenta la historia de la Última Cena. Cuenta que Judas se tomó el bocado que le dio Jesús y salió a llevar a cabo su terrible tarea y hacer los preparativos para traicionar a Jesús; y dice, con una especie de simbolismo terrible: «Así que, después de tomar el bocado, salió inmediatamente; *y era de noche»* (13:30). Judas salía a la noche de una vida que había traicionado a Cristo.

Para Juan, una vida sin Cristo era una vida en la oscuridad. *La oscuridad* quiere decir la vida sin Cristo, y especialmente para los

que Le han vuelto la espalda.

Antes de dejar este versículo hay otra cosa que debemos notar. La palabra que hemos traducido aquí *apagar* es en griego *katalambanein,* que puede tener tres significados.

(*a*) Puede querer decir que la oscuridad no *entendió* nunca la luz (cp. R-V antigua: «mas las tinieblas no la comprendieron»). En cierto sentido la gente del mundo es que sencillamente no puede entender las demandas de Cristo y el camino que Cristo le ofrece. Le parece un absurdo. Nadie puede entender a Cristo si no se somete a Él antes.

(*b*) Puede querer decir que la oscuridad nunca *venció* a la luz (R-V60: «no prevalecieron contra ella»). *Katalambanein* puede querer decir *perseguir hasta que se alcanza o adelanta y así se domina y se vence*. Esto podría querer decir que la oscuridad del mundo había hecho todo lo posible para eliminar a Jesucristo, hasta el punto de crucificarle, pero nunca podría destruirle. Tal vez aquí se hace referencia al Cristo crucificado y vencedor.

(*c*) Puede usarse de *extinguir un fuego o una luz.* Ese es el sentido en que la hemos tomado aquí. Aunque el mundo hizo todo lo posible para oscurecer o extinguir la luz de Dios en Cristo, no la pudieron sofocar. En cada generación la luz de Cristo todavía brilla a pesar de los esfuerzos que se hacen para extinguir Su llama.

EL TESTIGO DE JESUCRISTO

Juan 1:6-8

> *Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz.*

Tal vez nos extrañe que a Juan el Bautista no le dé Juan tanta importancia como los otros evangelios. Tiene su explicación. Juan era una voz profética; hacía cuatrocientos años que no se había escuchado la voz de la profecía, y en Juan volvió a resonar. Parece que algunas personas se entusiasmaron con él hasta tal punto que le dieron un puesto más elevado que el que le correspondía. De hecho, hay indicaciones de que hubo una secta que puso a Juan el

Bautista en el lugar más alto. Encontramos un eco de esto en *Hechos 19:3-4.* Fue precisamente en Éfeso donde se nos dice que Pablo encontró a unos «discípulos» que no sabían nada de lo que vino después del bautismo de Juan. No es que el Cuarto Evangelio quisiera minimizar a Juan, sino simplemente que el evangelista sabía que había algunas personas que le daban a Juan el Bautista el lugar que sólo corresponde al mismo Jesús.

Así es que en todo el Cuarto Evangelio Juan tiene cuidado de especificar que el lugar de Juan el Bautista en el plan de Dios era alto, pero subordinado al lugar de Cristo. Aquí especifica que Juan no era la luz, sino solamente un testigo de la luz (1:8). Nos muestra a Juan rechazando la idea de que él pudiera ser el Cristo, o ni siquiera el gran Profeta que prometió Moisés (1:20). Cuando los judíos le vinieron a decir a Juan que Jesús había empezado Su carrera como maestro, probablemente esperaban que Juan lo considerara una intrusión; pero el Cuarto Evangelio nos muestra a Juan rechazando la idea de que el primer puesto fuera suyo, y declarando que lo suyo era que Jesús creciera, y él decreciera (3:25-30). Se hace referencia a que Jesús estaba teniendo más éxito que Juan en su predicación (4:1). Se menciona que la gente decía que Juan no había hecho las maravillas que hacía Jesús (10:41).

En alguna parte de la Iglesia había un grupo de personas que querían darle a Juan el Bautista una importancia excesiva. Él mismo no dio pie para aquella actitud, sino hizo todo lo posible para desanimarla; pero el Cuarto Evangelio sabía de la existencia de tal tendencia, y tomó medidas para protegerse. Todavía puede suceder que ciertas personas le den más importancia a un predicador que a Cristo. Todavía puede suceder que la mirada de la gente se fije en el heraldo más que en el Rey Que viene a anunciar. Juan el Bautista no tenía la menor culpa de lo que había sucedido; pero Juan el evangelista estaba decidido a no dejar que nadie desplazara a Cristo del lugar supremo que Le corresponde.

Es más importante fijarnos en que en este pasaje encontramos otra de las grandes palabras clave del Cuarto Evangelio: la palabra *testigo.* El Cuarto Evangelio nos presenta un testigo tras otro, no menos de ocho, del supremo puesto que corresponde a Jesucristo.

(i) Está el testimonio del *Padre.* Jesús dijo: «El Padre que Me envió ha dado testimonio de Mí» (5:37). «El Padre que Me envió da testimonio de Mí» (8:18). ¿Qué es lo que quería decir Jesús? Quería decir dos cosas.

(*a*) Quería decir algo que Le afectaba a *Él mismo.* En Su corazón Le hablaba la íntima voz de Dios, que no Le dejaba la menor duda acerca de Quién era Él y de lo que Dios Le había enviado a hacer. Jesús no consideraba que había sido Él el Que había elegido esa misión. Su íntima convicción era que Dios Le había enviado al mundo a vivir y a morir por la humanidad.

(*b*) Quería decir algo que afectaba a *la humanidad.* Cuando una persona se encuentra cara a cara con Cristo, siente la convicción íntima de que Él no es sino el Hijo de Dios. El Padre Tyrrell ha dicho que el mundo no puede escapar nunca de ese «extraño Hombre en la Cruz.» Esa fuerza interior que siempre nos hace volver los ojos a Cristo hasta cuando queremos olvidarle, esa voz interior que nos dice que este Jesús no es otro que el Hijo de Dios y el Salvador el mundo es el testimonio de Dios en lo íntimo del alma.

(ii) Está el testimonio de *Jesús mismo.* «Yo soy —dijo Él— el Que doy testimonio de Mí mismo» (8:18). «Aunque Yo doy testimonio acerca de Mí mismo —dijo—, Mi testimonio es verdad» (8:14). ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Su mejor testimonio era lo que Jesús era. Decía ser la luz y la vida y la verdad y el camino. Decía ser el Hijo de Dios y Uno con el Padre. Decía ser el Salvador y Maestro de la humanidad. A menos que Su vida y carácter fueran como eran, aquello habría sonado a demencia y blasfemia. Lo que Jesús era en Sí mismo era el mejor testigo de que lo que decía ser era verdad.

(iii) Está el testimonio de *Sus obras.* Él dice: «Las obras que el Padre Me ha concedido cumplir... dan testimonio de Mí» (5:36). «Las obras que Yo hago en nombre de Mi Padre, dan testimonio de Mí» (10:25). Después de decirle a Felipe que existe una total identidad entre el Padre y Él, Jesús añade: «Creedme por las mismas obras» (14:11). Uno de los pecados incomprensibles de los hombres es que han visto Sus obras y no han creído (15:24). Debemos darnos cuenta de una cosa: Cuando Juan hablaba de las obras de Jesús, no estaba refiriéndose *sólo* a Sus milagros; estaba

pensando en toda la vida de Jesús. No se refería solamente a Sus grandes momentos excepcionales, sino a cómo vivía Jesús todos los momentos del día. Jesús no podría haber realizado aquellas obras maravillosas si no hubiera estado en contacto más íntimo con Dios que los demás hombres de todos los tiempos; pero, igual: no podría haber vivido aquella vida de amor y piedad, compasión y perdón, servicio y ayuda en la vida de cada día si no hubiera estado en Dios y Dios en Él. No es haciendo milagros como podemos demostrar que pertenecemos a Cristo, sino viviendo una vida semejante a la Suya todos los momentos del día. Es en las cosas normales y corrientes en las que mostramos que pertenecemos a Él.

(iv) Está el testimonio que dan de Él *las Sagradas Escrituras.* Jesús dijo: «Escudriñáis las Escrituras porque creéis que tenéis en ellas la vida eterna; y son ellas las que dan testimonio de Mí» (5:39). «Si creyerais a Moisés me creeríais a Mí; porque él escribió de Mí» (5:46). Felipe estaba convencido de que había encontrado a Aquel de Quien escribieron Moisés y los profetas (1:45). A lo largo de toda la historia del pueblo de Israel, hombres y mujeres habían estado soñando con el día en que vendría el Mesías de Dios. Se habían tratado de hacerse una idea de cómo sería; y ahora, en Jesús de Nazaret, todos sus sueños e ideas y esperanzas se habían hecho realidad totalmente. Aquél a Quien el mundo estaba esperando, por fin había llegado.

(v) Está el testimonio *del último de los profetas,* Juan el Bautista. «Vino como testigo, para dar testimonio de la luz» (1:7-8). Juan dio testimonio de haber visto descender sobre Jesús al Espíritu Santo. Aquél en el que culminaba el testimonio de los profetas fue el que dio testimonio de Jesús como Aquél al Que señalaba todo el testimonio profético.

(vi) Está el testimonio de aquéllos con los que Jesús se puso en contacto. La mujer de Samaria dio testimonio de la intuición y del poder de Jesús (4:39). El que había nacido ciego dio testimonio de Su poder sanador (9:25, 38). Los que fueron testigos de Sus milagros testificaron de cómo se habían maravillado de lo que Jesús hacía (12:17). Hay una leyenda que nos cuenta que el Sanedrín buscaba testigos para condenar a Jesús. Vino una multitud de personas diciendo: «»Yo era leproso y me curó.» «Yo era ciego y me

dio la vista.» «Yo era sordo y me abrió los oídos.» Esa era precisamente la clase de testimonio que *no* quería el Sanedrín. En todas las épocas y generaciones ha habido una gran multitud de personas que estaban dispuestas a dar testimonio de lo que Cristo había hecho por ellos.

(vii) Está el testimonio de *los discípulos y especialmente del autor de este evangelio.* La comisión de Jesús a Sus discípulos fue precisamente: «Vosotros también sois mis testigos, porque habéis estado conmigo desde el principio» (15:27). El autor del evangelio es un testigo y garante personal de las cosas que cuenta. De la Crucifixión escribe: «El que lo vio ha dado testimonio, y su testimonio es verdad» (19:35). «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió estas cosas» (21:24). Lo que él cuenta no es lo que se dice por ahí, no algo que sabe de segunda mano, sino lo que él mismo ha visto y conoce por propia experiencia. El mejor testigo de todos es el que puede decir: «Esto es verdad, porque yo lo sé por propia experiencia.»

(viii) Está el testimonio el *Espíritu Santo.* «Cuando venga el Consolador... el Espíritu de la verdad... dará testimonio de Mí» (15:26). Juan escribe en la *Primera Epístola:* «Y el Espíritu es el testigo, porque el Espíritu es la verdad» *(1 Juan 5:6).* Para los judíos, el Espíritu tenía dos funciones: traía la verdad de Dios a los hombres, y les permitía reconocer esa verdad cuando la veían. Es la obra del Espíritu Santo dentro de nuestro corazón lo que nos permite reconocer a Jesús como el Que es y confiar en Él por lo que puede hacer.

Juan escribió su evangelio para presentar un testimonio incontestable de que Jesucristo es la Mente de Dios plenamente revelada a la humanidad.

LA LUZ DE TODAS LAS PERSONAS

Juan 1:9

> *El Que sí era la luz real era el Que, en Su venida al mundo, da la luz a todas las personas.*

Aquí Juan usa una palabra muy significativa para describir a Jesús: dice que Jesús era la luz *real.* En griego hay dos palabras

que se parecen mucho. La versión Reina-Valera usa *verdadero/a* para las dos; pero tienen diferentes matices. La primera palabra es *alêthês,* que quiere decir *verdadero* como opuesto a *falso;* es la palabra que usaríamos para decir que una aseveración es verdad. La segunda palabra es *alêthinós,* que quiere decir *real* o *genuino,* opuesto a *irreal.*

Así pues, lo que Juan está diciendo es que Jesús es la luz real que viene a iluminar a la humanidad. Antes de que Jesús viniera, había otras luces que seguían las personas. Algunas eran parpadeos de la verdad; otras, vislumbres fugaces de la realidad; otras, fuegos fatuos, o meras luciérnagas... Todavía existen las luces fugaces, y los fuegos artificiales, y quienes se conforman con ellos; pero sólo Jesús es la luz genuina, la luz real que guía a las personas en su camino.

Juan dice que Jesús, al venir al mundo, trajo a la humanidad la luz real. Su venida fue como un destello de luz, como la venida de la aurora. Cierto viajero nos dice que se encontraba una vez en Italia, en una colina que mira a la bahía de Nápoles: estaba tan oscuro que no se podía ver nada; pero de repente hubo un relámpago, y todo se iluminó con todo detalle. Cuando Jesús vino a este mundo la luz real iluminó todo lo que antes había estado sumido en tinieblas.

(i) Su venida disipó las sombras de *la duda.* Hasta que él vino todo lo que se sabía de Dios eran suposiciones. «Es difícil descubrir nada de Dios —dijo uno de los griegos—; y cuando has descubierto algo es imposible comunicárselo a otro.» Para los paganos, o Dios moraba en tinieblas inescrutables, o en una luz deslumbradora e inaccesible. Pero cuando vino Jesús la humanidad pudo ver con toda claridad cómo es Dios. Las sombras y las nieblas huyeron; los días de las suposiciones se acabaron; ya no hubo necesidad de seguir en un agnosticismo melancólico. Se hizo la luz.

(ii) Su venida disipó las sombras de *la desesperación.* Jesús vino a un mundo que estaba sumido en la desesperación. «La humanidad —decía Séneca— es consciente de su indefensión en las cosas fundamentales.» Las personas anhelaban una mano que se les tendiera para levantarlas. «Odian sus pecados, pero no se pueden librar de ellos.» La humanidad desesperaba de hacerse a sí misma o al mundo mejores. Pero con la venida de Jesús entró en la

vida un nuevo poder. Jesús no sólo trajo conocimiento, sino también poder. Vino no sólo para indicar el buen camino, sino para capacitarnos para andar por él. Nos dio no sólo instrucción, sino una presencia con la que todo lo que era imposible se hizo posible. La oscuridad del pesimismo y de la desesperación desaparecieron para siempre.

(iii) Su venida disipó las tinieblas de *la muerte.* El mundo antiguo le tenía pánico a la muerte. Lo mejor que se podía pensar de ella era la aniquilación, y el alma humana se estremecía al pensarlo. Lo peor era una eternidad de torturas en manos de los dioses que fuera, y el alma humana tenía miedo. Pero Jesús, con Su venida, con Su vida y con Su muerte y Su Resurrección ha demostrado que la muerte no tiene que ser más que la entrada a una vida más plena. La tiniebla se ha dispersado. Stevenson tiene una escena en una de sus historias en la que traza el cuadro de un joven que ha quedado con vida milagrosamente después de un duelo en el que estaba seguro de que le iban a matar. Al alejarse, su corazón va cantando: «La amargura de la muerte ha pasado.» Gracias a Jesús la amargura de la muerte puede haber pasado para todos los seres humanos.

Además, Jesús es la luz que alumbra a *todas las personas* que vienen a este mundo. El mundo antiguo era excluyente. Muchos judíos odiaban a los gentiles y decían que los gentiles no habían sido creados nada más que para servir de leña en el infierno. Es verdad que hubo profetas que vieron que la misión de Israel era ser una luz para los gentiles *(Isaías 42:6; 49:6),* pero esa era una misión que la mayoría del pueblo rehusaba asumir. El mundo griego nunca soñó que el conocimiento fuera para toda la humanidad. El mundo romano despreciaba a los bárbaros, los salvajes que vivían sin ley. Pero Jesús vino para ser la luz de *todos.* Sólo el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo tiene un corazón suficientemente grande para albergar a todo el mundo.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-11

Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mundo llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su

propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.

Juan tenía en mente dos pensamientos al escribir este pasaje.

(i) Estaba pensando en el tiempo antes de que Jesucristo viniera al mundo en cuerpo. *El Logos* de Dios había estado activo en el mundo desde el principio del tiempo. *La Palabra* creadora y dinámica de Dios había hecho que el mundo llegara a existir al principio; y desde entonces siempre había sido *la Palabra, el Logos, la Razón* de Dios, el/la Que ha mantenido el universo como un conjunto ordenado y al ser humano como una persona racional. Si la humanidad hubiera tenido sentido para verle, *el Logos* siempre Se podía reconocer en el universo.

La Confesión de Fe de Westminster empieza diciendo que «las luces de la naturaleza, y las obras de la creación y de la providencia manifiestan la bondad, la sabiduría y el poder de Dios de tal manera que dejan sin justificación posible la incredulidad humana.» Hacía tiempo que Pablo había escrito que las cosas visibles del mundo están diseñadas por Dios de tal manera que guían el pensamiento humano a las cosas invisibles, y que si la humanidad hubiera mirado al mundo con los ojos y el entendimiento abiertos, su pensamiento habría llegado inevitablemente a su Creador *(Romanos 1:19-20).* El mundo siempre ha sido tal que, mirado como es debido, conduciría hacia Dios a la mente humana.

En teología siempre se ha distinguido entre teología *natural* y teología *revelada.* La teología revelada trata de las verdades que nos llegan directamente de Dios en las palabras de los pro- fetas, las páginas de Su Libro y, supremamente, en Jesucristo. La teología natural trata de las verdades que el ser humano puede descubrir mediante su propia mente e inteligencia en el mundo en que vive. Si así es, ¿cómo podemos ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios, *la Mente* de Dios en el mundo en que vivimos?

(*a*) Debemos mirar *hacia fuera.* Siempre fue una idea fundamental de los griegos que, donde hay un orden, tiene que haber una mente. Cuando consideramos el universo vemos un orden maravilloso: los planetas siguen regularmente sus cursos; las marea se suceden conforme a un plan; la siembra y la siega, el verano y el invierno, el día y la noche observan un orden riguroso. No cabe duda de que

hay un orden en la naturaleza y, por tanto, está igualmente claro que debe de haber una Mente detrás de todo ello. Además, esa Mente tiene que ser superior a la mente humana, porque consigue resultados que ésta nunca puede conseguir. La mente humana no puede hacer que la noche siga al día, y viceversa; o que la semilla tenga poder para germinar y crecer. La mente humana no puede hacer ninguna criatura viva. Si hay orden en el mundo, tiene que haber una Mente; y, si en ese orden hay cosas que están por encima de la mente humana, esa Mente que está detrás del orden de la naturaleza tiene que estar por encima y más allá de la mente humana... Y así llegamos inevitablemente a Dios. Mirar fuera de nosotros al mundo es encontrarnos cara a cara con el Dios Que lo ha hecho.

(*b*) Debemos mirar *hacia arriba.* Nada demuestra el orden maravilloso del universo mejor que los movimientos de los cuerpos celestes. Los astrónomos nos dicen que hay tantas estrellas como granos de arena en las playas. Para decirlo en términos humanos, figuraos los problemas de tráfico que habrá en el cielo; y, sin embargo, los cuerpos celeste se mantienen en las rutas que se les han marcado y *se conducen* individual pero disciplinada y armoniosamente. Un astrónomo puede predecir al segundo y a la pulgada cuándo y dónde va a aparecer un cierto planeta, y puede decirnos cuándo y dónde se va a producir un eclipse de Sol dentro de cientos de años, y cuántos segundos va a durar. Se ha dicho que «ningún astrónomo puede ser ateo.» Cuando miramos hacia arriba vemos a Dios.

(*c*) Debemos mirar *hacia dentro.* ¿De dónde nos hemos sacado la capacidad de pensar, de razonar y de saber? ¿De dónde el conocimiento del bien y del mal? ¿Por qué sabe en lo más íntimo de su ser el más empedernido degenerado cuándo está haciendo lo que no debe? Kant dijo hace mucho que había dos cosas que le convencían de la existencia de Dios: el cielo estrellado sobre su cabeza y la ley moral en el fondo de su conciencia. No nos hemos dado a nosotros mismos ni la vida ni la razón que la guía y la dirige. Debemos nuestra existencia a algún Poder fuera de nosotros mismos. ¿De dónde vienen el remordimiento y el sentimiento de culpabilidad? ¿Por qué no podemos hacer lo que nos dé la gana y

sentirnos en paz? Cuando miramos hacia dentro encontramos lo que Marco Aurelio llamaba «el dios interior,» y lo que Séneca llamaba «el espíritu santo que reside en nuestras almas.» Nadie se puede entender aparte de Dios.

(*d*) Debemos mirar *hacia atrás.* Froude, el gran historiador, decía que la totalidad de la Historia es una demostración de la ley moral en acción. Los imperios surgen y desaparecen. Como escribió Kipling:

> *«Mirad: ¡Toda nuestra pompa de ayer es igual que la de Nínive o Tiro!»*

Y es un hecho constatado de la Historia que la degeneración moral y el desastre nacional van de la mano. «No hay nación —dijo George Bernard Shaw— que haya sobrevivido a la pérdida de sus dioses.» Toda la Historia es la demostración práctica de que hay Dios.

Así que, aunque Jesucristo no hubiera venido a este mundo corporalmente, todavía le habría sido posible a la humanidad ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios en acción. Pero, aunque la acción de *la Palabra* estaba a la vista de todo el mundo, la humanidad no La reconoció nunca.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-11 *(conclusión)*

> *Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mundo llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.*

(ii) Por último, *la Palabra* creadora y ordenadora de Dios vino a este mundo en la persona del hombre Jesús. Juan dice que *la Palabra* vino a Su propio hogar, pero los suyos no Le dieron la bienvenida. ¿Qué quiere decir con eso? Quiere decir que, cuando *la Palabra* de Dios entró en este mundo, no llegó a Roma o a Grecia o a Egipto o a los imperios del Oriente. *Vino a Palestina,* que era la tierra de Dios en un sentido especial, y a los judíos, que eran el pueblo escogido de Dios.

Los mismos nombres que se les dan a esa tierra y a ese pueblo en el Antiguo Testamento nos lo demuestran. A Palestina se la llama con frecuencia *la tierra santa (Zacarías 2:12; 2 Macabeos 1:7; Sabiduría 12:3).* Se la llama *la tierra del Señor;* Dios habla de ella como *Su tierra (Oseas 9:3; Jeremías 2:7; 16:18; Levítico 25:23).* A la nación de Israel se la llama «el especial tesoro» de Dios (Éxodo 19:5; Salmo 135:4), «pueblo santo para el Señor... pueblo especial» *(Deuteronomio 7:6),* «pueblo único» *(Deuteronomio 14:2),* «Su exclusiva posesión» *(Deuteronomio 26:18),* «porción» y «heredad» del Señor *(Deuteronomio 32:9).*

Jesús vino a una tierra que era especialmente la tierra de Dios, y a un pueblo que era especialmente el pueblo de Dios. Era de esperar que aquella nación le hubiera recibido con los brazos abiertos y con todas las puertas abiertas; que se le hubiera dado la bienvenida como a un viajero que llegara a su propia casa; o, más aún, como a un rey que llegara a su nación… *Pero Le rechazaron.* Le recibieron con odio en vez de con adoración.

Aquí tenemos la tragedia de un pueblo que había sido elegido y preparado para una tarea, y que se negó a cumplirla. Puede que unos padres ahorren y se sacrifiquen para darle a su hijo o a su hija una oportunidad en la vida, para que tenga una preparación para algún trabajo u oportunidad especial... y, cuando llega el momento, la persona por la que se sacrificó todo se niega a aprovechar la oportunidad o falla miserablemente al enfrentarse con el desafío. Ahí está la tragedia. Y eso fue lo que Le pasó a Dios.

Sería erróneo pensar que Dios no había preparado nada más que a Israel. Dios está preparando a todos los hombres, mujeres y niños de este mundo para alguna tarea que les tiene reservada. Cierto novelista cuenta la historia de una chica que se negaba a tocar las cosas sucias de la vida; cuando alguien le preguntó por qué, dijo: «Algún día va a venir algo realmente hermoso a mi vida, y quiero estar preparada.» La tragedia es que muchas personas rechazan la tarea que Dios les tiene reservada.

O, para decirlo de otra manera, que aún nos impacta más: son pocos los que llegan a ser lo que podrían haber sido; tal vez por letargo o pereza, por timidez o cobardía, por falta de disciplina o sobra de permisividad, por comprometerse con algo no tan bueno o

desviarse por algún colateral… El mundo está lleno de personas que no han hecho realidad las posibilidades que tenían. No hemos de pensar que la tarea que Dios tiene para nosotros haya de ser alguna hazaña heroica que despierte la admiración de todo el mundo. Puede que sea preparar a un niño para la vida; o, en un momento decisivo, decir la palabra necesaria y ejercer la influencia que puede impedir que alguien arruine su vida; o hacer algo sencillo superlativamente bien; o tocar las vidas de otros con las manos, la voz o la mente. El hecho es que Dios nos está preparando en todas las experiencias de la vida y cuenta con nosotros para *algo;* y muchos Le dejan en la estacada, y a lo mejor ni se dan cuenta de que Le están fallando.

Es terriblemente patético lo que se dice aquí: «Vino a Su propio hogar, y los suyos no le dieron la bienvenida.» Eso Le sucedió a Jesús hace mucho... y Le sigue sucediendo.

HIJOS DE DIOS

Juan 1:12-13

> *A todos los que sí Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Estos nacieron, no de la sangre ni de ningún impulso humano ni de la voluntad de ningún hombre, sino que su nacimiento fue de Dios.*

No todos rechazaron a Jesús cuando vino; hubo algunos que sí Le recibieron y Le dieron la bienvenida, y a esos les dio Jesús el derecho de llegar a ser hijos de Dios.

Hay un sentido en el que una persona no es hija de Dios por naturaleza, sino que tiene que *llegar a serlo.* Tenemos que pensarlo en términos humanos porque son los únicos de que disponemos.

Hay dos clases de hijos. Están los que jamás hacen nada más que aprovecharse de su hogar. A lo largo de su juventud se apropian de todo lo que el hogar les ofrece sin dar nada a cambio. Puede que sus padres trabajen y se sacrifiquen para darles la mejor oportunidad posible en la vida, y lo toman todo como un derecho, sin darse cuenta nunca de lo que están recibiendo, y sin hacer el menor esfuerzo por merecerlo o compensarlo. Cuando se marchan de la casa paterna no hacen el menor esfuerzo para mantenerse en contacto. El hogar ha cumplido su misión, y ahí termina la cosa. No reconocen ningún lazo que tengan que mantener, ni ninguna deuda que tengan que pagar. Son los hijos de sus padres, y a ellos les deben la existencia y lo que son; pero no reconocen ningún vínculo de amor o intimidad. Sus padres se lo han dado todo por amor, pero los hijos no les han dado nada a cambio.

Por otra parte hay hijos que siempre son conscientes de lo que sus padres han hecho y hacen por ellos, y aprovechan todas las oportunidades que se les presentan para demostrarles su agradecimiento y tratar de ser la clase de hijos que sus padres querían que fueran. A medida que pasan los años están cada vez más cerca de sus padres, con los que desarrollan una relación de confianza y amistad. Hasta cuando salen del hogar el vínculo permanece, y son conscientes de una deuda que nunca podrán pagar.

En el primer caso, los hijos cada vez están más lejos de los padres; en el segundo, cada vez más cerca. Todos son hijos, pero de manera diferente. Los del segundo grupo *llegan a ser* hijos de una manera que los otros no alcanzan.

Podemos ilustrar esta clase de relación desde otro punto de vista, distinto pero parecido. A un famoso profesor le mencionaron el nombre de un joven que se presentaba como discípulo suyo. Este dijo: «Puede que asistiera a mis clases, pero no era uno de mis estudiantes.» Hay un mundo de diferencia entre asistir a las clases de un profesor y ser uno de sus estudiantes. Puede haber contacto sin comunión; puede haber relación sin comunicación. «Todos somos hijos de Dios», se oye decir con frecuencia, y con razón si nos referimos a que todos Le debemos a Dios que nos haya creado y nos conserve la vida; pero sólo algunos *llegan a ser* hijos de Dios con la profundidad e intimidad de la verdadera relación entre Padre e hijos.

Juan proclama que sólo podemos entrar en esa relación real y verdadera de hijos con Dios por medio de Jesucristo. Cuando Juan dice que esto no viene de la sangre, está expresando la convicción judía de que un hijo nacía de la unión de la simiente del padre con la sangre de la madre. Esta condición de hijos no es el resultado de ningún impulso o deseo humano, ni de ningún acto de la voluntad humana; procede exclusivamente de Dios. No podemos hacernos a nosotros mismos hijos de Dios; tenemos que entrar en la relación con Dios que Él nos ofrece. Nadie puede entrar nunca en una relación de amistad con Dios por su propia voluntad y capacidad; hay una gran sima entre lo humano y lo divino. El hombre sólo puede entrar en amistad con Dios cuando Dios mismo le abre el camino.

Pensemos otra vez en términos humanos. Un plebeyo no puede acercarse a un rey para ofrecerle su amistad; si ha de producirse tal amistad tendrá que ser el rey el que la inicie y establezca. Eso es lo que sucede entre nosotros y Dios: no podemos entrar en relación con Él por nuestra voluntad o méritos, porque somos seres humanos y Él es Dios. Sólo puede ser cuando Dios, en Su gracia que no podemos merecer de ninguna manera, condesciende a abrirnos el camino.

Pero esto tiene también su lado humano. Lo que Dios ofrece, el hombre se lo tiene que apropiar. Puede que un padre humano le ofrezca a su hijo su amor, su consejo y su amistad, y que el hijo no los acepte y siga su propio camino. Así sucede con Dios: Él nos ofrece *el derecho* de llegar a ser hijos, pero no nos obliga a aceptarlo.

Como lo aceptamos es creyendo en el nombre de Jesucristo. ¿Qué quiere decir eso? El pensamiento y el lenguaje hebreos usaban *el nombre* de una manera que nos resulta extraña. Con esa expresión los judíos no se referían tanto al nombre propio de una persona como a su naturaleza en tanto en cuanto era revelada o conocida. Por ejemplo, en el *Salmo 9:10* el salmista dice: «En Ti confiarán los que conocen Tu nombre.» Está claro que eso no quiere decir «los que saben que Te llamas Jehová,» sino los que conocen el carácter de Dios, Su naturaleza, cómo es Dios; ésos son los que están dispuestos a poner su confianza en Dios para todo. En el *Salmo 20:7,* dice el salmista: «Algunos presumen de carros, y otros de caballos; mas nosotros nos gloriamos en *el nombre* del Señor nuestro Dios.» Está claro que esto no quiere decir que hacemos alarde de que Dios se llama Jehová. Quiere decir que algunos ponen su confianza en medios materiales, pero nosotros la ponemos en Dios porque sabemos cómo es.

Confiar en el nombre de Jesús, por tanto, quiere decir poner nuestra confianza en lo que Él es. Él era la encarnación de la amabilidad y del amor y de la ternura y del servicio. La gran doctrina central de Juan es que en Jesús vemos la misma Mente de Dios, Su actitud para con los hombres. Si de veras creemos eso, entonces también creemos que Dios es como Le vemos en Jesús: tan amable y amoroso como era Jesús. Creer en el nombre de Jesús es creer que Dios es como Él; y es sólo cuando creemos eso cuando podemos someternos a Dios y llegar a ser Sus hijos. A menos que hayamos visto en Jesús cómo es Dios, nunca nos atreveríamos a creer que podemos llegar a ser Sus hijos. Es lo que es Jesús lo que nos abre la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14

Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria, gloria como la que recibe de su padre un hijo único.

Aquí llegamos a la afirmación en la que se resume todo el tema que Juan desarrolla en su evangelio. Ha meditado y escrito acerca de la Palabra de Dios, esa Palabra poderosa, creadora y dinámica, que fue el Agente de la creación; esa Palabra guiadora, directora, controladora, que pone orden en el universo y en la mente humana. Estas ideas les resultaban conocidas y familiares tanto a los judíos como a los griegos. Y ahora dice la cosa más sorprendente y maravillosa de todas: «Esta Palabra que creó el mundo, esta Razón que mantiene el orden del universo, se ha hecho una Persona Que hemos visto con nuestros propios ojos.» La palabra que usa Juan para *ver* es *theasthai;* aparece en el Nuevo Testamento más de veinte veces, y siempre refiriéndose *a la vista física.* No se trata de una visión espiritual que se percibe con los ojos del alma o de la mente. Juan declara que la Palabra vino de hecho a la Tierra en forma humana, Que podía verse con los ojos de la cara. Dice: «Si queréis ver cómo es esta Palabra creadora, esta Razón ordenadora, mirad a Jesús de Nazaret.»

Aquí es donde Juan se remonta por encima de todos los pensamientos anteriores. Esto es algo totalmente nuevo que Juan introdujo en el mundo griego al que dirige su libro. Agustín de Hipona dijo más tarde que, en los días anteriores a su conversión al Evangelio había leído y estudiado a los grandes filósofos paganos, que le habían enseñado muchas cosas; pero que la Palabra se había hecho carne no lo había leído en ninguno de ellos.

Para los griegos esto era algo completamente imposible. El que Dios pudiera asumir un cuerpo era algo que a un griego no se le podía ocurrir ni soñar. Para los griegos, el cuerpo era un mal, una prisión en la que el alma estaba aherrojada, o una tumba en la que estaba confinado el espíritu. Plutarco, el antiguo sabio griego, ni siquiera podía creer que Dios pudiera controlar directamente los acontecimientos de este mundo; más bien tenía que hacerlo por medio de diputados o intermediarios, porque —así lo veía Plutarco — sería sencillamente blasfemo el involucrar a Dios en los asuntos

de este mundo. Filón no podría haberlo dicho nunca. Decía: «La vida de Dios no ha descendido a nosotros; ni se ha rebajado a sentir las necesidades de un cuerpo.» El gran emperador romano estoico Marco Aurelio despreciaba el cuerpo en comparación con el espíritu. «Desprecia por tanto la carne —decía—, la sangre y los huesos y el entramado revuelto de nervios y venas y arterias.» «La composición del cuerpo entero está sujeta a corrupción.»

Y de pronto aparece una novedad totalmente sorprendente: que Dios pudiera y estuviera dispuesto a llegar a ser una persona humana y entrar en esta vida que nosotros vivimos, que la eternidad pudiera aparecer en el tiempo, que el Creador pudiera aparecer en la creación de tal manera que los ojos humanos de hecho Le pudieran ver.

Tan alucinantemente nueva era esta concepción de Dios en forma humana que no era sorprendente que hubiera algunos, aun en la Iglesia, que no lo pudieran creer. Lo que dice Juan es que la Palabra se hizo *sarx.* Ahora bien, *sarx* es la misma palabra que Pablo usa una y otra vez para describir lo que él llamaba *la carne,* la naturaleza humana en toda su debilidad y propensión al pecado. La misma idea de tomar esta palabra y aplicársela a Dios era algo que alucinaba sus mentes, así es que surgió en la Iglesia un grupo de personas que se llamaron *los docetistas.*

Dokein es la palabra griega que quiere decir *parecer ser.* Esas personas mantenían que Jesús, de hecho, era solamente un fantasma; que Su cuerpo humano no era un cuerpo real; que Él no podía sentir de veras hambre o cansancio, tristeza o dolor; que lo que era en realidad era un espíritu desencarnado que se presentaba en una forma que parecía humana. Juan se opuso a estas personas mucho más directamente en su *Primera Epístola:* «En esto se conoce el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido *en la carne* es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios. Este es el espíritu del anticristo» *(1 Juan 4:2s).* Es verdad que esta herejía surgió de una especie de reverencia equivocada, que se resistía a reconocer que Jesús era total y real y verdaderamente humano. Para Juan eso contradecía a todo el Evangelio.

Bien puede pasar que a veces estemos tan preocupados por conservar la verdad de que Jesús era plenamente divino que tendamos a olvidar el hecho de que era absolutamente humano. *La Palabra se hizo carne* —aquí, mejor que en ningún otro pasaje del Nuevo Testamento, se proclama gloriosamente la plena humanidad de Jesús. En Jesús vemos el poder creador de Dios, la Razón ordenadora de Dios, asumiendo la plena humanidad. En Jesús vemos a Dios viviendo la vida humana de una persona cualquiera. Suponiendo que no dijéramos nada más de Jesús, todavía podríamos decir que nos mostró como viviría Dios esta vida que vivimos nosotros.

Aunque no pudiéramos decir nada más que Le debemos a Jesús, esto sí podemos decir: que nos mostró cómo viviría Dios esta vida que vivimos nosotros y, por tanto, que Jesús nos ha mostrado cómo quiere Dios que vivamos.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 *(continuación)*

> *Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria, gloria como la que recibe de su padre un hijo único.*

Bien se podría decir que este es el versículo más importante de todo el Nuevo Testamento. Debemos por tanto pasar un tiempo considerable estudiándolo para penetrar más de lleno en sus riquezas.

Ya hemos visto que hay algunas grandes palabras que le bullen a Juan en la mente y dominan su pensamiento y son los temas con los que se elabora todo su mensaje. Aquí tenemos otras tres de esas palabras.

(i) La primera es *gracia.* Esta palabra contiene siempre dos ideas básicas.

(*a*) Siempre incluye la idea de algo que es totalmente inmerecido, que no podríamos nunca ganarnos o conseguir por nosotros mismos. El hecho de que Dios viniera a la Tierra a vivir y a morir por nosotros no fue nada que la humanidad hubiera merecido, sino un

acto de puro amor por parte de Dios. La palabra *gracia* subraya al mismo tiempo la pobreza desesperada de la humanidad y la ilimitada generosidad de Dios.

(*b*) Siempre incluye la idea de belleza. En griego moderno quiere decir *encanto.* En Jesús vemos el atractivo irresistible de Dios. Se había pensado en Él en términos de fuerza, de majestad y de juicio; como un poder capaz de aplastar toda oposición y derrotar toda rebelión; pero en Jesús nos encontramos con la sencilla amabilidad de Dios.

(ii) La segunda es *verdad.* Esta palabra es una de las notas dominantes del Cuarto Evangelio. Nos la encontramos una y otra vez. Aquí no podemos más que reunir y resumir lo que Juan tiene que decir acerca de Jesús y la verdad.

(*a*) Jesús es la encarnación de la verdad. Él dijo: «Yo soy la verdad» (14:6). Para ver la verdad tenemos que mirar a Jesús. Aquí hay algo infinitamente precioso para todas las almas y mentes sencillas. Son los menos los que pueden captar las ideas abstractas; la mayor parte de nosotros tenemos que *ver* las cosas para entenderlas. Podríamos pasar mucho tiempo pensando y discutiendo, y no nos acercaríamos a una definición satisfactoria de lo que es la belleza; pero, si podemos señalar a una persona en la que brille esa cualidad y decir: «¡Eso es belleza!», todos estaremos de acuerdo y lo veremos claro. Desde que la humanidad empezó a pensar en Dios se viene intentando definir Quién y Qué es... y sus mentes diminutas no consiguen llegar a una definición satisfactoria. Pero ahora podemos dejar de pensar por nosotros mismos, y mirar a Jesucristo y decir: «¡Así es como es Dios!» Jesús no vino para *hablar* de Dios, sino para *mostrar* cómo es Dios, para que la persona más sencilla pudiera conocerle tan íntimamente como el más grande de los filósofos.

(*b*) Jesús es el comunicador de la verdad. Les dijo a Sus discípulos que, si seguían con Él, conocerían la verdad (8:31). Le dijo a Pilato que el objeto de Su venida a este mundo había sido dar testimonio de la verdad (18:37). La gente se agolpará para escuchar a un maestro o predicador que pueda ofrecerles alguna dirección en el embarullado negocio de la vida y el pensamiento. Jesús es el único Que, en medio de las sombras, puede aclarar las cosas; el

único Que, en las múltiples encrucijadas de la vida, nos puede indicar el verdadero camino; el único Que, en los confusos momentos de la decisión, nos permite escoger correctamente; el único Que, entre las muchas voces que reclaman nuestra atención y nuestra lealtad, nos dice lo que debemos creer.

(*c*) Aunque Jesús ya no está corporalmente en la Tierra, nos ha dejado Su Espíritu para que nos guíe a toda la verdad. Su Espíritu es el Espíritu de la verdad (14:17; 15:26; 16:13). No se limitó a dejarnos un libro de instrucciones y un cuerpo de doctrina. No tenemos que buscar en un libro de texto difícil de entender para descubrir lo que tenemos que hacer. Todavía, hasta el día de hoy, podemos preguntarle a Jesús lo que tenemos que hacer, porque Su Espíritu está con nosotros en cada paso del camino.

(*d*) La verdad es lo que nos hace libres (8:32). Siempre hay un cierto poder libertador en la verdad. Los niños adquieren a menudo ideas fantásticas y erróneas acerca de las cosas cuando piensan por sí mismos; y a menudo les producen miedo. Cuando se les dice la verdad, se emancipan de sus temores. Puede que una persona tenga miedo de estar enferma; si va al médico, aunque el diagnóstico sea malo, se librará por lo menos de los temores vagos que antes la asediaban. La verdad que Jesús nos trae nos libera de la alienación de Dios; nos libera de la frustración, de nuestros temores y debilidades y derrotas. Jesucristo es el mayor libertador del mundo.

(*e*) La verdad puede causar resentimiento. Hubo quienes trataron de matar a Jesús porque les había dicho la verdad (8:40). La verdad puede que condene a una persona; puede que le indique lo muy equivocada que estaba. «La verdad —decían los filósofos cínicos— puede ser tan irritante como la luz para los ojos doloridos.» Los cínicos declaraban que el maestro que no ha molestado nunca a nadie, nunca le ha hecho a nadie ningún bien. Puede que la gente cierre los oídos y las mentes a la verdad, que maten al que se la dice... pero la verdad permanece. Nadie ha destruido jamás la verdad por negarse a escuchar la voz que se la presentaba; y la verdad acabará por alcanzarle, más tarde o más temprano.

(*f*) La verdad se puede rechazar (8:45). Hay dos razones principales para no creer: porque es demasiado buena para ser

verdad, o porque se está demasiado ligado a medias verdades de las que no se puede soltar. En muchos casos una media verdad es el peor enemigo de la verdad total.

(*g*) La verdad no es nada abstracto, sino algo que hay que hacer (3:21). Es algo que hay que conocer con la mente, aceptar con el corazón y poner por obra en la vida.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 *(conclusión)*

> *Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria, gloria como la que recibe de su padre un hijo único.*

Toda una vida de estudio y pensamiento no podría abarcar toda la verdad de este versículo. Ya hemos considerado dos de las grandes palabras temáticas que contiene; ahora estudiaremos la tercera, *gloria.* Una y otra vez Juan la usa en relación con Jesucristo. Primero veremos lo que dice Juan acerca de la gloria de Cristo, y después veremos si podemos entender un poco de lo que quiso decir.

(i) La vida de Jesucristo fue una manifestación de gloria. Cuando realizó el milagro del agua hecha vino en Caná de Galilea, Juan dice que Jesús manifestó Su gloria (2:11). El ver a Jesús y experimentar Su poder y Su amor era entrar en una nueva gloria.

(ii) La gloria que Jesús manifiesta es la gloria de Dios. No es de la humanidad donde la ha recibido (5:41). Él no buscaba Su propia gloria, sino la del Que Le había enviado (7:18). Es Su Padre el Que Le glorifica (8:50, 54). Es la gloria de Dios la que verá Marta en la resurrección de Lázaro (11:4). La resurrección de Lázaro es para la gloria de Dios, para que el Hijo sea glorificado (11:4). La gloria que estaba en Jesús, rodeándole, que brillaba y actuaba en Él, es la gloria de Dios.

(iii) Y sin embargo, esa gloria Le era exclusiva. Al final Le pide a Dios que Le glorifique con la gloria que tenía antes que empezara el mundo (17:5). No irradia una luz prestada; Su gloria es Suya, y lo es por derecho propio.

(iv) La gloria que es Suya es la que ha transmitido a Sus discípulos; Él les ha dado la gloria que el Padre Le había dado a Él (17:22). Es como si Jesús participara de la gloria de Dios, y Sus discípulos participaran de la gloria de Cristo. La venida de Jesús es la venida de la gloria de Dios a la humanidad.

¿Qué quiere decir Juan con todo esto? Para contestar tenemos que volver al Antiguo Testamento. Entre los judíos era muy entrañable la idea de la *Shejina. Shejina* quiere decir *lo que mora,* y se usaba para la presencia visible de Dios en medio de Su pueblo. Repetidas veces nos encontramos en el Antiguo Testamento con la idea de que había ciertos momentos en los que la gloria de Dios se hacía visible. En el desierto, antes del maná, los israelitas «miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria del Señor apareció en la nube» *(Éxodo 16:10).* Antes de la promulgación de los Diez Mandamientos, «la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí» *(Éxodo 24:16).* Cuando el tabernáculo estuvo instalado y equipado, «la gloria del Señor llenó el tabernáculo»*(Éxodo 40:34).* Cuando se dedicó el templo de Salomón, los sacerdotes no podían entrar a ministrar «porque la gloria el Señor había llenado la casa del Señor» *(1 Reyes 8:11).* Cuando Isaías tuvo la visión en el templo, oyó cantar al coro angélico que «toda la Tierra está llena de Su gloria» *(Isaías 6:3).* Ezequiel vio en éxtasis «la semejanza de la gloria del Señor» *(Ezequiel 1:18).* En el Antiguo Testamento la gloria del Señor aparecía a veces en situaciones cuando el Señor estaba muy cerca.

La gloria del Señor quiere decir sencillamente la presencia de Dios. Juan usa una ilustración hogareña: Un padre le da a su hijo único su propia autoridad y su propio honor. El príncipe heredero es investido con toda la gloria regia de su padre. Eso es lo que sucedió con Jesús: cuando vino a la Tierra, la humanidad vio en Él el esplendor de Dios, y en el corazón de ese esplendor estaba el amor. Cuando Jesús vino al mundo se vio en Él la maravilla de Dios, y esa maravilla era amor. Se vio que la gloria de Dios y el amor de Dios eran una y la misma cosa. La gloria de Dios no es la de un tirano despótico, sino el esplendor del amor ante el que caemos, no de terror, sino «perdidos de admiración, amor y alabanza» como dice un himno famoso.

LA PLENITUD INAGOTABLE

Juan 1:15-17

> *Juan fue Su testigo, y su proclamación todavía resuena: «Éste es el Que yo os decía que, aunque viene detrás de mí, en realidad me lleva la delantera, porque era anterior a mí.» De Su plenitud es de donde hemos extraído todos, y de Él hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que nos dio Moisés fue la Ley, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo.*

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio se escribió en una situación en la que era necesario asegurarse de que no se le atribuyera a Juan el Bautista una importancia excesiva; así es que Juan empieza este pasaje con el testimonio de Juan el Bautista, en el que Le reconoce a Jesús el primer lugar.

Juan el Bautista dice de Jesús: «El que viene detrás de mí era antes que yo.» Puede que con estas palabras quiera decir más de una cosa. (*a*) Jesús era en realidad seis meses más joven que Juan, así es que Juan puede estar diciendo sencillamente: «El Que es más joven que yo me lleva en realidad la delantera.» (*b*) Juan puede que estuviera diciendo: «Yo estaba en el campo antes que Jesús; yo ocupaba el centro del escenario antes que Él; puse manos a la obra antes que Él; pero todo lo que yo estaba haciendo era prepararle el camino para que viniera; yo era sólo la avanzada de la Fuerza principal, y el heraldo del Rey.» (*c*) Puede que Juan esté pensando en términos mucho más profundos. Puede que esté pensando, no en términos del tiempo, sino de la eternidad. Puede que esté pensando en Jesús como el Que existía antes que empezara el mundo, en comparación con el Cual cualquier figura humana no tiene la menor importancia. Puede que las tres ideas estuvieran en la mente de Juan. No fue él el que exageró su propia importancia, sino algunos de sus seguidores. Para Juan, el puesto supremo Le correspondía a Jesús.

Este pasaje continúa diciéndonos tres grandes cosas acerca de Jesús.

(i) De Su plenitud es de donde hemos extraído todos. La palabra que usa Juan para *plenitud* es una gran palabra: *plêrôma,* que

quiere decir la suma total de todo lo que hay en Dios. Pablo la usa con cierta frecuencia. En *Colosenses 1:19* dice que todo *plêrôma* habitaba en Cristo. En *Colosenses 2:9* dice que en Cristo habitaba el *plêrôma* de la deidad en forma corporal. Quería decir que en Jesús moraba la totalidad de la sabiduría, el poder y el amor de Dios. Por eso Jesús es inagotable. Una persona puede acudir a Jesús con cualquier necesidad, y encontrarla suplida; o con cualquier ideal, y encontrarlo realizado. El que está enamorado de la belleza encontrará en Jesús la suprema belleza; y aquel para quien la vida consiste en la búsqueda del conocimiento, encontrará en Jesús la suprema revelación. El que necesita valor, encontrará en Jesús la quintaesencia y el secreto del valor; y el que se siente impotente ante la vida encontrará en Jesús al Señor de la vida y el poder para vivir. El que es consciente de su pecado encontrará en Jesús el perdón y la fuerza para ser bueno. En Jesús, *el plêrôma,* la plenitud de Dios, todo lo que hay en Dios, lo que Westcott llamaba «la fuente de la vida divina» se encuentra en Jesús y está a disposición de la humanidad.

(ii) De Él hemos recibido una gracia tras otra. En el original griego dice literalmente *gracia en lugar de gracia.* ¿Qué quiere decir esa extraña frase?

(*a*) Puede que quiera decir que en Cristo encontramos una maravilla que conduce a otra. Uno de los antiguos misioneros de Escocia llegó una vez a uno de los reyes pictos, que le preguntó qué podría esperar si se hacía cristiano. El misionero le contestó: «Encontrarás maravilla sobre maravilla, y todas ellas verdaderas.» Algunas veces, cuando vamos viajando por una carretera muy bonita, se abre ante nosotros una vista tras otra. Al contemplar cada una pensamos que no puede haber nada más hermoso; y, al tomar una curva, se nos descubre algo aún más maravilloso. Cuando empezamos a estudiar un gran tema, como música, poesía o pintura, nunca llegamos al final. Siempre nos esperan nuevas experiencias de la belleza. Eso es lo que sucede con Cristo. Cuanto más sabemos de Él, más maravilloso nos resulta; cuanto más vivimos con Él, más encantos descubrimos; cuanto más pensamos en Él y con Él, más se nos ensancha el horizonte de la verdad. Esta frase puede que sea la manera que tiene Juan de expresar lo

ilimitado que es Cristo. Puede que sea su forma de decir que a la persona que vive en compañía de Cristo le amanecerán nuevas maravillas en el alma que le iluminarán el entendimiento y le encantarán el corazón día tras día.

(*b*) Tal vez debamos entender esta expresión literalmente. En Cristo encontramos *gracia en vez de gracia.* Las diferentes edades y situaciones de la vida requieren una clase diferente de gracia. Necesitamos una gracia en los días de prosperidad, y otra en los días de adversidad. Necesitamos una gracia en los días primaverales de la juventud, y otra cuando se empiezan a dilatar las sombras de la edad. La Iglesia necesita una gracia en los días de persecución, y otra cuando llegan los días de tolerancia. Necesitamos una gracia cuando nos sentimos en control de la situación, y otra cuando estamos desanimados, deprimidos y casi desesperados. Necesitamos una gracia para soportar nuestras propias cargas, y otra para sobrellevar los unos las cargas de los otros. Necesitamos una gracia cuando estamos seguros de las cosas, y otra cuando parece que ya no nos queda nada en el mundo. La gracia de Dios no es nunca una cosa estática, sino dinámica. Nunca falla ante una nueva situación. Cuando una necesidad invade la vida, una gracia la acompaña. Pasa esa necesidad y otra nos asalta, y con ella viene otra gracia. A lo largo de toda la vida estamos constantemente recibiendo gracia en lugar de gracia, porque la gracia de Cristo es adecuada para resolver triunfalmente cualquier situación.

(iii) Moisés nos dio la Ley, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo. En la antigüedad, la vida estaba gobernada por la ley. Uno tenía que hacer lo que fuera, le gustara o no, supiera por qué o no. Pero, con la venida de Jesús, ya no tratamos de obedecer la ley de Dios como esclavos, sino de responder al amor de Dios como hijos. Mediante Jesucristo, Dios el Legislador aparece como Dios nuestro Padre, el Dios Juez es el Dios que ama a todas las almas.

LA REVELACIÓN DE DIOS

Juan 1:18

Nadie ha visto nunca a Dios. Es el Único, que es Dios, Que está en el seno del Padre, Quien nos lo ha dicho todo acerca de Dios.

Cuando Juan escribió que nadie ha visto nunca a Dios, todos sus contemporáneos estarían totalmente de acuerdo con él. Estaban fascinados y deprimidos y frustrados por lo que consideraban la distancia infinita y la absoluta incognoscibilidad de Dios. En el Antiguo Testamento leemos que Dios le dijo a Moisés: «No podrás ver Mi rostro; porque no Me verá hombre, y vivirá» *(Éxodo 33:20).* Cuando Moisés le recuerda al pueblo la promulgación de la Ley, les dice: «Oísteis el sonido de palabras, pero no visteis ninguna forma; no había más que una voz» *(Deuteronomio 4:12).* En el Antiguo Testamento nadie creía que se pudiera ver a Dios. Los grandes pensadores griegos pensaban lo mismo. Jenófanes dijo: «Todo son suposiciones.» Platón dijo: «Nunca se podrán encontrar Dios y el hombre.» Celso se reía de la manera como los cristianos llamaban a Dios “Padre”, porque «Dios está más allá de todo.» Como mucho, dijo Apuleyo, la humanidad puede percibir un vislumbre de Dios como cuando resplandece un relámpago en una noche oscura: una fracción de segundo, y otra vez la oscuridad. Como dijo Glover: «Fuera Dios lo que fuera, estaba muy fuera del alcance de la gente normal y corriente.» Tal vez hubiera rarísimos momentos de éxtasis en los que alguien captaba un atisbo del que llamaban «el Ser Absoluto»; pero las personas ordinarias eran prisioneras de la ignorancia y de la fantasía. No habría nadie que estuviera en desacuerdo con Juan cuando dijo que a Dios no Le ha visto nunca nadie.

Pero Juan no se detiene ahí; pasa a hacer la sorprendente y tremenda afirmación de que Jesús nos ha revelado totalmente cómo es Dios. Lo que ha venido a la humanidad es lo que J. H. Bernard llama «la exhibición de Dios al mundo en Cristo.» Aquí vuelve a resonar la nota clave del evangelio de Juan: «Si queréis ver cómo es Dios, mirad a Jesús.»

¿Cómo es posible que Jesús pueda hacer lo que ningún otro ha podido? ¿De qué depende Su poder para revelar a Dios a la humanidad? Juan dice tres cosas acerca de Él.

(i) Jesús es *Único.* La palabra griega es *monoguenês,* que la versión Reina-Valera traduce como *unigénito.* Es verdad que eso es lo que quiere decir *monoguenês* literalmente; pero hacía mucho tiempo que había perdido ese sentido puramente físico, y se había decantado hacia dos sentidos especiales: *único* y *especialmente amado.* Es obvio que un hijo único tiene un lugar exclusivo y un amor exclusivo en el corazón de su padre; así es que esta palabra llegó a expresar *la unicidad* más que ninguna otra cosa. Es la convicción del Nuevo Testamento que no hay nadie como Jesús. Sólo Él puede traer a Dios a la humanidad, y a la humanidad a Dios.

(ii) Jesús es *Dios.* Aquí tenemos la misma forma de expresión que encontramos en el versículo primero de este capítulo. No quiere decir que Jesús es idéntico a Dios, sino que es uno con Dios en mente y carácter y ser. En este caso tal vez sería mejor que pensáramos que significa que Jesús es *divino,* en el primer sentido de esta palabra, no en el de meramente *primoroso,* que es ahora tan corriente. Verle a Él es ver cómo es Dios.

(iii) Jesús está *en el seno del Padre.* Esta es una expresión hebrea que quiere decir en la más íntima relación que puede darse. Hace referencia al niño con su madre; también se usa entre marido y mujer; un hombre habla de su esposa como la mujer de su seno *(Números 11:12; Deuteronomio 13:6);* se usa de dos amigos que están en plena comunión mutua. Cuando Juan usa esta frase aquí quiere decir que entre Jesús y el Padre existe la más completa e ininterrumpida intimidad. Precisamente porque Jesús tiene y mantiene esa intimidad con Dios, que Le hace ser Uno con Dios, es por lo que puede revelar a Dios a la humanidad.

El Dios distante, incognoscible, invisible e inasequible ha venido al mundo en Jesucristo, y ya no puede ser un extraño para nosotros.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28

> *Este es el testimonio de Juan cuando los judíos mandaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle:*
>
> *—¿Quién eres tú?*
>
> *Él contestó aseverando con toda claridad:*
>
> —Yo *no soy el Mesías.*

—Entonces, ¿qué hemos de pensar? ¿Que eres Elías? —le siguieron preguntando.

—No lo soy— contestó.

—¿Eres el Profeta prometido?

—No— contestó. Y ellos le dijeron:

—¿Pues quién eres? Dínoslo claro para que podamos llevar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Quién pretendes ser?

—No soy más que la voz de uno que clama en el desierto —dijo—: «¡Allanadle el camino al Señor!», como dijo el profeta Isaías.

Ahora bien, los que habían mandado los emisarios eran de los fariseos, y le siguieron preguntando:

—Si no eres ni el Mesías, ni Elías, ni el Profeta prometido, ¿cómo es que bautizas?

—Yo bautizo con agua —contestó Juan—; pero hay Uno entre vosotros al Que no conocéis. Me refiero al Que viene detrás de mí, al Que no merezco ni desatar las correas de las sandalias.

Todo esto sucedió en Betania, al lado de allá del Jordán, que era donde Juan estaba bautizando.

Juan empieza la parte narrativa de su evangelio con este pasaje. Ya nos ha presentado en el prólogo lo que se propone hacer: está escribiendo su evangelio para demostrar que Jesús es la Mente, la Razón, la Palabra de Dios Que ha venido a este mundo como una Persona humana. Una vez que ha expueso su idea central, ahora empieza la historia de la vida de Jesús.

Juan es el evangelista que más cuidado pone en los detalles del tiempo. Empezando en este pasaje y prosiguiendo hasta 2:11 nos cuenta paso a paso la historia de la primera semana clave de la vida pública de Jesús. Los sucesos del primer día se encuentran en 1:19-28; la historia del segundo día, en 1:29-34; el tercer día se desarrolla en 1:35-39; los tres versículos 1:40-42 nos cuentan la historia del cuarto día; los acontecimientos del quinto día se relatan en 1:43-51; el sexto día queda en blanco, y los acontecimientos del último día de la semana se encuentran en 2:1-11.

En esta misma sección de 1:19 a 2:11, el Cuarto Evangelio nos da tres clases diferentes de testimonio de la grandeza y unicidad de Jesús. (i) Está el testimonio de Juan el Bautista (1:19-34). (ii) Está el testimonio de los que aceptaron a Jesús como Maestro y se enrolaron como Sus discípulos (1:41-51). (iii) Está el testimonio de los poderes maravillosos de Jesús (2:1-11). Juan nos está presentando a Jesús en tres contextos diferentes, y en cada uno de ellos nos muestra la suprema maravilla de Su Persona.

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio tenía que hacerse cargo de una situación en la que se le atribuía a Juan el Bautista una posición muy por encima de la que él mismo pretendía. Tan posteriormente como en el año 250 d.C., las *Recognitiones clementinae* nos refieren que «había algunos de los discípulos de Juan que predicaban sobre él como si su maestro fuera el Mesías.» En este pasaje vemos que esa era una opinión que el mismo Juan el Bautista había repudiado.

Volvamos ahora al mismo pasaje. En el mismo principio nos encontramos con una de las características del Cuarto Evangelio. Son emisarios de *los judíos* los que vienen a interrogar a Juan. La palabra *judíos (iudaioi)* aparece en este evangelio no menos de setenta veces, y los judíos están siempre en la oposición. Son los que se habían organizado contra Jesús. La mención de los judíos presenta a la oposición en la escena desde el principio. El Cuarto Evangelio representa dos cosas: la primera, como hemos visto, es la exhibición de Dios en Jesucristo; pero la segunda es la historia del rechazamiento de Jesucristo por los judíos, la historia del ofrecimiento de Dios y del rechazamiento del hombre, del amor de Dios y del pecado humano, de la invitación de Jesucristo y el rechazo del hombre. El Cuarto Evangelio es el evangelio en el que el amor y la advertencia se combinan viva y dramáticamente.

La diputación que vino a entrevistar a Juan estaba formada por dos clases de personas. (*a*) Primeramente, había sacerdotes y levitas; su interés era muy natural, porque Juan era hijo de Zacarías, que era sacerdote *(Lucas 1:5).* En el judaísmo, la única cualificación necesaria para ser sacerdote era la ascendencia. Si uno no era descendiente de Aarón, no tenía posibilidad de ser sacerdote; pero, si lo era, nada se lo podía impedir, salvo ciertos defectos físicos que

la Ley especificaba. Por tanto, para las autoridades Juan el Bautista era de hecho sacerdote, y era muy natural que los sacerdotes quisieran descubrir por qué se estaba comportando de una manera tan extraña. (*b*) En segundo lugar, había emisarios de los fariseos. Es muy posible que detrás de todo esto estuviera el Sanedrín. Juan era un predicador que atraía a las multitudes. Una de las funciones del Sanedrín era encargarse de cualquiera que fuera sospechoso de ser un falso profeta.. El Sanedrín puede que se considerara obligado a comprobar si ese era el caso de Juan.

Todo revela lo suspicaz que era la ortodoxia de cualquier cosa fuera de lo corriente. Juan no se ajustaba a la idea generalmente aceptada de un sacerdote. Ni tampoco de la de un predicador. Por tanto, las autoridades eclesiásticas del día le miraban con sospecha. La Iglesia siempre corre peligro de condenar cualquier cosa nueva simplemente por serlo. En cierto sentido, puede que no haya otra institución en el mundo que se dé por ofendida con los cambios tanto como la Iglesia. A menudo rechaza a grandes predicadores y se niega a emprender muchas grandes aventuras sencillamente porque sospecha de todo lo nuevo.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28 *(conclusión)*

Los emisarios de la ortodoxia podían pensar en tres cosas que Juan tal vez pretendiera ser.

(i) Le preguntaron si era el Mesías. Los judíos estaban esperando, y todavía siguen esperando los que no son cristianos, al Mesías. No había una sola idea del Mesías. Algunos esperaban al que había de traer la paz a toda la Tierra. Otros esperaban al que había de traer el reinado de la justicia. La mayor parte esperaba un gran héroe nacional que guiara a los ejércitos judíos a la conquista de todo el mundo. Algunos esperaban una figura sobrenatural directamente de Dios. Todavía más esperaban un príncipe de la dinastía de David. Era frecuente que surgieran supuestos mesías que provocaban rebeliones. El tiempo de Jesús era especialmente inflamable. Era natural que le preguntaran a Juan si pretendía ser el Mesías. Juan rechazó de plano la sugerencia; pero la rechazó con un cierto matiz. En el original griego la palabra *yo* está subrayada por la posición

que ocupa en la frase. Es como si Juan dijera: *«Yo* no lo soy; pero, si supierais, el Mesías ya está aquí.»

(ii) Le preguntaron si era Elías. Los judíos creían que, antes que viniera el Mesías, volvería a la Tierra Elías para ser Su heraldo y preparar al mundo para recibirle. Especialmente, vendría para resolver todas las disputas. Decidiría quiénes eran judíos y quiénes no lo eran; reuniría las familias que estaban enemistadas. Los judíos creían estas cosas hasta tal punto que la ley tradicional decía que el dinero y las propiedades que estaban en litigio, o las cosas que se hubieran encontrado y no se supiera de quién eran, debían esperar «hasta que viniera Elías.» La creencia en la venida de Elías antes que el Mesías se remonta a *Malaquías 4:5.* Hasta se creía que Elías ungiría al Mesías como rey a la manera tradicional, y que resucitaría a los muertos para que participaran del Reinado Mesiánico; pero Juan dijo que esos honores no le correspondían a él.

(iii) Le preguntaron si era el Profeta prometido y esperado. Algunas veces se creía que Isaías, o más bien Jeremías, volvería cuando viniera el Mesías. Esta creencia se remontaba a la seguridad que Moisés le dio al pueblo en *Deuteronomio 18:15:* «Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis.» Era una promesa que no olvidaba ningún judío. Esperaban y anhelaban que surgiera el Profeta que sería el más grande de todos, *el Profeta par excellence.* Pero Juan rechazó también la idea de que le correspondiera ese honor.

Así que le preguntaron quién era, y su respuesta fue que no era nada más que una voz que llamaba al pueblo a preparar el camino para la venida del Rey. La cita es de *Isaías 40:3.* Los cuatro evangelios la citan *(Marcos 1:3; Mateo 3:3, y Lucas 3:4).* La idea que encierra es la siguiente: Las carreteras del Oriente en aquellos tiempos no estaban pavimentadas; eran meros caminos. Cuando un rey tenía intención de visitar una provincia, o un conquistador quería recorrer sus dominios, las carreteras se allanaban y enderezaban y acondicionaban. Lo que Juan estaba diciendo era: «No importa quién sea yo, que no soy nadie; soy sólo una voz que os dice que os preparéis para recibir al Rey, que viene de camino.»

Juan era lo que debiera ser todo verdadero predicador y maestro: sólo una voz, un indicador que señala al Rey. Lo que menos le

interesaba era que le miraran a él; quería que le olvidaran y que no vieran nada más que al Rey.

Pero los fariseos estaban alucinados con una idea: ¿Qué derecho tenía Juan para bautizar? Si hubiera sido el Mesías, o Elías o el Profeta, habría sido normal. Isaías había escrito: «Empero Él rociará a muchas gentes» *(Isaías 52:15 R-V 1909).* Ezequiel había dicho: «Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados» *(Ezequiel 36:25).* Zacarías había dicho: «En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia» *(Zacarías 13:1).* Pero, ¿por qué había de bautizar Juan?

Lo que hacía el gesto aún más extraño era que el bautismo que se practicaba entonces no era para los israelitas, sino para *los prosélitos,* los que procedían de otros pueblos y religiones y se convertían a la fe de Israel. A un israelita no se le bautizaba nunca; ya pertenecía al pueblo de Dios por ser descendiente de Abraham y haber sido circuncidado. Pero *los gentiles* tenían que ser lavados en el bautismo. Juan estaba haciendo con los israelitas lo que sólo había necesidad de hacer con los gentiles. Estaba sugiriendo que *el pueblo escogido tenía que ser limpiado.* Eso era de hecho lo que Juan creía; pero no contestó directamente.

Dijo: «Yo no bautizo más que con agua; pero hay Uno entre vosotros, aunque no Le reconocéis, del Que no merezco ni desatar la correa de los zapatos.» Juan no podía haber mencionado nada más servil: el desatar la correa de las sandalias era obligación de los esclavos. Había un dicho rabínico en el que se decía que un discípulo debería estar dispuesto a hacer todo lo que fuera por su maestro *excepto* únicamente desatarle las sandalias. Eso era un servicio demasiado humillante aun para que se lo hiciera un discípulo a su maestro. Pero Juan dijo: «Viene Uno del que no merezco ser esclavo siquiera.» Hemos de suponer que para entonces ya había tenido lugar el bautismo de Jesús, cuando Juan Le reconoció. Así es que Juan está diciendo otra vez: «Viene el Rey. Para recibirle como es debido tenéis que limpiaros lo mismo que los gentiles. Preparaos para la entrada del Rey en la Historia.»

La misión de Juan era solamente preparar el camino. La grandeza que le correspondiera procedía de la suprema grandeza de Aquel

Cuya venida anunciaba. Es el gran ejemplo de todos los que están dispuestos a obliterarse para que se vea a Jesucristo. Juan no era más que un dedo señalando a Cristo. Que Dios nos dé gracia para olvidarnos de nosotros mismos y acordarnos sólo de Cristo.

EL CORDERO DE DIOS

Juan 1:29-31

> *Al otro día vio Juan a Jesús que se le acercaba, y dijo:*
>
> *—¡Ahí tenéis al Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo! Este es el Que yo os decía que había un Hombre que venía detrás de mí pero que me llevaba la delantera porque es de antes que yo. Ni siquiera yo Le conocía; pero de todas maneras, la razón por la que vine bautizando con agua era que Él pudiera manifestarse a Israel.*

Con esto llegamos al segundo día de aquella semana clave de la vida de Jesús. Ya entonces habrían tenido lugar el bautismo y las tentaciones de Jesús, Que estaría a punto de iniciar la labor para la que había venido al mundo. De nuevo nos introduce el Cuarto Evangelio a Juan presentando espontáneamente a Jesús al pueblo con el máximo respeto. Le da ese título sublime que se ha entretejido indeleblemente en el lenguaje de la devoción: *El Cordero de Dios.* ¿Qué tenía Juan en mente cuando pronunció ese título? Hay por lo menos cuatro figuras que han contribuido por lo menos en parte.

(i) Es probable que Juan estuviera pensando en el cordero pascual. La fiesta de la Pascua estaba bastante próxima *(Juan 2:13).* La antigua historia de la Pascua decía que fue la sangre de un cordero inmolado la que protegió las casas de los israelitas la noche que salieron huyendo de Egipto *(Éxodo 12:11-13).* Aquella noche, cuando el ángel de la muerte iba a pasar matando a los hijos mayores de los egipcios, los israelitas tuvieron que untar los lados de sus puertas con la sangre de un cordero inmolado para que, cuando la viera el ángel, pasara de largo. La sangre del cordero pascual los libró de la destrucción. Se ha sugerido que, cuando Juan el Bautista estaba viendo acercársele a Jesús, pasaban por allí camino a Jerusalén de las zonas rurales rebaños de corderos que iban a ser sacrificados en la fiesta de la Pascua. La sangre del cordero pascual libró de la muerte a los primogénitos israelitas en Egipto, y puede que Juan estuviera pensando: «Ahí tenéis al único Sacrificio que os puede librar de la muerte eterna.» Pablo

igualmente se refirió a Jesús como el Cordero Pascual *(1 Corintios 5:7).* Hay una liberación que sólo Jesucristo puede ganar para nosotros.

(ii) Juan era hijo de sacerdote, y conocería todo el ritual del templo y de los sacrificios. Todas las mañanas y todas las tardes se sacrificaba en el templo un cordero por los pecados del pueblo *(Éxodo 29:38-42).* Mientras el templo estuvo en pie se hicieron estos sacrificios. Aun cuando la gente se moría de hambre en la guerra y el asedio, nunca se omitieron esos sacrificios hasta que el templo fue destruido totalmente el año 70 d.C. Puede que Juan quisiera decir: «En el templo se ofrece un cordero todas las tardes y las mañanas por los pecados del pueblo; pero en este Jesús está el único Sacrificio que puede librar al mundo del pecado.»

(iii) Hay dos grandes figuras del cordero en los profetas. Jeremías escribió: «Yo era como un cordero inocente que se lleva a degollar» *(Jeremías 11:19).* E Isaías nos presenta la gran escena profética de Uno «que fue llevado al matadero como un cordero» *(Isaías 53:7).* Ambos grandes profetas contemplaron proféticamente al Que, con Sus sufrimientos y Sacrificio soportados humilde y amorosamente, redimiría a Su pueblo. Tal vez Juan estaba pensando: «Nuestros profetas hablaron de Uno que había de amar y sufrir y morir por el pueblo; Ése es el Que ha venido.» Es indiscutiblemente cierto que, en tiempos posteriores, la profecía de *Isaías 53* llegó a ser para la Iglesia uno de los más preciosos anuncios de Jesús en todo el Antiguo Testamento. Es probable que Juan fuera el primero que hiciera la identificación.

(iv) Hay una cuarta escena que debía de ser muy familiar a los judíos, aunque a nosotros nos resulta muy extraña. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento transcurrieron los días de las luchas heroicas de los Macabeos. En aquellos días el cordero, y más especialmente el carnero con cuernos, era el símbolo de un gran conquistador. Así se describe simbólicamente a Judas Macabeo, como sucedió con Samuel, David y Salomón. El cordero, aunque nos parezca extraño, representaba al campeón conquistador de Dios. Esta no era una imagen de debilidad e inocencia gentil, sino más bien de majestad y poder conquistador. Jesús era el Campeón de Dios que luchó con el pecado y lo venció en combate singular.

Hay tesoros maravillosos en esta frase *El Cordero de Dios.* Vuelve a aparecer casi obsesivamente en el *Apocalipsis,* veintinueve veces. Se ha convertido en uno de los títulos más preciosos de Cristo. En una palabra resume el amor, el sacrificio, el sufrimiento y el triunfo de Cristo.

Juan dice que no conocía a Jesús. Eran parientes *(Lucas 1:36),* y es probable que se trataran en un tiempo. Lo que quiere decir Juan no es que no supiera *quién* era Jesús, sino que no sabía *qué* era Jesús. Se le había revelado de pronto que Jesús era en realidad el Hijo de Dios.

De nuevo Juan deja bien claro cuál era su única misión: señalar a Cristo. Juan no era nada, y Cristo lo era todo. Juan no pretendía ninguna grandeza ni ningún reconocimiento para él; era sólo el hombre que, como si dijéramos, descorrió el telón y dejó a Jesús ocupar en solitario el centro de la escena.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU

Juan 1:32-34

> *Entonces también dio Juan su testimonio:*
>
> *—Con mis propios ojos —dijo— vi al Espíritu Que descendía del Cielo como si hubiera sido una paloma, y el Espíritu permaneció sobre Él. Yo no Le conocía; pero fue el Que me envió a bautizar con agua el Que me lo dijo: «Cuando veas a Uno sobre el Que desciende el Espíritu y que permanece sobre Él, Ése es el Que bautiza con el Espíritu Santo.» Eso fue lo que yo vi que pasó; y mi testimonio es que Éste es el Hijo de Dios.*

Algo había sucedido en el bautismo de Jesús que le había convencido a Juan sin dejarle la menor duda de que Jesús era el Hijo de Dios. Como lo comprendieron los padres de la Iglesia hace muchos siglos, fue algo que sólo podía verse con los ojos del alma y de la mente. Pero Juan lo vio, y estaba convencido.

En Palestina, la paloma era un ave sagrada. No se cazaba ni comía. Filón se sorprendió del número de palomas que había en Ascalón, porque no se permitía cogerlas ni matarlas, y eran domésticas. En *Génesis 1:2* leemos que el Espíritu creador de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Los rabinos solían explicarlo

diciendo que el Espíritu se movía y revoloteaba como una paloma sobre el antiguo caos, alentando en él orden y belleza. La figura de la paloma era una de las que los judíos usaban y amaban más.

Fue en Su bautismo cuando el Espíritu descendió sobre Jesús con poder. Debemos recordar que todavía no se había revelado la doctrina *cristiana* del Espíritu Santo. Tendremos que esperar hasta los últimos capítulos del evangelio de Juan y hasta Pentecostés para verla surgir. Cuando Juan el Bautista habla del Espíritu Santo lo hace desde la perspectiva del Antiguo Testamento. ¿Qué idea tenían entonces los judíos del Espíritu?

La palabra hebrea para *Espíritu* es *rûaj,* que quiere decir también *viento.* Los judíos asociaban siempre la idea del Espíritu con tres ideas básicas: el Espíritu era *poder,* como el poder de la tempestad; el Espíritu era *vida,* la misma dinámica de la existencia humana; el Espíritu era *Dios;* el poder y la vida del Espíritu estaban más allá de los logros y las capacidades humanas; la venida del Espíritu a la vida de una persona era la venida de Dios. Sobre todo, era el Espíritu el que controlaba e inspiraba a los profetas. «Yo estoy lleno de poder, del Espíritu del Señor, y de justicia y fuerza para denunciar a Jacob su rebelión y a Israel su pecado» *(Miqueas 3:8).* Dios le dijo a Isaías: «El Espíritu mío que está sobre ti, y Mis palabras que puse en tu boca...» *(Isaías 59:21).* «El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido; me ha enviado a predicar buenas nuevas...» *(Isaías 61:1).* «Un nuevo corazón os daré, y un espíritu nuevo pondré en vuestro interior... pondré Mi Espíritu dentro de vosotros» *(Ezequiel 36:26-27).* Podríamos decir que el Espíritu de Dios hacía tres cosas por la persona a la que viniera: Primera, traía a las personas la verdad de Dios; segunda, les daba la capacidad de reconocer esa verdad cuando la veían; tercera, les daba la habilidad y el valor de proclamar aquella verdad. Para los judíos, el Espíritu de Dios venía a la vida de las personas.

En Su bautismo, el Espíritu de Dios vino sobre Jesús de una manera diferente de la que había venido sobre otras personas. Muchos profetas tenían lo que podríamos llamar experiencias aisladas del Espíritu. Algunos tenían momentos deslumbrantes, de poder extraordinario, de valor sobrehumano; pero esos momentos aparecían y desaparecían. Dos veces (versículos 32 y 33) Juan

anota específicamente que el Espíritu *permaneció* sobre Jesús. No se trataba de una inspiración momentánea, sino que el Espíritu residió en Jesús con carácter permanente. Esa es también otra forma de decir que la Mente y el poder de Dios estaban en Jesús de manera exclusiva y única.

Aquí podemos aprender mucho de lo que quiere decir la palabra *bautismo.* El verbo griego *baptizein* quiere decir *hundir* o *sumergir.* Se puede decir de la ropa que se *mete* en tinte; o de un barco que se *hunde* bajo las olas; o de un borracho que está *empapado* de bebida. Cuando Juan dice que Jesús bautizará con el Espíritu Santo quiere decir que Jesús puede traer el Espíritu de Dios a nuestra vida de tal manera que todo nuestro ser quede inundado por el Espíritu.

Ahora bien, ¿qué quería decir este bautismo para Juan el Bautista? Su propio bautismo quería decir dos cosas: (i) Quería decir *limpieza.* Quería decir que una persona era lavada de las impurezas que se le hubieran adherido. (ii) Quería decir *dedicación.* Quería decir que entraba en una vida nueva, diferente y mejor. Pero el bautismo de Jesús era *el bautismo del Espíritu.* Si recordamos la concepción judía del Espíritu podemos decir que cuando el Espíritu toma posesión de una persona suceden ciertas cosas.

(i) Su vida *se ilumina.* Viene a ella el conocimiento de Dios y de Su voluntad. Sabe cuál es el propósito de Dios, lo que quiere decir la vida y cuál es su deber. Algo de la sabiduría y de la luz de Dios ha venido a su vida.

(ii) Su vida *se fortalece.* El conocimiento sin poder es algo desazonador y frustrante. Pero el Espíritu nos da, no sólo el conocimiento de lo que es la voluntad de Dios, sino también la fuerza y el poder para obedecerla. El Espíritu nos da una triunfante idoneidad para enfrentarnos con la vida.

(iii) Su vida *se purifica.* El bautismo de Jesús con el Espíritu había de ser un bautismo *de fuego (Mateo 3:11; Lucas 3:16).* La escoria de cosas malas, la aleación de cosas inferiores, la mezcla de impurezas se purifican en el crisol del bautismo del Espíritu Santo dejando a la persona limpia y pura.

A menudo nuestras oraciones sobre el Espíritu son una especie de formalidades litúrgicas y teológicas; pero cuando sabemos lo que

estamos pidiendo esas oraciones se convierten en un clamor desesperado del corazón.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

Juan 1:35-39

> *Al otro día estaba otra vez Juan con dos de sus discípulos, y vio que andaba por allí Jesús.*
>
> *—¡Mirad! —les dijo— ¡El Cordero de Dios!*
>
> *Dos de sus discípulos, al oírle, se pusieron a seguir a Jesús. Jesús se volvió y los vio seguirle.*
>
> *—¿Qué buscáis? —les preguntó. Y le contestaron:*
>
> *—Rabí —que quiere decir* maestro—, *¿dónde te alojas?*
>
> *—Venid y ved —les contestó Jesús; y ellos fueron a ver dónde se alojaba, y ya se quedaron con Él todo aquel día, porque eran como las cuatro de la tarde.*

Es posible que no haya otro pasaje de la Escritura más lleno que este de pequeños detalles reveladores.

Una vez más vemos a Juan el Bautista señalando más allá de sí mismo. Tiene que haberse dado perfecta cuenta de que al hablar así a sus discípulos acerca de Jesús los estaba invitando a dejarle a él y transferir su lealtad a este nuevo y más excelente Maestro; y sin embargo lo hizo. No cabían los celos en su noble corazón. Había venido a poner al pueblo en contacto, no consigo mismo, sino con Cristo. No hay nada más difícil que ocupar el segundo puesto cuando se ha gozado del primero; pero tan pronto como surgió Jesús en la escena, Juan no tenía otro pensamiento que el de mandarle a Él a la gente.

Así es que los dos discípulos de Juan siguieron a Jesús. Puede que fueran demasiado tímidos para acercarse a Él directamente; el caso es que Le iban siguiendo a una distancia respetuosa. Entonces Jesús hizo algo muy característico: se volvió y les dirigió la palabra. Es decir: se encontró con ellos a mitad de camino. Les puso las cosas más fáciles. Les abrió la puerta para que pudieran entrar.

Aquí tenemos un símbolo de la iniciativa divina. Siempre es Dios el Que da el primer paso. Cuando la mente humana empieza a buscar, y el corazón humano empieza a anhelar, Dios nos sale al

encuentro mucho más que hasta la mitad del camino. Dios no nos deja buscar y buscar hasta que Le encontremos, sino que nos sale al encuentro. Como dijo Agustín, no podríamos ni haber empezado a buscar a Dios si Él no nos hubiera encontrado ya. Cuando acudimos a Dios, no descubrimos que Se ha estado escondiendo para mantener la distancia; acudimos a Uno que Se detiene a esperarnos, y que hasta toma la iniciativa de salir a buscarnos al camino.

Jesús empezó por hacerles a aquellos dos la pregunta más fundamental de la vida: «¿Qué buscáis?» Era muy pertinente hacer esa pregunta en Palestina en el tiempo de Jesús. ¿Serían legalistas que no buscaban más que conversaciones sutiles y rebuscadas sobre los detalles más diminutos de la Ley como los escribas y fariseos? ¿O serían ambiciosos oportunistas buscando la ocasión propicia o el poder como los saduceos? ¿O nacionalistas en busca de un político demagogo o un jefe militar que los guiara a sacudirse el yugo de los romanos como hacían los celotas? ¿O tal vez humildes hombres de oración buscando a Dios y Su voluntad como «los reposados de la tierra»? ¿O serían simplemente pecadores desorientados y confusos, buscando una luz en el camino de la vida y el perdón de Dios?

Sería bueno a veces que nos preguntáramos: «¿Qué estoy yo buscando? ¿Cuáles son mi propósito y mi meta? ¿Qué es lo que quiero encontrar en la vida?»

Hay algunos que lo que buscan es *seguridad.* Les gustaría tener una posición segura, con suficiente dinero para cubrir las necesidades de la vida y reservar algo para los imprevistos que puedan surgir; es decir, una seguridad material que elimine las preocupaciones esenciales sobre las cosas materiales. No hay nada de malo en este deseo, pero no es muy elevado, ni tampoco adecuado para inspirar toda la vida; además, en último análisis, tampoco se puede estar a salvo de los azares y avatares de la vida.

Hay algunos que buscan lo que llamarían *hacer carrera,* algo que les proporcione poder, prominencia, prestigio, oportunidades para aplicar las habilidades y los talentos que creen poseer y realizar el trabajo para el que se consideran capacitados. Si lo que inspira esta actitud son motivos de ambición personal, puede ser mala; pero si

es el deseo de servir a los semejantes y a la sociedad puede considerarse incluso elevada. Pero no es suficiente, porque sus horizontes están limitados a este tiempo y a este mundo.

Hay algunos que lo que buscan es alguna clase de *paz,* algo que les permita vivir en paz consigo mismos, con sus semejantes y con Dios. En realidad lo que buscan es a Dios, y este objetivo sólo Jesucristo lo puede satisfacer.

Los discípulos de Juan le respondieron a Jesús que querían saber dónde paraba. Le llamaron *Rabí,* palabra hebrea que quiere decir literalmente *Mi grande.* Era el título de respeto que daban los estudiantes y los buscadores del conocimiento a sus maestros y a los sabios. Juan, el evangelista, estaba escribiendo para los griegos. Suponía que no conocerían la palabra, y se la tradujo por el término griego *didáskalos, maestro.* No era sólo por curiosidad por lo que aquellos dos hicieron aquella pregunta. Lo que querían decir era que querían hablar con Él, no sólo en el camino y de pasada, como meros conocidos ocasionales que pudieran cruzarse algunas palabras; querían detenerse con Él lo suficiente para hablar de sus problemas y preocupaciones. La persona que quiera ser discípula de Jesús no se dará por satisfecha con una palabra de pasada, sino querrá tener un encuentro personal con Él, no como conocida sino como amiga, en Su propia casa.

Jesús les contestó: «¡Venid y ved!» Los rabinos judíos tenían la costumbre de usar esa expresión en su enseñanza. Decían a veces: «¿Quieres saber la respuesta a esa pregunta? ¿Quieres saber la solución a ese problema? Ven y ve, y lo razonaremos juntos.» Cuando Jesús les dijo «¡Venid y ved!» los estaba invitando, no sólo a ir con Él para hablar, sino a ir a encontrar lo que sólo Él les podía descubrir.

El autor de este evangelio termina el párrafo diciendo que «eran como las cuatro de la tarde.» Es muy probable que lo diga porque él era uno de aquellos dos, y podía hasta decir exactamente la hora del día y hasta la piedra que había al borde del camino donde encontró a Jesús. A las cuatro de la tarde de un día de primavera en Galilea, la vida se le ofreció como algo completamente nuevo.

COMPARTIENDO LA GLORIA

Juan 1:40-42

> *Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan hablar de Jesús y Le habían seguido. Al día siguiente de madrugada fue al encuentro de su hermano Simón.*
>
> *—¡Hemos encontrado al Mesías! —le dijo. (La palabra* Mesías *quiere decir lo mismo que* Cristo). *Y se Le trajo a Jesús. Jesús se le quedó mirando fijamente, y le dijo:*
>
> *—Tú eres Simón hijo de Jonás. Desde ahora te llamarás Kefa —que quiere decir lo mismo que* Pedro, una roca.

La versión Reina-Valera dice que Andrés «halló primero a su hermano Simón.» En los manuscritos griegos hay dos variantes. Algunos tienen la palabra *prôton,* que quiere decir *primero,* y es lo que ha traducido la Reina-Valera; pero otros manuscritos ponen *prôi,* que quiere decir *por la mañana temprano, de madrugada.* En nuestra traducción hemos seguido esta variante porque va mejor con la historia de la primera semana clave de la vida de Jesús al colocar este suceso al día siguiente.

De nuevo Juan explica una palabra hebrea a sus lectores griegos. *Mesías,* en hebreo, y *Jristós,* en griego, quieren decir lo mismo: *Ungido.* En el mundo antiguo, como modernamente en algunos países, se ungía a los reyes en su coronación. *Mesías* y *Jristós* quieren decir *El Rey Ungido por Dios.*

No disponemos de mucha información sobre Andrés, pero lo poco que sabemos nos pinta claramente su carácter. Es uno de los personajes más simpáticos de la compañía de los apóstoles. Tiene dos cualidades sobresalientes.

(i) Andrés se caracteriza por estar dispuesto a ocupar un segundo lugar. Una y otra vez se le identifica como *el hermano de Simón Pedro.* Está claro que vivió a la sombra de su hermano. Muchos es posible que no supieran quién era Andrés, pero todo el mundo sabía quién era Pedro; así es que, cuando hablaban de Andrés, le identificaban como el hermano de Pedro. Andrés no formaba parte del círculo íntimo de los discípulos. Cuando Jesús devolvió la vida a la hija de Jairo, cuando ascendió al Monte de la Transfiguración, cuando arrostró la lucha suprema en Getsemaní, fueron Pedro, Santiago y Juan los que llevó consigo. Habría sido fácil que Andrés se diera por ofendido. ¿No había sido él uno de los dos primeros

que siguieron a Jesús? ¿Es que el mismo Pedro no le debía a él el que le hubiera presentado a Jesús? ¿No habría sido natural que se le concediera a él, Andrés, un puesto especial entre los apóstoles? Pero todo eso ni siquiera se le ocurrió nunca a Andrés. Estaba contento de seguir en la penumbra mientras Pedro ocupaba el centro de la atención; se daba por contento de representar un papel secundario en la compañía de los Doce. Para Andrés los asuntos jerárquicos y los puestos de honor no tenían ninguna importancia. Lo único que importaba era estar con Jesús y servirle lo mejor posible. Andrés es «el santo patrón» de todos los que aceptan ser segundones con humildad y lealtad y sin resentimiento.

(ii) Andrés se caracteriza por estar al loro para presentarle a otros a Jesús. Son sólo tres veces las que aparece Andrés en escena en la historia evangélica: la primera es aquí, cuando Le trae a Pedro a Jesús; la segunda, en *Juan 6:8-9,* cuando Le trae a Jesús al muchacho de los cinco panecillos y los dos pescaditos; y la tercera, el incidente de *Juan 12:22,* cuando trae a los buscadores griegos a la presencia de Jesús. Andrés disfrutaba enormemente trayendo a otros a Jesús. Sobresale como el cristiano cuyo deseo supremo es el compartir la gloria. Tenía corazón de misionero. Desde que encontró la amistad de Jesús, pasó el resto de la vida introduciendo a otros a esa amistad. Andrés es nuestro gran ejemplo del que no puede guardarse a Jesús sólo para sí.

Cuando Andrés Le trajo a Pedro a Jesús, Jesús se quedó mirando fijamente a Pedro. La palabra que se usa de esa mirada es *emblepein.* Describe una mirada concentrada, intensa, a fondo, que no se conforma con ver las cosas que aparecen en la superficie sino que lee lo que hay en el corazón. Cuando Jesús vio a Simón, como se le llamaba entonces, le dijo: «Te llamas Simón, pero te llamarás Kefa, es decir, *una roca.»*

En el mundo antiguo, casi todos tenían dos nombres. El griego era la lengua internacional, y casi todos tenían un primer nombre, en su lengua materna, que era por el que los conocían sus familiares y amigos, y otro nombre griego, que era el que usaban en los negocios y en las cosas oficiales. Algunas veces un nombre era la traducción del otro: *Petros* era el equivalente griego de *Kefa,* el nombre arameo para *roca; Tomás* en arameo y *Dídimo* en griego

quieren decir *mellizo; Tabita* en arameo y *Dorcas* en griego quieren decir *gacela.* Algunas veces se escogía un nombre griego que sonara parecido al arameo. Un judío que se llamara *Eliakim* o *Abel* en su lengua podía escoger *Alcimus* o *Apeles* como nombres griegos equivalentes. Así es que *Petros* y *Kefa* o *Cefas* no son nombres distintos, sino el mismo en lenguas diferentes.

En el Antiguo Testamento, el cambio de nombre indicaba a veces una nueva relación con Dios. Por ejemplo: *Jacob* pasó a llamarse *Israel (Génesis 32:28),* y *Abram* se cambió por *Abraham (Génesis 17:5)* cuando entraron en una nueva relación con Dios. Era como si la vida empezara de nuevo y se fuera una persona diferente, y necesitara un nuevo nombre.

Pero lo realmente importante de esta historia es que nos dice *cómo mira Jesús a las personas.* No ve solamente lo que *es* en el momento, sino también *lo que puede llegar a ser.* Ve no sólo lo que es *en la actualidad,* sino lo que es *en potencia.*

Jesús miró a Pedro y vio en él no sólo al pescador galileo sino también al que tenía la posibilidad de convertirse en la roca sobre la que se edificaría la Iglesia. Jesús nos ve no sólo como somos, sino como podemos ser; y Él nos dice: «Dame tu vida, y te haré lo que llevas dentro que puedes llegar a ser.» Una vez alguien vio a Miguel Angel reduciendo una roca enorme y deforme con el cincel, y le preguntó qué estaba haciendo. «Estoy liberando al ángel que está prisionero en el mármol» —le contestó el escultor. Jesús es el único que ve y que puede liberar al héroe que hay oculto en las personas.

LA RENDICIÓN DE NATANAEL

Juan 1:43-51

> *El día siguiente Jesús decidió marcharse a Galilea, y allí encontró a Felipe. Jesús le dijo:*
>
> *—¡Sígueme!*
>
> *Ahora bien, Felipe era de Betsaida, el pueblo de Andrés y Pedro. Felipe fue a encontrar a Natanael, y le dijo:*
>
> *—¡Hemos encontrado al Que anunciaba Moisés en la Ley y también los Profetas! ¡Es Jesús hijo de José, de Nazaret!*
>
> *—¿Es que puede salir algo bueno de Nazaret? —le contestó Natanael.*

—¡Ven y ve! —le dijo Felipe.

Cuando Jesús vio venir hacia Él a Natanael dijo:

—¡Fijaos, ese sí que es un verdadero israelita sin doblez!

—¿De qué me conoces Tú? —le preguntó Natanael. Y Jesús le contestó:

—Antes que te llamara Felipe, te vi cuando estabas debajo de la higuera.

—¡Rabí, Tú eres el Hijo de Dios y el Rey de Israel! —exclamó Natanael. Y Jesús le dijo:

—¿Me crees porque te he dicho que te he visto debajo de la higuera? ¡Pues cosas más maravillosas verás! —Y añadió—: Es la pura verdad esto que os digo: Desde ahora en adelante vais a ver que se abre el Cielo, y que los ángeles de Dios ascienden y descienden por el Hijo del Hombre.

En este punto de la historia Jesús dejó el Sur y Se marchó a Galilea, al Norte de Palestina. Allí, tal vez en Caná, se encontró a Felipe, y le llamó. Felipe, como Andrés, no podía guardarse la Buena Noticia para él solo. Como dijo Godet: «Una antorcha encendida sirve para encender otras.» Así es que Felipe fue a buscar a su amigo Natanael, y le dijo que creía que había descubierto al largo tiempo esperado Mesías en Jesús, el Hombre de Nazaret.

Natanael reaccionó despectivamente. No había nada en el Antiguo Testamento que anunciara que el Escogido de Dios hubiera de proceder de Nazaret. Nazaret era un lugar corriente. Natanael mismo era de Caná, otro pueblo de Galilea, y es corriente que haya cierta rivalidad y celos entre los pueblos de la misma región. Natanael reaccionó diciendo que Nazaret no era la clase de pueblo del que se podía esperar nada bueno. Felipe fue prudente. No discutió, sino dijo sencillamente: «¡Ven y ve!»

No serán muchos los que han sido conducidos a Cristo a base de discusiones. A menudo las discusiones hacen más daño que bien. La única manera de convencer a otro de la supremacía de Cristo es ponerle en contacto con Él. En general, es cierto lo que se dice de que no es la predicación razonada ni filosófica la que gana almas para Cristo, sino la presentación de la Persona de Cristo y de la Cruz.

Hay un relato que nos cuenta que, a finales del siglo XIX, el gran agnóstico Huxley asistía a una tertulia que se reunía en una finca campestre. Llegó el domingo, y la mayor parte de los miembros se prepararon para ir a la iglesia; pero, naturalmente, Huxley no tenía intención de ir. Se dirigió a uno que se sabía que tenía una fe cristiana sencilla y radiante, y le dijo simplemente: «Supongamos que usted no va hoy a la iglesia. Supongamos que se queda usted en casa y me dice sencillamente lo que significa para usted la fe cristiana y por qué es usted cristiano.» «Pero —contestó el hombre—, usted podría deshacer mis razones en un momento. Yo no soy bastante listo para discutir con usted.» Huxley contestó cortésmente: «No quiero discutir con usted; sólo quiero que me diga lo que quiere decir para usted la fe cristiana.» El hombre se quedó en casa y le expuso su fe a Huxley con toda sencillez. Cuando terminó, había lágrimas en los ojos del gran agnóstico. «Daría con gusto la mano derecha —dijo— por tener una fe como la suya.»

No fue un razonamiento inteligente lo que conmovió al gran agnóstico. Él podría haber destrozado de manera devastadora cualquier argumento que pudiera proponer el creyente sencillo; pero la simple presentación de Cristo le dejó sin argumentos. La mejor presentación del Evangelio es decir: «Ven y ve.» No cabe duda que tenemos que conocer a Cristo personalmente antes de invitar a otros a venir a Él. El verdadero evangelista tiene que haber tenido un encuentro personal con Cristo en primer lugar para poder presentarle a otras personas.

Así que Natanael vino, y Jesús pudo ver lo que había en su corazón. «Aquí —dijo Jesús— llega un verdadero israelita en el que no cabe la falsedad.» Ese era un tributo que apreciaría cualquier israelita. «Bienaventurado el hombre —había escrito el salmista— al que el Señor no culpa de iniquidad, y en cuyo corazón no hay engaño» *(Salmo 32:2).* «Nunca hizo maldad —había dicho el profeta del Siervo del Señor— ni hubo engaño en su boca» *(Isaías 53:9).*

Natanael se sorprendió de que se pudiera dar tal veredicto a primera vista, y Le preguntó a Jesús que de qué le conocía. Jesús le dijo que ya le había visto cuando estaba debajo de la higuera. ¿Qué puede querer decir eso? Para los judíos la higuera era el símbolo de la paz. Su idea de la paz era cuando uno podía estar tranquilo a la

sombra de su parra o de su higuera (cp. *1 Reyes 4:25; Miqueas 4:4).* Además, como la higuera es un árbol frondoso, era costumbre sentarse a meditar a la sombra de sus ramas. Parece ser que eso era lo que Natanael había estado haciendo, y probablemente había estado pidiéndole a Dios que viniera pronto el Mesías. Habría estado pensando en las promesas de Dios; y ahora se daba cuenta de que Jesús, no sólo le había visto cuando estaba debajo de la higuera, sino también había visto lo que había en lo más íntimo de su corazón.

No fue tanto el que Jesús le hubiera visto cuando estaba debajo de la higuera lo que sorprendió a Natanael, sino el que Jesús hubiera leído los pensamientos de su corazón. Natanael se dijo: «¡Aquí hay Alguien que comprende mis sueños, un Hombre que conoce mis oraciones! ¡Aquí hay Uno que ha contemplado los anhelos más íntimos y secretos que yo no sé ni expresar con palabras! ¡Aquí hay un Hombre que puede traducir los suspiros inarticulados del alma! ¡Este Hombre no puede ser más que el Ungido de Dios que Se nos había prometido y estábamos esperando!» Natanael capituló incondicionalmente ante el Hombre que le había leído y comprendido y apaciguado y llenado el corazón.

Puede que Jesús sonriera. Hizo referencia a la antigua historia de Jacob en Betel, que vio una escala dorada que conducía al Cielo *(Génesis 28:12-13).* Era tanto como decir: «Natanael, Yo puedo hacer mucho más que leer tu corazón. Puedo ser para ti y para todos el verdadero Camino, la escala que conduce al Cielo.» Es por Jesús, y sólo por Él, como las almas pueden escalar el camino que conduce al Cielo.

Este pasaje nos presenta un cierto problema. ¿Quién era Natanael? Según el Cuarto Evangelio fue uno de los componentes del primer grupo de discípulos, pero en los otros tres evangelios ni siquiera se le nombra. Se han sugerido unas cuantas explicaciones.

(i) Se ha sugerido que Natanael no es una persona real sino imaginaria, y representativa de todos los verdaderos israelitas que rompieron las ligaduras y los moldes del orgullo y los prejuicios nacionales y se entregaron a Jesucristo.

(ii) Sobre la misma base se ha hecho la sugerencia de que Natanael representa, o a Pablo, o al Discípulo Amado. Pablo fue el

gran ejemplo de un israelita que aceptó a Cristo, y el Discípulo Amado es un discípulo ideal. Según esto, Natanael es una figura imaginaria. Si no se le mencionara nada más que aquí, podría convencer; pero aparece otra vez en *Juan 21:2,* donde no hay duda que se trata de una persona real.

(iii) Se le ha identificado con Mateo, porque ambos nombres, *Mateo* y *Natanael,* quieren decir lo mismo, *Don de Dios.* Ya hemos visto que en aquel tiempo se tenían dos nombres; pero, en tal caso, uno de ellos sería griego y el otro judío. Y en este caso los dos nombres son judíos.

(iv) Hay una explicación más sencilla. A *Natanael* le trajo a Jesús *Felipe.* El nombre de *Natanael* no aparece nunca en los otros tres evangelios; y en el Cuarto Evangelio no se menciona nunca a *Bartolomé.* Ahora bien: en la lista de discípulos de *Mateo 10:3* y de *Marcos 3:18, Felipe* y *Bartolomé* aparecen juntos, como si fuera natural e inevitable relacionarlos. Además, *Bartolomé* es realmente *un apellido,* porque quiere decir *hijo de Tolmai* o *Tolomeo. Bartolomé* debe de haber tenido otro nombre «de pila»; y por lo menos es posible que *Bartolomé* y *Natanael* sean la misma persona. Esto encaja perfectamente en los hechos del caso.

En cualquier caso, es verdad que Natanael representa al israelita cuyo corazón ha sido limpiado de orgullo y prejuicios y que ha visto en Jesús al Que satisface los anhelos del corazón buscador y expectante.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11

Dos días después había una boda en Caná de Galilea; la madre de Jesús estaba allí, y estaban invitados Jesús y Sus discípulos.

Cuando se les acabó el vino, la madre de Jesús Le dijo:

—Se han quedado sin vino.

—Señora, déjame resolverlo a Mi manera. Todavía no ha llegado mi momento —le contestó Jesús. Seguidamente, Su madre les dijo a los criados:

—Haced lo que os diga Jesús.

Había allí colocadas seis tinajas de piedra (que se necesitaban para los ritos de purificación de los judíos), en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús les dijo a los criados:

—Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta el borde. Luego les dijo:

—Ahora sacad algo y llevádselo al maestro de ceremonias —. Y así lo hicieron.

Cuando el maestro de ceremonias probó el agua que se había vuelto vino (cosa que él no sabía, pero sí los que habían sacado el agua), llamó al novio y le dijo:

—Lo que se hace siempre es ofrecerles a los invitados el buen vino primero; y, cuando ya han bebido bastante, se les sirve un vino inferior. ¡Pero tú has reservado el buen vino hasta ahora!

Jesús hizo la primera de Su señales en Caná de Galilea, y manifestó Su gloria; y Sus discípulos creyeron en Él.

La misma riqueza de detalles del Cuarto Evangelio les presenta un problema a los que lo quieren estudiar o explicar. Siempre hay dos cosas: la historia clara y sencilla que cualquiera puede entender y contar, y una riqueza de sentido profundo para el que quiera investigar y desentrañar y entender más. Hay tanto en un pasaje como éste que vamos a tomarnos tres días para estudiarlo. Primero lo miraremos sencillamente para situarlo en su entorno y darle vida.

Luego miraremos algunas de las cosas que nos dice de Jesús y Su obra. Y por último, consideraremos la verdad permanente que Juan está tratando de decirnos.

Caná de Galilea se llamaba así para distinguirla de otra Caná que había en Celesiria. Era una aldea que estaba cerca de Nazaret. Jerónimo, que estuvo en Palestina, dice que se la veía desde Nazaret. En Caná había una fiesta de boda en la que se encontraba María, que parece que tenía alguna responsabilidad. Tal vez tenía algo que ver con los preparativos, porque se preocupó cuando se dio cuenta de que faltaba el vino; y tenía suficiente autoridad para decirles a los criados que hicieran lo que les dijera Jesús. Algunos de los evangelios posteriores que no se incluyeron en el Nuevo Testamento añaden ciertos detalles a esta historia. Uno de los evangelios coptos nos dice que María era la hermana de la madre del novio. Hay un antiguo compendio de introducciones a los libros del Nuevo Testamento que se llama *Los prefacios monárquicos,* que nos cuenta que el novio era nada menos que el mismo Juan, y su madre Salomé, la hermana de María. No sabemos si estos detalles extra serán ciertos o no, pero la historia se nos cuenta tan gráficamente que no podemos dudar que procede de un testigo presencial.

No se menciona a José, como tampoco en los otros evangelios después de las historias de la Navidad. La explicación más probable es que para entonces ya habría muerto. Parece que murió bastante pronto, y que la razón por la que Jesús pasó dieciocho largos años en Nazaret fue que tenía que hacerse cargo de mantener a su madre y familia. Sólo cuando Sus hermanos y hermanas más jóvenes se pudieron valer por sí mismos, Jesús salió del hogar familiar.

La escena nos presenta una fiesta de boda en una aldea. En Palestina, una boda era una ocasión especialísima. La ley judía especificaba que la boda de una virgen se debía celebrar en miércoles. Este es un detalle interesante, porque nos da una fecha desde la que podemos contar hacia atrás; si esta boda tuvo lugar el miércoles, tiene que haber sido sábado cuando Jesús se encontró por primera vez con Andrés y Juan, que se quedaron con Él todo el día. La fiesta de bodas duraba mucho más de un día. La ceremonia

en sí tenía lugar por la tarde, después de una fiesta. Después de la ceremonia se acompañaba a la pareja a su nuevo hogar. Para entonces ya había oscurecido, y la comitiva iba por las calles de la aldea a la luz de antorchas llameantes y con un dosel bajo el que iba la pareja. Los llevaban por un camino intencionadamente más largo para que hubiera más personas que tuvieran oportunidad de felicitarlos. Pero la nueva pareja no se iba para la luna de miel; se quedaban en casa, y recibían visitas toda la semana. Llevaban coronas y se vestían con su ropa de bodas. Los trataban como a un rey y a una reina, hasta dándoles ese tratamiento, y su palabra era ley. En un tiempo en que en la vida había mucha pobreza y un trabajo muy duro, esa semana de fiestas y alegría era algo especialísimo.

Jesús participaba encantado de una ocasión alegre como esa. Pero algo estuvo a punto de estropearla: se les acabó el vino. Se ha sugerido que a lo mejor una de las causas fue la venida de Jesús; porque no vino solo, sino con cuatro discípulos, y tal vez se incorporaron cuando ya se habían hecho todos los preparativos sin contar con ellos. Cinco personas más en la fiesta de una familia humilde pueden causar problemas.

En una fiesta judía el vino era esencial. «Sin vino —decían los rabinos— no puede haber alegría.» No es que la gente se emborrachara; la borrachera se miraba muy mal, y no era frecuente, porque se mezclaban dos partes de vino con tres de agua. En cualquier tiempo habría sido un problema que faltaran las provisiones, porque la hospitalidad es un sagrado deber en Oriente; pero era una desgracia mayor, y hasta una humillación terrible para los novios, el que faltara el vino en su boda.

Eso explica el que María acudiera a Jesús para decirle lo que pasaba. La traducción de la respuesta de Jesús en la versión Reina-Valera hace que suene muy descortés —«¿Qué tengo yo contigo, mujer?»(1909). «¿Qué tienes conmigo, mujer?» (1960). Esa es una traducción literal de *las palabras;* pero no nos permite adivinar *el tono.*

La frase: «¿Qué tengo yo que ver contigo?» era muy corriente en un tono conversacional. Si se decía brusca y airadamente indicaba desacuerdo o reproche; pero cuando se decía amablemente quería

decir que no se había entendido bien. Aquí quiere decir: «No te preocupes; tú no entiendes muy bien lo que pasa; déjamelo a Mí, que lo resolveré a Mi manera.» Jesús le estaba diciendo a María sencillamente que lo dejara en Sus manos, que Él ya sabía lo que tenía que hacer.

La palabra *Mujer (guynai)* también puede despistarnos. Nos parece muy ruda y abrupta. Pero es la misma palabra que usó Jesús en la Cruz dirigiéndose a María al confiársela a Su Discípulo amado *(Juan 19:26).* Homero la usa como el tratamiento que le da Ulises a su muy amada esposa Penélope. El emperador Augusto la usaba como un título al dirigirse a Cleopatra, la famosa reina egipcia. Lejos de ser una manera ruda y descortés de dirigirse a una mujer, era un título de respeto. No tenemos en castellano una expresión que corresponda exactamente; la palabra *señora* expresa por lo menos la cortesía que se supone en el tono.

Lo dijera como fuera, María no lo tomó como «¡Déjame en paz!», sino todo lo contrario; así es que fue a los criados y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. A la entrada había seis grandes tinajas para el agua. La palabra que la versión Reina-Valera traduce por *cántaros (metrêtês)* equivale a unos cuarenta litros, y se nos dice que en cada tinaja cabrían dos o tres cántaros, es decir, alrededor de cien litros.

Juan está escribiendo su evangelio para los griegos, así es que les explica que estas tinajas se tenían para guardar el agua que se usaba en los ritos de purificación de los judíos. El agua se necesitaba para dos cosas. La primera, para lavarse los pies al entrar en la casa. Las carreteras y las calles no estaban pavimentadas en la mayor parte de los casos. El calzado más corriente eran las sandalias, que no eran más que unas suelas que se sujetaban a los pies con unas correas. En un día seco se traerían los pies llenos de polvo, y en uno húmedo, de barro; así es que se necesitaba agua para limpiarlos. En segundo lugar, se necesitaba para lavarse las manos. Los judíos estrictos se las lavaban antes de la comida y entre platos. Primero se ponía la mano con los dedos hacia arriba, y se echaba el agua de forma que resbalara hasta la muñeca; y luego se ponían los dedos hacia abajo para que el agua resbalara desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Esto se

hacía con cada mano por separado, y luego se limpiaba la palma restregándolas con el otro puño. La ley ceremonial judía insistía en que esto había que hacerlo no sólo al principio de la comida sino también entre platos. Si no se hacía, se tenían las manos técnicamente *inmundas.* Era para esos lavatorios de manos y de pies para lo que se tenían las tinajas a la entrada de la casa.

Jesús dijo que llenaran las tinajas hasta el borde. Juan da ese detalle para que se sepa que allí no se metió más que agua. Y luego les dijo que sacaran algo y se lo llevaran al *arjitriklinos,* al maestro de ceremonias. En los banquetes romanos había un personaje al que llamaban *arbiter bibendi,* el encargado de la bebida. A veces era uno de los invitados el que actuaba de maestro de ceremonias en una boda judía; pero nuestro equivalente del *arjitriklinos* sería *el padrino.* Entonces estaba a cargo de la colocación de los invitados y de la organización de la fiesta en general. Cuando probó el agua que se había vuelto vino se quedó alucinado. Llamó al novio —lo corriente era que fueran los padres del novio los que corrieran con los gastos— y le dijo en un tono de broma que Juan nos transmite con gracia: «¡Oye, tú! Lo corriente es que se sirva primero el buen vino, y después, cuando la gente ya ha bebido bastante y no está en condiciones de distinguir de calidades, se le sirve algo inferior; ¡pero tú te tenías guardado el mejor hasta ahora!»

Así es que fue en la boda de unos pueblerinos de Galilea donde Jesús manifestó Su gloria; y fue en aquella ocasión cuando Sus discípulos captaron otro detalle que les hizo darse cuenta de Quién era su Maestro.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11 *(continuación)*

Tomamos nota de tres cosas en esta señal maravillosa que realizó Jesús.

(i) Tomamos nota de *cuándo* sucedió: en una fiesta de bodas. Jesús estaba en su ambiente. No era ningún austero *aguafiestas.* ¡Todo lo contrario, como vemos aquí! Le encantaba participar de la alegría y el regocijo de una boda, y ayudar en los problemas que se presentaran.

Hay algunas personas «religiosas» que difunden una atmósfera lúgubre por donde van. Miran con suspicacia todo lo que sea alegría y felicidad. Para ellos la religión es cosa de sotanas, de salmodias y de caras largas. Dijo de Alice Freeman Palmer uno de sus estudiantes: «¡Me hacía sentirme como si estuviera dándome un baño de sol!» (Y eso en Escocia...). Así era Jesús. C. H. Spurgeon tiene algunos consejos sabios, aunque caústicos, en su libro *Charlas a mis estudiantes:* «El tono sepulcral puede que le vaya bien al de la funeraria; pero a los lázaros no los hacen salir de la tumba los gemidos espectrales.» «Conozco a hermanos que desde la coronilla hasta la planta de los pies son tan *ministeriales* en facha, tono, modales, cuello y botas que no les queda ni una partícula de humanidad visible... A algunos parece que les han enroscado una corbata blanca alrededor del alma, como un pingajo almidonado que les estrangula toda su hombría.» «Un individuo drenado totalmente de simpatía sería mejor que se dedicara a los oficios funerarios de enterrar a los muertos, porque jamás conseguirá hacerles mella a los vivos.» «Recomiendo jovialidad a todos los que quieran ganar almas; no frivolidad ni espuma, sino un espíritu sociable y feliz. Se cogen más moscas con miel que con vinagre, y conduce más almas al Cielo el que lleva el Cielo en la cara que el que lleva el Tártaro en sus gestos y aspecto.»

Jesús nunca consideraba que fuera un crimen ser feliz. ¿Por qué lo han de considerar sus seguidores?

(ii) Tomamos nota de *dónde* sucedió: en un humilde hogar de una aldea de Galilea. Este milagro no se realizó en el escenario de una gran ocasión ni en presencia de grandes multitudes, sino en un hogar. A. H. N. Green Armytage, en su libro *Retrato de san Lucas,* dice que a Lucas le encantaba presentar a Jesús en ambientes sencillos, hogareños y de gente humilde. En una frase gráfica dice que el evangelio de Lucas «domestica a Dios», es decir, Le introduce en el círculo del hogar y en las cosas más corrientes de la vida. Su intervención en Caná de Galilea nos muestra lo que Jesús pensaba del hogar. Como dice la versión Reina-Valera, «manifestó Su gloria» —es decir, se presentó tal como era—, y esa manifestación tuvo lugar en un sencillo hogar de pueblo.

Hay una extraña paradoja en la actitud de mucha gente hacia el lugar que llaman hogar. Admitirían sin reservas que «no hay sitio bajo el Cielo más dulce que el hogar;» y, sin embargo, al mismo tiempo tendrían que reconocer que es allí donde reclaman el derecho a portarse peor, con menos cortesía, con mal genio y más egoísmo; mucho peor que en cualquier otro sitio o entre extraños. Muchos de nosotros tratamos a nuestros seres queridos de una forma que no osaríamos emplear con meros conocidos o compañeros ocasionales. A menudo son los extraños los que nos ven en nuestra mejor actitud, y los nuestros en nuestra peor. Deberíamos recordar siempre que fue en un hogar humilde donde Jesús manifestó Su gloria. Para Él el hogar era el sitio en el que había que portarse de la mejor manera posible.

(iii) Tomamos nota de *por qué* sucedió. Ya hemos visto que la hospitalidad era siempre un deber sagrado en Oriente. Habría hecho que a aquella familia se le cayera la cara de vergüenza el que faltara el vino en la boda. Fue para salvar a una humilde familia galilea para lo que Jesús desplegó Su poder. Lo hizo movido por la simpatía, la amabilidad y la comprensión hacia la gente sencilla.

Casi todos estamos dispuestos a echar el resto en una gran ocasión; pero sólo Jesús es capaz de hacer una cosa tan bonita en una ocasión tan sencilla e íntima como aquella. Hay una especie de malicia humana natural que más bien se alegra de las desgracias de los demás y que se complace en contarlas después mientras se toman unas cañas. Pero Jesús, el Señor de toda la vida, el Rey de la gloria, empleó Su poder para salvar de la humillación a una sencilla pareja de novios de una aldea de Galilea. Es precisamente con gestos sencillos de comprensión y amabilidad como este como podemos demostrar que pertenecemos a Jesucristo y somos Sus seguidores.

Además, esta historia nos revela dos cosas hermosas sobre la fe que María tenía en Jesús.

(i) Instintivamente María acudía a Jesús cuando surgían problemas. Conocía a su Hijo. Él estuvo en el hogar familiar hasta los treinta años, y todo ese tiempo Jesús y María compartieron la vida. Hay una antigua leyenda que nos cuenta algo de cuando Jesús era un niño pequeño en el hogar de Nazaret. Nos dice que en

aquellos días, cuando la gente estaba cansada o preocupada o disgustada, decía: «Vamos a ver al niño de María.» E iban, y veían a Jesús, y se les disipaban los problemas. Todavía sigue siendo verdad que los que conocen íntimamente a Jesús acuden a Él cuando se encuentran en algún apuro... y Él nunca les falla.

(ii) Aun cuando María no sabía lo que Jesús iba a hacer, aun cuando parecía que no le había hecho caso, todavía María creía tanto en Él que se dirigió a los servidores y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. María tenía la fe que puede confiar aun cuando no entiende. No sabía lo que iba a hacer Jesús, pero estaba segura de que lo que hiciera sería lo mejor. En todas nuestras vidas hay momentos en los que no sabemos por dónde tirar. En todas nuestras vidas suceden cosas que no comprendemos y a las que no vemos ningún sentido. ¡Felices las personas que, en tales casos, siguen confiando, aunque no puedan entender!

Además, esta historia nos dice algo de Jesús. Respondiendo a María dijo: «Todavía no ha llegado mi momento.» En el evangelio aparece varias veces esta referencia a *Su hora.* En *Juan 7:6 y 8,* se refiere a Su manifestación como Mesías. En *Juan 12:23* y *17:1;* en *Mateo 26:18* y *45,* y en *Marcos 14:41,* es la hora de Su crucifixión y muerte. A lo largo de toda Su vida Jesús sabía que había venido al mundo para una tarea y con un propósito determinados. Veía Su vida, no en función de Sus deseos, sino en relación con la voluntad de Dios. No veía Su vida en el marco del incesante fluir del tiempo, sino en el de la permanente y definitiva eternidad. La vida de Jesús iba transcurriendo segura hacia el momento para el que Él sabía que había venido al mundo.

Aunque en casi nada nos podemos comparar con Jesús, en esto sí: no fue Él el único que vino a este mundo para cumplir el propósito de Dios. Como decía Unamuno: «Todos somos un sueño y una idea de Dios.» Cada uno de nosotros debemos pensar, no en términos de nuestros propios deseos y gustos, sino en la misión para la que estamos en el mundo.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11 *(conclusión)*

Ahora hemos de pensar en la verdad profunda y permanente que Juan está tratando de enseñarnos con esta historia.

Recordemos que Juan estaba escribiendo desde un doble trasfondo. Era judío, y estaba escribiendo también para los judíos; pero su gran objetivo era escribir la historia de Jesús de tal manera que pudiera llegar también a los griegos.

Vamos a considerarla antes de nada desde el punto de vista *judío.* Debemos recordar siempre que detrás de las sencillas historias de Juan hay un significado profundo que sólo pueden descubrir los que tienen ojos para ver. En todo su evangelio Juan no escribió nunca ningún detalle superfluo o innecesario. Todo tiene un significado y todo señala más allá.

Había seis tinajas de piedra; y, a la orden de Jesús, el agua que contenían se volvió vino. Para los judíos, *el siete* es el número completo y perfecto, y *el seis* es incompleto e imperfecto. Las seis tinajas de piedra representan a la Ley judía, incompleta e imperfecta. Jesús vino a acabar con las imperfecciones de la Ley y a poner en su lugar el vino nuevo del Evangelio de Su gracia. Jesús cambió la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.

Hay otra cosa que debemos notar en conexión con esta. Había seis tinajas de agua en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús convirtió el agua en vino. Eso haría que hubiera unos seiscientos litros de vino, más que suficiente para acabar felizmente las bodas y las tornabodas. Aunque sabemos lo que son estas fiestas en los pueblos del Mediterráneo, nos damos cuenta de que Juan no pretendía que nos quedáramos en el sentido literal exclusivamente. Lo que sí quería decirnos es que, cuando la gracia de Jesús viene a nuestra vida, hay bastante y de sobra para todo. No hay necesidad en el mundo que pueda agotar la gracia de Cristo; hay una gloriosa superabundancia de gracia para todas las necesidades humanas de todos los tiempos.

Juan nos está diciendo que las imperfecciones se han convertido en perfección en Jesús, y que la gracia se ha vuelto ilimitada, suficiente y más que suficiente para todas las necesidades.

Vamos a considerar esta historia ahora desde el punto de vista griego. Resulta que los griegos tenían historias exteriormente parecidas. Dionysos era el dios del vino de los griegos. Pausanias

fue un griego que escribió una historia de su país y de sus antiguas ceremonias. En su descripción de Elis describe una vieja ceremonia y creencia: «Entre el mercado y el Menius hay un teatro antiguo y un santuario de Dionysos; la imagen la hizo Praxiteles. No hay dios que sea más reverenciado por los eleanos que Dionysos, y dicen que asiste a su festival de la Thyia. El lugar en el que se celebra el festival llamado la Thyia está como a una milla de la ciudad. Se llevan al edificio tres cacharros vacíos, y los sacerdotes los depositan allí en presencia de los ciudadanos y de los forasteros que estén a la sazón en el país. En las puertas de los edificios, todos los que quieran hacerlo ponen sus sellos. Al día siguiente tienen libertad para mirar los sellos y, al entrar en el edificio, se encuentran los cacharros llenos de vino. Yo no he estado allí nunca en el tiempo del festival, pero la gente más respetable de Elis, y los forasteros, juran que los hechos se produjeron como he dicho.»

Así que los griegos también tenían sus historias de milagros; y es como si Juan les dijera: «Vosotros tenéis vuestras historias y leyendas de vuestros dioses. No son más que mitos, y sabéis muy bien que no son verdad. Pero Jesús ha venido a hacer lo que vosotros estabais soñando que vuestros dioses podían hacer. Jesús ha venido a hacer realidad todos nuestros anhelos y sueños.»

A los judíos, Juan les decía: «Jesús ha venido a cambiar la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.» Y a los griegos: «Jesús ha venido real y verdaderamente para hacer lo que vosotros sólo podíais soñar que vuestros dioses hicieran.»

Ahora podemos ver lo que Juan está tratando de enseñarnos. Todos los pasajes del Cuarto Evangelio nos cuentan, no simplemente algo que Jesús hizo una vez y nunca más, sino algo que hace todavía y hoy. Y lo que Juan quiere que veamos aquí no es que Jesús cambió el agua de unas tinajas en vino una vez; lo que quiere es que veamos que siempre que Jesús viene a la vida de una persona trae una nueva calidad de vida que es como cambiar el agua en vino. Sin Jesús la vida es un fracaso y una desilusión; y con Jesús es interesante, emocionante y satisfactoria.

Cuando sir Wilfred Grenfell estaba pidiendo voluntarios para ir a su trabajo en Labrador dijo que no podía prometerles mucho dinero, pero sí que se lo pasarían estupendamente. Eso es lo que Jesús

nos promete. Recordad que Juan estaba escribiendo setenta años después de la Cruz. Se había pasado setenta años pensando, recordando y meditando, hasta que comprendió el sentido y el significado que no había percibido antes. Cuando Juan contó esta historia se estaba acordando de cómo es la vida con Jesús; y dijo: «Dondequiere que iba Jesús y siempre que venía a la vida era como si el agua se cambiara en vino». Esta historia de Juan *nos* dice *a nosotros:* «Si quieres el nuevo optimismo, hazte seguidor de Jesucristo y vendrá un cambio a tu vida como cuando el agua se vuelve vino.»

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16

> *Después de eso bajó Jesús a Cafarnaún con su madre, hermanos y discípulos, y se quedaron allí un poco de tiempo.*
>
> *Era cerca de la fiesta judía de la Pascua, y Jesús subió a Jerusalén. En el templo encontró a los que estaban vendiendo becerros y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados a sus mesas. Y Jesús hizo un azote de cuerdas y los echó a todos del templo, con ovejas y becerros y todo, y tiró las monedas de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que estaban vendiendo palomas:*
>
> *—¡Quitad de aquí todo esto, y dejad de hacer un mercado de la casa de mi Padre!*

Después de la fiesta de boda de Caná de Galilea, Jesús y sus familiares y amigos hicieron una corta visita a Cafarnaún, que estaba como a unos treinta kilómetros, en la orilla septentrional del Mar de Galilea.

Poco después, Jesús se puso en camino para celebrar la fiesta de la Pascua en Jerusalén. La Pascua era el 15 de Nisán. Según la ley, todos los varones que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir.

Aquí nos encontramos con un detalle muy interesante. A primera vista parece que la cronología de la vida de Jesús en el Cuarto Evangelio no coincide con la de los otros tres, en los que no se nos dice que Jesús fuera a Jerusalén más que una vez. La fiesta de la

Pascua cuando tuvo lugar Su crucifixión es la única que mencionan, y Su única visita a Jerusalén a excepción de la que hizo cuando fue al templo de muchacho. Pero Juan nos cuenta no menos de tres pascuas —la de este pasaje, la de *Juan 6:4* y la de *Juan 11:55.* Además, según la narración de Juan, Jesús estaba en Jerusalén en una fiesta innominada en 5:1; en la fiesta de los Tabernáculos en 7:2, 10, y en la fiesta de la Dedicación en 10:22. De hecho, en los otros tres evangelios el ministerio principal de Jesús tiene lugar en Galilea; en el Cuarto, Jesús pasa sólo períodos breves en Galilea (2:1-12; 4:43 - 5:1; 6:1 - 7:14), y su actividad principal es en Jerusalén.

Lo cierto es que no hay aquí ninguna contradicción. Lo que pasa es que nos cuentan la historia desde diferentes puntos de vista. No se contradicen, sino se complementan. Mateo, Marcos y Lucas se concentran en el ministerio en Galilea, y Juan, en Jerusalén. Aunque los otros tres nos hablan sólo de una visita a Jerusalén y de una Pascua allí, implican que tiene que haber habido muchas otras. En la última visita nos presentan a Jesús llorando por Jerusalén: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como una gallina que junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!» *(Mateo 23:37).* Jesús no habría podido decir eso si no hubiera dirigido repetidas llamadas a Jerusalén, y si aquella visita fuera la primera. No debemos hablar de contradicciones entre el Cuarto Evangelio y los otros tres, sino usarlos a los cuatro para tener una información lo más completa posible de la vida de Jesús.

Pero sí hay una dificultad que no debemos soslayar. Este pasaje nos refiere el incidente conocido como La Purificación del Templo: Juan lo coloca *al principio* del ministerio de Jesús, mientras que los otros tres evangelistas lo ponen *al final (Mateo 21:12s; Marcos 11:15-17; Lucas 19:45s).* Esta diferencia requiere una explicación, y se han propuesto varias.

(i) Se ha sugerido que Jesús purificó el templo dos veces, una al principio y otra al final de Su ministerio. No resulta muy convincente porque, si hubiera hecho algo tan sorprendente una vez, no es probable que hubiera tenido la posibilidad de hacerlo otra vez. Su

reaparición en el templo habría sido la señal para que se tomaran tales precauciones que la repetición habría resultado imposible.

(ii) Se ha sugerido que Juan es el que tiene razón. Pero el suceso encaja mucho mejor al final del ministerio de Jesús. Es una secuela natural del ardiente coraje de Jesús en la Entrada Triunfal, y un preludio previsible de la Crucifixión. Si tenemos que escoger entre la cronología de Juan y la de los otros tres evangelistas, debemos escoger la de estos.

(iii) Se ha sugerido que, cuando murió Juan, su evangelio no estaba terminado del todo; que dejó varios relatos en hojas sueltas de papiro, sin encuadernar. Y se ha sugerido que la que contenía este relato se traspapeló y se insertó posteriormente en un lugar que no era el que le correspondía. Esto es posible, pero no probable, porque supone que el que ordenó el manuscrito no conocía el orden correcto ni los otros evangelios.

(iv) Debemos tener presente siempre que Juan, como ha dicho alguien, tiene más interés en la verdad que en los detalles. No era su propósito escribir una biografía cronológica de Jesús; sino, sobre todo, mostrar que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías. Es probable que Juan estuviera recordando las profecías acerca de la venida del Mesías. «...Y vendrá súbitamente a Su templo el Señor a Quien vosotros buscáis, y el Angel del Pacto a Quien deseáis vosotros. ¡He aquí viene, dice el Señor de los Ejércitos! ¿Y quién podrá soportar el tiempo de Su venida? ¿O quién podrá quedar en pie cuando Él se manifieste? Porque Él es como fuego purificador, y como detergente de lavadores... para purificar a los hijos de Leví... hasta que Le ofrezcan al Señor las ofrendas correctas. Entonces Le será grata al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados y los tiempos antiguos» *(Malaquías 3:1-4).* En la mente de Juan resonaban estas tremendas profecías. Su interés principal no era contar *cuándo* limpió Jesús el templo, sino que de hecho *lo hizo* como estaba profetizado del Mesías prometido. Lo más verosímil es que Juan colocara este incidente emblemático aquí, en el frontispicio de su historia, para presentar a Jesús como el Mesías de Dios, Que había venido para purificar el culto y abrir la puerta de acceso a Dios. No es la fecha el interés principal de Juan; eso era lo de menos. Su interés supremo era demostrar que las

acciones de Jesús nos Le presentan como el Prometido de Dios. Justamente al principio nos muestra a Jesús actuando como el Mesías de Dios.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 *(continuación)*

Fijémonos ahora en por qué actuó Jesús de esa manera. Su indignación es una cosa aterradora; la figura de Jesús con el azote de cuerdas inspira el máximo temor. Debemos ver qué fue lo que Le movió a aquella manifestación de indignación al rojo vivo en los atrios del templo.

La Pascua era la más importante de todas las fiestas judías. Como ya hemos visto, la ley establecía que todos los varones judíos adultos que vivieran a no más de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir. Pero no eran sólo los judíos de Palestina los que venían para la Pascua; en aquel tiempo los judíos estaban diseminados por todo el mundo, y no olvidaban su fe ancestral y su madre patria, y era el sueño y el propósito de todos ellos, estuvieran donde estuvieran, el celebrar la Pascua en Jerusalén por lo menos una vez en la vida. Aunque nos suene a exageración, es probable que tantos como dos millones y cuarto de judíos se reunieran a veces en la Ciudad Santa para celebrar la Pascua.

Había un impuesto que tenían que pagar todos los judíos de diecinueve años para arriba. Era el tributo del templo. De que todos cumplieran dependía el que el ritual y los sacrificios del templo se pudieran llevar a cabo día tras día. El impuesto era de medio siclo. Debemos recordar cuando hablemos de dinero que, en aquel tiempo, el salario de un obrero era el equivalente de menos de diez pesetas al día. El medio siclo eran unas quince, así es que era el sueldo de día y medio. Para todos los efectos prácticos, en Palestina se usaban muchos tipos de moneda: las de plata de Roma, Grecia, Egipto, Tiro y Sidón y de la misma Palestina, todas estaban en circulación y eran válidas. Pero el tributo del templo se tenía que pagar en siclos galileos o en los del santuario, que eran las únicas monedas judías; las demás eran paganas y, por tanto, inmundas. Valían para pagar las otras deudas, pero no la que se tenía con Dios.

Los peregrinos llegaban de todas las partes del mundo con toda clase de monedas; así es que, en los atrios del templo se colocaban *los cambistas.* Si hubieran sido honrados, habrían estado cumpliendo una finalidad justa y necesaria; pero lo que hacían era cobrar una *ma'ah* más por cada medio siclo, es decir, una sexta parte más, y otra ma'ah más por cada medio siclo que tuvieran que devolver al cambiar monedas mayores. Si, por ejemplo, venía alguien con una moneda que equivaliera a dos siclos, tenía que pagar una ma'ah para que se la cambiaran, y otras tres para que le devolvieran el cambio de tres medios siclos. En otras palabras: que los cambistas le sacaban el sueldo de un día por la operación.

El tributo del templo y el sistema de cambio de moneda se elevaban a cantidades fantásticas. La renta anual del templo se ha calculado en 20,000,000 de pesetas, y las ganancias de los cambistas 2,000,000 —pero téngase presente que el sueldo de un obrero serían unas 10 pesetas diarias. Cuando Crasso capturó Jerusalén y saqueó la tesorería del templo en el año 54 a.C. se llevó 500,000,000 de pesetas sin llegar a agotarlo.

El que los cambistas cobraran comisión cuando cambiaban las monedas de los peregrinos no se veía mal. *El Talmud* establecía: «Es menester que cada uno tenga medio siclo para pagar su cuota. Por tanto, cuando trae un siclo para cambiarlo por dos medios siclos está obligado a dejar que el cambista saque algún beneficio.» La palabra para comisión era *kollybos,* y a los cambistas se los llamaba *kollybistai.* Esta palabra *kollybos* dio origen al personaje de comedia que se llamaba Kollybos en griego y Collybus en latín, equivalentes al famoso usurero shakespeariano Shylock.

Lo que exasperaba a Jesús era que los cambistas abusaran de los modestos peregrinos de la Pascua con comisiones exorbitantes. Era una injusticia social flagrante y desvergonzada… y, lo que es peor: se perpetraba en nombre de la verdadera religión.

Además de los cambistas estaban los que vendían becerros, corderos y palomas. Era corriente que una visita al templo fuera acompañada de un sacrificio. Muchos peregrinos querrían hacer una ofrenda de acción de gracias por haber hecho un buen viaje a la Santa Ciudad; además, la mayor parte de los acontecimientos de la vida y de la familia de los judíos tenían su sacrificio apropiado.

Parecería por tanto que se ofrecía una ayuda natural para que se pudieran comprar las víctimas para los sacrificios en los atrios del templo. Podría haber sido así; pero la ley imponía el que los animales que se ofrecieran fueran perfectos y sin defecto. Las autoridades del templo tenían inspectores *(mumjeh)* que examinaban las víctimas antes del sacrificio. La inspección ya costaba una *ma'ah.* Si el fiel compraba el animal fuera del templo se lo podían rechazar en la inspección; ya se podía estar seguro de que le encontrarían algún defecto que les permitiera declararlo no apto.

Se podría pensar que aquello no habría importado mucho; pero es que un par de palomas podía costar sólo el equivalente de diez pesetas—aunque, recordemos: ese era el sueldo de un día—, mientras que en el templo costarían no menos de ciento cincuenta pesetas. Aquí había otro abuso descarado a costa de los pobres y humildes peregrinos, a los que se obligaba a pasar por el aro de comprar sus víctimas en el templo si querían hacer un sacrificio... Y de nuevo lo peor del caso era que aquella injusticia se agravaba por el hecho de que se perpetraba en nombre de la más pura religión.

Estas eran las cosas que despertaban la indignación de Jesús. Se nos dice que hizo un azote de cuerdas. Jerónimo pensaba que la actitud de Jesús ya haría que no hiciera falta usarlo. «Una ardiente luz estelar fulguraban Sus ojos, y la majestad de la divinidad resplandecía en Su rostro.» Precisamente porque amaba a Dios, Jesús amaba a los hijos de Dios, y Le era imposible permanecer impasible contemplando cómo se abusaba de aquella manera de los adoradores de Jerusalén.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 *(conclusión)*

Hemos visto que fue la explotación de los peregrinos por parte de gente sin conciencia lo que movió a Jesús a aquella manifestación de indignación; pero la historia de la purificación del templo responde a razones todavía más profundas por las que Jesús dio aquel paso tan drástico.

No hay dos evangelistas que coincidan exactamente al darnos las palabras de Jesús. Cada uno de ellos nos conserva su versión

personal. Y es al reunir todos los relatos como obtenemos una idea clara de lo que dijo Jesús. Así es que vamos a empezar por recordar las diferentes formas en que nos han transmitido los evangelistas las palabras de Jesús, en la versión Reina-Valera. Mateo nos las transmite de la siguiente manera: «Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» *(Mateo 21:13).* Marcos pone: «Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones. Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» *(Marcos 11:17).* Lucas dice: «Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» *(Lucas 19:46).* Y aquí Juan: «Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado» *(Juan 2:16).*

Jesús tenía por lo menos tres razones para hacer lo que hizo.

(i) Actuó así porque se estaba profanando la casa de Dios. En el templo se daba a Dios un culto sin reverencia. La reverencia es una cosa instintiva. El artista Edward Seago nos cuenta que llevó a dos niños gitanos a visitar una catedral de Inglaterra. Eran unos chiquillos muy traviesos en circunstancias normales; pero, desde el momento en que entraron en la catedral, estuvieron sorprendentemente tranquilos y callados; y luego, todo el camino hasta llegar a la casa. Hasta la tarde no volvieron a sus habituales travesuras. En sus corazones naturalmente indisciplinados había una reverencia instintiva.

El culto sin reverencia puede ser una cosa terrible. Puede que sea un «culto» que se hace rutinaria o formalmente; las oraciones más solemnes se pueden leer como las listas de las subastas. Puede que sea un «culto» que no tiene en cuenta la santidad de Dios y que suena como si —según la frase de H. H. Farmer— «el adorador se llevara muy bien con la Divinidad.» Puede que sea un culto para el que no están preparados ni el que lo dirige ni la congregación. Puede que sea el uso de la casa de Dios para fines y con medios en los que se olvida la reverencia y la verdadera función de la casa de Dios. En aquel atrio de la casa de Dios de Jerusalén se regatearían los precios, se discutirían las monedas viejas o desgastadas... En fin, que habría ruidos y gestos y discusiones más propios de un mercado. Puede que esa forma de irreverencia no sea corriente

ahora; pero hay otras formas de ofrecerle a Dios un culto irreverente.

(ii) Jesús hizo lo que hizo para mostrar que toda esa parafernalia de sacrificios animales era totalmente impertinente. Hacía siglos que venían diciéndolo los profetas. «¿Para qué Me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? ¡Estoy harto de holocaustos de carneros y de sebo de animales cebados; no Me gusta la sangre de los toros, de las ovejas o de los chivos... No Me traigáis más ofrendas vanas» *(Isaías 1:11-17).* «Porque cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les dije nada ni les di mandamientos acerca de holocaustos y sacrificios» *(Jeremías 7:22).* «Con sus ovejas y con sus vacas andarán buscando al Señor, pero no Le encontrarán» *(Oseas 5:6).* «Les encantan los sacrificios; sacrifican carne y la comen, pero el Señor no Se complace en ellos» *(Oseas 8:13).* «Porque Tú no te complaces en sacrificios; si yo hubiera de ofrecer holocaustos, a Ti no Te agradaría» *(Salmo 51:16).* Un coro de voces proféticas denunciaba la impertinencia de los holocaustos que humeaban constantemente en los altares de Jerusalén. Jesús actuó así para demostrar que ningún sacrificio animal podrá nunca realizar la reconciliación de la humanidad con Dios.

No estamos totalmente libres de esa tendencia hoy en día. Es cierto que no Le ofrecemos a Dios sacrificios de animales; pero podemos identificar Su culto con la instalación de vidrieras de colores o de un órgano más sonoro, o con piedra o madera tallada, cuando el verdadero culto brilla por su ausencia. No es que estas cosas sean condenables, ¡lejos de eso! A menudo, ¡gracias a Dios!, son ofrendas de corazones fieles y agradecidos. Cuando ayudan a la verdadera devoción, cuentan con la bendición de Dios; pero cuando son su sustituto, hastían el corazón de Dios.

(iii) Había todavía otra razón para que Jesús actuara de aquella manera. Marcos añade un curioso detalle que no se encuentra en los otros evangelios: «Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones» *(Marcos 11:17),* siguiendo con la cita de *Isaías 56:7.* El templo constaba de una serie de atrios que conducían al templo propiamente dicho y al Lugar Santísimo. La primera parte era el Atrio de los Gentiles; luego venía el Atrio de las Mujeres; después, el de los Israelitas, y por último, el de los Sacerdotes.

Toda esa compraventa se hacía en el Atrio de los Gentiles, que era el único al que podían acceder los que no fueran israelitas. A partir de aquel lugar les estaba prohibida la entrada. Así que si había algún gentil cuyo corazón Dios hubiera tocado, podía llegar al Atrio de los Gentiles para meditar y orar y buscar a Dios. El Atrio de los Gentiles era el único lugar de oración que conocía.

Las autoridades del templo y los comerciantes judíos estaban convirtiendo el Atrio de los Gentiles en un lugar de confusión y jaleo en el que era prácticamente imposible orar. Los mugidos de los becerros, los balidos de las ovejas, el zureo y el revoloteo de las palomas, los gritos de los vendedores, el tintineo de las monedas, los pregones y los regateos... todo eso combinado convertía el Atrio de los Gentiles en un lugar donde no se podía dar culto a Dios. El jaleo del atrio exterior del templo les cerraba el acceso a la presencia de Dios a los gentiles que Le buscaran. Tal vez era eso lo que más angustiaba a Jesús, y puede que por eso Marcos nos conservara la frase que nos lo indica. A Jesús se Le conmovían las entrañas porque en la Casa de Oración se le cerraba el acceso a la presencia de Su Padre a los que Le buscaban sinceramente.

¿Hay algo en la vida de nuestra iglesia —esnobismo, exclusividad, frialdad, falta de hospitalidad, tendencia a hacer de la congregación un club cerrado, arrogancia, tiquismiquis— que excluye al sincero buscador? Recordemos la indignación de Jesús contra los que les hacían difícil, o imposible, a los buscadores extranjeros el establecer contacto con Dios.

EL NUEVO TEMPLO

Juan 2:17-22

> *Sus discípulos se acordaron de que hay una Escritura que dice: «Porque el celo por Tu Casa me ha consumido.»*
>
> *Entonces los judíos le interrogaron:*
>
> *—¿Qué señal nos das para justificar tal actuación?*
>
> *—Destruid este Templo —les contestó Jesús—, y lo levantaré en tres días.*
>
> *—Hace ahora cuarenta y seis años que se está construyendo el templo —Le objetaron—, ¿y Tú lo vas a levantar en tres días?*

Pero Él se refería al Templo de Su Cuerpo. Así que cuando resucitó, Sus discípulos se acordaron de que Jesús había dicho esto, y creyeron la Escritura y lo que Jesús les había dicho.

Era inevitable que una intervención como la de la purificación del templo provocara una reacción inmediata en los que la presenciaron. No era la clase de cosa que uno puede contemplar con total indiferencia. Era demasiado sorprendente y revolucionario.

Aquí tenemos dos reacciones. La primera es la de los discípulos, que se acordaron de las palabras del *Salmo 69:9.* La cosa es que ese salmo se suponía que se refería al Mesías; que, cuando viniera, se consumiría de celo por la casa de Dios. El que este versículo les viniera a la memoria era señal de que se estaban dando cuenta cada vez más de que Jesús era el Mesías. Ese gesto no le correspondía a nadie más que al Mesías, y ellos ya habían llegado a la convicción de que Jesús era de hecho el Ungido de Dios.

La segunda reacción fue la de los judíos, una reacción muy natural. Le preguntaron a Jesús qué derecho tenía para actuar de esa manera, y le exigieron que presentara inmediatamente Sus credenciales por medio de algún milagro. La cosa era que reconocían que la acción de Jesús indicaba que Él se presentaba como el Mesías. Siempre se había esperado que, cuando viniera el Mesías, demostraría que era Él haciendo algunos milagros. Los falsos mesías que surgían a veces prometían separar las aguas del Jordán y derribar los muros de la ciudad con su palabra. La idea popular del Mesías era que vendría haciendo milagros; así es que los judíos dijeron a Jesús: «Con esta acción Te has proclamado públicamente como Mesías. Demuéstranos que lo eres haciendo algún milagro.»

La contestación de Jesús presenta el mayor problema de este pasaje. ¿Qué fue lo que dijo exactamente? ¿Y qué quería decir? Debemos tener presente que los versículos 21 y 22 contienen la interpretación que escribió Juan mucho después. No podía por menos de leer entre líneas en este pasaje ideas que eran realmente el resultado de setenta años de meditación y de experiencia con el Cristo Resucitado. Como dijo Ireneo hace mucho: «Ninguna profecía se entiende del todo hasta después de su cumplimiento.» Entonces, ¿qué fue lo que dijo Jesús realmente, y lo que quiso decir?

No cabe la menor duda que Jesús dijo algo que se parecía mucho a esto, palabras que podrían tergiversarse maliciosamente con una finalidad destructiva. En el juicio de Jesús se presentaron unos testigos falsos que dijeron en Su contra: «Este tipo dijo: «Yo soy capaz de destruir el templo de Dios, y edificarlo otra vez en tres días» *(Mateo 26:61).* La acusación que se fraguó contra Esteban era: «Le hemos oído decir que ese tal Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos transmitió Moisés» *(Hechos 6:14).*

Hay dos cosas que debemos recordar y relacionar. La primera, que es seguro que Jesús no dijo nunca que destruiría el templo material y luego lo reconstruiría. Sí es verdad que Jesús preveía el final del templo. A la Samaritana le dijo que llegaría el día en que no se adoraría a Dios ni en el Monte Guerizim ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad *(Juan 4:21).* Y la segunda, que la Purificación del templo, como ya hemos visto, fue una manera dramática de enseñar que todo el culto del templo, con su ritual y sacrificios, era impertinente y no servía para guiar a las personas hacia Dios. Está claro que Jesús esperaba que desapareciera el templo; que Él había venido para hacer innecesario y obsoleto su culto, y que, por tanto, Él no iba a sugerir que lo reedificaría.

Ahora debemos volver a Marcos. Como otras muchas veces, encontramos aquí la frasecilla extra sugestiva e iluminadora. Marcos transcribe la acusación contra Jesús de la siguiente manera: «Yo destruiré este templo que está hecho con las manos, y en tres días edificaré otro *no hecho con manos» (Marcos 14:58).* Lo que Jesús quería decir realmente era que Su venida había puesto fin a todo ese sistema organizado y hecho por los hombres de dar culto a Dios, y había puesto en su lugar un culto espiritual; que Él había puesto fin a todo ese asunto de los sacrificios animales y del ritual sacerdotal, y había puesto en su lugar un acceso directo al Espíritu de Dios que no necesitaba un templo elaborado y hecho a mano ni un ritual de incienso y sacrificios ofrecidos por manos humanas. La advertencia de Jesús era: «El culto de vuestro templo, vuestro complicado ritual, vuestros pródigos sacrificios animales han llegado a su fin, porque Yo he venido.» Y Su promesa era: «Yo os daré un camino para llegar a Dios sin toda esta elaboración y ritual

humanos. Yo he venido para destruir este templo de Jerusalén y hacer que toda la Tierra sea un templo en el que la humanidad pueda experimentar la presencia del Dios viviente.»

Los judíos lo vieron. Fue el año 19 a.C. cuando Herodes empezó a edificar su maravilloso templo, y no fue hasta el año 64 d.C. cuando se concluyó la edificación. Hacía cuarenta y cuatro años que se había empezado, y aún faltaban otros veinte para que se terminara. Jesús escandalizó a todos los judíos al decirles que toda aquella grandeza y esplendor, y todo el dinero y la habilidad que se habían derrochado en él, eran completamente irrelevantes; que Él había venido para indicar a la humanidad el camino que conduce a Dios sin necesidad de ninguna clase de templo.

Algo así debe de haber sido lo que dijo Jesús; pero en años sucesivos Juan vio mucho más que eso en las palabras de Jesús. Vio nada menos que una profecía de la Resurrección; *y Juan tenía razón.* La tenía por una razón básica: porque toda la redondez de la Tierra no podría llegar a ser el Templo del Dios viviente hasta que Jesús fuera liberado del cuerpo y estuviera presente el todas partes; y hasta que estuviera con los Suyos en todo lugar y tiempo hasta el fin del mundo.

Es la presencia del Cristo resucitado y viviente lo que hace que todo el mundo sea el Templo de Dios. Así es que Juan dice que, cuando los discípulos de Jesús se acordaron de Sus palabras, vieron en ellas una promesa de la Resurrección. No lo habían visto antes; ni podían; fue solamente su propia experiencia del Cristo viviente lo que les mostró al cabo del tiempo toda la hondura de lo que había dicho Jesús.

Por último Juan dice que «creyeron la Escritura.» ¿Qué Escritura? Juan se refiere a aquella Escritura que se cernía sobre la Iglesia Primitiva: «No permitirás que Tu Santo experimente la corrupción» *(Salmo 16:10).* Pedro la citó el día de Pentecostés *(Hechos 2:31);* Pablo la citó en Antioquía *(Hechos 13:35).* Expresaba la confianza de la Iglesia en el poder de Dios y en la Resurrección de Jesucristo.

Tenemos aquí la verdad imponente de que nuestro contacto con Dios, nuestro acceso a Su presencia, no depende de nada que podamos hacer con nuestras manos o diseñar con nuestras mentes. En las calles, en el hogar, en el trabajo, en las montañas, en las

carreteras, en la iglesia, tenemos nuestro templo íntimo: la presencia del Cristo Resucitado que está siempre con nosotros por todo el mundo.

EL QUE VE EL CORAZÓN

Juan 2:23-25

> *Cuando Jesús estaba en Jerusalén para la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Su nombre, porque veían las señales que hacía; pero Jesús mismo no Se les confiaba, porque los conocía a todos y no tenía necesidad de que nadie Le atestiguara cómo era una persona; porque Él sabía muy bien lo que hay en la naturaleza humana.*

Juan no nos relata ninguna de las maravillas que realizó Jesús en Jerusalén aquella Pascua; pero Jesús hizo muchos milagros allí y entonces, y hubo muchos que, al contemplar Sus obras, creyeron en Él. La pregunta que Juan está contestando aquí es: Si hubo muchos que creyeron en Jerusalén desde el mismo principio, ¿por qué no desplegó Jesús Su bandera allí y entonces y declaró abiertamente Quién era?

La respuesta es: Jesús conocía demasiado bien la naturaleza humana; sabía que había muchos para los que Él no era más que una maravilla de nueve días; sabía que había muchos que se sentían atraídos por las cosas sensacionales que hacía; sabía que no había nadie que entendiera el camino que había escogido; sabía que había muchos que Le habrían seguido mientras siguiera haciendo milagros y maravillas y señales, pero que, si empezara a hablarles de servicio y de autonegación, de rendirse a la voluntad de Dios, o de una cruz y la necesidad de asumirla, se Le habrían quedado mirando con una mirada ausente y Le habrían dejado solo.

Una de las grandes características de Jesús era que no quería seguidores que no supieran y aceptaran clara y definitivamente lo que implicaba el seguirle a Él. Se negó a aprovecharse de la popularidad del momento. Si Se hubiera confiado a la gente de Jerusalén, Le habrían proclamado Mesías allí y entonces, y habrían esperado la clase de acción material que esperaban que tomara el Mesías. Pero Jesús era un Líder que se negaba a invitar a la gente

a que Le aceptara hasta que hubieran comprendido lo que aquello implicaba. Insistía en que las personas supieran lo que estaban haciendo.

Jesús conocía la naturaleza humana. Conocía la fragilidad e inestabilidad del corazón. Sabía que una persona se podía sentir arrebatada en un momento de emoción, y volverse atrás cuando descubriera lo que realmente suponía la decisión. Sabía el hambre de sensaciones que hay en la naturaleza humana. No quería una multitud vitoreando sin saber por qué, sino una compañía reducida de supiera lo que hacía y estuviera dispuesta a seguirle hasta el final.

Hay algo que debemos notar en este pasaje, porque tendremos ocasión de encontrarlo una y otra vez. Cuando Juan habla de los milagros de Jesús los llama *señales.* El Nuevo Testamento usa tres palabras diferentes para las obras maravillosas de Dios y de Jesús, cada una de las cuales nos dice algo de lo que es realmente un milagro.

(i) Usa la palabra *teras. Teras* quiere decir sencillamente algo maravilloso. Es una palabra que no tiene absolutamente ninguna significación moral. Un truco de prestidigitador podría ser un *teras. Un teras* era simplemente algo inexplicable que le dejaba a uno boquiabierto. El Nuevo Testamento no usa nunca esta palabra sola refiriéndose a las obras de Dios o de Jesús.

(ii) Usa la palabra *dynamis. Dynamis* quiere decir literalmente *poder;* de ella deriva la palabra *dinamita.* Se puede referir a cualquier clase de poder extraordinario: del poder de crecimiento, de los poderes de la naturaleza, del poder de una medicina y del del genio de un hombre. Siempre tiene el sentido de un poder efectivo que produce resultados y que puede reconocer cualquier persona.

(iii) Usa la palabra *sêmeion. Sêmeion,* de la que se derivan *semáforo, semántica* y otras muchas, quiere decir *señal.* Es la palabra favorita de Juan. Para él un milagro no era simplemente un hecho sorprendente, ni el resultado de un poder extraordinario, sino una señal. Es decir: le decía algo a la gente de la Persona Que lo había hecho; revelaba algo de Su carácter; descubría algo de Su naturaleza; era una acción que permitía comprender mejor y más plenamente cómo era el Que lo hacía. Lo más importante para Juan

en los milagros era que *decían algo acerca de la naturaleza y el carácter de Dios.* Jesús usaba Su poder para sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos, consolar a los afligidos; y el hecho de que Jesús usara Su poder de esa manera era una *señal* de que Dios Se preocupa de los dolores y las necesidades de la humanidad. Para Juan, los milagros eran señales del amor de Dios.

En cualquier milagro hay tres cosas: *la maravilla* que deja a las personas alucinadas, sorprendidas y atemorizadas; *el poder* efectivo que puede remediar un cuerpo quebrantado, una mente desquiciada, un corazón herido, y *la señal* que nos habla del amor que hay en el corazón del Dios Que hace esas cosas.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1-6

> *Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, que era un líder de los judíos. Este vino a Jesús de noche y Le dijo:*
>
> *—Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de Dios; porque nadie podría hacer las señales que Tú haces si Dios no estuviera con él.*
>
> *—Lo que te digo es la pura verdad —le contestó Jesús—: a menos que se renazca de arriba no se puede ver el Reino de Dios.*
>
> *—¿Cómo puede uno renacer cuando ya es mayor? —le preguntó entonces Nicodemo—. ¡No va a meterse en el vientre de su madre para nacer otra vez!*
>
> *—Lo que te digo es la pura verdad —le dijo Jesús—: a menos que se nazca de agua y del Espíritu no se puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu.*

La mayor parte de las veces vemos a Jesús rodeado de personas corrientes; pero aquí Le vemos en contacto con uno de la aristocracia de Jerusalén. Hay algunas cosas que sabemos de Nicodemo.

(i) Nicodemo tiene que haber sido rico. Cuando Jesús murió, Nicodemo trajo para preparar Su cuerpo para la sepultura «una

mezcla de mirra y áloes que pesaba unas cien libras» *(Juan 19:39),* que sólo podría comprar uno que fuera rico.

(ii) Nicodemo era fariseo. En muchos sentidos los fariseos eran las mejores personas de todo el país. Nunca fueron más de seis mil; formaban lo que se llamaba *una jaburá* o hermandad. Se ingresaba en esa hermandad comprometiéndose delante de tres testigos a consagrar su vida al cumplimiento de todos los detalles de la ley tradicional.

¿Qué quería decir eso? Para los judíos, la Ley era la cosa más sagrada del mundo. La Ley eran los cinco primeros libros del Antiguo Testamento. Creían que era la perfecta Palabra de Dios. El añadirle o sustraerle una sola palabra era pecado mortal. Ahora bien: si la Ley era la Palabra completa y perfecta de Dios, eso quería decir que contenía todo lo que una persona necesitaba saber para vivir una vida buena, si no explícitamente, por lo menos implícitamente. Si no todo se encontraba en ella con todas las letras, tenía que ser posible deducirlo. La Ley tal como se encontraba consistía en un conjunto de grandes principios, amplios y nobles, que cada uno tenía que aplicar a su vida. Pero para los judíos posteriores eso no era suficiente. Decían: «La Ley es completa; contiene todo lo necesario para vivir una vida buena; por tanto, en la Ley tiene que haber una regla que gobierne cualquier incidente posible de cualquier momento posible para cualquier persona posible.» Así es que se dedicaron a extraer de cada principio de la Ley un número incalculable de reglas y normas para gobernar cualquier situación imaginable de la vida. En otras palabras: cambiaron la Ley de los grandes principios en un legalismo de reglas adicionales interminables.

El mejor ejemplo de lo que hacían se ve en la ley del sábado. En la Biblia se nos dice sencillamente que hemos de acordarnos del sábado para mantenerlo como un día santo y no hacer en él ningún trabajo, ni uno mismo ni sus criados y animales. No contentos con eso, los judíos de tiempos posteriores se dedicaron hora tras hora y generación tras generación a definir lo que es un trabajo y a hacer la lista de todas las cosas que se pueden o no se pueden hacer en sábado. *La Misná* es la codificación de la ley tradicional. Los escribas se pasaban la vida deduciendo estas reglas y normas. En

la Misná, la sección acerca del sábado ocupa no menos de veinticuatro capítulos. *El Talmud* es el comentario de la Misná, y en el Talmud de Jerusalén la sección dedicada a las leyes del sábado ocupa sesenta y cuatro columnas y media; y en el Talmud de Babilonia, ciento cincuenta y seis páginas de doble folio. Y se nos dice que un rabino pasó dos años y medio estudiando uno de los veinticuatro capítulos de la Misná sobre el sábado.

La clase de cosa que hacían era algo así: Atar un nudo en sábado era hacer un trabajo; pero había que definir qué era un nudo. «Los siguientes son los nudos que es pecado hacer: el nudo de los conductores de camellos y el de los marineros; y tan pecado es si se atan como si se desatan.» Por otra parte, los nudos que se pueden atar y desatar con una sola mano estaban permitidos. Además, «una mujer puede atarse la abertura de la enagua y las cintas de la cofia o de la faja, las correas de los zapatos o sandalias y de los pellejos del vino o del aceite.» Ahora veamos lo que sucedía: Supongamos que un hombre quería bajar al pozo el cubo para sacar agua el sábado; no podía atarle la cuerda, porque era ilegal hacer un nudo en una cuerda el sábado; pero lo podía atar al cinturón de su mujer para bajarlo, porque el nudo del cinturón sí era legal. Esas eran cosas de vida o muerte para los escribas y fariseos; eso era la religión, la manera de servir y agradar a Dios.

Tomemos el ejemplo de viajar en sábado. *Éxodo 16:29* dice: «Estése, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día.» Así que lo que se podía viajar el sábado se limitaba a dos mil codos, es decir, algo menos de un kilómetro. Pero, si se ataba una cuerda de lado a lado al final de una calle, toda la calle se consideraba la casa de uno, y se podía recorrer el kilómetro a partir de la cuerda. O, si se depositaban alimentos suficientes para una comida el viernes antes de la puesta del sol, que era cuando empezaba el sábado, en algún lugar, ése se convertía técnicamente en la casa de esa persona, que podía contar desde allí la distancia que podía recorrer en sábado. Las reglas y reglamentos y las exenciones se amontonaban hasta el infinito.

Tomemos el ejemplo de llevar una carga. *Jeremías 17:21-24* decía: «Guardaos por vuestra vida de llevar carga en el día de reposo.» Entonces había que definir lo que era una carga; y se

decía que era «comida comparable a un higo seco, el vino necesario para mezclarlo en una copa, un sorbo de leche, la miel que se pondría en una herida, el aceite necesario para ungir un miembro pequeño, el agua necesaria para disolver un colirio,» etc., etc. Así que se tenía que decidir si una mujer podía llevar un broche en sábado o no, si se podía llevar una pierna o una dentadura postiza, o si eso sería llevar una carga. ¿Se podía levantar una silla, o llevar en brazos a un niño? Y así se prolongaban indefinidamente las discusiones y las disposiciones.

Los escribas eran los que deducían todas estas reglas, y *los fariseos,* los que dedicaban la vida a cumplirlas. Está claro que, por muy equivocado que estuviera un hombre, tenía que tomarlo muy en serio para proponerse obedecer cada una de todos esos millares de reglas. Y eso era precisamente lo que hacían los fariseos. El nombre de *fariseos* quería decir *separado, un hombre aparte;* y los fariseos eran los que se separaban de la vida ordinaria para observar todos los detalles de la ley de los escribas.

Nicodemo era fariseo, y es sorprendente que quisiera hablar con Jesús un hombre que tenía esa idea de la bondad y que estaba entregado a esa clase de vida porque estaba convencido de que era la manera de agradar a Dios.

(iii) Nicodemo era uno de los gobernadores de los judíos. La palabra es *arjôn.* Esto quiere decir que eran un miembro el sanedrín, que era el tribunal supremo de los judíos que estaba formado por setenta miembros. Por supuesto que, bajo el dominio romano, sus poderes estaban muy limitados; pero seguían siendo considerables. En particular, el sanedrín tenía jurisdicción religiosa sobre todos los judíos del mundo, y uno de sus deberes era examinar y dictaminar en el caso de que surgiera un falso profeta. Así que resulta todavía más sorprendente el que Nicodemo quisiera hablar con Jesús.

(iv) Es posible que Nicodemo perteneciera a una familia judía distinguida. Allá por el año 63 a.C., cuando los romanos y los judíos habían estado en guerra, el líder judío Aristóbulo envió a un cierto Nicodemo como embajador al emperador romano Pompeyo. Mucho más tarde, en los terribles últimos días de Jerusalén, el que negoció la rendición de la guarnición fue un cierto Gorión, hijo de Nicomedes o Nicodemo. Puede que estos dos personajes históricos

pertenecieran a la misma familia de nuestro Nicodemo, y que la suya fuera una de las familias más distinguidas de Jerusalén. Si era así, es verdaderamente maravilloso que este aristócrata judío viniera a hablarle de su alma a este profeta ambulante que no había sido más que un carpintero en Nazaret.

Fue por la noche cuando vino Nicodemo a Jesús, lo que puede haber sido por una de dos razones.

(i) Puede que fuera por precaución. Puede que Nicodemo no estuviera dispuesto a comprometerse viniendo a Jesús de día. No le podemos condenar por eso. Bastante sorprendente es ya que un hombre de su categoría viniera a Jesús, como y cuando fuera. Era infinitamente mejor venir de noche que no venir. Fue un milagro de la gracia de Dios el que Nicodemo venciera sus prejuicios y principios y sentido de la vida lo suficiente como para venir a Jesús.

(ii) Pero puede que fuera por otra razón. Los rabinos decían que la mejor hora para estudiar la Ley era por la noche, cuando no se presentaban distracciones. Durante el día Jesús estaba siempre rodeado de gente. Puede ser que Nicodemo viniera a Jesús por la noche porque quería hablar a solas y sin interrupciones con Él.

Nicodemo era un hombre con inquietudes, con muchos honores pero con un gran vacío en su vida. Vino a hablar con Jesús a ver si encontraba la luz en las tinieblas de la noche.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1-6 *(continuación)*

Cuando Juan nos relata las conversaciones que tuvo Jesús con algunas personas, sigue un cierto esquema. Aquí lo vemos muy claro. El interlocutor dice algo (versículo 2). Jesús contesta de una forma que resulta difícil de entender (versículo 3). El interlocutor lo toma en otro sentido (versículo 4). Jesús se lo dice de otra manera que es todavía más difícil de entender (versículo 5). Y sigue a continuación una exposición e interpretación. Juan usa este método para que veamos cómo llegaban las personas a comprender por sí mismas, y para que nosotros hagamos lo mismo.

Cuando Nicodemo se encontró a solas con Jesús Le dijo que nadie podía por menos de sentirse impresionado con las señales y milagros que realizaba Jesús. Jesús le contestó que lo realmente

importante no eran las señales y los milagros, sino el cambio radical en la vida de una persona, que sólo se podría describir como un nuevo nacimiento.

Cuando Jesús dijo que es necesario *nacer de nuevo* Nicodemo no Le entendió, y su confusión procedía del hecho de que la palabra que la versión *Reina-Valera* traduce por *de nuevo,* en griego *anôthen,* tiene tres sentidos diferentes. (i) Puede querer decir *desde el principio, totalmente, de arriba a abajo.* (ii) Puede querer decir *de nuevo, otra vez,* en el sentido de *por segunda vez.* (iii) Puede querer decir *de arriba,* y, por tanto, *de Dios.* No nos es posible indicar todos esos sentidos en una sola palabra española; pero los tres están incluidos en la frase *nacer de nuevo.* Nacer de nuevo es experimentar un cambio tan radical que es como un nuevo nacimiento; es que le pase a uno en el alma algo que sólo se puede describir como nacer totalmente de nuevas otra vez; y ese proceso no es el resultado del esfuerzo humano, sino de la gracia y el poder de Dios.

Cuando leemos este pasaje nos parece que Nicodemo entendió la palabra *de nuevo* solamente en el segundo sentido, es decir, en el más literal. ¿Cómo puede uno que ya es mayor, dijo, meterse otra vez en el seno materno y nacer por segunda vez? Pero la reacción de Nicodemo no era tan simple. Había una gran ansia insatisfecha en su corazón; y es como si dijera, con un anhelo sincero y profundo: «Tú hablas de nacer de nuevo, de ese cambio radical y fundamental que necesitamos. Yo sé que es *necesario;* pero, en mi experiencia, es *imposible.* No hay nada que yo desee más que eso; pero es como si me dijeras a mí, un hombre hecho y derecho, que me meta en el vientre de mi madre y nazca otra vez.» No ponía en duda el que tal cambio fuera *deseable* —eso lo sabía y reconocía Nicodemo demasiado bien—, sino que fuera *posible.* Nicodemo se enfrentaba con el eterno problema del que quiere cambiar, pero no puede cambiarse a sí mismo.

Esta frase *nacer de nuevo* o *renacer* recorre todo el Nuevo Testamento. Pedro habla de renacer por la gran misericordia de Dios *(1 Pedro 1:3);* y también de renacer, no de simiente corruptible, sino incorruptible *(1 Pedro 1:23).* Santiago nos dice que Dios nos hizo renacer por la Palabra de verdad *(Santiago 1:18).* En la *Carta a*

Tito se nos habla del lavamiento de la regeneración *(3:5).* Algunas veces se expresa esta misma idea como una muerte seguida de una resurrección o recreación. Pablo dice que los cristianos hemos muerto con Cristo y resucitado a una nueva vida *(Romanos 6:1-11).* Y habla de los que se han convertido hace poco como *bebés en Cristo (1 Corintios 3:1-2).* El que una persona esté en Cristo —es decir, sea cristiana— es como si hubiera sido *creada* totalmente de nuevo *(2 Corintios 5:17).* Una nueva creación tiene lugar en Cristo *(Gálatas 6:15).* Nuevas personas *son creadas* según Dios en la justicia y santidad de la verdad *(Efesios 2:24).* El que está dando los primeros pasos en Cristo es un niño *(Hebreos 5:12-14).* Esta idea del *nuevo nacimiento* o de la *nueva creación* aparece en todo el Nuevo Testamento.

Ahora bien: esta idea no les sonaría extraña en absoluto a los primeros lectores del Nuevo Testamento. Los judíos la usaban al hablar de los que procedían del paganismo y aceptaban el judaísmo mediante la oración, el sacrificio, el bautismo y la circuncisión: eran nacidos de nuevo. «El prosélito que abraza el judaísmo —decían los rabinos— es como un niño recién nacido.» Tan radical era el cambio que todos los pecados que hubiera cometido antes se le habían perdonado, porque ahora era una persona diferente. En teoría se afirmaba —aunque es de esperar que no se llevara nunca a cabo—, que tal hombre se podía casar con su madre o con su hermana, porque todos sus lazos familiares anteriores quedaban anulados. Los judíos hablaban del nuevo nacimiento.

Los griegos también conocían muy bien esa idea. Las religiones más reales de los griegos de entonces eran los misterios. Esas religiones se basaban en el mito de algún dios que sufría, moría y resucitaba. Se hacían representaciones de su pasión. Los iniciados pasaban por un largo período de preparación, instrucción, ascetismo y ayuno. Entonces se representaba el drama con una música y un ritual impresionantes, incienso y todo lo que pudiera influir en las emociones. En la representación, el que tomaba parte en aquella forma de culto se identificaba con el dios de tal manera que pasaba por los mismos sufrimientos y compartía el triunfo y la vida divina del dios. Las religiones mistéricas ofrecían una unión mística con algún dios. Cuando se experimentaba aquella unión, el iniciado era, en el

lenguaje de los misterios, *un nacido de nuevo.* Los misterios herméticos tenían como parte de sus creencias básicas que «No puede haber salvación sin regeneración.» Apuleyo, que se sometió a la iniciación, dijo que había pasado por «una muerte voluntaria,» y que mediante ella había alcanzado «su nuevo nacimiento espiritual,» y era «como nacido de nuevo.» Muchos de los ritos de iniciación de los misterios tenían lugar a medianoche, cuando muere y renace el día. En los misterios frigios, al iniciado, después de su iniciación, le daban leche, como si fuera un niño recién nacido.

El mundo antiguo conocía muy bien la idea del renacimiento y la regeneración. Lo anhelaba y buscaba por todas partes. La más famosa de todas las ceremonias misteriosas era el *taurobolium.* El candidato se metía en un pozo, que se cubría con una rejilla. Sobre esta se degollaba un toro, cuya sangre bañaba al iniciado; y cuando salía del pozo era *renatus in aeternum,* renacido para la eternidad. El Cristianismo trajo precisamente lo que todo el mundo estaba buscando.

¿Qué quiere decir para nosotros el nuevo nacimiento? En el Nuevo Testamento, y especialmente en el Cuarto Evangelio, hay cuatro ideas íntimamente relacionadas: el nuevo nacimiento; el Reino del Cielo, en el que nadie puede entrar a menos que nazca de nuevo; llegar a ser hijos de Dios, y la vida eterna. La idea del nuevo nacimiento no es exclusiva del pensamiento del Cuarto Evangelio. En *Mateo* encontramos la misma gran verdad expresada aún más sencilla y gráficamente: «Si no os volvéis y os hacéis como niños no entraréis en el Reino del Cielo» (18:3). Estas ideas encierran la misma verdad.

NACER DE NUEVO

Juan 3:1-6 *(conclusión)*

Vamos a empezar por *El Reino del Cielo.* ¿Qué quiere decir? Su mejor definición la encontramos en la Oración Dominical, que contiene dos peticiones paralelas:

Venga Tu Reino,
Hágase Tu voluntad, como en el Cielo,
así también en la Tierra.

Es característico del estilo hebreo el decir las cosas de dos maneras algo diferentes, la segunda de las cuales explica y amplía la primera. En los *Salmos* encontramos innumerables ejemplos de esta forma poética que se conoce técnicamente como *paralelismo:*

Dios es nuestro amparo y fortaleza,
Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.

Por tanto, no temeremos aunque la tierra sea removida,
Y se traspasen los montes al corazón del mar;

Aunque bramen y borboteen sus aguas,
Y tiemblen los montes a causa de su ímpetu.

Jehová de los ejércitos está con nosotros;
Nuestro refugio es el Dios de Jacob (Salmo 46:1-3, 7).

Lávame más y más de mi maldad,
Y límpiame de mi pecado (Salmo 51:2).

En lugares de delicados pastos me hará descansar;
Junto a aguas de reposo me pastoreará (Salmo 23:2).

Apliquemos ese principio a las dos peticiones de la Oración Dominical: la segunda completa y explica la primera, y así llegamos a la definición del *Reino del Cielo como una sociedad en la que la voluntad de Dios se hace en la Tierra tan perfectamente como en el Cielo.* Estar en el Reino del Cielo es, por tanto, llevar una vida en la que lo sometemos todo voluntariamente a la voluntad de Dios; es haber llegado a una situación en la que aceptamos la voluntad de Dios de una manera perfecta y completa.

Ahora vamos a fijarnos en *la condición de hijos.* En un sentido, es un *privilegio* tremendo. A los que creen se les concede el derecho de llegar a ser hijos de Dios *(Juan 1:12).* Pero es de la misma esencia de la condición de hijos *la obediencia.* «Si Me amáis, *guardad mis mandamientos.»* «El que tiene Mis mandamientos, *y los guarda,* ése es el que me ama...» *(Juan 14:15 y 21ss).* La esencia de la condición de hijos es el amor, y la esencia del amor es la obediencia. No podemos ser sinceros si decimos que amamos a una persona y hacemos cosas que hieren y entristecen su corazón. Ser hijos es un privilegio del que se participa solamente cuando se rinde una obediencia perfecta. Así pues, ser hijos de Dios y estar en el Reino de Dios son la misma cosa. Los hijos de Dios y los ciudadanos de Su Reino son las personas que han aceptado completa y libremente la voluntad de Dios.

Ahora fijémonos en *la vida eterna.* Es mejor llamarla *eterna* que *perdurable.* Lo principal de la vida eterna no es simplemente una cuestión de duración. Está claro que una vida que se prolongara indefinidamente podría ser un infierno lo mismo que un cielo. La idea que subyace en la vida eterna es la de una cierta calidad de vida. ¿Cuál? Hay sólo Uno al Que se le puede aplicar este adjetivo *eterno (aiônios),* y es Dios. La vida eterna es la clase de vida que vive Dios, la vida de Dios. El entrar en la vida eterna es llegar a participar de la clase de vida que es la vida de Dios. Es estar por encima de todo lo meramente humano y pasajero, y entrar en el gozo y la paz que pertenecen solamente a Dios. Está claro que no se puede entrar en esa íntima comunión con Dios a menos que Le ofrezcamos el amor, la devoción y la obediencia que Le son debidos y que nos introducen en ella.

Aquí tenemos, pues, tres grandes concepciones gemelas: entrar en el Reino del Cielo, llegar a ser hijos de Dios y participar de la vida eterna; y las tres dependen y son productos de la obediencia perfecta a la voluntad de Dios. Aquí es donde se introduce la idea del *nuevo nacimiento:* es lo que enlaza y armoniza estas tres concepciones. Está claro que, tal como somos y dependiendo de nuestras fuerzas somos absolutamente incapaces de rendir a Dios esa perfecta obediencia; sólo cuando la gracia de Dios llega a tomar posesión de nosotros y nos cambia podemos darle a Dios la

reverencia y la devoción que Le debemos. Nacemos de nuevo por medio de Jesucristo; es cuando Le entregamos nuestros corazones y vidas cuando se produce el cambio.

Cuando eso sucede, nacemos *de agua y del Espíritu.* Aquí hay dos ideas. El agua es el símbolo de la limpieza. Cuando Jesús toma posesión de nuestras vidas, cuando Le amamos con todo nuestro corazón, nuestros pecados pasados son perdonados y olvidados. El Espíritu es el símbolo del poder. Cuando Jesús toma posesión de nuestras vidas, no es sólo que nuestros pecados pasados son perdonados y olvidados; si eso fuera todo, podríamos volver otra vez a arruinar la vida; pero entra en ella un nuevo poder que nos permite ser lo que por nosotros mismos no podríamos ser, y hacer lo que por nosotros mismos no podríamos hacer. El agua y el Espíritu representan la limpieza y la fortaleza del poder de Cristo que borra el pasado y da la victoria en el futuro.

Por último, en este pasaje Juan establece una gran ley: Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu. La persona humana no es nada más que carne, y sus posibilidades se limitan a las de la carne. Por sí misma no puede salir de la frustración y del fracaso; eso lo sabemos muy bien: es el hecho universal de la experiencia humana. Pero la esencia misma del Espíritu es un poder y una vida que están por encima de la vida y el poder humanos; y, cuando el Espíritu toma posesión de nosotros, la vida derrotada de nuestra naturaleza humana se transforma en la vida victoriosa de Dios.

Nacer de nuevo es experimentar un cambio tan total que sólo se puede describir como renacimiento o recreación. Este cambio se produce cuando amamos a Jesús y Le dejamos entrar en nuestro corazón. Entonces se nos perdona el pasado y el Espíritu nos capacita para el futuro; entonces podemos aceptar la voluntad de Dios de veras. Y entonces llegamos a ser ciudadanos del Reino del Cielo, e hijos de Dios, y a entrar en la vida eterna, que es la vida misma de Dios.

LA OBLIGACIÓN DE SABER Y EL DERECHO DE HABLAR

Juan 3:7-13

—No te sorprendas porque te he dicho «Tenéis que renacer de arriba.» El viento sopla por doquier, y oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu.

—¿Cómo pueden suceder esas cosas? —Le preguntó Nicodemo. Y Jesús le contestó:

—¿Y tú eres el que todos consideran el maestro de Israel y no lo entiendes? Lo que te digo es la pura verdad: Hablamos de lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto... y no recibís nuestro testimonio. Si os digo cosas terrenales y no me creéis, ¿cómo me ibais a creer si os dijera las celestiales?

Nadie ha subido al Cielo más que el Que bajó del Cielo —el Hijo del Hombre, que está en el Cielo.

El no comprender puede ser por varias razones. Puede ser porque no se ha llegado al nivel de experiencia y de conocimientos necesarios para poder captar la verdad. «El que no sabe es como el que no ve», decimos. Si alguien se encuentra en esa situación, nuestro deber es hacer todo lo posible para explicarle las cosas, para que pueda captar el conocimiento que se le ofrece. Pero hay veces que no se entiende porque no se quiere entender: «No hay peor ciego que el que se niega a ver.» Una persona puede cerrar la mente aposta a una verdad que no quiere reconocer o aceptar.

¿Era así Nicodemo? La enseñanza acerca del nuevo nacimiento que procede de Dios no debería haberle parecido extraña. Ezequiel, por ejemplo, había hablado repetidas veces del corazón nuevo que ha de ser creado en los seres humanos: «Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel?» *(Ezequiel 18:31).* «Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros» *(Ezequiel 36:26).* Nicodemo era un experto en la Sagrada Escritura, y los profetas habían escrito mucho acerca de la experiencia de la que estaba hablándole Jesús. Si una persona no quiere renacer, le resultará incomprensible lo que quiere decir el nuevo nacimiento. Si uno no quiere cambiar, le cerrará voluntariamente los ojos y la mente y el corazón al poder que le puede cambiar. En última instancia, lo que pasa con tantos de nosotros es sencillamente que, cuando viene Jesús a ofrecerse a

cambiarnos y recrearnos, Le decimos más o menos: «No, gracias; estoy perfectamente así, y no quiero cambiar.»

Nicodemo tuvo que replegarse otra vez a la defensiva. Lo que dijo era algo así como: «Ese renacimiento del que estás hablando puede que no sea imposible, pero no puedo entender cómo funciona.» La punta de la contestación de Jesús está en que la palabra griega para *espíritu, pneuma,* también quiere decir *viento.* Lo mismo sucede con la palabra hebrea *rûaj,* que también quiere decir *espíritu* y *viento.* Así es que Jesús le dijo a Nicodemo: «Tú puedes oír y sentir *el viento (pneuma);* pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Puede que no entiendas cómo y por qué sopla el viento, pero puedes sentirlo. Puede que no entiendas de dónde viene la tempestad ni adónde va, pero puedes observar sus efectos en las nubes y los árboles. Hay muchas cosas del viento que no puedes entender, pero sus efectos están a la vista.» Y prosiguió: *«El Espíritu (Pneuma)* es exactamente lo mismo. Puede que no sepas cómo obra; pero puedes ver Sus efectos en las vidas humanas.»

Jesús decía: «Esto no es nada teórico. Hablamos de lo que hemos visto de hecho. Podemos señalar a muchas personas que han nacido de nuevo por el poder del Espíritu.» El doctor John Hutton solía citar el caso de un obrero que había sido un borracho empedernido y se había convertido. Sus compañeros hicieron todo lo posible por ridiculizarle. «No nos dirás que puedes creer en los milagros y en cosas por el estilo —le decían—. Por ejemplo, que Jesús convirtió el agua en vino». «No sé si convirtió el agua en vino cuando estaba en Palestina —contestó—; pero sé que en mi casa ha convertido el alcohol en muebles y ropa y comida sana.»

Hay un montón de cosas en este mundo que usamos todos los días sin saber cómo funcionan. Son los menos entre nosotros los que saben cómo funcionan la electricidad, la radio, la televisión y hasta el coche, entre otras muchas cosas; pero no por eso decimos que no existen. Muchos de nosotros usamos un coche aunque no tenemos más que una ligerísima idea de lo que pasa debajo del capó; aunque no entendemos del todo cómo funciona, eso no nos impide usarlo y disfrutar de todas sus ventajas. Puede que no entendamos cómo obra el Espíritu, pero Su efecto en las vidas de las personas está a la vista de todo el mundo. El argumento

incontestable a favor del Evangelio son las vidas cambiadas de los que lo han aceptado. Nadie debiera descartar una fe que es capaz de hacer que los malos se hagan buenos.

Jesús dijo a Nicodemo: «He tratado de ponértelo fácil. He usado ejemplos humanos sencillos tomados de la vida diaria, y no has entendido. ¿Cómo esperas entender las cosas profundas si hasta las más sencillas te resultan incomprensibles?»

Hay aquí una seria advertencia para todos nosotros. Es fácil tomar parte en grupos de discusión, ponerse a estudiar y a leer libros, a discutir intelectualmente el Cristianismo; pero lo esencial es experimentar el poder del Evangelio. Es verdad que es importante tener una comprensión intelectual del orbe de la verdad cristiana; pero es mucho más importante tener una experiencia vital del poder de Jesucristo. Cuando un paciente está bajo tratamiento médico, o tiene que ser operado, o se le recetan ciertas medicinas, no tiene necesidad de conocer todo el orbe de la anatomía, ni cómo actúan la anestesia o los fármacos en su cuerpo para recuperar la salud. El noventa y nueve por ciento de los pacientes experimentan la curación sin ser capaces de decir cómo se realizó. En un sentido, el Evangelio actúa así. Encierra un misterio, pero no porque desafía a la comprensión intelectual; es el misterio de la redención.

Al leer el Cuarto Evangelio resulta difícil saber cuándo terminan las palabras de Jesús y empiezan las del evangelista. Juan ha pasado tanto tiempo pensando en las palabras de Jesús que pasa imperceptiblemente de ellas a sus propios pensamientos acerca de ellas. Es casi seguro que las últimas palabras de este pasaje son de Juan. Es como si alguien preguntara: «¿Qué derecho tiene Jesús a decir esto? ¿Cómo podemos estar seguros de que es cierto?» La respuesta de Juan es sencilla y terminante: «Jesús —dice— descendió del Cielo para comunicarnos la verdad de Dios. Y, después de compartir la vida de la humanidad y morir por ella, volvió a Su gloria.» Juan aseguraba que Jesús tenía derecho a hablar así porque conocía personalmente a Dios, porque había venido directamente del Cielo a la Tierra y porque lo que Él decía no era sino la verdad de Dios; porque Jesús era y es la encarnación de la Mente de Dios.

EL CRISTO ELEVADO

Juan 3:14-15

> *Y de la misma manera que Moisés puso en alto la serpiente en el desierto, así es menester que levanten al Hijo del Hombre; para que todos los que crean en Él puedan tener la vida eterna.*

Juan recuerda una historia extraña del Antiguo Testamento que se encuentra en *Números 21:4-9.* En su viaje por el desierto, los israelitas murmuraron y se quejaron y se lamentaron de haber salido de Egipto. Para castigarlos, Dios envió una plaga mortal de serpientes venenosas; el pueblo se arrepintió y pidió misericordia. Dios le dijo a Moisés que hiciera la imagen de una serpiente y la pusiera en alto en medio del campamento, y los que miraran a la serpiente se curarían.

Aquella historia impresionó vivamente a los israelitas. En tiempos posteriores aquella imagen de la serpiente se convirtió en un ídolo, y tuvieron que destruirla en tiempo del rey Ezequías, porque la gente había empezado a darle culto *(2 Reyes 18:4).* A los mismos judíos les alucinaba este incidente, porque tenían absolutamente prohibido el hacer imágenes. Los rabinos lo explicaban diciendo: «No era la serpiente de bronce lo que daba la vida. Cuando Moisés la puso en alto, los moribundos pusieron su confianza en el Que le había mandado a Moisés que lo hiciera. Era Dios mismo el Que los sanaba.» El poder sanador no estaba en la serpiente; esta no era más que un objeto que les hacía volver el pensamiento a Dios; y, cuando lo hacían, se ponían buenos.

Juan tomó aquella vieja historia y la usó como una parábola profética de lo que había de suceder con Jesús. Dijo: «Pusieron en alto la serpiente; los moribundos la miraban; su pensamiento volvía a Dios, y por el poder de aquel Dios en Quien ponían su confianza se curaban. Así es como era necesario que Jesús fuera levantado: para que, cuando los que estamos heridos por el pecado volvamos a Él nuestro pensamiento y creamos en Él, encontremos la vida eterna.»

Hay aquí un detalle maravillosamente sugestivo. El verbo *levantar* es *hypsûn.* Lo curioso es que se usa de Jesús en un doble sentido: en el de *ser levantado en la Cruz,* y en el de *ser elevado a la gloria*

cuando ascendió al Cielo. Se usa de la Cruz en *Juan 8:28; 12:32;* y se usa de la Ascensión de Jesús al Cielo en *Hechos 2:33; 5:31; Filipenses 2:9.* Hubo una doble elevación de Jesús cuando acabó Su vida en la Tierra: fue levantado en la Cruz, y fue elevado a la gloria; y las dos están inseparablemente relacionadas: ninguna podría haber sucedido sin la otra. Para Jesús la Cruz era el camino a la gloria. Si la hubiera evadido o evitado, como podría haber hecho fácilmente, no habría sido glorificado. Y lo mismo nos sucede a nosotros. Podemos, si queremos, escoger el camino fácil; podemos, si queremos, evitar la cruz que nos corresponde a todos los cristianos; pero si lo hacemos, perdemos la gloria. Es una inquebrantable ley de vida que sin cruz no hay corona.

En este pasaje hay dos expresiones con cuyo sentido nos tenemos que enfrentar. No nos será posible extraerlo en su totalidad, porque es más del que nunca podremos descubrir; pero debemos tratar de captar lo más posible.

(i) Está la frase que se refiere a *creer en Jesús.* Quiere decir por lo menos tres cosas.

(*a*) Quiere decir creer con todo nuestro corazón que Dios es como Jesús nos ha revelado que es. Quiere decir que Dios nos ama, se preocupa de nosotros y que lo que quiere hacer con nuestros pecados es perdonárnoslos. No era fácil para los judíos el creer eso. Veían a Dios como Alguien que les imponía Sus leyes y que los castigaba si las quebrantaban. Veían a Dios como el Juez, y a las personas como reos de muerte. Veían a Dios como Uno que exige sacrificios y ofrendas; para llegar a Su presencia había que pagar un precio inasequible. Era difícil pensar en Dios, no como un Juez dispuesto a imponer el castigo, ni como el capataz que exige una tarea irrealizable, sino como el Padre que nada anhela más que el que Sus hijos rebeldes vuelvan a casa. Costó la vida y la muerte de Jesús el decírnoslo. No podemos empezar a ser cristianos hasta que nuestro corazón crea esta Buena Noticia.

(*b*) ¿Cómo podemos estar seguros de que Jesús sabía lo que estaba diciendo? ¿Qué garantía se nos ofrece de que es cierta una Noticia tan maravillosa? Aquí llegamos al segundo artículo de nuestra fe. Tenemos que creer que Jesús es el Hijo de Dios, que en Él está la Mente de Dios, que Él conocía a Dios tan bien y estaba

tan cerca de Él y era una sola cosa con Él, que nos puede revelar plenamente la verdad acerca de Dios.

(*c*) Pero el creer tiene un tercer elemento. Creemos que Dios es un Padre amante porque creemos que Jesús es el Hijo de Dios y que por tanto lo que nos dice acerca de Dios es verdad. Entonces aparece el tercer elemento: Tenemos que jugarnos el todo por el todo a que lo que Jesús nos dice es la verdad. Tenemos que hacer todo lo que Él nos dice; tenemos que obedecer todo lo que Él nos manda. Cuando Él nos dice que tenemos que rendirnos incondicionalmente a la miseriordia de Dios, lo tenemos que hacer. Tenemos que tomarle la palabra a Jesús. Hasta la cosa más insignificante de la vida se ha de hacer en obediencia incondicional a Él.

Así es que creer en Jesús tiene tres elementos: Creer que Dios es nuestro Padre amante; creer que Jesús es el Hijo de Dios y por tanto nos dice la verdad acerca de Dios y de la vida, y obedecer incondicionalmente a Jesús.

(ii) La segunda gran expresión es *la vida eterna.* Ya hemos visto que la vida eterna es la misma vida de Dios mismo. Pero preguntémonos lo siguiente: Si tenemos la vida eterna, ¿qué es lo que tenemos? ¿Qué es eso de entrar en la vida eterna? Tener la vida eterna es algo que envuelve en paz todas las relaciones de la vida.

(*a*) Nos da la paz con Dios. Ya no estamos arrastrándonos servilmente ante un tirano, o tratando de escondernos de un juez implacable: estamos en casa con nuestro Padre.

(*b*) Nos da la paz con nuestros semejantes. Si hemos sido perdonados tenemos que ser perdonadores. Esto nos permite ver a las personas como Dios las ve. Nos hace miembros de una gran familia unida en amor.

(*c*) Nos da la paz con la vida. Si Dios es Padre, Dios dirige todas las cosas para bien. Lessing solía decir que si se le permitiera hacerle una pregunta a la esfinge que lo sabía todo sería: «¿Es este un universo amigable?» Cuando creemos en Dios como Padre también creemos que Su mano paternal no causará jamás a Sus hijos lágrimas innecesarias. Puede que no entendamos del todo la vida, pero no viviremos sumidos en el resentimiento nunca más.

(*d*) Nos da la paz con nosotros mismos. En último análisis nos tenemos más miedo a nosotros mismos que a nada más. Conocemos nuestros puntos flacos; conocemos la fuerza de las tentaciones; conocemos nuestras obligaciones y las exigencias de nuestra propia vida. Pero ahora sabemos que nos enfrentamos con todo con Dios. No vivimos solos, sino Cristo vive en nosotros. Hay una paz que tiene su cimiento en una fuerza suficiente para vivir: la de Cristo.

(*e*) Nos da la seguridad de que la paz más profunda de esta vida no es más que una sombra de la paz por venir. Nos da una esperanza y una meta hacia la que nos dirigimos. Nos da una vida gloriosamente maravillosa ya aquí y, sin embargo, al mismo tiempo, una vida en la que lo mejor está por venir.

EL AMOR DE DIOS

Juan 3:16

> *Porque Dios amó al mundo hasta tal punto que dio a Su Hijo único para que todos los que crean en Él no se pierdan, sino tengan la vida eterna.*

Todos los grandes hombres han tenido un versículo preferido; pero éste se ha llamado «el versículo de todo el mundo». Para todo corazón humilde, aquí está la quintaesencia del Evangelio. Este versículo contiene varias grandes verdades.

(i) Nos dice que la iniciativa de la Salvación pertenece a Dios. Algunas veces se presenta el Evangelio como si se hubiera tenido que pacificar a Dios y persuadirle para que perdonara. A veces se presenta a Dios como inflexible y justiciero, y a Jesús manso, amoroso y perdonador. A veces se predica el Evangelio como si Jesús hubiera hecho algo para que se alterara la actitud de Dios hacia la humanidad, para que Se viera obligado a cambiar la sentencia condenatoria por la del perdón. Pero este versículo nos dice que todo empezó en Dios. Fue Dios el Que envió a Su Hijo porque amaba hasta tal punto a la humanidad entera. No habría Evangelio ni Salvación si no fuera por el Amor de Dios.

(ii) Nos dice que el manantial de la vida de Dios es el Amor. Se podría predicar una religión en la que Dios contemplara a la

humanidad sumida en la ignorancia, la indigencia y la maldad, y dijera: «¡Voy a domarlos: los disciplinaré y castigaré a ver si aprenden!» O se podría pensar que Dios está buscando la sumisión de la humanidad para satisfacer Su deseo de poder y para tener un universo completamente sometido. Pero lo tremendo de este versículo es que nos presenta a Dios actuando, no en provecho propio, sino nuestro; no para satisfacer Su deseo de poder ni para avasallar al universo, sino movido por Su amor. Dios no es un monarca absolutista que tratara a las personas solamente como súbditos obligados a la más absoluta obediencia, sino un Padre que no puede ser feliz hasta que Sus hijos desagradecidos y rebeldes vuelvan al hogar. Dios no azota a la humanidad para que se Le someta, sino la anhela y soporta para ganar su amor.

(iii) Nos habla de la amplitud del amor de Dios. Dios amó y ama al *mundo.* No sólo a una nación, ni a los buenos, ni a los que Le aman a Él, sino al mundo entero. Los *inamables*, los que no tienen nadie que los ame, los que aman a Dios y los que ni se acuerdan de Él, los que descansan en el amor de Dios y los que lo desprecian... Todos están incluidos en el amor universal de Dios. Como dijo Agustín de Hipona, «Dios nos ama a cada uno de nosotros como si no hubiera más que uno a quien amar. Y así, a todos.»

EL AMOR Y EL JUICIO

Juan 3:17-21

> *Porque Dios no envió a Su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que fuera el medio de su salvación. El que cree en el Hijo no se condena, pero el que no cree sigue en la condenación. La razón de esta condenación es que la Luz ha venido al mundo, y la gente prefirió la oscuridad a la Luz porque sus obras eran malas. Todos los que hacen cosas condenables aborrecen la Luz, y no vienen a ella porque sus obras están sentenciadas. Pero los que ponen la verdad en acción vienen a la Luz para que todos puedan ver sus obras, porque las hacen de acuerdo con Dios.*

Aquí nos enfrentamos con una de las aparentes paradojas del Cuarto Evangelio, la del amor y el juicio. Acabamos de meditar

sobre el Amor de Dios, y ahora, de pronto, nos encontramos frente a la idea del juicio y la condenación. Juan acaba de decir que fue porque Dios amaba al mundo de tal manera por lo que mandó a Su Hijo al mundo. Más adelante nos presentará a Jesús diciendo: «Para juicio he venido Yo a este mundo» *(Juan 9:39).* ¿Cómo es posible que sean verdad las dos cosas?

Es totalmente posible ofrecerle a una persona una experiencia nada más que por amor, y que esa experiencia provoque su juicio. Es totalmente posible ofrecerle a una persona una experiencia que no se pretende que produzca nada más que alegría y bendición, y sin embargo se convierta en un juicio. Supongamos que amamos la buena música y nos sentimos más cerca de Dios en medio de la marea estruendosa de una gran sinfonía que en ninguna otra situación. Y supongamos que tenemos un amigo que no sabe nada de tal música y queremos introducirle en esta gran experiencia, compartirla con él, y ponerle en contacto con la belleza invisible de la que nosotros disfrutamos tanto. No tenemos otra intención que la de darle a nuestro amigo la felicidad de una gran experiencia. Le llevamos a un concierto; y a poco de empezar le vemos inquieto, paseando la mirada por toda la sala, obviamente aburrido. Ese amigo se ha dictado su propia sentencia de no tener cabida en el alma para la buena música. La experiencia diseñada para producirle una nueva felicidad se ha convertido en algo que no es sino un juicio.

Esto nos sucede siempre cuando nos vemos confrontados por la grandeza. Puede que se trate de contemplar una gran obra de arte pictórico, o de escuchar a un gran orador, o de leer un gran libro. Nuestra reacción es nuestro juicio. Si no apreciamos la auténtica belleza ni sentimos emoción estética es que somos insensibles a esa forma de arte.

Cierto turista estaba visitando un gran museo en el que abundaban las obras maestras de un valor incalculable, de belleza intemporal y de indiscutible genio. Al final del recorrido, dijo al guía: «¿Sabe lo que le digo? Que no me parecen gran cosa sus viejas pinturas.» A lo que contestó reposadamente el guía: «Caballero, le recuerdo que estas obras no están en tela de juicio; pero los que las contemplan, sí.»

Todo lo que había mostrado la reacción de aquella persona era su propia lamentable ceguera. Su juicio despectivo se había vuelto contra sí misma.

Y eso es lo que nos pasa en relación con Jesús. Si ante Su presencia el alma responde a Su maravilla y belleza, se está en el camino de la salvación. Si ante Su figura no vemos nada amable, estamos condenados. Nuestra reacción nos ha salvado o nos ha condenado. Dios envió a Jesús por amor. Le envió para nuestra salvación, pero lo que se hizo por amor ha resultado para condenación. No es Dios el Que condena; Dios solamente ama; es cada uno el que se condena a sí mismo.

El que reacciona hostilmente ante Jesús es que prefiere la oscuridad a la Luz. Lo terrible de las personas que son buenas de veras es que siempre producen un cierto elemento inconsciente de condenación. Esto sucede porque, cuando nos comparamos con ellas, nos vemos tal como somos en realidad. Alcibíades era un genio malogrado, un compañero de Sócrates, al que decía a veces: «¡Sócrates, te odio porque siempre que te encuentro me haces verme como soy en realidad!» El que está metido en negocios turbios no quiere que se le dirija el reflector; pero el que lleva las cosas claras no le tiene ningún miedo a la Luz.

Una vez le vino un arquitecto a Platón a ofrecérsele para hacerle una casa cuyas habitaciones no se pudieran ver desde ningún sitio. Platón le dijo: «Te daré el doble si me haces una casa cuyas habitaciones se puedan ver desde todas partes.»

Es sólo el malhechor el que no se quiere ver a sí mismo ni que nadie le vea. Una persona así es inevitable que aborrezca a Jesucristo, Que le hará verse tal como es, que es lo último que quiere ver. Prefiere sentirse arropado por la oscuridad antes que descubierto por la Luz.

Por su reacción ante Jesucristo, una persona se revela y su alma queda al descubierto. Si Le recibe con amor y con anhelo de mejorar, hay esperanza; pero si no ve nada atractivo en Jesús, se condena a sí misma. El Que le fue enviado por amor Se le ha convertido en un juicio.

UN HOMBRE SIN ENVIDIA

Juan 3:22-30

> *Después de estas cosas se fueron Jesús y sus discípulos a la región de Judea. Jesús pasó allí algún tiempo con ellos, y bautizando. Juan también estaba bautizando en Enón, cerca de Salem, porque allí había mucha agua; y la gente seguía viniendo adonde él estaba, porque esto era antes de que metieran a Juan en la cárcel.*
>
> *Y se produjo una discusión entre algunos de los discípulos de Juan y un judío acerca del rito de la purificación; así es que se dirigieron a Juan y le dijeron:*
>
> *—Rabí, fíjate: El Que estaba contigo al otro lado del Jordán, del Que diste testimonio, está bautizando, y todos se van con Él.*
>
> *—Nadie puede recibir más de lo que el Cielo le conceda. Vosotros me sois testigos de que os dije: «Yo no soy el Ungido de Dios,» sino «He sido enviado por delante de Él.» El Novio es el que tiene la novia; pero el amigo del Novio que está presente y escucha al Novio se alegra de oír su voz. Eso es lo que me pasa a mí, y por eso estoy completamente feliz. Él tiene que crecer, y yo que menguar.*

Ya hemos visto que uno de los propósitos del autor del Cuarto Evangelio era asegurar que Juan el Bautista ocupaba el lugar que le correspondía como precursor de Jesús, pero no más. Todavía había algunos que estaban dispuestos a llamar a Juan maestro y señor; el autor del Cuarto Evangelio quiere mostrar que Juan ocupaba un lugar importante, pero que el más importante Le correspondía exclusivamente a Jesús; y quiere mostrar que el mismo Juan nunca tuvo la menor duda de que Jesús era supremo. Con ese fin hace referencia al tiempo en que coincidieron los ministerios de Juan y de Jesús. Los evangelios sinópticos no lo hacen: *Marcos 1:14* nos dice que fue *después* de que encarcelaran a Juan cuando Jesús empezó Su ministerio. No vale la pena discutir cuál de los dos relatos es el más correcto históricamente; pero el Cuarto Evangelio, al presentar la coincidencia de los dos ministerios, muestra la superioridad de Jesús más claramente en el contraste.

Una cosa es segura: que este pasaje nos presenta el encanto de la humildad de Juan el Bautista. Estaba claro que la gente estaba

dejando a Juan para irse con Jesús. Los discípulos de Juan estaban preocupados. No les gustaba que su maestro quedara en un segundo lugar, ni verle abandonado por las multitudes que se agolpaban para escuchar al nuevo Maestro.

En respuesta a sus quejas habría sido comprensible que Juan se hubiera dado por ofendido, abandonado e injustamente olvidado. Algunas veces la compasión de un amigo es lo que peor nos cae. Puede hacer que nos sintamos víctimas y que nos han tratado injustamente. Pero Juan estaba por encima de esas actitudes. Les dijo tres cosas a sus discípulos.

(i) Les dijo que nunca había esperado otra cosa. Les recordó que ya les había advertido que no era a él al que le correspondía el puesto más importante, sino que él no era más que un heraldo, el precursor que viene a anunciar y preparar las cosas para la llegada de Otro más importante. Haría más fácil la vida el que hubiera más personas dispuestas a representar papeles secundarios. Muchos quieren ser los protagonistas; pero Juan no era uno de ellos. Sabía muy bien que Dios le había asignado una misión subordinada. Nos ahorraríamos un montón de resentimiento y de frustración si nos diéramos cuenta que hay ciertas cosas que no nos corresponden, y aceptáramos de corazón e hiciéramos lo mejor posible la labor que Dios nos ha asignado. El hacer algo secundario *para el Señor* lo convierte en una gran tarea. Como decía la señora Browning: «Todo servicio cuenta igual para Dios.» Cualquier cosa que se hace para Dios es grande por naturaleza.

(ii) Les dijo que nadie puede recibir más de lo que Dios le dé. Si el nuevo Maestro estaba ganando más seguidores no era porque se los estaba robando a él, a Juan, sino porque Dios Se los estaba dando.

Hubo un cierto pastor americano que se llamaba el doctor Spence. En un tiempo había sido muy popular, y había tenido llena la iglesia; pero con el paso del tiempo la asistencia fue bajando. Había venido a la iglesia de enfrente un pastor nuevo que gustaba más.

Una tarde, el doctor Spence miró a su pequeño rebaño y preguntó:

—¿Dónde se ha metido toda la gente?

Se produjo un silencio tenso, que por fin rompió uno de los miembros del consejo de la iglesia:

—Creo que se han ido a la iglesia de enfrente a escuchar al nuevo pastor.

El doctor Spence se quedó callado un momento, y luego dijo, sonriendo complacido:

—Pues, bien; creo que deberíamos seguir su ejemplo todos.

Y se bajó del púlpito y se dirigió a la iglesia de enfrente al frente de sus fieles.

¡Cuántos celos, frustraciones y resentimientos nos ahorraríamos si tuviéramos presente que el éxito de los demás se lo da Dios, y estuviéramos dispuestos a aceptar el veredicto de Dios y Su elección!

(iii) Por último, Juan puso un ejemplo que cualquiera podría entender, y más los judíos, porque era parte de su herencia cultural. Llamó a Jesús «el Novio», y dijo que él, Juan, era «el amigo del Novio». Una de las grandes figuras del Antiguo Testamento es la de los desposorios de Israel, que es la novia, con Dios, Que es el Novio. La unión que hubo entre Dios e Israel era tan íntima que podría compararse con un matrimonio. Cuando Israel se apartaba tras dioses extraños era como si fuera infiel al vínculo matrimonial *(Éxodo 34:15, cp. Deuteronomio 31:16; Salmo 73:27; Isaías 54:5).*

El Nuevo Testamento hereda esta alegoría y habla de la Iglesia como la Esposa de Cristo *(2 Corintios 11:2; Efesios 5:22-32).* Esta era la figura que Juan tenía en mente: Jesús había venido de Dios; era el Hijo de Dios; Israel era Su prometida, y Él era el Novio. Juan sólo se reservaba el papel del amigo del Novio.

El amigo del novio, en hebreo *shoshben,* tenía un papel exclusivo en una boda judía. Era el que arreglaba la boda; repartía las invitaciones, y presidía la fiesta. Era el que traía la novia al novio. También tenía que cuidarse de la cámara nupcial y de que no se introdujeran intrusos. Sólo cuando oía y reconocía la voz del esposo en la oscuridad, le abría la cámara nupcial para que entrara, y se retiraba gozoso cuando había cumplido su cometido y los esposos estaban juntos. No lo hacía de mala gana, sino considerando un honor el introducir la novia al novio; y, cuando había cumplido su misión, se retiraba contento del centro de la escena.

La misión de Juan había sido traerle Israel a Jesús, el Mesías enviado de Dios, y arreglar Sus bodas. Una vez cumplido su cometido estaba contento de desaparecer en la oscuridad. No dijo con envidia que Jesús tenía que crecer y él menguar, sino con júbilo. Nos vendría bien a veces recordar que no es a nosotros a los que tenemos que atraer a la gente, sino a Jesucristo. No es para nosotros para quienes reclamamos la lealtad de la Iglesia, sino para el Novio, el Hijo de Dios.

EL QUE HA VENIDO DEL CIELO

Juan 3:31-36

> *El Que viene de Arriba está por encima de todos. El que procede de la Tierra es de la Tierra y habla de la Tierra. El Que procede del Cielo está por encima de todos: lo que atestigua es lo que ha visto y oído, y no reciben Su testimonio; pero los que reciben Su testimonio autentican que Dios es veraz. El Que Dios ha enviado habla la Palabra de Dios, porque Dios no Le asigna el Espíritu con una medida escasa. El Padre ama al Hijo, y lo ha dejado todo en Sus manos. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.*

Como ya hemos visto, una de las dificultades del Cuarto Evangelio es saber cuándo hablan los personajes y cuándo es Juan el que añade el comentario. Estos versículos puede que contengan las palabras de Juan el Bautista; pero parece más bien que son el testimonio y comentario del evangelista.

Juan empieza por afirmar la supremacía de Jesús. Si queremos información, tenemos que acudir a la persona que la tiene. Si queremos información acerca de una familia, la obtendremos de primera mano solamente de uno de los miembros de esa familia. Si queremos información sobre una ciudad, la recibiremos de primera mano sólo de alguien que viva o haya estado allí. De la misma manera, si queremos información acerca de Dios, sólo la podremos obtener del Hijo de Dios; y si la queremos acerca del Cielo y de la vida que se vive allí, sólo la podremos recibir del Que vino de allí. Cuando Jesús habla de Dios y de las cosas celestiales, dice Juan,

no habla de segunda mano, sino nos cuenta lo que ha oído y visto por Sí mismo. Para decirlo simplemente, como Jesús es el único que conoce a Dios, es el único que puede comunicarnos los hechos acerca de Dios, y eso es lo que es el Evangelio.

Lo que le da pena a Juan es que sean tan pocos los que acepten el Mensaje que nos ha traído Jesús; pero, cuando uno lo recibe, atestigua el hecho de que en su fe la Palabra de Dios es verdad. En el mundo antiguo, si una persona quería autenticar un documento como, por ejemplo, un testamento o un tratado, le ponía su sello al pie. Ese sello era la señal de que él estaba de acuerdo con el contenido del documento y lo consideraba fidedigno y efectivo. De la misma manera, cuando alguien acepta el Evangelio, afirma y pone su sello atestiguando que cree que lo que Dios dice es cierto.

Y Juan prosigue: podemos creer lo que nos dice Jesús porque Dios derramó en Él Su Espíritu en plenitud, sin reservarse nada. Hasta los mismos judíos decían que los profetas recibían de Dios *una cierta medida del Espíritu.* La totalidad del Espíritu estaba reservada para el Escogido de Dios. Ahora bien: según la manera de pensar de los judíos, el Espíritu de Dios tenía dos misiones: la primera era revelar a la humanidad la verdad de Dios; y la segunda, capacitar a los seres humanos para reconocer y entender esa verdad cuando venía a ellos. El decir que el Espíritu estaba en Jesús de la manera más completa es decir que Jesús conocía y entendía perfectamente la verdad de Dios. Para decirlo de otra manera: escuchar a Jesús es escuchar la misma voz de Dios.

Por último, Juan nos presenta otra vez la alternativa eterna, la vida o la muerte. A lo largo de todo su historia, Dios le había presentado al pueblo de Israel esta gran elección. *Deuteronomio* conserva las palabras de Moisés: «Mira: yo te he puesto delante hoy la vida y el bien, la muerte y el mal... A los cielos y a la Tierra invoco por testigos contra vosotros hoy de que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; por tanto, escoge la vida, para que viváis tú y tu descendencia» *(Deuteronomio 30:15-20).* Y Josué reiteró el desafío: «Escogeos hoy a quién sirváis» *(Josué 24:15).* Se ha dicho que toda la vida se concentra en las encrucijadas. Una vez más, Juan vuelve a su tema favorito: lo que importa es nuestra reacción a Cristo. Si esa reacción es amor y

anhelo, esa persona conocerá la vida. Si es indiferencia u hostilidad, esa persona no cosechará más que la muerte. No es que Dios descargue Su ira sobre ella; es que ella se la atrae sobre sí misma.

DERRIBANDO BARRERAS

Juan 4:1-9

> *Así que, cuando Jesús supo que los fariseos se habían enterado de que estaba haciendo y bautizando más discípulos que Juan (aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino Sus discípulos), se marchó de Judea y volvió otra vez a Galilea. Y tenía que pasar por Samaria.*
>
> *Llegó a una población de Samaria que se llamaba Sicar, que está cerca de la parcela que dio Jacob a su hijo José, donde estaba el pozo de Jacob. Y Jesús, cansado como estaba del camino, estaba sentado junto al pozo. Era como el mediodía.*
>
> *Entonces vino una samaritana a sacar agua, y Jesús le dijo:*
>
> *—Dame de beber.*
>
> *Y es que Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar provisiones. Entonces Le dijo la samaritana:*
>
> *—¿Cómo es que Tú, que eres hombre y judío, me pides de beber a mí, que soy mujer y samaritana? —Porque los judíos y los samaritanos no tienen ningún trato.*

En primer lugar vamos a reconstruir la escena de este incidente. Palestina no tiene más que 200 kilómetros de Norte a Sur, pero en los tiempos de Jesús el país estaba dividido claramente en tres partes. Al Norte estaba Galilea; al Sur, Judea, y en medio, Samaria.

Jesús no quería en esta etapa de Su ministerio involucrarse en discusiones acerca del bautismo, así es que decidió marcharse de Judea por un tiempo y pasar a Galilea. El camino más corto de Judea a Galilea era a través de Samaria, que se podía hacer en tres días; pero había una enemistad secular entre los judíos y los samaritanos, y esto hacía que fuera más corriente seguir la ruta alternativa, aunque era doble de larga, pues suponía cruzar el Jordán, subir hacia el Norte por la parte oriental y volver a cruzar el Jordán otra vez a la altura de Galilea. Jesús eligió la ruta más corta a través de Samaria para ir a Galilea, posiblemente no sólo para ganar tiempo sino también para cumplir una parte de Su misión.

El camino pasaba por el pueblo de Sicar. A corta distancia de allí se bifurca la carretera de Samaria: una rama va hacia el Nordeste a

Escitópolis, y la otra hacia el Oeste a Nablus y luego al Norte a Enganim. En la bifurcación se encuentra todavía el pozo de Jacob.

Esta era una zona llena de recuerdos históricos. Allí estaba la parcela que había comprado Jacob *(Génesis 33:18s).* Jacob, ya en el lecho de muerte, le había legado ese terreno a José *(Génesis 48:22).* Y, cuando José murió en Egipto, llevaron su cuerpo a enterrar allí *(Josué 24:32).* Así es que había muchos recuerdos del pasado en aquel lugar.

El pozo mismo tenía más de 30 metros de profundidad. No es un manantial, sino que el agua llega allí filtrándose por las tierras de alrededor y se forma un depósito. Pero está claro que era ya entonces un pozo bien hondo, del que no se podía sacar agua a menos que se tuviera con qué.

Cuando Jesús y su pequeña compañía llegaron a la bifurcación de la carretera, Jesús se sentó a descansar. El día era para los judíos desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde; así es que lo que llama la versión Reina-Valera la hora sexta era el mediodía, cuando más calor hacía, y Jesús estaba cansado y sediento del viaje. Los discípulos se habían adelantado al pueblo a comprar provisiones. Ya habían empezado a cambiar sin darse cuenta; porque, lo más probable es que antes de conocer a Jesús ni siquiera habrían pensado en comprar nada de los samaritanos. Poco a poco, tal vez sin darse cuenta, las barreras se iban cayendo.

Mientras Jesús estaba sentado esperándolos, una samaritana vino al pozo. Por qué había de ir allí es un poco sorprendente, porque aquel lugar estaba a más de un kilómetro de Sicar, donde viviría y donde había agua.

¿Sería porque las mujeres del pueblo la tenían marginada por razones sexuales y no le dejaban sacar agua del pozo del pueblo? El caso es que llegó allí dispuesta a sacar agua, y Jesús le pidió que Le diera una poca. Ella se dio la vuelta sorprendidísima, y Le dijo:

—Yo soy una mujer, y además samaritana, y tú eres un hombre, y además judío. ¿Cómo es eso de que me pides que Te dé de beber?

Y aquí Juan les explica a sus lectores griegos que no había absolutamente ningún trato entre los judíos y los samaritanos.

Ahora bien, es probable que lo que aquí tenemos no es más que un resumen muy breve de una conversación más larga. Podemos

suponer que pasó más de lo que se nos cuenta aquí. Usando una analogía, esto es como el acta de una reunión de negocios, en la que se reflejan solamente los puntos principales. Yo supongo que la samaritana le descargaría la angustia de su alma a aquel Forastero Que había adivinado tan certeramente sus enredos domésticos. Tal vez fue la única vez que ella se encontró con Uno con amabilidad y limpieza en los ojos en lugar de crítica y condenatoria superioridad, y eso hizo que Le descubriera su corazón.

Pocas historias evangélicas nos revelan tan claramente el carácter y la actitud de Jesús.

(i) Nos presenta la realidad de Su humanidad: Jesús estaba cansado del viaje, y se sentó agotado y sediento al lado del pozo. Es muy significativo que Juan, que subraya más que los otros evangelistas la divinidad de Jesucristo, también subraya intensamente Su humanidad. Juan no nos presenta una figura celestial, libre del cansancio y de la lucha diaria, sino Uno para Quien la vida era un esfuerzo como lo es para cada uno de nosotros; nos presenta a Uno Que sabía lo que era estar agotado y tener que seguir adelante.

(ii) Nos presenta el calor de Su simpatía. De cualquiera de los líderes religiosos ordinarios, de cualquiera de los representantes de la ortodoxia del momento, la Samaritana habría salido corriendo a toda prisa. Habría evitado a los tales. Si por una casualidad imprevisible uno le hubiera hablado, ella habría reaccionado con un silencio impenetrable y hasta hostil. Pero contestar a Jesús y entablar una conversación con Él parecía la cosa más natural del mundo. ¡Por fin había encontrado a Uno que no la condenaba, o desnudaba con la mirada, sino Que le ofrecía una amistad limpia y comprensiva!

(iii) Nos presenta a Jesús como el Que elimina las barreras discriminatorias. La enemiga entre los judíos y los samaritanos era una historia que se perdía en la noche de los tiempos. Allá por el año 720 a.C., los asirios invadieron el reino del Norte de Israel —cuya capital era Samaria, de la que tomaba el nombre todo el país— y lo conquistaron y subyugaron. Le aplicaron la fórmula de la deportación masiva que parece haber sido una invención asiria; transportaron casi toda la población a Media *(2 Reyes 17:6),* y

trajeron a Samaria a otra gente —de Babilonia, Cuta, Ava, Hamat y Sefarvayim *(2 Reyes 17:24).* Pero no se puede deportar a toda una nación. Dejaron a algunos de los habitantes del reino del Norte de Israel que, inevitablemente, empezaron a mezclarse con los venidos de otras tierras; y así cometieron lo que era para los judíos un pecado imperdonable: perdieron su pureza racial. En una familia judía estricta, hasta nuestros días, si un hijo o una hija se casan con gentiles, se representa su funeral y se los da por muertos a los ojos del judaísmo ortodoxo.

Así que los habitantes de Samaria deportados a Media, por lo que sabemos, fueron asimilados en los lugares adonde fueron llevados. Son lo que se llama «las diez tribus perdidas». Los que quedaron en Samaria se mezclaron con los que habían venido de fuera y perdieron su identidad racial, por lo menos ante los judíos, los habitantes del reino de Judá. De ahí que desde entonces la Historia de Israel se identifique con la Historia de los Judíos.

Con el correr del tiempo, una invasión y derrota semejantes sobrevinieron al reino de Judá en el Sur, cuya capital era Jerusalén. Sus habitantes también fueron deportados, esta vez a Babilonia; pero no perdieron su identidad, sino se mantuvieron firme e inalterablemente judíos. A su tiempo llegaron los días de Esdras y Nehemías, y los exiliados volvieron a Jerusalén por la gracia del rey de Persia. Su tarea inmediata fue la reparación y reconstrucción de su maltrecho templo. Los samaritanos vinieron a ofrecer su ayuda en la sagrada tarea; pero los judíos les dijeron despectivamente que no les hacía ninguna falta. Habían perdido su herencia judía y no tenían derecho a participar en la reconstrucción de la casa de Dios. Creciéndose ante la humillación, se enemistaron con los judíos de Jerusalén. Fue hacia el año 450 a.C. cuando el enfrentamiento tuvo lugar, y seguía tan vivo como siempre en los días de Jesús.

El conflicto se agudizó aún más cuando el sacerdote judío renegado Manasés se casó con la hija del samaritano Sambalat *(Nehemías 13:28),* y se propuso fundar un templo rival en el monte Guerizim, que estaba en el centro del territorio samaritano. Y aún más tarde, en tiempos de los Macabeos, 129 a.C., el general judío Juan Hircano atacó Samaria y saqueó y destruyó el templo del monte Guerizim. Así fue creciendo el odio entre judíos y

samaritanos. Los judíos llamaban despectivamente a los samaritanos *juthitas* o *cutheos,* del nombre de uno de los pueblos que habían llevado allí los asirios. Los rabinos judíos decían: «Que no coma nadie pan de los juthitas, porque el que come su pan es como si comiera carne de cerdo.» *Eclesiástico* presenta a Dios diciendo: «Con dos naciones está mi alma molesta, y la tercera no es ni siquiera nación: los que se asientan en el monte de Samaria, y los filisteos, y esa gente estúpida que mora en Siquem» *(Eclesiástico 50:25s).* Siquem o Shejem era una de las ciudades samaritanas más famosas. Los samaritanos devolvían el odio con interés.

Se dice que rabí Yojanán iba pasando una vez por Samaria de camino a Jerusalén para orar; pasó por el monte Guerizim. Un samaritano le vio, y le preguntó: «¿Adónde vas?» «Voy a Jerusalén», le contestó, «a orar.» El samaritano le contestó: «¿No sería mejor que oraras en este monte (Guerizim) que en esa casa maldita?» Los peregrinos que iban de Galilea a Jerusalén pasando por Samaria apretaban el paso lo más posible, y a los samaritanos les encantaba ponerles dificultades.

La contienda judeosamaritana tenía más de 400 años en los días de Jesús, pero quedaba un rescoldo tan vivo y activo como siempre. De ahí que la Samaritana se sorprendiera de que Jesús, un judío, le dirigiera la palabra.

(iv) Pero había todavía otra barrera más que Jesús elimina en esta ocasión. La Samaritana era una mujer. Los rabinos estrictos tenían prohibido hablar con una mujer fuera de casa. Un rabino no podía hablar en público ni siquiera con su mujer, o con su hermana o hija. Había fariseos a los que llamaban graciosamente «los acardenalados y sangrantes» porque cerraban los ojos cuando iban por la calle para no ver a las mujeres y se chocaban con las paredes y las esquinas. Para un rabino, el que le vieran hablando con una mujer en público era el fin de su buena reputación. Pero Jesús no respetó esa barrera; ni por tratarse de una mujer, ni porque fuera samaritana, ni porque hubiera nada vergonzoso en su vida. Ningún hombre decente, y mucho menos un rabino, se habría arriesgado a que le vieran en tal compañía, y menos en conversación con ella. Pero Jesús sí.

Para un judío esta sería una historia alucinante. Aquí estaba el Hijo de Dios, cansado, débil y sediento. Aquí estaba el más santo de los hombres, escuchando con simpatía y comprensión una triste historia. Aquí estaba Jesús pasando las barreras de la raza y de las costumbres ortodoxas judías. Aquí tenemos el principio de la universalidad del Evangelio; aquí está Dios, no en teoría, sino en acción.

EL AGUA VIVA

Juan 4:10-15

> *Jesús le contestó a la mujer:*
>
> *—Si supieras el don gratuito que Dios te ofrece, y si supieras Quién es el Que te está hablando, y el Que te dijo «Dame de beber», serías tú la que Le pidieras, y Él el Que te daría el agua viva.*
>
> *—Señor —Le dijo la mujer—, no tienes cubo para sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde Te sacas esa agua viva? ¿Es que eres Tú más que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo, del que bebieron él y sus hijos y sus ganados?*
>
> *—Todos los que beben esta agua vuelven a tener sed —le dijo Jesús—; pero los que beban del agua que Yo voy a darles, ya no tendrán nunca sed, sino que el agua que Yo les daré se convertirá en un manantial de agua en su interior saltando para darles la vida eterna.*
>
> *—Señor —Le dijo la mujer—, dame esa agua para que ya no tenga más sed ni tenga que venir aquí a sacarla.*

Notaremos que esta conversación de Jesús con la Samaritana sigue el mismo esquema que la que tuvo con Nicodemo. Jesús hace una afirmación. Ella Se lo toma en otro sentido. Jesús repite Su afirmación de una manera aún más gráfica. Tampoco esta vez se Le entiende; y entonces Jesús obliga a Su interlocutora a descubrir y asumir la verdad acerca de sí misma. Esa era la manera de enseñar de Jesús; y era bien eficaz, porque, como ha dicho alguien, «Hay ciertas verdades que una persona no puede *aceptar;* tiene que *descubrirlas* por sí misma.»

Como pasó con Nicodemo, la Samaritana toma las palabras de Jesús literalmente, aunque Jesús esperaba que las entendiera espiritualmente. Jesús estaba hablando de agua *viva.* En la lengua corriente de los judíos, agua *viva* quería decir agua *corriente.* Era el agua de manantial en oposición al agua estancada de una cisterna o estanque. Aquel pozo no era un manantial, sino un depósito al que llegaba el agua que se filtraba por el subsuelo. Para los judíos, el agua *corriente, viva,* siempre era mejor. Así que la mujer decía: «Tú me ofreces agua pura de manantial. ¿De dónde Te la vas a sacar?»

Y ella pasa a hablar de «nuestro padre Jacob». Por supuesto que los judíos habrían negado que los samaritanos fueran hijos de Jacob; pero era una de las pretensiones de los samaritanos que eran descendientes de José, el hijo de Jacob, a través de Efraín y Manasés. La Samaritana Le estaba diciendo realmente a Jesús: «Lo que estás diciendo es una blasfemia. Nuestro antepasado Jacob, cuando estaba por aquí, cavó este pozo para sacar agua para él mismo, para su familia y sus ganados. ¿Es que vas a pretender Tú ser más sabio y más poderoso que Jacob? Eso es algo que nadie se puede permitir.»

Era corriente que los que iban de viaje llevaran un recipiente de cuero para sacar agua de los pozos que encontraran en el camino. Es lo más seguro que el grupo de Jesús tendría uno de ellos, y que se lo habrían llevado al pueblo. La mujer vio que Jesús no tenía nada por el estilo, así es que Le dijo: «No puedes ni sacar agua del pozo para dármela. Ya veo que no tienes con qué sacarla.» H. B. Tristram empieza su libro titulado *Las costumbres orientales en las tierras de la Biblia* con el relato de una experiencia personal. «Una vez estaba sentado junto a un pozo en Palestina cerca de la posada a la que se hace referencia en la parábola del Buen Samaritano, cuando vino de aquellos cerros una mujer árabe a sacar agua. Desplegó y abrió un pellejo de piel de cabra, y luego desmadejó una cuerda y se la ató a un cubito también de cuero, que era con el que subía el agua hasta que llenó el recipiente mayor, le ató la boca, se lo colocó al hombro y, con el cubito en la mano, se puso a escalar la colina. Yo me acordé de la Samaritana del pozo de Jacob cuando un viandante árabe que ascendía cansado y sudoroso por el sendero que sube de Jericó se dirigió al pozo, se arrodilló y miró hacia el

fondo con nostalgia; pero «no tenía con qué sacar el agua, y el pozo era hondo.» Pegó unos lametones a la humedad que quedaba del agua que se le había resbalado a la mujer que le había precedido y, desilusionado, prosiguió su camino.» Era precisamente eso lo que estaba pensando la Samaritana cuando Le dijo a Jesús que no tenía con qué sacar el agua del hondón del pozo.

Pero los judíos le daban otro sentido a la palabra *agua.* Hablaban a menudo de la *sed* de Dios que tiene el alma humana, y del *agua viva* que puede mitigar esa sed. Jesús no estaba usando términos que condujeran de necesidad a la confusión, sino que cualquiera que tuviera percepción espiritual debería entender. Una de las promesas del *Apocalipsis* es: «Al que tuviere sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida» *(Apocalipsis 21:6).* El Cordero que está en medio del trono los guiará a fuentes de aguas de vida *(Apocalipsis 7:17).* La promesa era que el Pueblo Escogido sacaría agua con gozo de las fuentes de la salvación *(Isaías 12:3).* El salmista decía que tenía el alma sedienta del Dios vivo *(Salmo 42:1).* La promesa de Dios era: «Yo derramaré aguas sobre el secadal» *(Isaías 44:3).* La invitación iba dirigida a todos los sedientos para que vinieran a las aguas y bebieran gratuitamente *(Isaías 55:1).* La queja desgarrada de Jeremías era que el pueblo había olvidado a Dios, que era la fuente de agua viva, *y* se había cavado cisternas agrietadas que no podían contener el agua *(Jeremías 2:13).* Ezequiel había tenido una visión del río de la vida *(Ezequiel 47:1-12).* En el mundo nuevo brotaría una fuente de agua para la purificación *(Zacarías 13:1).* Las aguas fluirían desde Jerusalén *(Zacarías 14:8).*

Algunas veces los rabinos identificaban esta agua viva con la sabiduría de la Ley; otras, con nada menos que el Espíritu Santo de Dios. Todo el lenguaje pictórico de la religión judía estaba impregnado de esta idea de la sed del alma que sólo podía apagar el agua viva que era un don de Dios. Pero la mujer entendió lo que le decía Jesús con un literalismo casi crudo. ¿Estaba ciega porque no quería ver?

Jesús pasó a hacer una afirmación todavía más alucinante: que Él podía darle el agua viva que le quitaría la sed de una vez para siempre. Lo curioso es que la mujer volvió a entenderlo literalmente;

pero de hecho no era sino Su presentación como Mesías. En la visión profética de la era por venir, la era de Dios, la promesa era: «No tendrán hambre ni sed» *(Isaías 49:10).* Era en Dios, y sólo en Él, donde se encontraba la fuente de agua viva que satisface toda sed. «Contigo está el manantial de la vida,» exclamaba el salmista *(Salmo 36:9).* Es del mismo trono de Dios de donde mana el río de la vida *(Apocalipsis 22:1).* Es el Señor el Que es la fuente de agua vi-va *(Jeremías 17:13).* Sería en la era mesiánica cuando el sequedal se volvería manaderos de aguas *(Isaías 35:7).* Cuando Jesús hablaba de traer a la humanidad la única agua que puede apagar definitivamente la sed, no hacía sino afirmar que Él era el Ungido de Dios que había venido a inaugurar la nueva era.

Tampoco entonces comprendió la mujer, y no nos extraña que no comprendiera lo que le iría pareciendo un acertijo complicado, porque nosotros *ya* tenemos la clave y la respuesta. Nos da la impresión de que lo que dijo a continuación era una manera de seguirle la corriente a Uno Que le parecía chiflado. «Dame esa agua —dijo—, para que ya no tenga nunca sed y no tenga que darme la caminata al pozo todos los días.» Estaba bromeando sobre cosas eternas.

En el fondo de todo esto está la verdad fundamental de que en el corazón humano hay una sed de algo que sólo Jesucristo puede satisfacer. En uno de sus libros, Sinclair Lewis traza el retrato de un hombrecillo de negocios respetable que sacó los pies del plato. Estaba hablando con su amada, y ella le dijo: «Por fuera parecemos muy diferentes; pero en el fondo somos iguales. Los dos nos sentimos desesperadamente desgraciados por algo... ¡que no sabemos qué es!» En todo ser humano hay ese anhelo insatisfecho e innominado; ese vago descontento, ese algo que falta, esa frustración.

En *Sorrell e Hijo,* Warwick Deeping nos cuenta una conversación entre los dos. El chico está hablando de la vida. Dice que es como andar a tientas en una niebla encantada. La niebla se disipa un instante; uno ve la luna en la cara de una chica; no sabe si quiere la luna o la cara; luego baja la niebla otra vez, y le deja a uno buscando algo, pero no sabe qué.

Antonio Machado también ha expresado hermosa y sentidamente este anhelo del alma:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí?
.....
Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Nada borra el anhelo de eternidad que Dios ha puesto en el alma. Sólo Jesucristo puede saciar esa sed. «Tenemos el corazón inquieto hasta que encontramos el reposo en Ti» (Agustín).

ENFRENTÁNDOSE CON LA VERDAD

Juan 4:15-21

La mujer Le dijo a Jesús:

—Señor, dame de esa agua para que ya no tenga más sed, y para que no tenga que venir aquí a sacar agua.

Y Él le contestó:

—Ve a llamar a tu marido, y luego vuelve aquí.

—No tengo marido —le dijo ella; y Jesús añadió:

—Ahora sí has dicho la verdad al decir que no tienes marido; porque has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido. Lo que has dicho es la verdad.

—Señor, ya veo que eres profeta —dijo la mujer—.

Nuestros antepasados daban culto a Dios en este monte, y los judíos decís que donde tenemos que adorar a Dios es en Jerusalén.

—Créeme, mujer —le contestó Jesús—, que está llegando la hora en que no se dará culto a Dios ni en este monte ni en

Jerusalén.

Ya hemos visto que la mujer Le pidió a Jesús en tono de broma que le diera el agua viva para no tener más sed y poderse ahorrar el fatigoso paseo diario al pozo. Instantánea e impactantemente Jesús la hizo volver a la realidad. Se había terminado el tiempo para los juegos de palabras y las bromas. «Vete a por tu marido, y vuelve con él» —le dijo Jesús. La mujer se puso rígida, como si le hubiera dado un dolor repentino; dio un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe; se puso pálida, como si de pronto hubiera visto un fantasma... y eso era precisamente lo que le había pasado: *se había visto repentinamente a sí misma.*

De pronto, no tuvo más remedio que enfrentarse consigo misma, y con su vida andrajosa e inmoral e inadecuada. Hay dos revelaciones en el Evangelio: la de Dios y la de nosotros mismos. Nadie se ha visto como es en realidad a menos que se haya visto en la presencia de Cristo; y lo que se ve entonces no es nada halagüeño. Para decirlo de otra manera: la conversión empieza con un sentimiento de pecado. Uno se da cuenta de pronto de que la vida que vive no vale. Despertamos a nosotros mismos y a nuestra necesidad de Dios.

Algunos intérpretes han mantenido, por lo de los cinco maridos, que esta historia no representa un hecho real, sino una verdad alegórica. Ya hemos visto que, cuando los habitantes originales de Samaria fueron deportados a Media, los asirios trajeron a otros de cinco naciones diferentes. Cada grupo trajo sus dioses *(2 Reyes 17:29);* y se ha sugerido que la mujer representa a Samaria, y sus cinco maridos a los dioses que trajeron aquellos pueblos, con los que, por así decirlo, se casaron los samaritanos. El sexto marido representa al Dios verdadero, al Que adoraban, no en verdad, sino en ignorancia; y por tanto no estaban casados de veras. Puede que haya en esta historia un recuerdo de la infidelidad de los samaritanos; pero es demasiado pictórica para ser una alegoría manufacturada. Rezuma realismo por todas partes.

Alguien ha dicho que la profecía es una crítica basada en la esperanza. Un profeta le señala a una persona o nación que va por mal camino; pero no para sumirlas en la desesperación, sino para indicarles el camino de la sanidad, de la enmienda y de la

rectificación. Así Jesús, empezó por revelarle a esta mujer la condición en que se encontraba; pero luego pasó a revelarle en qué consiste el verdadero culto en el que nuestras almas pueden tener un encuentro con Dios.

La pregunta de la mujer nos suena extraña. Dijo, y para ella era una cuestión angustiosa: «Nuestros líderes dicen que es aquí, en el monte Guerizim, donde debemos dar culto a Dios; y vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén. ¿Qué es lo que tengo que hacer?»

Los samaritanos ajustaban la historia a sus conveniencias. Enseñaban que había sido en el monte Guerizim donde Abraham había estado dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac; donde Melquisedec le había salido al encuentro a Abraham; donde Moisés había instalado el primer altar y ofrecido los primeros sacrificios cuando el pueblo de Israel entró en la Tierra Prometida —aunque eso fue en el monte Ebal, donde se han encontrado recientemente restos arqueológicos que lo confirman *(Deuteronomio 27:4).* Tergiversaban los textos bíblicos y la historia para glorificar el monte Guerizim. A la mujer le habían enseñado a reverenciar el monte Guerizim como el lugar más santo de la Tierra, y a despreciar a Jerusalén. Lo que estaba en su mente, y lo que se estaba diciendo a sí misma, era: «Yo soy una pecadora, y tengo que ofrecerle a Dios un sacrificio por mis pecados; tengo que llevar una ofrenda a la casa de Dios y ponerme a buenas con Él. ¿Adónde tengo que ir?» Para ella, lo único que podía saldar el pecado era el sacrificio. Su problema fundamentar era: ¿Dónde había que presentar ese sacrificio? A estas alturas ella ya no está discutiendo los respectivos méritos del templo del monte Guerizim y los del monte de Sión; lo que quiere saber es: «¿Dónde puedo yo encontrar a Dios?

Jesús le contestó que el día de las viejas rivalidades humanas estaba llegando a su final; y que estaba próximo el tiempo cuando la humanidad encontraría a Dios en todas partes. Sofonías había tenido la visión de que las personas adorarían a Dios «cada una en su lugar» *(Sofonías 2:11).* Y Malaquías había soñado que en todas partes se ofrecería incienso como ofrenda pura al nombre de Dios *(Malaquías 1:11).* La respuesta que Jesús le dio a la Samaritana fue que no tenía necesidad de ir a ningún sitio determinado para

encontrar a Dios, no tenía necesidad de ofrecer sacrificio en ningún lugar especial: el verdadero culto encuentra a Dios en cualquier lugar.

EL VERDADERO CULTO

Juan 4:22-26

> *—Los samaritanos no conocéis al Que dais culto —siguió diciéndole Jesús a la Samaritana—. Los judíos sí Le conocemos, y por eso la Salvación del mundo tiene su origen entre los judíos. Pero está llegando la hora, y es ahora aquí, cuando los verdaderos adoradores darán culto a Dios en espíritu y en verdad; porque esos son los adoradores que está buscando el Padre. Dios es Espíritu; y los que Le dan culto deben dárselo en espíritu y en verdad.*
>
> *—Sé que el Mesías —que en griego se dice* el Cristo— *está al llegar —Le dijo la mujer a Jesús—. Cuando venga, nos aclarará todas las cosas.*
>
> *—Soy Yo mismo, el Que estoy hablando contigo —le dijo Jesús a la mujer.*

Jesús le había dicho a la Samaritana que las viejas rivalidades estaban a punto de desaparecer, y que estaba próximo el día en que la controversia acerca de los respectivos méritos del monte Guerizim y del monte de Sión sería irrelevante, porque el que buscara a Dios sinceramente Le encontraría en cualquier parte. A pesar de todo, Jesús aún hace hincapié en el hecho de que la nación judía ocupaba un lugar exclusivo en el plan y en la revelación de Dios.

Los samaritanos adoraban en ignorancia, dijo Jesús. En más de un sentido, aquello era indudablemente cierto. Los samaritanos no tenían más sagrada escritura que el Pentateuco, es decir, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, porque habían rechazado todo el resto. Se habían privado, por tanto, de todos los grandes mensajes de los Profetas y de toda la sincera piedad de los Salmos. Tenían una religión truncada, porque tenían una biblia truncada. Habían rechazado el conocimiento que estaba a su alcance y que hubieran podido tener. Además, los rabinos judíos

siempre habían acusado a los samaritanos de ofrecerle al Dios verdadero un culto meramente supersticioso. Siempre decían que el culto de los samaritanos no se basaba en el amor y el conocimiento, sino en la ignorancia y el miedo. Como ya hemos visto, los extranjeros que los asirios llevaron a vivir en Samaria trajeron sus propios dioses *(2 Reyes 17:29).* Leemos que un sacerdote de Belén fue a decirles que temieran al Señor *(2 Reyes 17:28);* pero lo más probable es que añadieran el Dios de Israel a la lista de sus dioses, porque tendrían un temor supersticioso a excluirle. Después de todo, era el Dios de aquella tierra en la que entonces vivían, y podría ser peligroso no incluirle siquiera en su lista de cultos.

En los cultos falsos podemos detectar tres faltas.

(i) Un culto falso es selectivo: se queda con lo que quiere saber de Dios, y omite el resto. Los samaritanos tomaban lo que querían de las Escrituras, y omitían el resto. La religión unilateral es una de las cosas más peligrosas del mundo. Le es muy fácil a cualquiera el aceptar y retener las partes de la verdad de Dios que le interesan y pasar por alto el resto. Hemos visto, por ejemplo, que ciertos pensadores y eclesiásticos y políticos justificaban el *apartheid* y la segregación racial apelando a ciertos pasajes de la Escritura, mientras olvidaban muchos más que los condenan.

El pastor de una gran ciudad organizó una petición de clemencia por uno que había cometido un cierto crimen. Le parecía que aquella era una causa en la que la piedad cristiana tenía obligación de intervenir. Sonó su teléfono y, cuando lo descolgó, escuchó una voz femenina que le decía:

—Estoy muy sorprendida de que usted, un pastor evangélico, ponga todo su peso en esta petición de clemencia.

—¿Y qué es lo que le sorprende? —preguntó él.

—Supongo que usted conoce la Biblia.

—Así lo espero.

—Entonces —dijo la voz—, ¿no se da usted cuenta de que la Biblia dice «Ojo por ojo y diente por diente»?

Al parecer aquella mujer tomaba la parte de la Biblia que le convenía para su razonamiento, y olvidaba la gran enseñanza de Jesús sobre la misericordia en el Sermón del Monte.

Haríamos bien en recordar que, aunque sabemos que no llegaremos nunca a abarcar todo el orbe de la verdad, debemos proponernos como objetivo la verdad total, sin conformarnos con los fragmentos que nos convengan en nuestra posición.

(ii) Un culto falso es ignorante. El culto debe ser el acceso a Dios de la persona total. Tenemos una inteligencia, y la obligación de ejercitarla. La religión puede que empiece por una respuesta emocional; pero pronto le llega el momento en que hay que razonarla. E. F. Scot decía que la religión es mucho más que meramente un ejercicio intelectual intensivo; pero que, no obstante, una gran parte del fracaso en materia de religión se debe a la pereza intelectual más que a ninguna otra causa. El dejar de pensar a fondo las cosas importantes es ya en sí un pecado. En último análisis, una experiencia religiosa no está a salvo hasta que se puede decir, no sólo lo que se cree, sino por qué se cree. La religión es también esperanza; pero una esperanza que tiene una razón de ser y que no defrauda *(1 Pedro 3:15).*

(iii) Un culto falso es supersticioso. Es un culto que se da, no por un verdadero sentimiento de necesidad o por un deseo auténtico de hacerlo, sino solamente porque la persona cree que sería peligroso no darlo. Mucha gente se niega a pasar por debajo de una escalera, o a llevar el número 13 en una competición o en un concurso, o a emprender cualquier cosa en martes y trece; y se pondrá nerviosa cuando se le derrama la sal, o se le cruza un gato negro, etcétera, etcétera. No es que crean en esas supersticiones; pero tienen la sospecha de que puede que haya en ellas algo de verdad, y por eso es mejor mantenerse a salvo. Hay muchas personas cuya religión se funda en una especie de temor impreciso de lo que les podría suceder si no tuvieran en cuenta a Dios. Pero la verdadera religión se basa, no en el miedo, sino en el amor de Dios y en la gratitud por lo que Dios ha hecho. Demasiada religión no es más que una especie de superstición ritual para esquivar la posible ira de dioses impredictibles.

Jesús define el verdadero culto. Dios, dijo, es Espíritu. En cuanto uno se da cuenta de eso, un nuevo haz de luz le envuelve. Si Dios es espíritu, no está limitado a *cosas;* y, por tanto, el dar culto a una imagen es, no sólo un absurdo, sino también un insulto a la

verdadera naturaleza de Dios. Si Dios es espíritu, no está limitado a *lugares;* y, por tanto, limitar el culto de Dios a Jerusalén o a ningún otro sitio es poner un límite a Alguien Que, por naturaleza, sobrepasa todos los límites. Si Dios es espíritu, lo que Le ofrezcamos tienen que ser dones del espíritu. Los sacrificios animales y todas las cosas que hacemos los humanos son inadecuados. Las ofrendas que corresponden a la naturaleza de Dios son los dones del espíritu: amor, fidelidad, obediencia, dedicación.

El espíritu es la parte más elevada de la persona humana. Es la porción que permanece cuando la parte física se desvanece. Es la parte que sueña los sueños y ve las visiones que, a causa de la debilidad y las deficiencias del cuerpo, puede que nunca se hagan realidad. Es el espíritu humano el que es la fuente de sus pensamientos e ideales y deseos más elevados. El verdadero culto es cuando una persona, mediante su espíritu, alcanza la amistad y la intimidad con Dios. El culto genuino no consiste en ir a un cierto lugar, ni en llevar a cabo un cierto ritual o una cierta liturgia, ni en ofrecer ciertos dones. El verdadero culto es cuando el espíritu, la porción invisible e inmortal de la persona, se encuentra con Dios y habla con el Que es invisible e inmortal.

Este pasaje termina con una gran declaración. Se había desplegado ante la Samaritana un panorama tal que la sorprendía y alucinaba. Contenía elementos por encima de su comprensión, maravillosos. Todo lo que pudo decir fue: «Cuando venga el Mesías, el Cristo, el Ungido de Dios, entonces lo entenderemos todo.» Y Jesús le dijo: «Yo, el que estoy hablando contigo, soy el Mesías.» Es como si Jesús dijera que todo eso no es un sueño de la verdad, sino la verdad misma.

COMPARTIENDO LA MARAVILLA

Juan 4:27-30

> *En eso llegaron Sus discípulos, y se quedaron alucinados al ver que Jesús estaba hablando con una mujer, aunque nadie se atrevió a decirle: «¿Qué pretendes?» o «¿Por qué estás hablando con ella?» El caso es que la mujer se dejó allí el cubo, y se fue al pueblo, y empezó a decirle a la gente:*

—¡Venid a ver a un Hombre Que me ha adivinado todo lo que he hecho! ¿No será Éste el Ungido de Dios?

Y la gente empezó a salir del pueblo y a venir a Jesús.

No es extraño que los discípulos se quedaran alucinados cuando volvieron de sus recados en el pueblo de Sicar y se encontraron a Jesús hablando con una samaritana. Ya hemos visto la idea que tenían los judíos de las mujeres. El precepto rabínico rezaba: «Que nadie hable con una mujer en la calle; no, ni aunque sea su esposa.» Los rabinos despreciaban tanto a las mujeres, y las creían tan incapaces de recibir ninguna enseñanza real, que decían: «Mejor es quemar las palabras de la Ley que confiárselas a las mujeres.» Tenían un dicho: «Cada vez que uno se enrolla con una mujer, atrae mal sobre sí mismo, se aparta de la Ley y por último hereda la gehena.» Según las normas rabínicas Jesús apenas podría haber hecho nada más repulsivamente inconvencional que el hablar con aquella mujer. Es verdad que estaba derribando barreras.

Sigue un detalle curiosamente revelador. Es algo que difícilmente podría proceder sino de alguien que hubiera participado en la escena. Por muy sorprendidos que estuvieran los discípulos, no se les ocurrió preguntarle a la mujer qué buscaba, o a Jesús por qué estaba hablando con ella. Empezaban a conocerle; y ya habían llegado a la conclusión de que, por muy sorprendentes que fueran Sus acciones, no se podían poner en tela de juicio. Uno ha dado un paso decisivo en el camino del verdadero discipulado cuando ha aprendido a decir: «No es cosa mía el cuestionar las acciones y las demandas de Jesús. Ante ellas han de rendirse mis prejuicios y mis convencionalismos.»

Para entonces la mujer ya estaba de camino de vuelta al pueblo sin su cacharro de agua. El hecho de que lo dejara revelaba dos cosas: que tenía prisa en compartir su experiencia extraordinaria, y que ella daba por sentado que volvería a aquel lugar. Toda su reacción nos dice mucho de la experiencia cristiana verdadera.

(i) Su experiencia empezó cuando se vio obligada a enfrentarse consigo misma y a verse tal como era. Es lo mismo que le sucedió a Pedro. Después de la pesca milagrosa, cuando Pedro descubrió de pronto algo de la majestad de Jesús, todo lo que pudo decir fue: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!» *(Lucas 5:8).* Nuestra

experiencia cristiana empezará a menudo con una ola humillante de desprecio propio. Suele suceder que lo último que ve una persona es a sí misma. Y pasa a menudo que lo primero que Cristo hace por una persona es empujarla a hacer lo que se ha pasado la vida resistiéndose a hacer: mirarse a sí misma.

(ii) La Samaritana estaba alucinada con la habilidad que Cristo tenía para ver su interior. Le admiraba Su profundo conocimiento del corazón humano, y del suyo en particular. Al salmista también le había infundido una gran reverencia: «Has entendido desde lejos mis pensamientos... Hasta antes de que brote la palabra de mi lengua, ¡oh Señor!, Tú ya sabes lo que quiero decir» *(Salmo 139:1-4).* Se cuenta que una vez una chiquilla estaba oyendo un sermón de C. H. Spurgeon, y le susurró a su madre: «Mamá, ¿cómo sabe él lo que pasa en casa?» No hay tapujos ni disfraces que oculten de la mirada de Cristo. Él puede ver hasta lo profundo del corazón humano. Y no sólo ve lo malo, sino también al héroe que hay dormido en el alma de todas las personas. Es como el cirujano que ve la parte enferma, y lo sana que quedará cuando se quite el mal.

(iii) El primer impulso de la Samaritana fue compartir su descubrimiento. Cuando encontró a aquella Persona tan maravillosa, se sintió impulsada a decírselo a otros. La vida cristiana se basa en dos pilares: el descubrimiento y la comunicación. El descubrimiento no es completo hasta que nos llena el corazón del deseo de comunicarlo; y no podemos comunicar a Cristo a otras personas a menos que Le hayamos descubierto por nosotros mismos. Lo primero de todo es encontrar, luego contar; son los dos grandes pasos de la vida cristiana.

(iv) El deseo de contarles a otros su descubrimiento acabó con su sentimiento de vergüenza. No cabe duda de que era una marginada. El mismo hecho de que tuviera que ir a sacar agua de aquel pozo tan lejano del pueblo demuestra que sus vecinos la evitaban, y ella tenía que hacer lo mismo con ellos. Pero entonces fue corriendo a contarles su descubrimiento. Una persona puede tener algún problema que le da corte mencionar y que trata de mantener secreto; pero una vez que lo ha superado, está a menudo tan llena de alegría y de agradecimiento que tiene libertad para contárselo a todo el mundo. Uno puede que haya estado siempre tratando de

esconder su pecado; pero una vez que descubre a Jesucristo como su Salvador, su primer impulso es decirles a los demás: «¡Mira cómo era antes, y mira cómo soy ahora! ¡Y todo se lo debo a Cristo!»

EL ALIMENTO MÁS NUTRITIVO

Juan 4:31-34

> *Mientras, Sus discípulos Le estaban diciendo a Jesús:*
> *—¡Rabí, come algo!*
> *—Yo tengo una comida —les contestó Jesús— que vosotros no sabéis.*
> *—¿No será que Le habrá traído alguien de comer? —se dijeron entre sí los discípulos.*
> *—Mi comida —les dijo Jesús— es hacer la voluntad del Que Me ha enviado, y acabar Su Obra.*

Este pasaje sigue el esquema normal de las conversaciones del Cuarto Evangelio: Jesús dice algo que no se Le entiende, porque tiene un sentido espiritual. En un principio se toma con un literalismo que no hace sentido; y luego, poco a poco, Jesús va desvelando el significado hasta que se entiende y asume. Es exactamente lo mismo que hizo Jesús hablando con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento, y con la Samaritana acerca del agua que apaga definitivamente la sed.

Para entonces, los discípulos habían vuelto con provisiones, y Le dijeron a Jesús que comiera algo. Le habían dejado tan cansado y exhausto que se preocuparon al verle con tan poco interés en probar lo que habían traído. Es sorprendente cómo una gran tarea puede elevar a una persona por encima y más allá de las necesidades corporales. El gran luchador por la libertad de los esclavos, Wilberforce, fue toda la vida un tipo pequeño, insignificante y enfermizo. En la Cámara de los Comunes, sus señorías casi siempre sonreían al descubrir apenas cuando se ponía en pie para hablar; pero cuando empezaban a salir raudales de fuego y de poder de aquella figurilla, el lugar estaba abarrotado y en suspense. Como decían, «el alevín se volvía una ballena.» Su mensaje, su misión, la llama de la verdad y la dinámica del poder conquistaban su debilidad física. Hay un cuadro de John Knox predicando en su ancianidad. Era un hombre acabado físicamente; tan débil, que tenían que subirle casi en vilo por los peldaños del púlpito, y dejarle apoyándose en el atril. Pero, poco después de

empezar a predicar, su voz ya había recuperado su antigua potencia de trompeta, y parecía que iba a reducir el púlpito a astillas de los puñetazos que le daba, y salirse de un salto de él. El mensaje infundía en el hombre una especie de fuerza sobrenatural.

Jesús les dijo a Sus discípulos que Él tenía una comida que ellos no sabían. En su simplicidad, se preguntaban si sería que alguien Le habría traído comida. Entonces les dijo: «Mi comida es hacer la voluntad del Que Me envió.»

La gran clave de la vida de Jesús era la sumisión a la voluntad de Dios. Es Único porque es la única Persona Que ha habido o habrá jamás perfectamente obediente a la voluntad de Dios. Bien se puede decir que Jesús es la única Persona en todo el mundo que no hizo nunca lo que quería, sino siempre lo que Dios quería.

Era el Enviado de Dios. Una y otra vez, ése es el título que se Le da en el Cuarto Evangelio. Hay dos palabras griegas que se usan en este evangelio que significan *enviar: apostellein,* que aparece 17 veces, y *pempein,* 27. Es decir, que no menos de 44 veces se nos dice, o se nos presenta a Jesús diciendo, que Dios Le había enviado. Jesús estaba bajo órdenes. Era el Hombre de Dios.

Así que, cuando vino Jesús al mundo, una y otra vez habló de la misión que se Le había confiado. En *Juan 5:36,* habla de las obras que el Padre Le había dado para hacer. En 17:4, dice que Su único mérito es que ha acabado la obra que el Padre Le había dado para hacer. Cuando habla de poner y de volver a tomar su vida, es decir, de morir y de resucitar, dice: «Este es el mandamiento que he recibido de Mi Padre» (10:18). Habla constantemente, como aquí, de *la voluntad de Dios.* «He bajado del Cielo —dice—, no para hacer mi propia voluntad, sino la del Que Me envió» (6:38). «Yo hago siempre —dice— lo que a Él le parece bien» (8:29). En 14:23 establece, por Su propia experiencia personal y de acuerdo con Su ejemplo, que la única prueba de amor está en cumplir los mandamientos del Que uno pretende amar.

La obediencia de Jesús no era, como tan a menudo la nuestra, intermitente. Era la misma esencia y el ser, el manantial y el corazón, la dinámica y el motor de Su vida.

Es Su gran deseo que seamos como Él fue y es.

(i) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce a la paz. No puede haber paz cuando se está en desacuerdo con el Soberano del Universo.

(ii) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce a la felicidad. No puede haber felicidad cuando la ignorancia humana se enfrenta con la sabiduría de Dios.

(iii) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce al poder. Cuando seguimos el camino que hemos elegido nosotros, no podemos contar más que con nuestro propio poder, y por tanto nos colapsamos inevitablemente. Cuando seguimos el camino que Dios tiene para nosotros, contamos con Su poder, y por tanto la victoria es segura.

EL SEMBRADOR, LA COSECHA Y LOS SEGADORES

Juan 4:35-38

> *—¿No es verdad que tenéis costumbre de decir: «Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega»? —les siguió diciendo Jesús a sus discípulos—. ¡Fijaos! Yo os digo que alcéis la mirada para contemplar los campos, porque ya están blancos para la siega. El cosechador recibe la recompensa de su trabajo, y almacena un producto que vale para la vida eterna, para que se alegren juntos el que siembra y el que siega. Aquí se confirma el dicho: «A uno le toca sembrar, y a otro segar.» Yo os he mandado a segar una cosecha en la que no habéis labrado. Son otros los que la han labrado, y vosotros os habéis incorporado a sus labores.*

Todo lo que estaba sucediendo en Samaria Le había dado a Jesús la visión de un mundo listo para ser cosechado para Dios. Cuando dijo: «Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega» no tenemos que pensar que estaba refiriéndose a la época del año que era entonces en Samaria. Si hubiera sido así, habría sido hacia el mes de enero. No habría hecho aquel calor agotador; y no habría habido escasez de agua; no se habría necesitado un pozo para encontrarla, porque habría sido la estación lluviosa, y habría habido abundancia de agua.

Lo que Jesús está haciendo es citar un refrán. Los judíos dividían el año agrícola en seis partes, cada una de las cuales duraba dos meses: siembra, invierno, primavera, cosecha, verano y calor extremo. Jesús está diciendo: «Tenéis un proverbio: después de sembrar tenéis que esperar por lo menos cuatro meses hasta que llega la siega.» Y entonces Jesús eleva la mirada. Sicar está en medio de una región que sigue siendo famosa por sus cereales. La buena tierra para la agricultura no abundaba en la pedregosa y rocosa Palestina; casi en ninguna otra parte del país podía uno levantar la mirada y ver los campos ondulantes de cereales. Jesús recorrió aquellos campos con la mirada, señalándolos con la mano. «¡Fijaos! —les dijo a Sus discípulos—. Los campos ya están blancos y listos para la siega. Lo normal es que la cosecha tarde cuatro meses en crecer y madurar; pero en Samaria *ya* podéis ver que está lista para la siega.»

En este caso Jesús está pensando en el contraste que hay entre la naturaleza y la gracia. En la cosecha natural, había que sembrar y esperar; pero en Samaria todo había sucedido con tal divina celeridad que se había sembrado la Palabra y al momento ya estaba lista la cosecha. H. V. Morton, el famoso autor de libros de viajes por las tierras bíblicas, hace una sugerencia especialmente interesante en relación con los campos blancos para la siega. Él mismo se había sentado en este lugar en que se encuentra el pozo de Jacob; y, mientras estaba allí descansando, vio salir a la gente de un pueblo y empezar a subir la colina. Venían en grupos pequeños, y todos llevaban chilabas blancas que la brisa mecía. Es posible que eso fuera lo que sucedió en esta historia, y que Jesús viera a los samaritanos que venían a conocerle corriendo por los campos y sujetándose las túnicas con los brazos extendidos para correr mejor, en respuesta al testimonio de la Samaritana. Y entonces Jesús dijo: «¡Mirad los campos! ¡Fijaos cómo están ahora! ¡Están blancos para la siega!» La multitud que venía con sus ropas blancas era la cosecha que Jesús estaba deseando recoger para Dios.

Jesús siguió diciéndoles que lo increíble había tenido lugar: el sembrador y el segador se podían alegrar al mismo tiempo. Era algo que nadie podía esperar. Para los judíos la siembra era triste y laboriosa; era la siega la que era alegre. «¡Que los que siembran

con lágrimas sieguen con gritos de alegría! El que sale llorando, llevando la preciosa simiente, volverá a casa dando gritos de alegría, trayendo sus gavillas» *(Salmo 136:5s).*

Aquí hay algo escondido bajo la superficie. Los judíos soñaban con la edad de oro, la era por venir, la edad de Dios, cuando el mundo sería todo de Dios, cuando habrían desaparecido el pecado y el dolor, y Dios reinaría supremo. Amós pintaba el cuadro de la siguiente manera: «He aquí vienen días, dice el Señor, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente» *(Amós 9:13).* «Vuestra trilla alcanzará a la vendimia, y la vendimia alcanzará a la sementera» *(Levítico 26:5).* Era parte del sueño de la edad dorada el que la siembra y la siega, la sementera y la recolección estarían tan próximas que se pisarían los talones. Habría tal fertilidad que los viejos largos días de espera se habrían terminado. Podemos advertir lo que Jesús está apuntando gentilmente. Sus palabras no son ni más ni menos que la proclamación de que, con Él, la edad dorada ha amanecido; el esperado tiempo de Dios está presente: el tiempo en que se anuncia la Palabra y se siembra la semilla y la cosecha está lista para la recolección.

Había otra enseñanza en aquella situación, y Jesús la conocía bien: «Hay otro proverbio —les dijo— que es igualmente cierto: «Uno siembra y otro siega.»» Y de allí procedió a hacer dos aplicaciones prácticas.

(*a*) Les dijo a Sus discípulos que recogerían una cosecha que se habría producido sin su colaboración. Quería decir que *Él* estaba sembrando la semilla; que en Su Cruz, por encima de todo, se sembraría la semilla del amor y del poder de Dios, y que llegaría el día cuando Sus discípulos salieran por el mundo a recoger la cosecha que Su vida y muerte habrían sembrado.

(*b*) Les dijo a Sus discípulos que llegaría el día cuando *ellos* sembrarían y otros recogerían. Llegaría el día en que la Iglesia Cristiana enviaría evangelistas; ellos no verían la cosecha; algunos morirían mártires; pero la sangre de los mártires sería la semilla de la Iglesia. Es como si dijera: «Algún día labraréis, y no veréis el resultado. Algún día sembraréis y desapareceréis de la escena antes que haya granado la cosecha. ¡No tengáis miedo! ¡No os

desaniméis! La siembra no será en vano, ni se perderá la semilla. Otros verán la cosecha que no se os concedió ver a vosotros.»

Así que en este pasaje hay dos cosas.

(i) Se hace notar *una oportunidad.* La cosecha está esperando que la recojan para Dios. Hay momentos de la Historia en los que la gente está extraña y curiosamente sensible a Dios; o, como decía Ortega, en que «Dios está a la vista». ¡Qué tragedia sería que la Iglesia de Cristo dejara de recoger Su cosecha en ese tiempo!

(ii) Se hace notar *un desafío.* A muchos se les concede sembrar, pero no segar. Muchos ministerios tienen éxito, no porque tengan fuerza ni mérito, sino por alguna persona santa que vivió y predicó y murió y dejó una influencia que se hizo mayor en su ausencia que en su presencia. Muchos tienen que trabajar sin ver el resultado de sus labores. Una vez me enseñaron una finca que era famosa por sus adelfas. El dueño las amaba y conocía cada planta por su nombre. Me enseñó algunas semillas que tardarían veinticinco años en florecer. Él tenía cerca de setenta y cinco años, y no vería su belleza, *pero otras personas sí.* Ningún trabajo ni ninguna empresa que se emprenden para Cristo será un fracaso. Si nosotros no vemos el resultado de nuestros esfuerzos, otros lo verán. No cabe el desánimo en la vida cristiana.

EL SALVADOR DEL MUNDO

Juan 4:39-42

> *Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Jesús por lo que les había dicho la mujer, que daba testimonio diciendo:*
>
> *—¡Me dijo todo lo que había en mi vida!*
>
> *Así que, cuando los samaritanos vinieron a conocer a Jesús, Le pidieron que se quedara entre ellos, y se quedó allí dos días. Y creyeron en Él muchos más cuando Le oyeron; y le dijeron a la mujer:*
>
> *—Ya no creemos por lo que tú nos has dicho, sino porque Le hemos escuchado por nosotros mismos, y no nos cabe la menor duda de que Él es de veras el Salvador del mundo.*

En los acontecimientos que tuvieron lugar en Samaria tenemos el esquema de cómo se extiende muchas veces el Evangelio. En la historia de la implantación de la fe entre los samaritanos tenemos tres etapas.

(i) Hubo una presentación. Fue la Samaritana la que les presentó a Cristo a los samaritanos. Aquí vemos plenamente desarrollada la necesidad que Dios tiene de nosotros. Pablo dijo: «¿Cómo van a creer si no hay quién les predique?» *(Romanos 10:14).* La Palabra de Dios tiene que irse transmitiendo de persona a persona. Dios no puede hacerles llegar Su Mensaje a los que nunca lo han oído a menos que tenga alguien que se lo lleve.

Él no tiene más manos que las nuestras
para hacer hoy Su Obra;
No tiene más pies que los nuestros
para guiar a la gente en Su camino;
Él no tiene más voz que la nuestra
para decirle al mundo cómo murió;
Él no tiene más ayuda que la nuestra
para guiarlos hasta Él.

Es al mismo tiempo nuestro gozoso privilegio y nuestra irrenunciable responsabilidad el llevarle a Cristo a las personas. No puede haber presentación a menos que haya alguien que presente a Cristo. Además, la presentación hay que hacerla sobre la base del testimonio personal. La mujer iba gritando: «¡Fijaos en lo que ha hecho por mí y en mí!» No era de una teoría de lo que hablaba, sino de un poder dinámico y transformador. La Iglesia se podrá extender hasta que los reinos del mundo lleguen a ser el Reino del Señor sólo cuando hombres y mujeres experimenten por sí mismos el poder de Cristo, y luego les transmitan esa experiencia a otros.

(ii) Había un contacto personal cada vez más íntimo y un conocimiento que iba en aumento. Una vez que Se les presentó a Cristo a los samaritanos, ellos mismos Le buscaron; buscaron Su presencia y Su compañía. Le pidieron que se quedara con ellos hasta que aprendieran de Él y llegaran a conocerle mejor. Es verdad que hay que empezar por presentar a Cristo; pero no lo es menos que, cuando Se le ha presentado a una persona, ella tiene que

seguir viviendo en la presencia de Cristo por sí misma. Nadie puede pasar esa experiencia por otro. Puede que sean otros los que nos guíen a la amistad con Cristo, pero debemos buscar y disfrutar de esa amistad por nosotros mismos.

(iii) Hubo descubrimiento y entrega. Los samaritanos descubrieron en Jesús al Salvador del mundo. Es posible que no lo dijeran con esas mismas palabras. Juan estaba escribiendo después de muchos años, y estaba expresando el descubrimiento de los samaritanos con sus propias palabras, que rezumaban el aroma de toda una vida de comunión con Cristo y de meditación acerca de Él bajo la dirección del Espíritu Santo. Juan es el único que usa este glorioso título de Jesús. Lo encontramos aquí y en *1 Juan 4:14.* Para Juan era el título de Jesús por antonomasia.

Este título no lo inventó Juan. En el Antiguo Testamento a Dios se Le llama Salvador, Dios de Salvación. Este título se aplicaba también a muchos dioses griegos. Cuando Juan estaba escribiendo, al emperador romano se le otorgó el título de Salvador del Mundo. Es como si Juan dijera: «Todo lo que veníais soñando se ha hecho realidad en Jesús.»

Haremos bien en no olvidar este título. Jesús no era simplemente *un profeta* que transmitiera con palabras un mensaje de Dios. Tampoco era simplemente *un psicólogo experto* que tuviera una habilidad extraordinaria para descubrir lo que hay en la mente humana. Es cierto que dio muestras de poseer esa cualidad en el caso de la Samaritana; pero hizo mucho más. Él no era simplemente *un ejemplo.* No vino sólo a presentarle a la humanidad cómo había que vivir la vida. Un gran ejemplo puede ser descorazonador y frustrante cuando nos deja impotentes para seguirlo.

Jesús era y es *El Salvador.* Él es el único que puede rescatar a las personas de la situación terrible y desesperada en que se encuentran; el único que puede romper las cadenas que tienen aherrojadas a las personas a su pasado, y darles poder para enfrentarse con el futuro. La Samaritana es en realidad un buen ejemplo de cómo actúa el poder salvador de Jesús. La población donde vivía ya la tendría probablemente por una persona irreformable; y seguramente ella misma estaría de acuerdo en que

jamás sería capaz de llevar una vida respetable. Pero llegó Jesús, y la rescató por partida doble: la capacitó para que se desligara de su pasado, y la introdujo a una nueva vida desde allí en adelante. No hay título que Le corresponda a Jesús mejor que El Salvador del Mundo.

EL ARGUMENTO IRREFUTABLE

Juan 4:43-45

> *Dos días después, Jesús se marchó de allí y se fue a Galilea. Jesús mismo confesaba que a ningún profeta se le reconoce en su propio país. Sin embargo, cuando llegó a Galilea, los galileos Le dieron la bienvenida; porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, porque ellos también habían ido a la fiesta.*

Los tres evangelios sinópticos contienen el dicho de Jesús de que a un profeta no se le reconoce en su propia tierra *(Marcos 6:4; Mateo 13:57; Lucas 4:24).* Era un antiguo y conocido refrán, pero Juan lo introduce en un contexto diferente. En los otros evangelios está en pasajes en los que se cuenta que Jesús fue rechazado por Sus propios paisanos galileos, mientras que Juan lo pone aquí en una ocasión en que Le aceptaron.

Ya hemos visto que Jesús había salido de Judea y se había dirigido a Galilea para evitar la controversia que estaba provocando Su creciente popularidad. La hora del conflicto no había llegado *(Juan 4:1-4).* Puede ser que Jesús se marchara a Galilea esperando poder retirarse a descansar. Y puede ser que en Galilea pasara exactamente lo mismo que había sucedido en Samaria y que hubiera una respuesta positiva a Su enseñanza. Puede ser que nos encontremos aquí con una de las diferencias del Cuarto Evangelio con respecto a los otros tres. Ya hemos visto que Juan nos relata el ministerio de Jesús en Judea, mientras que los sinópticos se limitan exclusivamente a Su ministerio en Galilea. Jesús era judío, de la tribu de Judá y nacido en la ciudad de David, Belén, aunque este hecho no lo sabían los judíos *(7:42),* que daban por supuesto que Jesús era galileo porque venía de Nazaret, donde había vivido casi toda Su vida; y de ahí que Le llamaran Jesús Nazareno. Así que es

posible que Jesús citara el refrán del profeta que no es reconocido en su tierra refiriéndose a Su experiencia en Judea. En los otros evangelios también se presenta Su éxito inicial en Galilea, lo que se suele llamar *La primavera galilea.*

Sea como fuere, este pasaje y el precedente nos presentan el argumento irrefutable a favor de Cristo. Los samaritanos creyeron en Jesús, no por lo que les dijo otra persona, sino porque ellos mismos Le oyeron hablar de cosas nunca jamás oídas. Los galileos creyeron en Jesús, no por lo que les dijera otra persona acerca de Él, sino porque Le vieron hacer en Jerusalén cosas que no se habían visto en la vida. Lo que Jesús decía y hacía eran credenciales a las que no se podía oponer nada.

Aquí tenemos una de las grandes verdades de la vida cristiana. *La única prueba convincente del Evangelio es la experiencia cristiana.* Puede que a veces tengamos que discutir con la gente hasta que las barreras intelectuales que han levantado se les vengan abajo y se rinda la ciudadela de su mente. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, lo único realmente convincente es decir: «Yo sé cómo es Jesús, y lo que puede hacer. Todo lo que te puedo decir es que, si Le ofreces una oportunidad en tu vida, ya verás lo que te sucede.» El evangelismo realmente eficaz empieza cuando podemos decir: «Yo sé lo que Cristo ha hecho por mí. —Y añadimos—: Ofrécele una oportunidad, y verás lo que puede hacer por ti.»

Aquí nos encontramos otra vez con la tremenda responsabilidad que nos corresponde. Nadie es probable que quiera hacer la prueba a menos que vean su eficacia en nuestra vida. No servirá de mucho el decirle a los demás que Cristo puede traer a su vida gozo y paz y poder, cuando nuestra vida es lúgubre, angustiada y derrotada. Los demás se convencerán de que vale la pena entregarse a Cristo solamente cuando vean que para nosotros ha conducido a una experiencia que da envidia.

LA FE DE UN DIPLOMÁTICO

Juan 4:46-54

> *Así es que Jesús llegó otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.*

Y había allí en Cafarnaún un cierto diplomático cuyo hijo estaba enfermo. Cuando este hombre supo que había venido Jesús de Judea a Galilea, se dirigió a Él para pedirle que fuera a su casa a curar a su hijo que estaba muriéndose.

Jesús le dijo:

—¿Es que no vais a creer más que si veis señales y milagros?

—Señor, ven antes que se muera mi mozo —le dijo el funcionario; a lo que Jesús le contestó:

—¡Vete con Dios, hombre, que tu hijo ya está bueno!

Él creyó lo que le dijo Jesús, y se volvió a su casa.

Antes de que llegara, sus esclavos le salieron al encuentro y le dijeron:

—¡Tu hijo está vivo y bien!

Él entonces les preguntó a qué hora se había puesto mejor, y le dijeron:

—Ayer, a la una de la tarde, se le fue la fiebre.

El padre se dio cuenta de que a esa hora había sido cuando Jesús le había dicho: «¡Tu hijo está vivo!», y creyeron en Jesús él y toda su familia.

Esta fue la segunda señal, y Jesús la hizo después de volver de Judea a Galilea.

Casi todos los comentaristas creen que ésta es otra versión de la historia de la curación del siervo del centurión que se encuentra en *Mateo 8:5-13* y en *Lucas 7:1-10;* pero hay diferencias notables entre las dos que nos justifican el tratarla como una historia independiente. Algunos detalles de la conducta del funcionario son un ejemplo para todos.

(i) *Aquí tenemos a un diplomático que acudió a un carpintero.* La palabra griega es *basilikós,* que podría significar que era un reyezuelo; pero se usa para funcionarios del rey, y lo más probable es que se tratara de un hombre de posición elevada en la corte de Herodes. Jesús, por el contrario, no era más que un carpintero del pueblo de Nazaret. Además, Jesús estaba en Caná, y este hombre vivía en Cafarnaún, que estaba a 35 kilómetros. Por eso le llevó tanto tiempo el volver a su casa.

No se puede imaginar una historia más peregrina que la de un alto funcionario que recorre treinta y cinco kilómetros a toda prisa para pedirle un favor a un carpintero de pueblo. Lo primero y principal es que este aristócrata se tragó su orgullo. Tenía una necesidad angustiosa, y ni los convencionalismos ni el protocolo le impidieron acudir a Jesús con su necesidad. Su gesto causaría sensación, pero a él no le importaba el qué dirán con tal de obtener la ayuda que tanto necesitaba. Si queremos de veras la ayuda que Jesús nos puede dar, tenemos que ser lo suficientemente humildes para tragarnos nuestro orgullo y no tener en cuenta lo que diga la gente.

(ii) *Aquí tenemos a un diplomático que se negaba a darse por vencido.* Jesús le recibió con lo que a primera vista parecería un jarro de agua fría, diciéndole que hay gente que no cree a menos que se la provea de señales y milagros. Puede que Jesús dirigiera esas palabras más a la multitud que se habría reunido a ver en qué paraba todo aquello que al diplomático mismo. Es probable que hubiera muchos curiosos.

Pero Jesús tenía una manera de asegurarse de que una persona iba en serio. Así actuó con la sirofenicia *(Mateo 15:21-28).* Si aquel hombre se hubiera dado la vuelta presumido y airado, si hubiera sido demasiado orgulloso para escuchar la advertencia, si hubiera cedido al desaliento a la primera, Jesús se habría dado cuenta de que su fe no era auténtica. Uno tiene que tomar su situación sinceramente en serio para poder recibir la ayuda de Cristo.

(iii) *Aquí tenemos a un diplomático que tenía fe.* No era fácil emprender el camino de vuelta a casa sin llevarse más que la palabra de Jesús de que su chaval se iba a poner bueno. Ahora se empieza a tomar en serio el poder del pensamiento y de la telepatía, y nadie negaría este milagro simplemente porque se realizó a distancia; pero tiene que haberle sido difícil al diplomático. Pero tenía la fe suficiente para recorrer otra vez los treinta y cinco kilómetros no llevando nada más que la palabra de Jesús para confortarle el corazón.

Es de esencia de la fe el creer que lo que Jesús dice es verdad. A menudo se tiene una especie de anhelo vago de que fueran verdad las promesas de Jesús; pero la única manera de entrar de veras en

ellas es creerlas como el náufrago que se aferra a lo que sea que le pueda salvar. Si Jesús dice algo, no es que *a lo mejor* es verdad; ¡es que *tiene que ser* verdad!

(iv) *Aquí tenemos a un diplomático que se entregó.* No fue un hombre que Le sacó a Cristo lo que quería, y luego se fue y se olvidó. Él y todos los suyos creyeron. No le sería fácil a él, porque el que Jesús fuera el Mesías iría a contrapelo con todas sus ideas preconcebidas. Ni le sería fácil confesar su fe en Jesús en la corte de Herodes. Tendría que soportar que se rieran y burlaran de él; y hasta que le tomaran por chalado.

Pero este diplomático se enfrentaba con los hechos y los aceptaba. Había experimentado lo que Jesús podía hacer, y no le quedaba más que rendirse a los hechos. Había empezado por un sentimiento de necesidad desesperada, que Jesús le había solucionado; y su sentimiento de necesidad había dejado paso a otro de agradecimiento y amor desbordante. Esa debe ser la historia de cualquier vida cristiana.

Casi todos los investigadores del Nuevo Testamento creen que en este punto se han colocado equivocadamente los capítulos del Cuarto Evangelio. Mantienen que el capítulo 6 debería venir *antes* que el 5. La razón es que el capítulo 4 termina con Jesús en Galilea *(Juan 4:54);* el capítulo 5 empieza con Jesús en Jerusalén; el capítulo 6 nos presenta a Jesús otra vez en Galilea, y el 7 empieza dándonos a entender que Jesús acababa de venir a Galilea a causa de la oposición que había tenido que arrostrar en Jerusalén. Los cambios de Jerusalén a Galilea resultan difíciles de seguir. Por otra parte, el capítulo 4 termina: «Esta fue la segunda señal, y Jesús la hizo después de volver de Judea a Galilea» (4:54). El capítulo 6 empieza: «Después de esto, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea», que sería una secuencia natural. El capítulo 5 nos presenta entonces a Jesús dirigiéndose a Jerusalén para una fiesta, y encontrándose con problemas muy serios con las autoridades judías. Se nos dice de hecho que desde aquel momento empezaron a perseguirle (5:10). Luego, el capítulo 7 empieza diciendo que Jesús se movía por Galilea, y «no quería ir a Judea porque los judíos querían matarle» (7:1).

Aquí no hemos alterado el orden; pero debemos notar que el tomar el capítulo 6 antes del 5 presenta un orden de acontecimientos más natural y fácil de seguir.

LA IMPOTENCIA HUMANA Y EL PODER DE CRISTO

Juan 5:1-9

> *Más adelante se celebraba una de las fiestas de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.*
>
> *Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, una piscina con cinco pórticos que se llama en hebreo Betesda. En esos pórticos yacía una verdadera multitud de enfermos de todas clases, ciegos, tullidos y paralíticos (que estaban esperando ansiosamente que se agitara el agua; porque de tiempo en tiempo descendía a la piscina un ángel del Señor que removía el agua, y el primero que se metiera cuando se movía el agua se curaba de cualquier dolencia que le aquejara).*
>
> *Y había allí un pobre hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Y cuando Jesús le vio tirado allí, sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dijo:*
>
> *—¿Quieres ponerte bueno?*
>
> *—Señor —Le contestó el enfermo—, no tengo a nadie que me meta deprisa en la piscina cuando se agita el agua; cuando intento llegar, ya se ha metido otro antes.*
>
> *—¡Levántate, recoge tu camastro y ponte a andar! —le dijo Jesús. Y el hombre se puso bueno, recogió su camilla y echó a andar.*

Había tres fiestas de guardar: La Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Todos los varones judíos adultos que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén tenían obligación de asistir. Si consideramos que el capítulo 6 debe estar antes que el 5, deduciremos que la fiesta era Pentecostés, porque lo que se relata en el capítulo 6 sucedió cerca de la Pascua *(Juan 6:4).* La Pascua era en el primer plenilunio después del equinoccio de primavera, cuando es ahora la Semana Santa, y Pentecostés siete semanas después. Juan nos presenta a Jesús asistiendo a las fiestas judías, porque tenía el debido respeto a las obligaciones de la religión de Israel; y sus fiestas no Le parecían una molesta obligación sino una deliciosa oportunidad para participar en el culto de Su pueblo.

Cuando Jesús llegó a Jerusalén estaba, al parecer, solo. Por lo menos no se menciona a Sus discípulos. Se dirigió a la famosa piscina, que se llamaba *Bethesdá,* que quiere decir Casa de Misericordia, o más probablemente *Bethzathá,* que quiere decir Casa del Olivo, o almazara. Los mejores manuscritos tienen el segundo nombre, y sabemos por Josefo que había un barrio de Jerusalén que se llamaba así. La palabra para piscina es *kolymbêthra,* del verbo *kolymban, tirarse de cabeza.* Era lo bastante honda para que se pudiera nadar.

El trozo que hemos puesto entre paréntesis no está en ninguno de los mejores manuscritos, y es posible que fuera una interpolación posterior para explicar la presencia de tantos enfermos. Por debajo de la piscina había una corriente subterránea que a veces borbollaba y se agitaba. Se creía que aquello lo producía un ángel, y que el primero que se metiera en el agua después del borbolleo se curaba de cualquier enfermedad que le aquejara.

Esto parece mera superstición; pero era la clase de creencia que se había extendido por todo el mundo antiguo y que todavía existe en algunos lugares. Se creía en toda clase de espíritus y demonios. El aire estaba lleno de ellos. Tenían su morada en ciertos lugares: árboles, ríos, colinas y estanques tenían sus residentes espirituales.

Además, a los pueblos antiguos les impresionaba especialmente la santidad de las aguas, y especialmente la de los ríos y las fuentes. El agua era tan valiosa, y los ríos, por otra parte, podían ser tan poderosos, que no nos sorprende que impresionaran tanto. En el Oeste puede que no sepamos más que que el agua sale de los grifos; pero en el mundo antiguo, y en muchos lugares hoy en día, el agua es el elemento más valioso y potencialmente el más peligroso.

Sir J. G. Frazer, en su obra *El folclor en el Antiguo Testamento* (en inglés, ii, 412-423), cita muchos ejemplos de esta reverencia que inspira el agua. El gran poeta griego Hesíodo decía que, cuando una persona está a punto de vadear un río, debe rezar y lavarse las manos; porque, cuando se vadea un río con las manos sucias se incurre en la ira de los dioses. Cuando el rey persa Jerjes llegó al Estrimón, en Tracia, sus magos sacrificaron caballos blancos e hicieron otras ceremonias antes de aventurarse a cruzar. El general romano Lucilo sacrificó un toro al río Éufrates antes de cruzarlo.

Hasta el día de hoy en el Sudeste de Africa algunas de las tribus bantu creen que los ríos están habitados por espíritus malignos que es necesario propiciar echando al río un manojo de cereal o alguna otra ofrenda antes de cruzarlo. Cuando se ahogaba alguien en un río se decía que «le habían llamado los espíritus.» Los baganda de Africa central no harán nada para rescatar a una persona que es arrastrada por el río porque piensan que son los espíritus los que la han arrebatado. Los que estaban esperando la movida del agua en la piscina de Jerusalén eran hijos de su tiempo y tendrían las ideas de su tiempo.

Puede que, mientras Jesús iba pasando por allí, Le indicaran al enfermo de la historia como caso especialmente lastimoso porque su condición hacía muy difícil, y aun imposible, el que llegara al agua el primero después del borbolleo. No tenía a nadie que le ayudara, y Jesús fue siempre el amigo y el ayudador de los desamparados. No se molestó en echarle un sermón sobre la inutilidad de aquella superstición y de esperar la movida del agua. Su único deseo era ayudar, así es que sanó al que llevaba tanto tiempo enfermo.

En este historia vemos claramente las condiciones en que operaba el poder de Jesús: daba la orden a la gente y, en la medida en que Le obedecían, el poder actuaba en ellos.

(i) Jesús empezó por preguntarle al hombre si quería ponerse bien. No era una pregunta tan absurda como parece. Aquel hombre había estado esperando treinta y ocho años, y bien podía ser que hubiera perdido toda esperanza y se encontrara sumido en una desesperación lúgubre y pasiva. En lo íntimo de su corazón, el hombre podía haberse resignado a seguir inválido; porque, si se curaba, tendría que arrostrar todas los azares y responsabilidades de la vida laboral. Hay enfermos para quienes la invalidez no es desagradable, porque viven a expensas de otros que trabajan y se preocupan. Pero la respuesta de este hombre fue inmediata: quería estar bueno, aunque no sabía cómo, porque no tenía a nadie que le pudiera ayudar.

La primera condición para recibir el poder de Jesús es desearlo intensa y sinceramente. Jesús dice: «¿Estás seguro de que quieres

cambiar?» Si en lo más íntimo estamos contentos de seguir como somos, no se producirá el cambio.

(ii) Jesús se dirigió al hombre para decirle que se levantara. Fue como si le dijera: «¡Hombre: Aplícale tu voluntad, y tú y Yo lo conseguiremos entre los dos!» El poder de Dios nunca exime al hombre del esfuerzo. Es cierto que debemos darnos cuenta de nuestra indefensión; pero en un sentido muy real también es cierto que los milagros suceden cuando nuestra voluntad coopera con el poder de Dios para hacerlos posibles.

(iii) En realidad lo que Jesús le estaba diciendo a aquel hombre era que intentara lo imposible. «¡Levántate!» —le dijo. Su camastro no sería probablemente más que una esterilla (la palabra griega es *krábbatos,* un término coloquial para *camilla),* y Jesús le dijo que la recogiera o enrollara y se la llevara. El hombre podría haberle dicho a Jesús, con resentimiento ofendido, que hacía treinta y ocho años que era el camastro el que cargaba con él, y que no tenía mucho sentido decirle ahora que fuera él el que cargara con el camastro. Pero hizo el esfuerzo con Jesús, ¡y lo imposible sucedió!

(iv) Este es el camino del éxito. ¡Hay tantas cosas en el mundo que nos derrotan! Cuando deseamos algo intensamente y aplicamos la voluntad al esfuerzo, aunque parezca desesperado, el poder de Cristo acepta la oportunidad, y con Él podemos dominar lo que nos ha tenido dominados mucho tiempo.

Algunos comentaristas toman este pasaje por una alegoría. *El hombre* representa al pueblo de Israel. *Los cinco pórticos* son los cinco libros de la Ley. La gente yace enferma en esos pórticos. La Ley puede diagnosticar el pecado, pero no curarlo; puede revelarle al hombre su debilidad, pero no remediarla. La Ley, como los pórticos, acoge a las almas enfermas, pero no puede darles la salud. *Los treinta y ocho años* representan los treinta y ocho años que los israelitas peregrinaron por el desierto antes de entrar en la Tierra Prometida; o el número de siglos que la humanidad había pasado esperando al Mesías. *El movimiento del agua* representa el bautismo. De hecho, en el arte cristiano primitivo se representa a veces a un hombre saliendo de las aguas del bautismo con una camilla a las espaldas.

Puede que nos sea posible ahora también leer todos esos sentidos entre líneas en esta historia; pero es muy poco probable que Juan la escribiera como una alegoría. Tiene el sello gráfico del hecho real. Pero haremos bien en recordar que cualquier historia bíblica nos enseña mucho más que un hecho histórico. Hay siempre verdades más profundas bajo la superficie, y hasta los relatos más sencillos nos colocan cara a cara con verdades eternas.

LA SANIDAD Y EL ODIO

Juan 5:10-18

> *Aquel día era sábado; así es que los judíos le dijeron al enfermo al que había sanado Jesús:*
>
> *—¡Es sábado, y no se te permite cargar con esa cama!*
>
> *—El Que me puso bueno —les contestó él— fue el Que me dijo: «¡Carga con tu camilla, y echa a andar!»*
>
> *—¿Quién es el Que te dijo: «Cárgate la cama y anda»? —le preguntaron entonces; y el que había sido curado no sabía Quién era el Que le había curado, porque Jesús se le había perdido de vista entre la multitud considerable que había en el lugar.*
>
> *Más tarde, Jesús le encontró en el templo, y le dijo:*
>
> *—¡Ten cuidado! Se te ha devuelto la salud; pero no peques más, no sea que te ocurra algo peor todavía.*
>
> *El hombre se dirigió a los judíos, y les dijo que había sido Jesús el Que le había puesto bueno. Y por eso era por lo que los judíos estaban empeñados en perseguir a Jesús: porque había hecho aquello en sábado. Pero Jesús les replicaba:*
>
> *—Mi Padre sigue Su obra todavía, así es que Yo sigo con la Mía.*
>
> *Por esto los judíos trataban aún más de encontrar la manera de matarle; porque no sólo tenía por costumbre quebrantar el mandamiento de descansar los sábados, sino que también solía decir que Dios era Su propio Padre, lo que equivalía a hacerse a Sí mismo igual a Dios.*

Un pobre hombre había sido sanado de una enfermedad que, humanamente hablando, era incurable. Podríamos suponer que

aquello habría causado una alegría y gratitud general; pero algunos lo miraron como algo malo e impío. El que había sido sanado iba por las calles cargando con su camastro; los guardianes de la ortodoxia judía le pararon y le recordaron que el llevar una carga el día de reposo era quebrantar la Ley.

Ya hemos visto lo que hacían los judíos con la Ley de Dios. Era la Ley una serie de grandes principios generales que se dejaba a cada persona el aplicar y cumplir; pero a través de los años los judíos la habían convertido en miles de reglas y prohibiciones. La Ley decía simplemente que había que considerar el sábado como un día especial, y que en él no tenían que hacer ningún trabajo las personas libres, ni sus esclavos, ni sus animales. Los judíos entonces establecieron que había treinta y nueve clases de trabajos, a los que llamaban «trabajos padres», uno de los cuales era llevar cargas.

Se basaban especialmente en dos pasajes. Jeremías había dicho: «Así ha dicho el Señor: Guardaos por vuestra vida de llevar cargas en sábado, o de meterlas por las puertas de Jerusalén. No saquéis cargas de vuestras casas en sábado ni hagáis ningún trabajo; sino santificad el sábado como mandé a vuestros antepasados» *(Jeremías 17:19-27).* Nehemías también se había disgustado porque se trabajaba y se vendían mercancías los sábados, y había colocado guardas en las puertas de Jerusalén para que vieran que no se metían ni sacaban cargas los sábados *(Nehemías 13:15-19).*

Nehemías 13:15 deja perfectamente claro que lo que estaba en cuestión era trabajar el sábado como si fuera un día ordinario. Pero los rabinos de tiempos de Jesús discutían solemnemente que un sastre quebrantaba el sábado si llevaba ese día una aguja, su herramienta de trabajo, prendida en la solapa. Hasta discutían si era lícito llevar dentadura o piernas postizas u otras prótesis en sábado, o estaba prohibido por ser «cargas». Estaban seguros de que no se debía llevar ninguna clase de adornos superfluos los sábados, por la misma razón. Para ellos todas estas minucias eran cuestiones de vida o muerte, así que no les cabía la menor duda de que el hombre de este pasaje estaba quebrantando la ley rabínica al llevar la cama a cuestas en sábado.

Se defendió diciendo que el Que le había sanado le había dicho que lo hiciera, y él ni siquiera sabía que había sido Jesús. Algo más adelante Jesús se le encontró en el templo; y el hombre se dio toda la prisa que pudo para decirles a las autoridades que la Persona en cuestión había sido Jesús. No quería buscarle líos a Jesús; pero la ley rabínica decía literalmente: «Si uno transporta cualquier cosa de un lugar público a una casa privada intencionadamente en sábado, será muerto a pedradas.» Aquel hombre estaba tratando de explicar que no era culpa suya lo que estaba haciendo.

Así es que las autoridades dirigieron sus acusaciones contra Jesús. Los verbos del versículo 18 están en el *tiempo imperfecto,* que describe acciones repetidas en el pasado, como en castellano. Está claro que esta historia nos presenta un ejemplo de algo que Jesús *hacía habitualmente.*

La defensa de Jesús era alucinante. Dios no dejaba de obrar porque fuera sábado, y Él, Jesús, tampoco. Cualquier judío instruido tendría que reconocer la fuerza del argumento. Filón había dicho: «Dios nunca deja de obrar; porque, como le es propio al fuego producir calor y a la nieve frío, así Le es propio a Dios el obrar.» Y otro autor había dicho: «El Sol brilla; los ríos fluyen; los procesos de nacimiento y muerte suceden los sábados lo mismo que los otros días: así es la obra de Dios.» Es verdad que según el relato de la Creación Dios descansó el séptimo día; pero descansó *de la Creación;* Sus obras de juicio y misericordia y compasión y amor prosiguen.

Jesús dijo: «Aunque sea sábado, el amor y la misericordia y la compasión de Dios actúan; *y Yo también.»* Fue esta última afirmación la que escandalizó a los judíos, porque no podía querer decir nada más que que la obra de Dios y la de Jesús eran la misma cosa. Parecía que Jesús se estaba colocando en igualdad con Dios. Lo que Jesús estaba diciendo en realidad lo vamos a ver en la sección siguiente; pero por el momento debemos tomar nota de que Jesús enseñaba que siempre hay que ayudar a los necesitados; que no hay tarea más importante que aliviar el dolor o la angustia de alguien, y que la compasión cristiana debe ser como la de Dios: incesante. Otras obras se pueden aplazar, pero no la de la compasión.

Hay otra creencia judía que aparece en este pasaje. Cuando Jesús se encontró con el hombre en el templo le dijo que no pecara más, no fuera que le viniera algo todavía peor. Para un judío, el pecado y el sufrimiento estaban tan unidos como la causa y el efecto. Si uno sufría, sería porque había pecado; y no podría curarse a menos que se le perdonara el pecado. Los rabinos decían: «El enfermo no sale de la enfermedad hasta que se le perdonen sus pecados.» Este hombre podía discutir que había pecado, y se le había perdonado y, por así decirlo, había salido bien parado; y podía seguir diciendo que, como había encontrado a Uno que podía librarle de las consecuencias del pecado, podía muy bien seguir pecando. Había en la Iglesia Primitiva algunos herejes que decían que la libertad cristiana era una licencia para la naturaleza pecadora *(Gálatas 5:13).* Había algunos que seguían pecando con la seguridad de que la gracia no se acababa nunca *(Romanos 6:1-18).* Siempre ha habido personas que han abusado del amor y del perdón y de la gracia de Dios como excusa para pecar. Pero no tenemos más que pensar en lo que costó el perdón de Dios mirando a la Cruz del Calvario para saber que debemos odiar siempre el pecado; pues cualquier pecado quebranta el corazón de Dios.

CREDENCIALES INSOSLAYABLES

Juan 5:19-29

Jesús continuó diciéndoles:

—Os digo la pura verdad: El Hijo no puede hacer nada que proceda de Él mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre. El Hijo actúa de la misma manera que actúa el Padre; porque el Padre ama al Hijo y Le enseña todo lo que Él mismo hace. Y aún Le mostrará obras mayores que éstas, de tal manera que os quedaréis alucinados. Porque, como el Padre resucita a los muertos y los hace vivir otra vez, así también el Hijo hace vivir a los que quiere. Tampoco juzga el Padre a nadie, sino que ha dejado todo el proceso del juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo tampoco honra al Padre Que Le envió.

«Os digo la pura verdad: El que escucha Mi palabra y cree en el Que Me ha enviado tiene la vida eterna, y no está abocado al

juicio, sino que ha cruzado de la muerte a la vida.

«Os digo la pura verdad: Está para sonar la hora, y ya ha llegado, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y, cuando la oigan, vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, también Le ha dado al Hijo que tenga vida en Sí mismo; y también Le ha dado autoridad para ejercer el proceso del juicio, porque para eso es el Hijo del Hombre. No os sorprendáis de esto; porque está para sonar la hora cuando todos los que estén en las tumbas oirán Su voz, y saldrán; los que hayan obrado el bien saldrán a una resurrección que les dará la vida, mientras que los que hayan obrado indebidamente saldrán a una resurrección que desembocará en el juicio.

Aquí llegamos al primero de los largos discursos del Cuarto Evangelio. Cuando leamos pasajes así debemos recordar que Juan no se propone tanto darnos las mismísimas palabras que dijo Jesús como lo que Jesús quería decir. Juan estaba escribiendo allá por el año 100 d.C. Había pasado setenta años pensando en Jesús y en las cosas maravillosas que había dicho. Muchas de esas cosas no las había entendido del todo cuando se las oyó decir a Jesús; pero, más de medio siglo de meditar bajo la dirección del Espíritu Santo le había enseñado un sentido cada vez más profundo de las palabras de Jesús. Así es que nos presenta, no sólo lo que Jesús dijo, sino también lo que quería decir.

Este pasaje es tan importante que tenemos que estudiarlo primero en conjunto, y luego por secciones.

En primer lugar, pues, vamos a considerarlo en conjunto. Debemos tratar de pensar, no sólo en cómo nos suena a nosotros, sino también en cómo les sonaría a los judíos que lo oyeron por primera vez. Tenían un trasfondo de ideas y pensamientos, de teología y creencias, de literatura y religión, que está muy lejano del nuestro; y, para entender un pasaje como éste, debemos intentar introducirnos en la mentalidad de los judíos que lo oyeron por primera vez.

Este es un pasaje maravilloso, porque está entretejido con pensamientos y expresiones que son las credenciales de Jesús como el Mesías prometido. Muchas de estas credenciales no las

vemos ahora tan claramente, pero estarían tan claras como el agua para los judíos, y los dejarían estupefactos.

(i) La credencial más clara se encuentra en el título de Jesús como Hijo del Hombre. Sabemos que ese extraño título es muy corriente en los evangelios. Tiene una larga historia. Nació en *Daniel 7:1-14.* La versión Reina-Valera traduce correctamente, no *El Hijo del Hombre,* sino *un* hijo de hombre *(Daniel 7:13).*

El detalle importante del pasaje estriba en el hecho de que *Daniel* se escribió en días de terror y de persecución, y contiene una visión de la gloria que sucedería algún día al sufrimiento que estaba pasando el pueblo de Dios. En *Daniel 7:1-7,* el vidente describe bajo el simbolismo de bestias a los grandes imperios paganos que han ejercido dominio en el mundo. El león con alas de águila (7:4) representa al imperio de Babilonia; el oso con tres costillas en la boca, como si estuviera devorando un cadáver (7:5), al imperio de Media; el leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas (7:6) representa al imperio de Persia; y la bestia grande y terrible de dientes de hierro y diez cuernos (7:7), al imperio de Macedonia. Todos estos poderes terribles pasarán, y la autoridad y el dominio se le darán a uno *semejante a hijo de hombre.* El sentido es que los imperios que han ejercido la soberanía han sido tan salvajes que sólo se los podía describir en términos de bestias feroces; pero va a venir al mundo un poder tan benigno y amable que será humano y no bestial. En *Daniel,* la frase describe la clase de poder que va a gobernar el mundo.

Alguien tendrá que introducir y ejercer ese poder; y los judíos tomaron ese título y se lo aplicaron al Escogido de Dios que algún día traería la nueva era de compasión y amor y paz; y así llegaron a llamar al Mesías esperado *El Hijo del Hombre.* Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento surgió toda una literatura que trataba de la era dorada por venir.

Una obra que ejerció una influencia especial fue el *Libro de Enoc,* en el que aparece una y otra vez una gran figura que se llama *Aquel Hijo del Hombre,* que está esperando en el Cielo hasta que Dios le envíe a la Tierra para introducir Su Reino y asumir el mando. Así que, cuando Jesús se llamaba a Sí mismo *El Hijo del Hombre,* no estaba haciendo otra cosa que llamarse a Sí mismo el Mesías. Aquí

presentaba unas credenciales tan claras que no dejaban lugar a dudas.

(ii) Pero no es que Jesús presente Sus credenciales como el Mesías de Dios sólo en estas palabras, sino que está implícito en frase tras frase. El mismo milagro que había realizado en el paralítico era una señal de que Jesús era el Mesías. La descripción que nos hace Isaías de la nueva edad de Dios incluía que «el cojo saltaría como un ciervo» *(Isaías 35:6).* Y en la visión de Jeremías, cojos y ciegos se reunirían *(Jeremías 31:8s).*

(iii) Tenemos la declaración que hace Jesús en repetidas ocasiones de que Él resucitará a los muertos y será su juez. En el Antiguo Testamento, Dios era el único que podía resucitar a los muertos y que tenía el derecho de juzgarlos: «Yo, soy Yo, y no hay más dioses a Mi lado: Yo hago morir, y Yo hago vivir» *(Deuteronomio 32:39).* «El Señor mata y Él da la vida» *(1 Samuel 2:6).* Cuando el general sirio Naamán acudió a que le curaran de la lepra, el rey de Israel dijo alucinado de desesperación: «¿Soy yo Dios, que mate y dé vida?» *(2 Reyes 5:7).* El poder para hacer morir y vivir pertenecía inalienablemente a Dios; y lo mismo sucedía con el juicio. «El juicio es de Dios» *(Deuteronomio 1:17).*

En el pensamiento de épocas sucesivas, esta función de resucitar y, posteriormente, juzgar a los muertos se le reconoció como una de sus atribuciones al Mesías cuando viniera a inaugurar la nueva era de Dios. *Enoc* dice del Hijo del Hombre: «La totalidad del juicio se le confió» *(Enoc 69:26s).* Jesús, en nuestro pasaje, dice que los que hayan obrado el bien resucitarán para la vida, y los que hayan obrado el mal resucitarán para la muerte. *El apocalipsis de Baruc* establece que cuando llegue la era de Dios: «El aspecto de los que ahora obran maliciosamente se pondrá peor de lo que es ahora, porque habrán de sufrir tormento,» mientras que los que han confiado en la Ley y obrado de acuerdo con ella estarán cubiertos de belleza y esplendor» *(Baruc 51:1-4).* Enoc dice que ese día: «La Tierra se rasgará, y todo lo que viva en ella perecerá, y tendrá lugar el juicio de toda la humanidad» *(Enoc 1:5-7). El testamento de Benjamín* dice: «Toda la humanidad resucitará: algunos serán exaltados, y algunos humillados y avergonzados.»

Para Jesús, el hablar así era un acto de un valor sin igual y extraordinario. Tiene que haber sabido que el presentar esas credenciales les sonaría sin duda a blasfemia a los líderes judíos más ortodoxos, y sería atraerse la muerte. Los que oyeran tales afirmaciones no podrían hacer más que una de dos cosas: aceptar a Jesús como el Hijo de Dios, o rechazarle y odiarle como blasfemo.

Ahora vamos a estudiar este pasaje por secciones.

EL PADRE Y EL HIJO

Juan 5:19-20

> *Jesús continuó diciéndoles:*
>
> *—Os digo la pura verdad: El Hijo no puede hacer nada que proceda de Él mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre. El Hijo actúa de la misma manera que actúa el Padre; porque el Padre ama al Hijo y Le enseña todo lo que Él mismo hace. Y aún Le mostrará obras mayores que éstas, de tal manera que os quedaréis alucinados.*

Así empieza la respuesta de Jesús a la acusación que le habían hecho los judíos de que se hacía igual a Dios. Establece tres cosas acerca de Su relación con Dios.

(i) Establece Su *identidad* con Dios. La verdad sobresaliente acerca de Jesús es que en Él vemos a Dios. Si queremos conocer los sentimientos que Dios tiene para con la humanidad, si queremos saber como reacciona ante el pecado, si queremos ver cómo considera la condición humana, no tenemos más que mirar a Jesús. La mente de Jesús es la Mente de Dios; las palabras de Jesús son las palabras de Dios; las acciones de Jesús son las acciones de Dios.

(ii) Esta identidad no se basa tanto en la igualdad como en la obediencia total. Jesús no hacía nunca lo que a Él le parecía mejor, sino siempre lo que Dios quería que hiciera. Precisamente porque Su voluntad estaba totalmente sometida a la de Dios es por lo que podemos ver a Dios en Él. Jesús es para con el Padre lo que nosotros debemos ser para con Jesús.

(iii) Esta obediencia no consiste en sumisión a un poder, sino en *amor.* La unidad entre Jesús y Dios es la unidad del amor. A veces

conocemos dos mentes que tienen una misma manera de pensar, o dos corazones que laten al unísono. En términos humanos esa es la descripción perfecta de la relación entre Jesús y Dios. Hay una identidad tan completa de mente y voluntad y corazón que el Padre y el Hijo son Uno.

Pero este pasaje tiene todavía más que decirnos sobre Jesús.

(i) Nos habla de Su completa *confianza.* Está completamente seguro de que lo que la humanidad estaba viendo entonces no era más que el principio. En términos puramente humanos, lo único que podía esperar razonablemente Jesús era la muerte. Las fuerzas de la ortodoxia judía se estaban uniendo en contra suya, y el fin era ya seguro. Pero a Jesús no Le cabía la menor duda de que el futuro estaba en las manos de Dios, y que nadie podía impedirle que hiciera lo que Dios Le había enviado a hacer.

(ii) Nos habla de Su completa *intrepidez.* Era seguro que no Le entenderían. Que Sus palabras inflamarían las mentes de Sus oyentes y pondrían en peligro Su vida estaba fuera de toda cuestión. No habría situación humana en la que Jesús estaría dispuesto a reducir Sus pretensiones o a adulterar la verdad. Presentaría Sus credenciales y diría la verdad sin dejarse intimidar por lo que amenazaran con hacerle. Para Él lo único importante era ser fiel para con Dios, y no el evitar los peligros a que Se pudiera exponer.

VIDA, JUICIO Y HONOR

Juan 5:21-23

> *Porque, como el Padre resucita a los muertos y los hace vivir otra vez, así también el Hijo hace vivir a los que quiere. Tampoco juzga el Padre a nadie, sino que ha dejado todo el proceso del juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre Que Le envió.*

Aquí vemos tres grandes funciones que pertenecen a Jesucristo como Hijo de Dios.

(i) Es *el dador de la vida.* Juan lo dice en un doble sentido. Quiere decir *en el tiempo.* Nadie está plenamente vivo hasta que Jesucristo entra en su vida y él entra en Jesucristo. Cuando hacemos el

descubrimiento del reino de la música o de la literatura o del arte o de los viajes, algunas veces decimos que se nos ha abierto un nuevo mundo. Aquella persona en cuya vida ha entrado Jesucristo encuentra que la vida es totalmente nueva. Ha cambiado la persona, sus relaciones personales, su idea del trabajo y del deber y del placer, y su relación con Dios. Y quiere decir *en la eternidad.* Después que haya acabado esta vida, se abre una vida incalculablemente más plena y maravillosa para la persona que ha aceptado a Jesucristo, mientras que para la que Le ha rechazado sólo le espera la separación de Dios que es la muerte eterna. Jesucristo es el dador de la vida tanto en este mundo como en el por venir.

(ii) Es *el que trae el juicio.* Juan dice que Dios ha confiado todo el proceso del juicio a Jesucristo. Lo que quiere decir es que el juicio de una persona depende de su reacción a Jesús. Si encuentra en Él la única Persona digna de ser amada e imitada, está en el camino de la vida; y si ve en Jesús a un enemigo, se ha condenado a sí misma. Jesús es la piedra de toque en la que todos somos probados; nuestra reacción ante Él es la prueba que divide a la humanidad.

(iii) Es *el que recibe el honor.* Lo más alentador del Nuevo Testamento es su esperanza inextinguible y su certeza indestructible. Nos cuenta la historia de un Cristo crucificado; y, sin embargo, nunca alberga la menor duda de que, al fin, el Crucificado atraerá a Sí a toda la humanidad, y que todos Le conocerán y reconocerán y amarán. En medio de persecuciones y desprecios, a pesar de lo reducido de su número y de la escasez de su influencia, ante el fracaso y la deslealtad, el Nuevo Testamento y la Iglesia Primitiva nunca pusieron en duda el triunfo final de Cristo. Cuando sintamos el ataque de la desesperación haremos bien en recordar que la salvación de la humanidad es el plan de Dios, y que nada, a fin de cuentas, podrá hacer fracasar Su voluntad. La mala voluntad humana podrá retrasar, pero no derrotar el propósito de Dios.

ACEPTACIÓN QUIERE DECIR VIDA

Juan 5:24

> *«Os digo la pura verdad: El que escucha Mi palabra y cree en el Que Me ha enviado tiene la vida eterna, y no está abocado al juicio, sino que ha cruzado de la muerte a la vida.*

Jesús dice sencillamente que el aceptarle es la vida, y el rechazarle es la muerte. ¿Qué quiere decir escuchar las palabras de Jesús y creer en el Padre Que Le envió? Para decirlo lo más brevemente posible, quiere decir tres cosas. (i) Quiere decir que Dios es como Jesús nos dice que es: que es amor; y es entrar en una nueva relación con Él en la que el miedo ha sido desterrado. (ii) Quiere decir aceptar la clase de vida que Jesús nos ofrece, aunque sea difícil y conlleve sacrificios, en la seguridad de que aceptarla es entrar en el camino definitivo que conduce a la paz y a la felicidad, y rechazarla es tomar el camino que conduce infaliblemente a la muerte y al juicio. (iii) Quiere decir aceptar la ayuda del Cristo Resucitado y la dirección del Espíritu Santo, y encontrar así la fuerza para todo lo que implica el camino de Cristo.

Cuando lo hacemos, entramos en tres nuevas relaciones. (i) Entramos en una nueva relación con Dios. El Juez llega a ser el Padre; lo distante llega a estar cerca; la enemistad se convierte en confianza, y el temor en amor. (ii) Entramos en una nueva relación con nuestros semejantes. El odio se convierte en amor; el egoísmo deja paso al servicio, y el rencor al perdón. (iii) Entramos en una nueva relación con nosotros mismos. La debilidad pasa a ser fuerza; el fracaso, éxito, y la tensión, paz.

El aceptar el ofrecimiento de Cristo es encontrar la vida. Todos estamos vivos en cierto sentido; pero hay pocos que se puede decir que conocen la vida en el sentido más real de la palabra. Cuando Grenfell estaba escribiendo a una enfermera jefa que había decidido ir a Labrador para ayudar en el trabajo allí, le dijo que no le podría ofrecer mucho dinero, pero sí que si iba descubriría que al servir a Cristo y a la gente de ese país se lo pasaría mejor que en ningún otro sitio. Browning describe el encuentro de dos personas a cuyo corazón había llegado el amor. Ella le miraba a él, y él a ella; «y, de

pronto, despertó la vida.» Un novelista moderno pone en boca de uno de sus personajes: «Nunca había sabido lo que era la vida hasta que la vi en tus ojos.»

La persona que acepta a Cristo ha pasado de muerte a vida. Ya en este mundo la vida se convierte en algo nuevo y emocionante; en el mundo por venir la vida eterna con Dios se convierte en una seguridad.

LA MUERTE Y LA VIDA

Juan 5:25-29

> *«Os digo la pura verdad: Está para sonar la hora, y ya ha llegado, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y, cuando la oigan, vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, también Le ha dado al Hijo que tenga vida en Sí mismo; y también Le ha dado autoridad para ejercer el proceso del juicio, porque para eso es el Hijo del Hombre. No os sorprendáis de esto; porque está para sonar la hora cuando todos los que están en las tumbas oirán Su voz, y saldrán; los que hayan obrado el bien saldrán a una resurrección que les dará la vida, mientras que los que hayan obrado indebidamente saldrán a una resurrección que desembocará en el juicio.»*

Aquí resaltan las credenciales mesiánicas de Jesús con toda claridad. Él es el Hijo del Hombre; el Que trae la vida y el Que da la vida; el que resucitará a los muertos a la vida y, cuando hayan resucitado, será su Juez.

En este pasaje Juan parece usar la palabra *muertos* en dos sentidos.

(i) La usa refiriéndose a los que están muertos espiritualmente; a ellos les trae Jesús una vida nueva. ¿Qué quiere decir?

(*a*) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de intentar.* Es haber llegado a considerar que todas las faltas son inevitables, y todas las virtudes irrealizables. Pero la vida cristiana no puede detenerse; si no va hacia adelante irá hacia atrás, y dejar de intentar es deslizarse hacia la muerte.

(*b*) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de sentir.* Hay muchas personas que, en un tiempo, sentían intensamente el

pecado, la miseria y el sufrimiento del mundo; pero, poco a poco, se volvieron insensibles. Pueden contemplar el mal sin sentir indignación; la miseria y el sufrimiento, sin sentir la espada del dolor y de la piedad que les atraviesa el corazón. Si ha desaparecido la compasión es que el corazón está muerto.

(*c*) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de pensar.* J. Alexander Findlay cita la expresión de un amigo suyo: «Cuando llegas a una conclusión es que estás muerto.» Quería decir que, cuando una persona llega a estar tan cerrada que no puede aceptar ninguna nueva verdad, está mental y espiritualmente muerta. El día que nos abandona el deseo de aprender, el día en que una nueva verdad, nuevos métodos, nuevas ideas se convierten sencillamente en cosas que no nos importan, es que ha llegado el día de nuestra muerte espiritual.

(*d*) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de arrepentirse.* El día cuando uno puede pecar en paz es el día de su muerte espiritual; y es fácil deslizarse hacia esa actitud. La primera vez que hacemos algo indebido, sentimos vergüenza y remordimiento. Si lo hacemos por segunda vez, es más fácil. Si lo hacemos la tercera, más fácil todavía. Y si lo seguimos haciendo, llegamos a un punto en que ni nos damos cuenta. Para evitar la muerte espiritual debemos mantenernos sensibles al pecado manteniéndonos sensibles a la presencia de Jesucristo.

(ii) Juan usa también la palabra *muertos* en sentido literal. Jesús enseña que habrá una resurrección, y que lo que le suceda a cada uno en el más allá estará inseparablemente unido a lo que haya hecho en esta vida. La tremenda importancia de esta vida es que determina nuestro destino eterno. A lo largo de toda nuestra vida nos estamos capacitando o incapacitando para la vida por venir, capacitándonos o incapacitándonos para vivir en la presencia de Dios. Escogemos, o el camino que conduce a la vida, o el camino que conduce a la muerte.

EL ÚNICO JUICIO VERDADERO

Juan 5:30

> *Yo no puedo hacer nada partiendo de Mí mismo. Conforme a lo que oigo, así juzgo. Pero el juicio que Yo ejercito es justo;*

porque no trato de hacer lo que quiero, sino lo que quiere el Que me envió.

En el pasaje anterior, Jesús ha reclamado el derecho de juzgar. No era extraño que la gente se preguntara con qué derecho se ponía a juzgar a los demás. Su respuesta era que Su juicio era verdadero y definitivo, porque Él no tenía ningún deseo de hacer nada aparte de la voluntad de Dios. Su derecho se basaba en que Su juicio era el juicio de Dios.

Le es muy difícil a cualquier persona el juzgar a otra con justicia. Si nos examinamos honradamente a nosotros mismos descubriremos muchos motivos que afectarían nuestro juicio. Podría hacerlo injusto *nuestro orgullo ofendido;* podría ser ciego por nuestros *prejuicios;* o amargado, por *los celos;* podría hacerlo arrogante *el desprecio;* o inflexible, *la intolerancia;* o podría hacerlo condenatorio *la santurronería;* podría afectarlo nuestro *sentimiento de superioridad;* o envilecido por *la envidia;* o viciado por la falta de sensibilidad o por *ignorancia deliberada.* Sólo una persona cuyo corazón y cuyos motivos fueran absolutamente limpios podría juzgar a otra persona con justicia... Y no existe tal persona aparte de Jesús.

Pero, por otra parte, el juicio de Dios es perfecto.

Sólo Dios es *santo,* y por tanto Él es el único que conoce los motivos por los que deben ser juzgadas todas las personas. Sólo Dios *ama* de una manera perfecta, y pronuncia Su juicio con la caridad que deben hacerse todos los juicios. Sólo Dios tiene *conocimiento* perfecto y, por tanto, Su juicio es perfecto porque tiene en cuenta *todas* las circunstancias. El derecho de Jesús a juzgar está basado en el hecho de que en Él está la perfecta Mente de Dios. Él no juzga con la inevitable mezcla de motivos humanos, sino con la perfecta santidad, el perfecto amor y la perfecta misericordia de Dios.

TESTIGOS DE CRISTO

Juan 5:31-36

Si Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio no tiene por qué ser aceptado como verdadero; pero es Otro el que da

testimonio de Mí, y Yo sé que el testimonio que Él da acerca de Mí es verdadero. Vosotros le mandasteis emisarios a Juan, y él dio testimonio de la verdad; pero el testimonio que Yo recibo no procede de ningún ser humano; solamente lo digo para que seáis salvos. Él, Juan, era una antorcha que ardía e iluminaba. Por un tiempo tuvisteis a bien complaceros en su luz. Pero Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan: las obras que el Padre Me concedió para que las cumpliera, las mismas obras que Yo hago, son la evidencia definitiva de que ha sido el Padre el Que Me ha enviado.

De nuevo vemos a Jesús contestando las acusaciones de Sus oponentes, que Le habían demandado: «¿Qué evidencia puedes aducir en prueba de que Tus pretensiones son ciertas?» Jesús les contesta de una forma que los rabinos no podrían por menos de entender, porque usa sus propios métodos.

(i) Empieza por admitir el principio universal de que la evidencia exclusiva de una persona acerca de sí misma no se puede aceptar como prueba. Tiene que haber por lo menos dos testigos. «Por dicho de dos testigos, o de tres testigos, morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo» *(Deuteronomio 17:6).* «No valdrá un testigo contra ninguno en cualquier delito, o en cualquier pecado que se cometiere; en el dicho de dos testigos, o en el dicho de tres testigos consistirá el negocio» *(Deuteronomio 19:15).* Cuando Pablo amenaza a los corintios con ir allí a reprender y a disciplinar a los culpables, les dice que todas las acusaciones se confirmarán por dos o tres testigos *(2 Corintios 13:1).* Jesús dice que, cuando un cristiano tiene alguna queja legítima contra otro hermano, debe llevar consigo a otros para confirmar su acusación *(Mateo 18:16).* En la Iglesia Primitiva la regla era que no se admitían acusaciones contra un anciano a menos que fueran respaldadas por dos o tres testigos *(1 Timoteo 5:19).* Jesús empezó por admitir plenamente la norma legal de los judíos acerca de la evidencia.

Además, se mantenía universalmente que no se podía aceptar la evidencia de una persona acerca de sí misma. *La Misná* decía: «Nadie es digno de crédito cuando habla de sí mismo.» El gran orador griego Demóstenes estableció como principio de justicia que «Las leyes no permiten que una persona dé evidencia en su propio

favor.» La ley antigua sabía muy bien que el interés propio producía un efecto en lo que dijera una persona acerca de sí misma. Así que Jesús está de acuerdo en que Su testimonio exclusivo acerca de Sí mismo no tiene por qué aceptarse como válido.

(ii) Pero tiene otros testigos. Dice que su testigo es «Otro», queriendo decir Dios. Volverá a ese punto; pero antes cita a Juan el Bautista, que había dado testimonio de Jesús en repetidas ocasiones *(Juan 1:19, 20, 26, 29, 35 y 36).* Entonces Jesús hace el elogio de Juan, y desautoriza a las autoridades judías.

Dice que Juan era una lámpara que ardía e iluminaba. Eso era un elogio perfecto que le hacía. (*a*) Una lámpara da una luz prestada, que no le es propia: se enciende. (*b*) Juan tenía un ardor, porque su mensaje no era el mensaje frío del intelecto, sino el mensaje ardiente de un corazón inflamado. (*c*) Juan tenía luz. La función de la luz es guiar, y Juan guiaba a la gente al arrepentimiento y hacia Dios. (*d*) Según la naturaleza de las cosas, una lámpara se agota; al dar luz se consume a sí misma. Juan iba disminuyendo mientras Jesús iba aumentando. El verdadero testigo se consume por Dios.

Al hacer el elogio de Juan, Jesús acusa a los judíos. Estuvieron dispuestos a complacerse con Juan por cierto tiempo, pero nunca le tomaron realmente en serio. Eran, como ha dicho alguien, «como mosquitos bailando en la luz,» o como chiquillos jugando al sol. Juan les producía una sensación agradable, y estaban dispuestos a escucharle mientras dijera lo que ellos esperaban, para abandonarle después tan pronto como dijera algo que no les convenía. Mucha gente escucha así la verdad de Dios; disfrutan de un sermón como de una representación. Un famoso predicador cuenta que una vez, después de predicar un serio sermón acerca del juicio, le saludaban diciéndole: «¡Qué majo ha sido hoy su sermón!» La verdad de Dios no es una cosa meramente divertida, sino algo que se ha de recibir en saco y ceniza de humildad y arrepentimiento.

Pero Jesús no apeló a la evidencia de Juan. Dijo que no era la evidencia de hombres falibles la que iba a aportar en defensa de Sus credenciales.

(iii) Entonces aporta el testimonio de Sus obras. Eso había hecho también cuando el mismo Juan Le mandó a algunos de sus discípulos a preguntarle si era Él el Mesías. Entonces les dijo a los

emisarios de Juan que volvieran a decirle lo que habían oído y visto *(Mateo 11:4, y Lucas 7:22).* Pero Jesús cita ahora Sus obras, no para atraer la atención de nadie hacia Sí mismo, sino para señalar al poder de Dios que obraba en Él y por medio de Él. Dios era Su supremo Testigo.

EL TESTIMONIO DE DIOS

Juan 5:37-43

> *Y el Padre, Que es Quien Me envió, ha dado testimonio de Mí. Vosotros no habéis oído nunca Su voz, ni habéis visto Su aspecto. No tenéis Su Palabra morando en vuestro corazón porque no creéis en el Que Él ha enviado. Escudriñáis las Escrituras porque creéis que es en ellas donde está la vida eterna. Son ellas las que dan testimonio de Mí; pero vosotros os negáis a venir a Mí para tener la vida. Yo no recibo ninguna gloria humana; pero os conozco, y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios. Yo he venido en nombre de Mi Padre, y sin embargo no Me recibís. Al que viene en su propio nombre, a ése sí le recibís.*

La primera parte de esta sección puede tomarse de dos formas.

(i) Puede que se refiera al testimonio invisible de Dios en el corazón humano. En su primera carta escribe Juan: «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio (de Dios) en sí mismo» *(1 Juan 5:9-10).* Los judíos habrían insistido en que ninguna persona puede ver a Dios. Aun en la promulgación de los Diez Mandamientos, «oísteis la voz de Sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis» *(Deuteronomio 4:12).* Así es que aquí puede querer decir: «Es verdad que Dios es invisible; y también lo es Su testimonio, porque es la respuesta que surge en el corazón humano cuando la persona se ve confrontada conmigo.» Cuando nos vemos confrontados por Cristo, vemos en Él al Que es supremamente amable y supremamente sabio; esa convicción es el testimonio de Dios en nuestro corazón. Los estoicos mantenían que la forma suprema de conocimiento no viene por el pensamiento, sino por lo que ellos llamaban «impresiones irresistibles;» una convicción que se apodera de la persona como si alguien le hubiera puesto la mano

en el hombro para arrestarla. Puede que aquí Jesús quisiera decir que la convicción de Su soberanía en nuestro corazón es el testimonio interior de Dios.

(ii) Puede ser que lo que Juan quería decir es que el testimonio que Dios da de Jesucristo se encuentra en las Escrituras. Para los judíos, las Escrituras eran el sumo bien. «El que ha adquirido las palabras de la Ley, ha adquirido la vida eterna.» «Al que tiene la Ley, le rodea un cinto de gracia en este mundo y en el mundo venidero.» «El que diga que Moisés escribió por su propia cuenta aunque sólo fuera un versículo de la Ley, es un despreciador de Dios.» «Este es el libro de los mandamientos de Dios y de la Ley, que dura para siempre. Todos los que se adhieren a él están destinados para la vida eterna; pero los que lo abandonan, morirán» *(1 Baruc 4:1-2).* «Si la comida, que te da la vida sólo para una hora, requiere una acción de gracias antes y después de tomarla, ¡cuánto más merece una acción de gracias la Ley, de la que depende el mundo por venir!» Los judíos escudriñaban la Ley y, sin embargo, no reconocieron a Cristo cuando vino. ¿Qué les pasó? ¿Cómo fue posible que los mejores estudiantes de la Biblia del mundo, que leían las Escrituras continua y meticulosamente, rechazaran a Jesús? ¿Cómo pudo suceder eso?

Está claro que no leían las Escrituras como es debido.

(*a*) Las leían con la mente cerrada. No para buscar a Dios, sino para encontrar argumentos que apoyaran sus puntos de vista. No amaban a Dios de veras; amaban sus propias ideas acerca de Dios. Era tan probable que el agua penetrara en una roca, como que la Palabra de Dios penetrara en sus mentes. No aprendían teología humildemente en la Sagrada Escritura, sino que usaban la Escritura para defender una teología que habían compuesto ellos mismos. Todavía existe el peligro de someter la Biblia a nuestras creencias en lugar de viceversa.

(*b*) Cometían una equivocación todavía más grave: creían que Dios les había dado una revelación escrita. La revelación de Dios está en la Historia. No se trata de que Dios haya hablado, y nada más; Dios actúa. La Biblia misma no es Su revelación, sino *el relato* de Su revelación. Pero ellos adoraban las palabras de la Biblia.

No hay más que una manera adecuada de leer la Biblia: como testimonio de Jesucristo. Entonces, muchas de las cosas que nos dejan perplejos, o que nos inquietan a veces, se ven claramente como etapas del camino, señalando anticipadamente a Jesucristo, *Que es* la suprema revelación, y a Cuya luz hay que poner a prueba toda otra revelación. Los judíos adoraban a un Dios que escribía, más que a un Dios que actuaba; y, por tanto, cuando vino Cristo, no Le reconocieron. La misión de la Escritura no es dar la vida, sino señalar al Que la da.

Aquí hay dos cosas supremamente reveladoras.

(i) En el versículo 34, Jesús había dicho que el propósito de Sus palabras era que ellos se salvaran. Aquí dice: «No busco la gloria que me puedan dar los hombres.» Es decir: «No estoy discutiendo porque quiero que se me dé la razón. No estoy hablando así porque quiero apabullaros y ganar vuestro aplauso, sino porque os amo y quiero salvaros.»

Aquí hay algo tremendo. Cuando se arma una controversia, ¿cuál es nuestra actitud fundamental? ¿Nos damos por ofendidos? ¿Nos picamos? ¿Nos sentimos heridos en la negra honrilla? ¿Queremos hacerles tragar a los demás nuestras opiniones porque los tenemos por tontos? Jesús hablaba como hablaba solamente porque amaba a las personas. Su tono podía ser serio; pero en esa seriedad dominaba el acento del amor anhelante; Le centelleaban los ojos, pero la llama era la del amor.

(ii) Jesús dice: «Al que viene en su propio nombre, a ése sí le recibís.» Había habido una sucesión de impostores que pretendían ser el Mesías, y todos habían tenido seguidores *(cp. Marcos 13:6, 22; Mateo 24:5, 24).* ¿Por qué sigue la gente a los impostores? Porque son «personas cuyos programas están de acuerdo con los deseos de los demás.» Los mesías impostores venían prometiendo imperios y victoria y prosperidad material; Jesús vino prometiendo una Cruz. La característica del impostor es que ofrece el camino fácil; Jesús ofrece a la humanidad un camino duro para ir a Dios. Los impostores perecieron; pero Cristo vive.

LA CONDENACIÓN DEFINITIVA

Juan 5:44-47

¿Cómo vais a creer, si no buscáis más que la gloria que os viene de los demás en lugar de buscar la gloria que viene del único Dios? No creáis que voy a ser Yo el que os acuse ante el Padre. Ya tenéis un acusador; y me refiero a Moisés, en quien tanto confiáis. Si hubierais creído a Moisés, habríais creído en Mí, porque él escribió acerca de Mí. Pero, si no creéis lo que él os escribió, ¿cómo vais a creer lo que Yo os digo?

Los escribas y fariseos anhelaban las alabanzas de la gente. Se vestían de forma que todos los pudieran reconocer. Rezaban de manera que los pudieran oír. Les encantaban los primeros asientos de la sinagoga. Procuraban que los saludaran respetuosamente en las calles. Y precisamente por todo eso no podían escuchar la voz de Dios. ¿Por qué? Mientras uno no se compare nada más que con los demás, encontrará motivos para darse por satisfecho. Pero lo importante no es: «¿Soy mejor que mis vecinos?», sino: «¿Soy tan bueno como el Señor?» «¿Qué opinión tiene de mí el Señor?» Mientras nos comparemos con nuestros semejantes, siempre podremos encontrar algunos a los que consideremos inferiores; y eso hace imposible la fe, que nace de un sentimiento de necesidad, como explicó tan claramente Jesús en la parábola del Fariseo y el Publicano *(Lucas 18:9-14).* Pero cuando nos comparamos con Jesucristo nos vemos reducidos a nuestra estatura real, y entonces nace la fe, porque no podemos hacer otra cosa que confiar en la misericordia de Dios.

Jesús acaba con una acusación que no podría por menos de impactar. Los judíos creían que los libros que creían que les había dejado Moisés eran la mismísima Palabra de Dios. Jesús les dijo: «Si hubierais leído esos libros como es debido, os habríais dado cuenta de que todos Me señalan a Mí.» Y prosiguió: «Vosotros creéis que, porque tenéis a Moisés como mediador, estáis a salvo; pero Moisés es el que os condenará. Podría ser que no tuvierais por qué creerme a Mí; pero estáis obligados a creer lo que os dijo Moisés, al que vosotros consideráis insuperable. Pues bien: él escribió acerca de Mí.»

Aquí tenemos una verdad grande y aterradora. Lo que había sido el mayor privilegio de los judíos se convirtió en su mayor condenación. No se puede condenar a una persona que no haya

tenido oportunidad; pero a los judíos se les había concedido un conocimiento superior, que ellos habían descuidado, y que se había convertido en su condenación. La responsabilidad es siempre la otra cara del privilegio.

LOS PANES Y LOS PECES

Juan 6:1-13

Después de estas cosas, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea, es decir, el mar de Tiberíades. Le seguía un gentío impresionante, porque veían las señales que realizaba en los que estaban enfermos.

Jesús se subió a la colina, y se sentó allí con Sus discípulos. Era cerca de la fiesta judía de la Pascua.

Cuando Jesús levantó la mirada y vio todo aquel gentío que venía hacia Él, le dijo a Felipe:

—¿Dónde vamos a comprar comida para todos estos?

Eso lo decía para ver por dónde salía Felipe; porque Jesús sabía muy bien lo que iba a hacer. Felipe Le contestó:

—Doscientos denarios de pan no serían suficientes para que cada uno tomara un poquito.

Otro discípulo, Andrés, el hermano de Simón Pedro, Le dijo:

—Aquí hay un chaval que tiene cinco panecillos de cebada y dos pescaditos; pero, ¿qué es eso entre tantos?

—Decidle a la gente que se recueste —les dijo Jesús.

Había mucha hierba en aquel lugar; así es que la gente se recostó, como unas cinco mil personas.

Jesús tomó en Sus manos los panecillos y dio gracias a Dios; luego los partió en trozos para repartirlos entre los que estaban recostados. Luego hizo lo mismo con los pescados, todo lo que quisieron.

Cuando todos estaban satisfechos, Jesús les dijo a Sus discípulos:

—Recoged los pedazos que hayan quedado, para que no se desperdicie nada.

Los discípulos lo hicieron, y llenaron doce cestas con lo que les había sobrado a los que habían comido.

Había veces que Jesús quería retirarse de la gente. Estaba sometido a un estrés continuo, y necesitaba descansar. Además, necesitaba estar a solas con Sus discípulos para irlos guiando a una comprensión más profunda de Sí mismo. Y también necesitaba

tiempo para la oración. En esta ocasión particular era prudente retirarse para no tener una colisión frontal con las autoridades, porque todavía no había llegado la hora del conflicto final.

De Cafarnaún al otro lado del mar de Galilea había una distancia de unos siete kilómetros, que recorrieron en la barca. La gente había estado observando con admiración las obras de Jesús. Era fácil adivinar la dirección que llevaba la barca, así es que se dieron prisa para dar la vuelta a la parte superior del mar por tierra. El río Jordán entra por el extremo Norte del mar de Galilea. Dos millas río arriba estaba los vados del Jordán. Cerca de los vados había un pueblo que se llamaba Betsaida Julias, para distinguirla de la otra Betsaida de Galilea; y era hacia ese lugar hacia el que se dirigía Jesús *(Lucas 9:10).* Cerca de Betsaida Julias, casi a la orilla del lago, había una llanurita en la que solía haber buena hierba. Iba a ser el escenario de un acontecimiento extraordinario.

En un principio Jesús había subido a la colina que hay detrás de la llanura y se había sentado allí con Sus discípulos. Luego, el gentío empezó a presentarse en tropel. Habían recorrido a toda prisa 15 km rodeando el lago y vadeando el río. Se nos dice que era cerca de la fiesta de la Pascua, lo que haría que hubiera aún más gente en las carreteras. Posiblemente muchos iban de camino por allí a Jerusalén. Muchos peregrinos galileos viajaban por el Norte, cruzaban el vado, pasaban a Perea y luego volvían a cruzar el Jordán por Jericó. El camino era más largo, pero les permitía evitar el paso por la odiada y peligrosa Samaria. Es probable que los grupos de peregrinos que iban a Jerusalén para la fiesta de la Pascua engrosaran el gentío.

A Jesús se le avivó la compasión a la vista de la multitud. Llegaban hambrientos y agotados. Era natural acudir en primer lugar a Felipe, que era de Betsaida *(Juan 1:44)* y conocería bien los recursos de la región. Jesús le preguntó dónde se podían obtener alimentos. La respuesta de Felipe era descorazonadora. Dijo que, aun en el caso de que se pudiera conseguir, costaría más de 200 *denarii* dar a cada uno de los presentes aunque no fuera más que un bocado. Recordemos que un *denarius* serían unas diez pesetas; pero era el salario diario de un obrero, así que tendríamos que calcular a lo que equivaldría hoy en día en cada país. En España

sería algo así como medio millón de pesetas. El sueldo de siete meses. Comprendemos la perplejidad de Felipe.

Pero entonces aparece Andrés en la escena. Había descubierto a un chaval que llevaba cinco panecillos de cebada y dos pescaditos. Probablemente aquello era su merendilla. A lo mejor había salido a pasar el día en el campo, y se había unido al gentío. Andrés, como tenía por costumbre, le trajo a Cristo.

El chico no llevaba gran cosa. El pan de cebada era el más barato, y se tenía en poco. En la Misná se estipula la ofrenda que debe ofrecer una mujer que haya sido sorprendida en adulterio. Debe, desde luego, hacer la ofrenda de la expiación. Con todas las ofrendas se incluía comida, que consistía en harina, vino y aceite mezclados. Por lo general se usaba harina de trigo; pero se establecía que, en el caso de la ofrenda por adulterio, la harina podía ser de cebada, que es comida de animales, porque el pecado de la mujer había sido propio de los tales. El pan de cebada era el de los más pobres.

Los pescaditos no serían más grandes que sardinas. El pescado en escabeche que se preparaba en Galilea en aquel tiempo se conocía en todo el imperio romano. Entonces el pescado fresco era un lujo inasequible para la mayoría, porque no había medios para transportarlo y conservarlo en buenas condiciones. Pececillos parecidos a las sardinas que abundaban en el mar de Galilea eran los que se conservaban en escabeche, y esos serían los que llevara el muchacho para hacer más apetitoso el pan de cebada.

Jesús les dijo a Sus discípulos que hicieran que la gente se sentara. Tomó en Sus manos los panecillos y los pescaditos y dio gracias a Dios por ellos. Al hacerlo estaba actuando como el padre de aquella familia. La acción de gracias sería la que se decía entonces en las casas: «Bendito seas, oh Señor nuestro Dios, Que haces que el pan salga de la tierra.» La gente comió hasta quedar satisfecha. Hasta la palabra que se usa para satisfecha, *llena (jortázesthai),* es muy sugestiva. Antiguamente, en griego clásico, era una palabra que se usaba de cebar los animales. Cuando se usaba de las personas quería decir «darse un hartazgo» o «una jartá».

Cuando la gente se quedó satisfecha, Jesús mandó a Sus discípulos que recogieran los restos. ¿Por qué? En las fiestas judías se tenía la costumbre de dejar algo para los servidores. Lo que se dejaba se llamaba *la pea;* y no hay duda que eso es lo que harían muchos en esta ocasión.

Se recogieron doce cestas llenas de pedazos sobrantes. Sin duda cada uno de los apóstoles tendría su cesta *(kófinos,* como en español *cofín).* Solía tener una forma como de botella, y ningún judío viajaba sin ella. Dos veces menciona Juvenal (3:14; 6:542) «al judío con su cestita y su manojo de heno.» (El heno era para usarlo de cama, porque parece que había muchos judíos errantes).

El judío con su cestita inseparable era un tipo notorio. La llevaba, en parte, porque guardaba lo que encontrara de interés; y también para llevar su propia comida si quería cumplir todas las reglas alimentarias judías.

Con los restos de aquella comida, cada discípulo llenó su cestita. Así se alimentó la hambrienta multitud, y más.

EL SENTIDO DE UN MILAGRO

Juan 6:1-13 *(conclusión)*

Tal vez nunca sepamos exactamente lo que sucedió en aquella llanurita herbosa cerca de Betsaida Julias. Vamos a considerarlo de tres maneras.

(*a*) Podemos considerarlo sencillamente como un milagro en el que Jesús multiplicó panes y pescados. Algunos lo encontrarán difícil de imaginar; y algunos lo encontrarán difícil de conciliar con el hecho de que eso es lo que Jesús se negara a hacer en Sus tentaciones *(Mateo 4:3s).* Si podemos creer en el sencillo carácter milagroso de este milagro, no tenemos por qué cambiar de opinión. Pero si estamos perplejos, consideremos otras dos explicaciones.

(*b*) Puede que se tratara en realidad de una comida sacramental. En el resto el capítulo, el lenguaje de Jesús es el que usó en la Última Cena acerca de comer Su carne y beber Su sangre. Podría ser que en esta comida no les dio más que un bocadito, como el sacramento, que cada persona recibía; y la emoción y la maravilla de la presencia de Jesús y la realidad de Dios convirtió aquella miguita sacramental en algo que realmente alimentó sus corazones

y almas, como sigue sucediendo en la Mesa de Comunión hasta nuestros días.

(*c*) Puede que haya otra explicación muy entrañable. Cuesta creer que aquella multitud se había puesto en camino para una expedición de quince kilómetros sin hacer los más mínimos preparativos. Si había peregrinos entre ellos, es de suponer que llevarían provisiones para el camino. Pero puede ser que ninguno sacara lo que llevaba porque, por un egoísmo muy humano, se lo quería guardar para él mismo. Puede ser que Jesús, con aquella cautivadora sonrisa Suya, sacara las escasas reservas que tenían Él y Sus discípulos; con una fe radiante diera gracias a Dios, y empezara a compartirlo; y que, movidos por Su ejemplo, todos los que tuvieran algo hicieran lo mismo, y al final hubiera suficiente, y más que suficiente, para todos.

Puede que este sea un milagro en el que la presencia de Jesús convirtiera una multitud de hombres y mujeres egoístas en una comunidad de personas dispuestas a compartir. Puede que esta historia represente el milagro más grande de todos: no el de un cambio que se realizó en unos panes y unos peces, sino en unos hombres y unas mujeres. ¿No es éste el milagro que tiene que asumirse en la humanidad, y que estamos seguros de que se repetiría si, siguiendo el ejemplo de Cristo, aprendiéramos todos a compartir?

Fuera como fuera, allí había ciertas personas sin las cuales el milagro no habría sido posible.

(i) Estaba Andrés. Hay un contraste entre Andrés y Felipe. Felipe fue el que dijo: «Estamos en una situación desesperada. No se puede hacer nada.» y Andrés fue el que dijo: «¡A ver lo que puedo hacer yo! Seguro que Jesús hará todo lo demás.»

Fue Andrés el que trajo a aquel muchacho a Jesús, lo que fue el primer paso para que se realizara el milagro. No podemos saber nunca lo que puede suceder cuando Le traemos a alguien a Jesús. Si un padre entrena a su hijo en el conocimiento y el amor y el temor de Dios, no hay nadie que pueda decir lo que Dios puede llegar a hacer algún día con ese niño. Si un maestro de escuela dominical Le lleva un niño a Jesús, nadie puede saber lo que algún día Jesús hará con él.

Se cuenta que un anciano maestro de escuela alemán, cuando entraba en el aula por la mañana, se quitaba el sombrero para saludarlos respetuosamente. Una vez alguien le preguntó por qué lo hacía, y él contestó: «Uno no sabe lo que uno de estos chicos puede llegar a ser el día de mañana.» Y tenía razón: uno de aquellos niños era Martín Lutero.

Andrés no sabía lo que pasaría con aquel chico y su merendilla cuando le trajo a Jesús aquel día, pero estaba aportando una pieza clave para que sucediera un milagro. No podemos calcular las posibilidades cuando Le traemos a alguien a Jesús.

(ii) Estaba el muchacho. No podía ofrecer mucho; pero con aquello tuvo Jesús el material necesario para obrar un milagro. Habría habido un acontecimiento maravilloso menos en la humanidad si aquel chico se hubiera guardado sus panes y sus peces para sí, y nadie se lo habría podido reprochar.

Jesús necesita lo que Le podamos ofrecer. Puede que no sea mucho, pero Él lo necesita. Puede que el mundo se vea privado de milagro tras milagro y triunfo tras triunfo porque no Le traemos a Jesús lo que tenemos y lo que somos. Si nos colocáramos en el altar de Su servicio, no se puede decir lo que Él haría con nosotros y por medio de nosotros. Puede que sintamos no tener más y nos dé vergüenza traer tan poco; pero eso no es razón para dejar de aportar lo que tenemos y somos. *Poco* es a menudo *mucho* en las manos de Cristo.

LA REACCIÓN DEL GENTÍO

Juan 6:14-15

> *Cuando toda aquella gente se dio cuenta de lo que había hecho Jesús, dijeron:*
>
> *—¡No cabe duda que Éste es el Profeta Que tenía que venir al mundo!*
>
> *Pero Jesús, consciente de que iban a venir a apoderarse de Él para hacerle rey, se retiró a la montaña a solas.*

Aquí tenemos la reacción de la multitud. Los judíos esperaban al Profeta que creían que les había prometido Moisés. «Profeta de en medio de ti, de entre tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor

tu Dios. A él atenderéis» *(Deuteronomio 18:15).* En aquel momento, en Betsaida Julias, estaban dispuestos a reconocer a Jesús como el esperado Profeta, y hacerle rey por aclamación popular. Pero aquello sucedía no mucho antes de que otro gentío gritara: «¡Crucifícale, crucifícale!» ¿Por qué Le aclamaron entonces en la primera de estas dos ocasiones?

Una de las razones fue que estaban ansiosos por respaldar a Jesús porque les había dado lo que ellos querían. Los había curado y los había alimentado; en consecuencia, estaban dispuestos a reconocerle como su jefe. Hay tal cosa como una lealtad interesada. Hay tal cosa como amor de despensa. El doctor Johnson, en uno de sus momentos más cínicos, definió el agradecimiento como «un sentimiento vivo de favores que se espera que continúen.»

La actitud del gentío nos desagrada. Pero, ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando queremos consuelo en la aflicción, fuerza en la dificultad, paz en el revuelo, ayuda en la depresión, esperanza ante la muerte, no hay nadie tan maravilloso como Jesús, y Le hablamos y vamos a Él y Le abrimos nuestro corazón; pero, cuando nos viene con alguna seria demanda de sacrificio, con algún desafío al esfuerzo, con el ofrecimiento de alguna cruz, no queremos saber nada de Él. Si nos examinamos el corazón, puede que descubramos que nosotros también queremos a Jesús por lo que Le podamos sacar.

Además, la gente quería usar a Jesús para sus propios fines y moldearle de acuerdo con sus propios sueños. Estaban esperando al Mesías; pero se Le figuraban a su manera. Buscaban a un mesías que fuera un rey conquistador, que le pisara el cuello al águila romana y expulsara sus legiones de su tierra. Habían visto lo que Jesús podía hacer; y lo que se les pasaba por la mente era: «Este Hombre tiene poder, un poder maravilloso. Si Le podemos uncir a Él con todo Su poder a nuestros sueños, empezarán a suceder cosas.» Si hubieran sido honrados, habrían reconocido que lo que querían era usarle para sus propios fines.

Veamos, otra vez: ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando invocamos a Cristo, ¿es para que nos dé fuerzas para proseguir con nuestros proyectos e ideas, o para aceptar Sus planes y deseos humilde y obedientemente? ¿Es nuestra oración: «Señor, dame

fuerzas para hacer lo que Tú quieres que haga;» o: «Señor, dame fuerzas para hacer lo que yo quiero hacer»?

Aquella multitud de judíos habría seguido a Jesús al momento porque les daba lo que ellos querían, y deseaban usarle para sus propios fines. Esa actitud todavía prevalece. Querríamos los dones de Cristo sin Su Cruz; querríamos usarle en vez de dejarle que nos usara Él.

DEFENSA EN TRANCE AGUDO

Juan 6:16-21

> *Al anochecer, los discípulos se fueron a la orilla, se embarcaron y se pusieron a cruzar el mar hacia Cafarnaún. Para entonces ya se había hecho de noche, y Jesús no había vuelto todavía con ellos. Y empezó a rugir una tempestad tremenda que encrespaba el mar.*
>
> *Cuando llevaban bogando entre tres y cuatro millas, vieron a Jesús Que se acercaba a la barca andando sobre el mar; y les dio mucho miedo. Pero Jesús les dijo:*
>
> *—¡No tengáis miedo, que soy Yo!*
>
> *Ellos querían tenerle a bordo en la barca; e inmediatamente la barca llegó a su destino.*

Esta es una de las historias más maravillosas del Cuarto Evangelio; y resulta tanto más maravillosa cuanto más investigamos el sentido del original y hallamos que no es un milagro extraordinario lo que se nos describe, sino un sencillo incidente en el que Juan descubrió, de una manera que ya no olvidaría nunca, cómo es Jesús.

Vamos a reconstruir la historia. Después de dar de comer a los cinco mil que luego quisieron hacerle rey, Jesús se retiró a solas al monte. El día se extinguió. Llegó la hora que los judíos describían como «la segunda tarde», el tiempo entre el crepúsculo y la noche. Jesús todavía no había vuelto. No debemos pensar que los discípulos eran tan olvidadizos o descorteses como para dejarse atrás a Jesús; porque, según nos cuenta la historia Marcos, Jesús les había dicho que se Le adelantaran *(Marcos 6:45),* mientras Él trataba de convencer a la gente para que se fuera a casa. Sin duda

tenía intención de rodear a pie la cabecera del lago mientras ellos la cruzaban a remo, y reunirse con ellos en Cafarnaún.

Los discípulos se embarcaron. Como sucede a veces en aquel lago rodeado de montañas, se levantó un fuerte viento que batía las aguas y las convertía en espuma amenazadora. Era cerca de la Pascua, es decir, cerca de la primera luna llena de primavera *(Juan 6:4).* En la colina, Jesús había estado orando en comunión con Dios; cuando se puso en camino, la luna iluminaba la escena como si fuera de día; y allá abajo podía ver la barca y a los remeros, bogando a más no poder. Entonces Jesús bajó de la colina.

Debemos recordar dos hechos. Por la parte Norte el lago no tenía más que cuatro millas de ancho, y Juan nos dice que los discípulos habían remado entre tres y cuatro millas; es decir, que estaban ya cerca de su destino. Es natural suponer que en la tormenta procurarían llegar a la orilla lo más pronto posible para buscar cualquier refugio que pudieran encontrar. Este es el primer hecho, y ahora pasamos al segundo. Vieron a Jesús, dice la versión Reina-Valera, *que andaba sobre el mar.* En griego dice *epi tês thalassês,* la misma frase que se usa en *Juan 21:1,* donde se traduce, y nunca se ha tenido la menor duda, por *junto al mar de Tiberíades,* es decir, a la orilla. Eso es lo que quiere decir la frase también en este pasaje.

Jesús iba andando *epi tês thalassês,* por la orilla. Los agotados discípulos levantaron la vista y, de pronto, Le vieron. Era tan inesperado, y llevaban tanto tiempo remando desesperadamente, que se alarmaron como si estuvieran viendo un fantasma. Pero sobre las aguas turbulentas les llegó aquella voz bien amada: «¡No tengáis miedo, que soy Yo!» Ellos querían que viniera a bordo. En griego el sentido más natural es que su deseo no se cumplió. ¿Por qué? Recordad que el ancho del lago por ahí es de cuatro millas, y ya casi habían remado esa distancia. La razón sencilla es que, antes de que Jesús subiera a la barca, ésta encalló en la orilla, y se encontraron en tierra.

Aquí tenemos precisamente la clase de historia que un pescador como Juan atesoraría con cariño en su memoria. Siempre que la recordara la reviviría: el gris plateado de la luz de la Luna, la aspereza de los remos en las manos cansadas, el rugido de la tempestad, las sacudidas de la vela, el sordo murmullo del agua, la

sorprendentemente inesperada aparición de Jesús en la orilla, el sonido de Sus palabras a través de las olas enfurecidas y el golpe de la barca al tocar tierra.

Al recordarlo, Juan descubrió maravillas que quiso compartir con nosotros.

(i) Vio que Jesús *vigila.* En lo alto de la colina había estado vigilándolos. No estaba demasiado ocupado con Dios para acordarse de ellos. Juan se dio cuenta de que todo el tiempo que habían estado bregando con los remos y la vela, la mirada amorosa de Jesús había estado sobre ellos.

Cuando nos encontramos en situaciones difíciles, Jesús vigila. No nos baja el listón. Nos deja pelear nuestras batallas. Como un padre que ve a su hijo echar el resto en una contienda deportiva, está orgulloso de nosotros; o, como un padre que ve a su hijo fracasar, está triste. Vivimos la vida bajo la mirada cariñosa de Jesús.

(ii) Vio que Jesús *viene.* Bajó de la colina para animar a sus discípulos a hacer el esfuerzo final que los pondría a salvo.

No nos observa con distante indiferencia; cuando faltan las fuerzas viene a darnos nuevas fuerzas para el esfuerzo final que ha de lograr la victoria.

(iii) Vio que Jesús *ayuda.* Observa, acude y ayuda. Una de las maravillas de la vida cristiana es que no nos encontramos nunca solos. Margaret Avery relata que había una maestra en la escuela de un pueblecito que les había contado esta historia a los niños, y se la habría contado muy bien. Pocos días después hubo una tempestad de viento y nieve. Cuando salieron de la escuela, la maestra estaba ayudando a los niños a llegar a sus casas. A veces tenía casi que llevarlos en vilo por las corrientes de aire. Cuando casi todos estaban agotados con la lucha, oyó a un chiquillo decir para sí: «Nos vendría bien tener a ese Jesús aquí ahora.» Lo maravilloso es que no tenemos que echarle de menos en ninguna situación, porque Jesús siempre está con nosotros.

(iv) Vio que Jesús *nos lleva al puerto.* A Juan le parecía al recordarlo que, tan pronto como llegó Jesús, la quilla de la barca tocó tierra, y habían llegado a salvo. Como decía el salmista: «Luego se alegran, porque se apaciguaron; y así los guía al puerto que deseaban» *(Salmo 107:30).* Aunque no sepamos cómo, con

Jesús se hace más corto el viaje más largo, y la batalla más dura se hace más fácil.

Una de las cosas maravillosas del Cuarto Evangelio es que Juan, el viejo pescador reciclado a evangelista, encontró toda la riqueza de Cristo en el recuerdo de la historia de una travesía azarosa.

LA BÚSQUEDA INFRUCTUOSA

Juan 6:22-27

> *Al día siguiente, la gente que seguía todavía al otro lado del lago se dio cuenta de que allí no había habido nada más que una barca, y que Jesús no se había embarcado en ella con Sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. Pero algunos barcos de Tiberíades amarraron cerca del lugar en que la multitud habían compartido la comida después que el Señor dio gracias. Así que, cuando comprobaron que Jesús ya no estaba allí, ni Sus discípulos tampoco, se embarcaron en los barcos y llegaron a Cafarnaún buscando a Jesús. Cuando Le encontraron al otro lado del lago, Le dijeron:*
>
> *—Rabí, ¿cuando has llegado?*
>
> *—Os diré la verdad —les contestó Jesús—: No Me estáis buscando porque habéis comprendido las señales, sino porque comisteis el pan hasta llenaros el estómago. No os afanéis por el alimento perecedero, sino por el permanente y que da la vida eterna, que es el que el Hijo del Hombre os dará; porque el Padre Dios ha puesto Su sello sobre Él.*

La multitud se había quedado al otro lado el lago. En tiempos de Jesús la gente no tenía que observar el horario de oficina; tenían tiempo para esperar que Jesús volviera otra vez. Esperaron porque se habían dado cuenta de que no había más que una barca, y que los discípulos se habían ido en ella sin Jesús; así es que dedujeron que Él tendría que estar por allí cerca. Después de esperar algún tiempo, empezaron a darse cuenta de que Jesús no volvía. Habían llegado a la bahía algunos barcos de Tiberíades, tal vez para refugiarse de la tormenta de la noche anterior. Los que estaban esperando se embarcaron y volvieron así a Cafarnaún.

Al descubrir, para su sorpresa, que Jesús ya estaba allí, Le preguntaron que cuándo había llegado. Jesús, sencillamente, no contestó a la pregunta; la cosa no tenía el menor interés. La vida es demasiado corta para perderla charlando sobre viajes; así es que entró en materia de inmediato. «Habéis visto —les dijo— cosas maravillosas. Habéis visto cómo ha permitido la gracia de Dios que se alimentara una multitud. Vuestro pensamiento se tendría que haber concentrado en el Dios Que lo había hecho; en cambio, en lo único que estáis pensando es en la comida.» Es como si les dijera: «Estáis tan ocupados pensando en vuestro estómago que no os acordáis de vuestra alma.»

«La gente —decía Crisóstomo— está enganchada a las cosas de esta vida.» Ahí estaban unas personas cuyos ojos nunca se habían remontado de los terraplenes de este mundo a las eternidades del más allá. Una vez estaban hablando de las cosas de la vida Napoleón y un amigo suyo. Estaba oscuro. Fueron hacia la ventana y miraron hacia fuera. Allá en el cielo había estrellas distantes, como poco más que puntas de alfileres de luz. Napoleón, que tenía una vista muy aguda mientras que su amigo era miope, señaló hacia el cielo. «¿Ves esas estrellas?» —le preguntó—. «No —le contestó su amigo—, yo no veo nada.» Y entonces le dijo Napoleón: «Esa es la diferencia entre nosotros dos.» El que está atado a la tierra no vive más que media vida, si acaso. El que está vivo de veras es el que tiene visión, el que mira al horizonte y ve las estrellas.

Jesús comprimió Su mandamiento en una frase: «No os afanéis por el alimento perecedero, sino por el permanente y que da la vida eterna.» Mucho tiempo atrás, un profeta había preguntado: «¿Por qué os gastáis el dinero en lo que no es pan, y el producto de vuestro trabajo en lo que no satisface?» *(Isaías 55:2).* Hay dos clases de hambre: el hambre física, que puede satisfacer la comida física; y el hambre espiritual, que aquel alimento no puede saciar. Una persona puede ser tan rica como Creso, y seguir con insatisfacción en su vida.

En los años posteriores al 60 d.C. el lujo de la sociedad romana era sin igual. Era cuando servían banquetes de sesos de pavo real y de lenguas de ruiseñor; cuando cultivaban el extraño hábito de tomar eméticos entre platos para que el siguiente les supiera aún

mejor; cuando las comidas multimillonarias eran cosa de todos los días. Fue por aquel tiempo cuando cuenta Plinio que una señora romana llevó puesta en su boda una túnica tan llena de joyas y de oro que costó lo que equivaldría ahora a cien millones de pesetas. Todo eso era por algo: por la profunda insatisfacción que les producía aquella vida, un hambre que nada podía satisfacer. Estaban dispuestos a pagar cualquier precio para obtener una nueva sensación, porque eran inmensamente ricos pero estaban inmensamente insatisfechos.

Lo que Jesús quería decir era que aquellos judíos no estaban interesados nada más que en cosas materiales. Habían recibido una comida inesperadamente gratuita y abundante, y querían más. Pero hay otras hambres que sólo Jesús puede saciar. Está el hambre de verdad: sólo en Jesús se encuentra la verdad de Dios. Está el hambre de vida: sólo en Jesús encontramos vida en abundancia. Está el hambre de amor: sólo en Jesús se encuentra el amor que sobrepuja al pecado y a la muerte. Sólo Jesús puede satisfacer el hambre del corazón y del alma.

¿Por qué? Hay una mina de sentido en la frase: «Dios ha puesto Su sello sobre Él.» H. B. Tristram, en su libro *Costumbres orientales en las tierras de la Biblia,* tiene una sección interesantísima sobre los sellos en el mundo antiguo. No era *la firma,* sino *el sello* lo que autenticaba. En documentos comerciales y políticos era el sello, impreso con un anillo, lo que hacía que un documento fuera válido, lo que autenticaba un testamento o lo que garantizaba el contenido de un saco o embalaje. Tristram nos dice que, en sus viajes por el oriente, cuando hacía un trato con los muleteros o arrieros, éstos ponían su sello sobre el documento de su acuerdo para mostrar que era en firme. Los sellos se hacían de arcilla, de metal o de joyas. En el Museo Británico hay sellos de casi todos los reyes asirios. El sello se imprimía en arcilla o cera que quedaba pegada al documento.

Los rabinos tenían un dicho: «El sello de Dios es la verdad.»

«Un día —dice el *Talmud*— la gran sinagoga (la asamblea de los expertos en la ley) estaba llorando, orando y ayunando todos sus miembros, cuando les cayó del firmamento un pequeño rollo de escritura. Lo abrieron, y vieron que sólo contenía una palabra: *Emet,* que quiere decir *verdad.* «Ese —dijo un rabino— es el sello de

Dios.»» *Emet* se escribe con tres letras hebreas: *álef,* la primera del alfabeto; *min,* la de en medio, y *tau,* la última. La verdad de Dios es el principio, el centro y el final de la vida.

Por eso Jesús puede satisfacer el hambre de eternidad: Él es el sello de Dios, la verdad encarnada de Dios; y Dios es el único Que puede satisfacer plenamente el hambre del alma que Él mismo ha creado.

LA ÚNICA OBRA VERDADERA

Juan 6:28-29

> *—¿Qué tenemos que hacer para llevar a cabo la obra de Dios? —le preguntaron a Jesús; y Él respondió:*
>
> *—Esto es lo que Dios quiere que hagáis: que creáis en el Que Él ha enviado.*

Cuando Jesús hablaba de las obras de Dios, los judíos pensaban en términos de «buenas obras». Estaban convencidos de que se podía ganar el favor de Dios haciendo buenas obras. Para ellos, la humanidad se dividía en tres clases: los buenos, los malos y los de en medio; éstos últimos, si hacían una buena obra, pasaban a la categoría de buenos, y si mala, a la de malos. Así que, cuando los judíos Le preguntaron a Jesús sobre las obras de Dios, esperaban que estableciera una lista de cosas. Pero no es eso lo que dice Jesús.

La respuesta de Jesús es sumamente breve y compendiada, y tenemos que desarrollarla para entender lo que contiene. Dijo que lo que Dios espera de nosotros es que creamos en el Que Él ha enviado. Pablo habría dicho que la única obra que Dios espera del hombre es *la fe.* ¿Qué quiere decir la fe? Quiere decir estar en una relación con Dios tal que somos Sus amigos. Ya no nos inspira terror, sino que Le conocemos como a nuestro Padre y Amigo, y Le damos la confianza, la sumisión y la obediencia que surgen naturalmente de esta nueva relación de amor.

¿Qué relación tiene con esto el creer en Jesús? La vieja distancia y enemistad desaparecen y la nueva relación con Dios es posible sólo gracias a Jesús. Él es Quien vino a decirnos que Dios es nuestro Padre y nos ama y quiere perdonarnos por encima de todo.

Pero esa nueva relación con Dios desemboca en una cierta clase de vida. Ahora que sabemos cómo es Dios, nuestra vida tiene que reflejar ese conocimiento. Ese reflejo se proyectará en tres direcciones, cada una de las cuales corresponde a lo que Jesús nos ha dicho de Dios.

(i) Dios es amor. Por tanto, en nuestras vidas debe haber el amor y servicio a los demás que correspondan al amor y servicio de Dios, y debemos perdonar a otros como Dios nos ha perdonado en Cristo.

(ii) Dios es santidad. Por tanto, en nuestras vidas debe haber una pureza que corresponda a la santidad de Dios.

(iii) Dios es sabiduría. Por tanto, en nuestras vidas debe haber la completa sumisión y confianza que corresponden a la sabiduría de Dios.

La esencia de la vida cristiana es una nueva relación con Dios, una relación que Él nos ofrece, y que hace posible la revelación que Jesús nos ha traído de Dios; una relación que conduce al servicio, pureza y confianza que son un reflejo de Dios en nuestras vidas. Esta es la obra que Dios quiere que hagamos, y para la cual nos capacita.

LA DEMANDA DE SEÑAL

Juan 6:30-34

> *Los judíos Le dijeron a Jesús:*
>
> *—¿Qué señal vas a realizar que nosotros podamos ver para creer en Ti? ¿Cuál es Tu obra? Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, como está escrito: «Les dio a comer pan del Cielo.»*
>
> *Jesús les respondió:*
>
> *—Esto que os digo es la pura verdad: No fue Moisés el que os dio el pan del Cielo, sino Mi Padre; Él sí que os da el verdadero pan del Cielo. El pan de Dios es el Que procede del Cielo y da la vida al mundo.*
>
> *—¡Señor, danos siempre ese pan! —Le dijeron ellos.*

La conversación es aquí típicamente judía en terminología, trasfondo y alusiones. Jesús acababa de presentar una gran credencial: creer en Él era la verdadera obra de Dios. «Muy bien —

Le dijeron los judíos—, ¿luego Tú pretendes ser el Mesías? ¡Demuéstralo!»

Todavía seguían pensando en la alimentación de la multitud, e inevitablemente se retrotrajeron con el pensamiento al maná en el desierto. No podían por menos de conectar las dos cosas. Era tradicional referirse al maná como «el pan de Dios» *(Salmo 78:24; Éxodo 16:15);* y los rabinos creían firmemente que, cuando viniera el Mesías, repetiría el milagro del maná. La provisión del maná se consideraba la obra cumbre de la vida de Moisés, y el Mesías no podría por menos de superarla. «Como fue el primer redentor, así será el Redentor final; como el primer redentor hizo que cayera maná del Cielo, así el postrer Redentor hará descender maná del Cielo.» «No encontraréis el maná en esta era, pero lo encontraréis en la era por venir.» «¿Para quiénes está preparado el maná? Para los justos de la era por venir. Todos los que crean serán dignos de comerlo.» Una vasija que contenía maná se había conservado en el arca del primer templo; y se creía que, cuando éste fue destruido, Jeremías lo había escondido, y lo sacaría a la luz otra vez cuando viniera el Mesías. En otras palabras: los judíos estaban desafiando a Jesús a que produjera el pan de Dios para justificar Sus pretensiones. No consideraban que el pan que habían comido los cinco mil era el pan de Dios en el sentido que ellos esperaban; procedía de panes terrenales y se había multiplicado como pan terrenal. El maná, creían, había sido otra cosa diferente, y sería la prueba definitiva.

La respuesta de Jesús era doble. En primer lugar, les recordó que no había sido *Moisés* el que les había dado el maná, sino *Dios.* Y en segundo lugar, les dijo que el maná no había sido el verdadero pan de Dios, sino sólo un símbolo. El pan de Dios era el Que había descendido del Cielo para dar a la Humanidad, no la simple satisfacción del hambre física, sino la vida. Jesús presentaba Sus credenciales de que la única verdadera satisfacción se encuentra en Él.

EL PAN DE LA VIDA

Juan 6:35-40

> *Jesús les dijo:*
>
> *—Yo soy el pan de la vida. El que acude a Mí, nunca tendrá hambre; y el que cree en Mí, ya no tendrá más sed. Pero os aseguro que, aunque Me habéis visto, no creéis en Mí. Todos los que Me dé el Padre acudirán a Mí; porque Yo he descendido del Cielo, no para hacer Mi voluntad, sino la del Que Me envió. Y esta es la voluntad del Que Me envió: Que no pierda ninguno de los que Él Me ha dado, sino que los resucite a todos el último día. Esta es la voluntad de Mi Padre: Que cualquiera que crea en el Hijo cuando Le vea, tenga la vida eterna. Y Yo le resucitaré el último día.*

Este es uno de los grandes pasajes del Cuarto Evangelio, y de todo el Nuevo Testamento. En él encontramos dos grandes líneas de pensamiento que debemos tratar de analizar.

En primer lugar, ¿qué quería decir Jesús con: «Yo soy el pan de la vida»? No basta con tomarlo sencillamente como una frase bonita y poética. Vamos a analizarla paso a paso. (i) El pan sostiene la vida. Es algo sin lo cual la vida no puede proseguir. (ii) Pero, ¿qué es la vida? No cabe duda de que es mucho más que la mera existencia física. ¿Cuál es el sentido espiritual de la vida? (iii) La vida verdadera es la nueva relación con Dios, esa relación de confianza y obediencia y amor que ya hemos considerado. (iv) Esa relación sólo es posible por medio de Jesucristo. Sin Él no podemos entrar en ella. (v) Es decir: sin Jesús puede que haya existencia, pero no vida. (vi) Por tanto, si Jesús es esencial a la vida, se Le puede describir como el pan de la vida. El hambre de la situación humana termina cuando conocemos a Cristo y, por medio de Él, a Dios. En Él el alma inquieta encuentra reposo; el corazón hambriento encuentra satisfacción.

En segundo lugar, este pasaje nos despliega las etapas de la vida cristiana. (i) Vemos a Jesús. Le vemos en las páginas del Nuevo Testamento, en la enseñanza de la Iglesia, a veces hasta cara a cara. (ii) Habiéndole visto, acudimos a Él. Le miramos, no como un

héroe o dechado distante, no como el protagonista de un libro, sino como Alguien accesible. (iii) Creemos en Él. Es decir, Le aceptamos como la suprema autoridad acerca de Dios, de nosotros mismos y de la vida. Eso quiere decir que no acudimos a Él por mero interés, ni en igualdad de términos; sino, esencialmente, para someternos. (iv) Este proceso nos da la vida. Es decir, nos pone en una nueva relación de amor con Dios, en la que Le conocemos como Amigo íntimo; ahora podemos sentirnos a gusto con el Que antes temíamos y no conocíamos. (v) Esta posibilidad es gratuita y universal. La invitación es para todos los seres humanos. No tenemos más que aceptarlo, y ya es nuestro el pan de la vida. (vi) El único acceso a esta nueva relación con Dios es por medio de Jesús; sin Él nunca habría sido posible, y aparte de Él sigue siendo imposible. No hay investigación de la mente ni anhelo del corazón que pueda encontrar a Dios aparte de Jesús. (vii) Detrás de todo este proceso está Dios. Los que acuden a Jesús son los que Dios Le ha dado. Dios no se limita a proveer la meta; también mueve el corazón para que Le desee; también obra en el corazón para desarraigar la rebeldía y el orgullo que podrían obstaculizar la entrega total. No podríamos ni siquiera empezar a buscarle si no fuera porque Él ya nos ha encontrado. (viii) Queda ese algo tozudo en el corazón humano que nos hace seguir rehusando la invitación de Dios. En último análisis, lo único que puede frustrar el propósito de Dios es la oposición del corazón humano. La vida está ahí para que la tomemos... o para que la rechacemos.

Cuando la tomamos, suceden dos cosas. La primera es que entra en la vida una nueva satisfacción. El corazón humano encuentra lo que estaba buscando, y la vida deja de ser un mero vegetar para ser algo lleno a la vez de emoción y de paz.

Y la segunda es que tenemos seguridad hasta más allá de la muerte. Aun el último día, cuando todo termine, estaremos a salvo. Como dijo un gran comentarista: «Cristo nos lleva al puerto en el que se acaban todos los peligros.» Esas son la grandeza y la gloria de las que nos privamos cuando rehusamos Su invitación.

EL FRACASO DE LOS JUDÍOS

Juan 6:41-51

Los judíos siguieron murmurando de Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan que ha descendido del Cielo»; y siguieron diciendo:

—¡Como si no supiéramos que Éste es Jesús hijo de José, a Cuyos padres conocemos! ¿Cómo es que nos viene ahora diciendo: «Yo he descendido del Cielo?»

—Dejad ya de murmurar entre vosotros —les dijo Jesús—. No hay nadie que pueda acudir a Mí a menos que le traiga el Padre que Me envió; y Yo le resucitaré el último día. Está escrito en los Profetas: «Y serán todos enseñados por Dios.» Todos los que han escuchado a Mi Padre y aprendido de Él, vienen a Mí. No es que nadie haya visto jamás al Padre, excepto el Que procede de Dios; Él sí ha visto al Padre. Lo que os digo es la pura verdad: El que cree, tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron maná en el desierto, y murieron. Este es el pan de la vida del que se puede comer para no morir. Yo soy el pan de la vida Que he descendido del Cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre.

Este pasaje da las razones por las que los judíos rechazaron a Jesús y, al rechazarle a Él, rechazaron la vida eterna.

(i) Juzgaban las cosas con una escala de valores humana y por motivos externos. Su reacción ante las credenciales de Jesús era recordar el hecho de que Él era el hijo del carpintero y que Le habían visto crecer en Nazaret. Eran incapaces de aceptar que Uno Que era un artesano y Que procedía de una familia humilde pudiera ser un Mensajero especial de Dios.

T. E. Lawrence era amigo íntimo del poeta Thomas Hardy. En los días en que Lawrence estaba sirviendo en las fuerzas aéreas británicas solía visitar a Hardy y su esposa vestido de uniforme. En una ocasión, su visita coincidió con la de la alcaldesa de Dorchester, que se dio por muy ofendida de que se la hubiera sometido a compartir su tiempo con un vulgar aviador, porque no tenía idea de quién era. Le dijo a la señora Hardy en francés que nunca en toda su vida se había sentado a tomar el té con un soldado. Nadie dijo nada. Entonces Lawrence dijo en perfecto francés: «Suplico su perdón, señora; pero, ¿puedo serle útil como intérprete? La señora

Hardy no entiende el francés.» Una mujer esnob y descortés había cometido un craso error al juzgar por las apariencias. Eso fue lo que hicieron los judíos con Jesús.

Debemos tener cuidado con rechazar un mensaje de Dios al despreciar o infravalorar a Su mensajero. Nadie desecharía un cheque de 1,000,000 porque resulta que está metido en un sobre vulgar y corriente. Dios tiene muchos mensajeros. Su Mensaje supremo nos lo trajo un Carpintero galileo, y por eso fue por lo que los judíos lo rechazaron.

(ii) Los judíos se pusieron a discutir *entre ellos.* Estaban tan pagados de sus razonamientos personales que no se les ocurrió dejar a Dios que decidiera la cuestión. Lo que más les interesaba era hacerles saber a los demás cuál era su opinión; y lo que menos, lo que Dios pudiera pensar. Sucede a veces en tribunales y comités, cuando cada cual está tratando de hacerle tragar a los demás su parecer, que sería mejor callarse y preguntarle a Dios lo que Él piensa y quiere que se haga. Después de todo, no importa tanto lo que pensemos nosotros; pero lo que piense Dios sí tiene una importancia suprema —aunque rara vez nos interesa lo bastante como para preguntárselo.

(iii) Los judíos oyeron, *pero no aprendieron.* Hay diferentes maneras de escuchar. Está la manera de la crítica; la del resentimiento; la de la superioridad; la de la indiferencia, y la del que escucha sólo porque en ese momento no tiene oportunidad de hablar. La única manera de escuchar que vale la pena es la de oír y aprender; y es la única manera de escuchar a Dios.

(iv) Los judíos resistieron *la atracción de Dios.* Solamente aceptan a Jesús los que Dios atrae a Él. La palabra que usa Juan para *atraer* es *helkyein.* Es la palabra que se usa en la traducción griega del hebreo en el pasaje en que Jeremías oye decir a Dios: «Con fidelidad conyugal te he atraído a Mí» *(Jeremías 31:3;* R.V. «te soporté con misericordia»). Lo interesante de la palabra es que casi implica una cierta resistencia. Se usa para *tirar* de una red cargadísima hacia la orilla *(Juan 21:6, 11).* Se usa de cuando *arrastraron* a Pablo y Silas a los magistrados en Filipos *(Hechos 16:19).* Es la palabra que se usa para desenvainar o *tirar de* espada *(Juan 18:10).* Siempre implica algo de resistencia. Dios puede atraer

a las personas; pero la resistencia de éstas a veces puede más que el tirón de Dios.

Jesús es el pan de la vida, lo que quiere decir que es esencial para la vida; por tanto, el rechazar la invitación y orden de Jesús es perder la vida, y morir. Los rabinos tenían un dicho: «La generación del desierto no tiene parte en la vida por venir.» En la antigua historia de *Números,* los que rehusaron insistentemente arrostrar los peligros de la tierra prometida después del informe de los exploradores fueron condenados a vagar por el desierto hasta morir. Porque se negaron a aceptar la dirección de Dios, fueron excluidos para siempre de la tierra prometida. Los rabinos creían que los antepasados que murieron en el desierto, no sólo se perdieron la tierra prometida, sino también la vida por venir. El rehusar el ofrecimiento de Cristo es perderse la vida en este mundo y en el venidero, mientras que el aceptarla es hallar la verdadera vida en este mundo y la gloria en el venidero.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Juan 6:51-59

> *—El pan que Yo daré es Mi carne, dada para que el mundo obtenga la vida —dijo Jesús.*
>
> *Los judíos se pusieron a discutir entre sí otra vez:*
>
> *—¿Cómo puede este Hombre darnos a comer su carne?*
>
> *—Esto que os digo es la pura verdad —les dijo Jesús—: A menos que comáis la carne del Hijo del Hombre y bebáis Su sangre, no podéis poseer la vida eterna dentro de vosotros. El que come Mi carne y bebe Mi sangre tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré el último día. Mi carne es la comida verdadera, y Mi sangre la verdadera bebida. El que come Mi carne y bebe Mi sangre permanece en Mí y Yo en él. Como el Padre viviente Me ha enviado, así Yo vivo por medio de Él, y el que Me coma vivirá por medio de Mí. Este es el pan Que ha descendido del Cielo. No se trata de comer como vuestros padres comieron y murieron. Es el que coma este pan el que vivirá para siempre.*
>
> *Estas cosas las dijo cuando estaba enseñando en la sinagoga de Cafarnaún.*

Para la mayoría de nosotros éste es un pasaje sumamente difícil. Usa un lenguaje y se mueve en un mundo de ideas que nos resultan totalmente extrañas, y que podrían parecer hasta fantásticos y grotescos. Pero, para los que los oyeron por primera vez, era moverse entre ideas familiares que se remontaban hasta la misma infancia de su raza.

Estas ideas serían perfectamente normales para los que conocían los sacrificios en el mundo antiguo. La víctima rara vez se quemaba del todo. Por lo general sólo una pequeña porción, aunque todo el animal se ofrecía en sacrificio. Parte de la carne correspondía a los sacerdotes por derecho de su oficio; y otra parte se devolvía a los adoradores, que la usaban para hacer una fiesta con sus amigos en el recinto del templo pagano. En esa fiesta se consideraba que el dios del lugar era el huésped de honor. Además, una vez que la carne se había ofrecido al dios, se creía que éste había entrado en ella y, por tanto, cuando el adorador la comía, estaba recibiendo igualmente al dios en su cuerpo. Cuando las personas que habían participado de la fiesta se volvían a sus casas, creían que iban literalmente llenas de ese dios. Es posible que nosotros lo consideremos un culto idolátrico, o un tremendo engaño; pero no cabe duda de que aquella gente salía completamente segura de que estaba en ellos la vitalidad dinámica de su dios. Para los que vivían en aquel mundo de ideas este pasaje no presentaba ninguna dificultad.

Además, en aquel mundo antiguo la única forma de religión que merecía ese nombre era la de los misterios. Lo que ofrecían las religiones misteriosas era la comunión y aun la identificación con algún dios. La manera como se lograba era la siguiente. Todos los misterios eran esencialmente representaciones de la pasión de un dios que había sufrido terriblemente, y que había muerto y resucitado. La historia se presentaba en un auto de pasión sumamente conmovedor. Antes que el iniciado pudiera presenciarlo, tenía que someterse a un largo catecumenado sobre el sentido del misterio. Tenía que hacer toda clase de purificaciones ceremoniales, y un largo período de ayuno y de abstención de relaciones sexuales.

En la representación propiamente dicha del auto de la pasión, todo estaba diseñado para producir una atmósfera altamente

emocional. Se calculaba cuidadosamente la iluminación, el incienso, la música y una liturgia maravillosa; todo estaba programado cuidadosamente para conducir al iniciado a un estado de emoción y de expectación como nunca antes lo había experimentado. Se puede considerar alucinación, o una combinación de hipnotismo y autosugestión; pero algo sucedía, que se suponía la identificación con aquel dios. Al contemplar todo aquello el iniciado, cuidadosamente preparado, llegaba a ser uno con el dios: compartía sus sufrimientos y dolores, su muerte y su resurrección. El dios y él llegaban a confundirse, y él estaba a salvo en la vida y en la muerte.

Algunos de los dichos y las oraciones de los misterios tienen una belleza indiscutible. En los misterios de Mitra, el iniciado rezaba: «Mora en mi alma; no me dejes, para que sea iniciado y el espíritu santo more dentro de mí.» En los misterios herméticos, el iniciado decía: «Yo te conozco, Hermes, y tú me conoces a mí; *yo soy tú, y tú eres yo.»* En los mismos misterios había una oración que decía: «Ven a mí, señor Hermes, como vienen los bebés al seno materno.» En los misterios de Isis decía el adorador: «Tan cierto como que vive Osiris, vivirán sus seguidores. Tan cierto como que Osiris no está muerto, sus seguidores ya no morirán.»

Debemos recordar que aquellas personas de la antigüedad sabían lo que era el esfuerzo, el anhelo, el sueño de identificación con su dios y de la bendición de recibirle en su interior. No entenderían frases como comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre con un literalismo crudo. Sabrían algo de la experiencia inefable de unión, más íntima que ninguna unión material, de la que hablan estos versículos. Este era un mensaje que podía entender el mundo antiguo, y nosotros también.

Será bueno que recordemos que Juan está haciendo aquí lo que hace a menudo. No está reproduciendo, ni intentando reproducir, las mismísimas palabras de Jesús. Ha pasado setenta años pensando en lo que dijo Jesús; y ahora, guiado por el Espíritu Santo, nos transmite *el significado espiritual* de Sus palabras. No son las palabras lo que Juan reproduce —eso no habría sido más que la aportación de un buen reportero—; sino el sentido espiritual de las palabras: esa es la dirección del Espíritu Santo.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Juan 6:51-59 *(conclusión)*

Veamos ahora si podemos descubrir algo de lo que quiso decir Jesús y de lo que entendió Juan de palabras como éstas. Podemos tomar este pasaje de dos maneras.

(i) Podemos tomarlo en sentido general. Jesús habló de comer Su carne y beber Su sangre.

Ahora bien: la carne de Jesús era Su completa humanidad. Juan, en su primera carta, establece casi apasionadamente: «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios.» De hecho, el espíritu que niega que Jesús ha venido en la carne es del anticristo *(1 Juan 4: 2-3).* Juan insistía en que debemos aferrarnos y no soltarnos nunca de la plena humanidad de Jesús, Que fue carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso. ¿Qué quiere decir esto? Jesús, como hemos visto una y otra vez, era la Mente de Dios Que se había presentado como una Persona. Esto quiere decir que, en Jesús, Dios ha asumido la vida humana, enfrentándose con nuestras situaciones, luchando con nuestros problemas, resistiendo nuestras tentaciones, sufriendo nuestros dolores y desarrollando nuestras relaciones humanas.

Por tanto, es como si Jesús dijera: «Alimentad vuestro corazón, vuestra mente y vuestra alma con Mi humanidad. Cuando estéis desanimados o desesperados, mordiendo el polvo y asqueados de la vida... ¡acordaos de que *Yo* tomé esa vida vuestra y esas luchas vuestras sobre Mí!» Y veremos que, de pronto, la vida y la carne se revisten de gloria, porque Dios ha dejado en ellas Su huella. Ha sido y es la gran convicción de la cristología griega ortodoxa que Jesús deificó nuestra carne al asumirla. El comer el cuerpo de Cristo es alimentarnos con el pensamiento de Su humanidad hasta que nuestra propia humanidad se fortalezca y limpie e impregne de la Suya.

Jesús dijo que hemos de beber Su sangre. En el pensamiento judío, *la sangre representa la vida.* Es fácil comprender por qué: cuando uno se desangra por una herida, se le va la vida. Además, para los judíos *la sangre pertenece a Dios.* Por eso, hasta el día de

hoy, ningún judío fiel comerá carne que no haya sido completamente drenada de la sangre. «Pero carne con su vida, es decir, su sangre, no comeréis» *(Génesis 9:4).* «Solamente que no comas su sangre: sobre la tierra la derramarás como agua» *(Deuteronomio 15:23).* Ahora volvamos a lo que dice Jesús: «Tenéis que beber Mi sangre; es decir, poner Mi vida en el mismo centro de vuestro ser; y esa vida Mía es una vida que pertenece a Dios.» Cuando Jesús dijo que tenemos que beber Su sangre, quería decir que tenemos que recibir Su vida en lo más íntimo de la nuestra.

¿Qué quiere decir eso? Pensadlo así: figuraos que hay en un estante un libro que una persona no ha leído nunca. Puede que sea el Quijote, la más grande novela de la literatura universal; pero, mientras siga sin leerla, estará fuera de esa persona. Un buen día la toma en sus manos y la lee. La emociona, encanta y conmueve. Argumento y personajes quedan en su memoria; y, a partir de entonces, siempre que quiera, puede recuperar esa maravilla que tiene en su interior, y recordarla y meditarla y saborearla, y alimentar su mente y su corazón con ella. Hubo un tiempo en que aquel libro estaba fuera de la persona. Ahora está dentro de ella, y se puede alimentar de él.

Así sucede con todas las grandes experiencias de la vida: están fuera de nosotros hasta que las asumimos.

Eso es lo que sucede con Jesús. Mientras no sea para nosotros más que el personaje de un libro, está fuera de nosotros; pero cuando entra en nuestro corazón, podemos alimentarnos de la vida y la fuerza y la vitalidad que Él nos da. Jesús dijo que hemos de beber Su sangre. Está diciéndonos: «Tenéis que dejar de pensar en Mí como el tema de una discusión teológica; tenéis que recibirme en vuestro interior y entrar en Mi interior, y entonces tendréis la vida verdadera.» Eso era lo que quería decir Jesús cuando hablaba de morar en Él y Él en nosotros.

Cuando nos mandó comer Su carne y beber Su sangre nos estaba diciendo que alimentáramos nuestros corazones, almas y mentes con Su humanidad, y que revitalizáramos nuestras vidas con Su vida hasta llenarnos de la vida de Dios.

(ii) Pero Juan quería decir mucho más que eso, y estaba pensando también en la Mesa del Señor. Estaba diciendo: «Si

queréis vida, tenéis que venir y sentaros a esa mesa en la que coméis el pan partido y bebéis el vino que se sirve que, de alguna manera, por la gracia de Dios, os ponen en contacto con el amor y la vida de Jesucristo.» Pero —aquí está la maravilla de este punto de vista— *Juan no nos relata la Última Cena.* Nos aporta su enseñanza acerca de ella, no en el relato del Aposento Alto, sino en el de una comida campestre, en una ladera cerca de Betsaida Julias, junto a las aguas azules del mar de Galilea.

No cabe duda: Juan está diciendo que, para un cristiano, *toda comida se convierte en un sacramento.* Puede que hubiera algunos que, si se me permite la frase, estaban exagerando la importancia del sacramento dentro de la iglesia, convirtiéndolo en algo mágico, implicando que es la única manera de entrar a la presencia del Cristo Resucitado. Es verdad que el sacramento es una cita especial que tenemos con Dios; pero Juan mantenía con todo su corazón que cualquier comida en el hogar más humilde o en el más lujoso palacio, o bajo la bóveda del cielo con sólo la hierba como alfombra, era un sacramento. Decía: «En cualquier comida podéis encontrar otra vez ese pan que nos habla de la humanidad del Maestro, y ese vino que nos habla de Su sangre, que es la vida.»

En el pensamiento de Juan, la mesa de la comunión y la del comedor de casa, la comida campestre en la playa o en la montaña se parecen en que en todas gustamos y tocamos el pan y el vino que nos traen a Cristo. El Cristianismo sería muy pobre si Cristo estuviera limitado a las iglesias. Juan está convencido de que Le podemos encontrar en cualquier sitio, porque el mundo está lleno de Él. No es que reduzca el sacramento, sino que lo expande de tal manera que podemos encontrar a Cristo a Su mesa en la iglesia, y luego salir a encontrarle dondequiera que haya personas que se reúnan para disfrutar de los dones de Dios.

EL ESPÍRITU IMPRESCINDIBLE

Juan 6:59-65

> *Estas cosas las dijo Jesús cuando estaba enseñando en la sinagoga de Cafarnaún. Cuando Le oyeron esta exposición, muchos de Sus discípulos dijeron:*
>
> *—¡Qué difícil es este mensaje! ¿Cómo lo podemos escuchar?*

Jesús conocía muy bien en Su interior lo que estaban murmurando Sus discípulos, así es que les dijo:

—¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué os pasaría si vierais al Hijo del Hombre ascender adonde estaba antes? El poder vivificador es el Espíritu; la carne no puede hacer nada. Lo que os he dicho es espíritu y vida. Pero hay algunos que no creen.

Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién iba a ser el que Le traicionara. Por eso era por lo que decía a menudo: «No hay nadie que acuda a Mí a menos que le sea concedido por Mi Padre.

No nos sorprende que los discípulos de Jesús encontraran difícil de entender Su predicación en la sinagoga de Cafarnaún. Pero la palabra griega que se usa aquí es *sklêros, duro,* que quiere decir, no *difícil de entender,* sino *difícil de aceptar.* Los discípulos sabían muy bien que Jesús había estado presentándose como la misma vida de Dios que había descendido del Cielo, y que nadie podía vivir esta vida ni enfrentarse con la eternidad sin someterse a Él.

Aquí nos encontramos con una verdad que vuelve a aparecer en cada época. Una y otra vez no es la dificultad intelectual lo que impide que muchos se hagan cristianos, sino la altura de la demanda moral de Cristo. En el corazón de toda religión tiene que haber misterio, por la sencilla razón de que allí está Dios. Es natural que las personas no podamos comprender plenamente a Dios. Cualquier sincero pensador aceptará que tiene que haber misterios.

La dificultad real del Cristianismo es doble. Demanda un acto de rendición a Cristo, aceptarle a Él como la autoridad final; y demanda un estándar moral de la más alta calidad. Los discípulos se daban cuenta de que Jesús Se había presentado como la misma vida y Mente de Dios venida a la Tierra; la dificultad de la gente era aceptar aquello como verdad, con todas sus consecuencias. Hasta el día de hoy hay muchos que rechazan a Cristo, no porque se lo pone difícil al intelecto, sino porque desafía a la vida.

Jesús continúa, no probando Sus credenciales, sino afirmando que algún día los hechos demostrarían que tenía razón. Lo que decía era en realidad: «Os resulta difícil creer que Yo soy el pan, eso esencial para la vida, *descendido del Cielo.* Pues bien, no tendréis dificultad en aceptarlo cuando un día Me veáis *ascendiendo*

de vuelta al Cielo.» Es un anuncio de la Ascensión. Quiere decir que la Resurrección es la garantía de las credenciales de Jesús. Él no fue simplemente alguien que vivió noblemente y murió heroicamente por una causa perdida; es el Único Cuyas credenciales han sido confirmadas por el hecho de Su resurrección.

Jesús sigue diciendo que lo único absolutamente imprescindible es el poder vivificador del Espíritu; la carne no puede hacer nada. Podemos expresarlo muy sencillamente de una manera que nos dará por lo menos algo de su significado: La cosa más importante es el espíritu en el que se realiza una acción. Alguien lo ha dicho de otra manera: «Todas las cosas humanas son triviales si no existen por algo que está más allá de ellas.» El verdadero valor de una cosa depende de su finalidad. Si comemos nada más que por comer, somos unos glotones, y nos hará más daño que bien; pero si comemos para mantener la vida, para cumplir mejor con nuestro trabajo, para estar sanos, tiene sentido comer. Si uno pasa un montón de tiempo haciendo deporte sin más, está, en el mejor de los casos, perdiendo el tiempo. Pero si dedica un tiempo al deporte para mantener su cuerpo en forma y así poder hacer mejor su trabajo para Dios y sus semejantes, el deporte deja de ser algo trivial y pasa a ser importante. Las cosas de la carne adquieren su verdadero valor del espíritu con que se hacen.

Jesús añade: «Mis palabras son espíritu y vida.» Él es el único que nos puede decir lo que es la vida, poner en nosotros el espíritu en que debe vivirse y darnos la fuerza para vivirla. La vida adquiere su valor de su propósito y de su finalidad. Cristo es el único que puede darnos un verdadero propósito en la vida, y el poder para desarrollar ese propósito frente a la constante oposición que nos viene de dentro y de fuera.

Jesús se daba perfecta cuenta de que algunos, no sólo rechazarían Su ofrecimiento, sino que lo rechazarían hostilmente. Nadie puede aceptar a Jesús a menos que le mueva el Espíritu de Dios; pero uno puede seguir resistiendo a ese Espíritu hasta llegar al punto en que ya no podrá cambiar de actitud. El que Le resiste es excluido, no por Dios, sino por su misma actitud.

ACTITUDES ANTE CRISTO

Juan 6:66-71

Después de esto, muchos de los discípulos de Jesús se volvieron atrás y ya no quisieron seguir con Él. Jesús les dijo a los Doce:

—¿Estáis seguros de que no queréis marcharos vosotros también?

A lo que Le respondió Pedro:

—Señor, ¿y a quién vamos a ir? Tú eres el Que tienes las palabras de la vida eterna, y nosotros hemos creído y hemos llegado a saber que Tú eres el Santo de Dios.

Jesús les contestó:

—¿No os escogí Yo a los Doce, y uno de vosotros es un diablo?

Se refería a Judas hijo de Simón, el Iscariote, porque ése le iba a entregar y era uno de los Doce.

Aquí tenemos un pasaje henchido de tragedia, porque es el principio del fin. Había habido un tiempo cuando la gente venía a Jesús en grandes multitudes. Cuando estuvo en Jerusalén para la Pascua, muchos vieron Sus milagros y creyeron en Su nombre (2:23). Tantos vinieron a que los bautizaran los discípulos de Jesús que su número creaba problemas (4:1, 39, 45). En Galilea, la muchedumbre había salido en Su seguimiento el día antes (6:2). Pero ahora el cariz había cambiado; desde ahora en adelante habría un odio creciente que culminaría en la Cruz. Juan nos introduce en el último acto de la tragedia. Son circunstancias así las que revelan los corazones de las personas y las muestran tal como son en realidad. En estas circunstancias había tres actitudes ante Jesús.

(i) Hubo *defección.* Algunos se volvieron atrás y dejaron de andar con Jesús. Se fueron separando por varias razones.

Algunos vieron claramente hacia dónde se dirigía Jesús. Uno no se podía desafiar a las autoridades como Él lo estaba haciendo y salirse con la suya. Estaba abocado a un desastre, y ellos querían desmarcarse a tiempo. Eran seguidores de conveniencia. Se ha dicho que el temple de un ejército se ve en cómo pelea cuando está cansado. Los que se marcharon habrían permanecido con Jesús siempre que Su carrera hubiera estado en ascendente; pero a la primera sombra de la Cruz Le dejaron.

Algunos esquivaron el desafío de Jesús. Su punto de vista era que habían venido a Jesús para sacar algo; cuando se barruntaba el sufrir *por* Él y darle *a* Él, se salieron. Nadie puede dar tanto como Jesús; pero, si acudimos a Él solamente para recibir y nunca para dar, seguro que acabaremos por volverle la espalda. La persona que quiera seguir a Jesús debe tener presente que en Su seguimiento hay siempre una cruz.

(ii) Hubo *deterioro.* Esto lo vemos especialmente en Judas. Jesús debe de haber visto en él un hombre que Él podía usar en Su obra. Pero Judas, que podría haber llegado a ser un héroe, resultó un villano; podría haber sido un santo y dejó su nombre a la ignominia.

Hay una terrible historia de un artista que estaba pintando la Última Cena. Era un gran cuadro, y le llevó muchos años. Como modelo para el rostro de Cristo usó a un joven de rostro transparente en su nobleza y pureza. Poco a poco fue completando el cuadro con los rostros de cada uno de los discípulos, hasta que le llegó el día en que necesitaba un modelo para Judas, al que había dejado para el final. Salió a buscar su tipo en los barrios más bajos de la ciudad y en las guaridas del vicio. Por fin encontró a uno cuya cara era tan depravada y viciosa que cumplía los requisitos. Cuando estaba para terminar el tiempo que tenía que posar, aquel hombre le dijo al artista: «Tú me habías pintado ya antes.» «¡Que va!» —exclamó el artista—. «¡Claro que sí! Yo fui el modelo para tu Cristo.» Los años habían obrado un terrible deterioro.

Los años pueden ser crueles. Pueden arrebatarnos los ideales, entusiasmos, sueños y lealtades. Pueden dejarnos con una vida empequeñecida y empobrecida. Pueden dejarnos con un corazón marchito en vez de henchido del amor de Cristo. Puede perderse el encanto de la vida. ¡Que Dios nos libre de ello!

(iii) Hubo *resolución.* Esta es la versión que Juan nos da de la gran confesión de Pedro en Cesarea de Filipo *(Marcos 8:27; Mateo 16:13; Lucas 9:18).* Fue precisamente una situación así la que produjo la lealtad del corazón de Pedro. Para él, el hecho era que no había absolutamente nadie al que ir después de haber estado con Jesús. Por decirlo de alguna manera, Jesús era el único que tenía palabras de vida eterna.

La lealtad de Pedro tenía sus raíces en su relación personal con Jesucristo. Habría muchas cosas que Pedro no entendía; estaría a veces tan confuso y despistado como cualquier otro. Pero había algo en Jesús por lo que habría estado dispuesto a morir. En último análisis, el Cristianismo no es una filosofía que podemos aceptar, ni una teoría a la que nos adherimos. Es una respuesta personal a Jesucristo. Es la lealtad y el amor que da una persona porque el corazón no le deja hacer otra cosa.

EL TIEMPO DEL HOMBRE Y EL DE DIOS

Juan 7:1-9

Después de estas cosas, Jesús estuvo yendo de un sitio para otro en Galilea. No quería andar por Judea porque los judíos se habían propuesto matarle.

Era cerca de la fiesta judía de los Tabernáculos, y Sus hermanos Le dijeron:

—Márchate de aquí y vete a Judea para que Tus discípulos tengan oportunidad de ver las obras que realizas; porque nadie que quiera llamar la atención de la gente se limita a hacerlo todo en secreto. Puesto que puedes hacer estas cosas, manifiéstate al mundo.

Y es que ni Sus hermanos creían en Él. Y Jesús les dijo:

—El momento de oportunidad que estoy buscando no ha llegado todavía; pero vuestro tiempo siempre está a punto. El mundo no tiene por qué aborreceros a vosotros; pero a Mí sí, porque Yo doy testimonio en contra suya de que sus obras son malas. Subid vosotros ahora a la fiesta. Yo no voy todavía porque no me ha llegado el momento.

Y, después de decirles eso, se quedó en Galilea.

La fiesta de los Tabernáculos caía a finales de septiembre o principios de octubre. Era una de las fiestas de guardar, y todos los varones israelitas que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir. Pero los judíos practicantes de más lejos también procuraban ir. Duraba ocho días en total. Más adelante tendremos ocasión de tratar de la fiesta más extensamente.

Cuando Jesús llegó a Su casa, Sus hermanos Le empujaron para que fuera a Jerusalén; pero Jesús no hizo caso de sus razonamientos, y fue en Su momento.

Hay una cosa exclusiva de este pasaje que debemos advertir. Según la versión Reina-Valera (versículo 6), Jesús dice: «Mi tiempo aún no ha llegado.» Jesús hablaba a menudo acerca de Su *tiempo* o Su *hora.* Pero aquí hay una palabra diferente, que no usa nada más que aquí. En los otros pasajes *(Juan 2:4; 7:30; 8:20; 12:27),* la palabra que usa Jesús, o Juan, es *hôra,* que quiere decir *la hora señalada por Dios.* Ese tiempo u hora era inalterable e inevitable. Tenía que aceptarse sin discusión ni posibilidad de cambio porque era la hora en que algo tenía que suceder para que se cumpliera el plan de Dios. Pero en este pasaje la palabra es *kairos,* que propiamente quiere decir *estación propicia, oportunidad;* es decir, el mejor momento para hacer algo, cuando las circunstancias son favorables, *el momento psicológico.* Jesús no está diciendo aquí que no ha llegado la hora señalada por Dios, sino algo mucho más sencillo. Está diciendo que ése no era el momento que podía ofrecerle la oportunidad que estaba esperando.

Esto explica por qué Jesús más tarde sí fue a Jerusalén. Mucha gente se sorprende de que Jesús dijera primero a Sus hermanos que no iría, y luego fue. Schopenhauer, el filósofo alemán, llegó a decir: «Jesucristo dijo una mentira a propósito.» Otros han tratado de explicar que lo que Jesús quería decir era que no iría a la fiesta *públicamente,* pero eso no excluía el ir *privadamente.* Pero lo que Jesús dijo fue sencillamente: «Si voy ahora con vosotros no tendré la oportunidad que estoy buscando. El momento no es oportuno.» Así es que retrasó Su marcha hasta en medio de la fiesta; porque el llegar cuando toda la gente ya estuviera reunida y expectante Le daría una oportunidad mucho mejor que si hubiera ido al principio. Jesús eligió el momento con cuidadosa previsión para poder obtener los resultados más efectivos.

En este pasaje aprendemos dos cosas.

(i) Es imposible manipular a Jesús. Sus hermanos hicieron lo posible para obligarle a ir a Jerusalén. Le desafiaron. Tenían razón desde un punto de vista humano. Jesús había realizado Sus mayores milagros en Galilea —el convertir el agua en vino *(Juan*

2:1ss); la curación del hijo del noble *(Juan 4:46);* la multiplicación de los panes y los peces *(Juan 6:1ss).* El único milagro que se nos relata que hiciera en Jerusalén —aunque se nos dice que «muchos creyeron en Él viendo las señales que hacía» (2:23; 3:2)— fue la curación del inválido de la piscina *(Juan 5:1ss).* Era natural que Le dijeran a Jesús que fuera a Jerusalén para que Sus partidarios vieran lo que podía hacer. La historia deja bien claro que la curación del inválido se había considerado mucho más como un acto de quebrantamiento del sábado que como un milagro. Además, si Jesús hubiera de conseguir alguna vez ganar adeptos, no podía esperarlo mientras estuviera escondido en un rincón; tenía que actuar de manera que todos pudieran ver lo que era capaz de hacer. Y además, Jerusalén era la clave. Los galileos tenían fama de tener la sangre caliente y la cabeza también. Al que quisiera tener seguidores no le sería difícil conseguirlos en la tensa atmósfera de Galilea; pero Jerusalén era otra cosa. Y era la piedra de toque.

Los hermanos de Jesús tenían toda la razón del mundo para insistir; pero a Jesús no se Le puede manipular. Él hace las cosas, no en el tiempo de los hombres, sino en el de Dios. La impaciencia humana tiene que aprender a esperar en la sabiduría de Dios.

(ii) Es imposible tratar a Jesús con indiferencia. No importaba cuándo fueran a Jerusalén los hermanos de Jesús, porque no iba a pasar nada porque fueran, ni se iba a notar su presencia. Pero el que fuera Jesús era algo muy diferente. ¿Por qué? Porque sus hermanos estaban a tono con el mundo y no lo inquietaban; pero la venida de Jesús es una condenación de la manera de vivir del mundo, y un desafío al egoísmo y al letargo. Jesús tenía que escoger Su momento porque, cuando Él llega, suceden cosas.

REACCIONES A JESÚS

Juan 7:10-13

> *Cuando Sus hermanos ya se habían ido a la fiesta, entonces fue también Jesús, no abiertamente sino, como si dijéramos, de incógnito.*
>
> *Así que los judíos Le estaban buscando entre los asistentes, y no hacían más que decir:*
>
> *—¿Dónde se habrá metido?*

Y había muchas discusiones acaloradas entre la gente acerca de Él. Algunos decían:

—¡Es una buena persona!

—¡De eso nada! —replicaban otros—. ¡Está llevando a la gente por mal camino!

Pero nadie hablaba de Él abiertamente, porque tenían miedo de los judíos.

Jesús eligió Su momento, y fue a Jerusalén. Aquí se nos presentan las reacciones de la gente. Uno de los puntos supremamente interesantes de este capítulo son las diferentes reacciones que nos cuenta que se produjeron entre la gente. Vamos a recogerlas aquí ahora.

(i) Tenemos la reacción de Sus hermanos (versículos 1-5).

Reaccionaron realmente burlándose y tomándole el pelo despectivamente. No creían en Él; estaban provocándole como si se tratara de un chiquillo travieso. Sigue siendo frecuente esa actitud de desprecio tolerante a Jesús.

George Bernanos, en su *Diario de un cura rural,* nos cuenta que a veces invitaban al cura en la casona aristocrática de la parroquia. El amo le animaba a hablar y a discutir con los otros invitados, pero siempre lo hacía para divertirse un poco y con un desprecio tolerante, como si estuviera animando a un niño o a un perrillo a desplegar sus gracias. Aún hay quienes no parece que se han dado cuenta de que la fe cristiana es una cuestión de vida o muerte.

(ii) Tenemos el odio declarado de los fariseos y de los principales sacerdotes (versículos 7 y 19). No Le odiaban por la misma razón; porque, de hecho, se odiaban entre sí. Los fariseos odiaban a Jesús porque pasaba de sus mezquinas reglas y normas. Si Él tenía razón, ellos no la podían tener; y amaban su propio sistema más de lo que amaban a Dios. Los saduceos eran un partido político. No observaban las reglas y normas de los fariseos. Casi todos los sacerdotes eran saduceos. Colaboraban con los dominadores romanos, y gozaban de una situación muy cómoda y hasta lujosa. No querían un Mesías; porque cuando viniera se desintegraría su posición política y se les acabaría el chollo. Odiaban a Jesús porque interfería en sus intereses creados, que eran para ellos algo mucho más importante que las cosas de Dios.

Todavía sigue sucediendo el que una persona ame más su propio pequeño sistema que a Dios, y que coloque sus intereses creados por encima del desafío de una vida aventurera y sacrificial.

(iii) Ambas reacciones confluían en un deseo ardiente de eliminar a Jesús (versículos 30 y 32). Cuando los ideales de una persona están en conflicto con los de Cristo, o bien se somete o tratará de buscar la manera de eliminarle a Él. Hitler no quería tener cristianos cerca, porque reconocen una lealtad superior a la que los ata al estado. Una persona se enfrenta con una sencilla alternativa si deja que Cristo entre en su órbita. Tiene que escoger entre lo que ella misma quiere, o lo que Cristo quiere; y, si quiere seguir haciendo su propia voluntad, tiene que tratar de eliminar de su vida a Cristo.

(iv) Tenemos el desprecio arrogante (versículos 15, 47-49). ¿Qué derecho tenía este Hombre para venir a establecer Su ley? Jesús no tenía títulos académicos; no había estudiado en las escuelas rabínicas. ¿Qué persona inteligente iría a escucharle? Aquí tenemos la reacción de los intelectuales presumidos.

Muchos grandes poetas y escritores y predicadores no tenían títulos. Esto no es decir, ni mucho menos, que el estudio no sirva para nada; pero debemos tener cuidado con rechazar a nadie e incluirle entre los que no tienen ninguna importancia simplemente porque carece del equipo técnico de las escuelas.

(v) Tenemos la reacción de la multitud. Tenía dos caras; la primera era una reacción de *interés* (versículo 11). La única actitud que es imposible cuando Cristo realmente invade la vida es la indiferencia. Aparte de todo lo demás, Jesús es la figura más interesante de la Historia. Y la segunda fue la reacción de *la discusión* (versículos 12 y 43). Se hablaba de Jesús; se presentaban puntos de vista acerca de Él; se debatía Su Persona. Aquí hay tanto de valor como de peligro. El valor es que nada ayuda a aclarar nuestra opinión tanto como contraponerla a las de los demás. La mente se aguza con la mente como el hierro con el hierro. El peligro es que la religión se puede convertir muy fácilmente en una cuestión de discusión y de debate que se prolonga toda la vida sin llegar a nada. Hay una gran diferencia entre ser un teólogo amateur que no pasa de la discusión, y ser una persona realmente creyente, que ha pasado de hablar de Cristo a conocerle personalmente de veras.

VEREDICTOS SOBRE JESÚS

Juan 7:10-13 *(conclusión)*

En este capítulo hay una serie de veredictos sobre Jesús.

(i) Hay un veredicto de que era *una buena persona* (versículo 12). Ese veredicto es verdad, pero no es toda la verdad. Napoleón hizo una famosa observación: «Yo conozco a los hombres, y Jesucristo es más que un hombre.» Jesús es, desde luego, un hombre verdadero; pero es, además, el verdadero Hombre, y en Él está la Mente de Dios. Cuando habla, no es sólo un hombre hablando a los hombres; si fuera sólo eso podríamos discutir Sus mandamientos. Cuando Él habla, es Dios hablando a la humanidad; el Cristianismo no consiste en discutir Sus mandamientos, sino en cumplirlos.

(ii) Hay un veredicto de que era *un profeta* (Versículo 40). También eso es verdad. El profeta es uno que anuncia la voluntad de Dios, uno que ha vivido tan cerca de Dios que conoce Su pensamiento y propósito. Eso es verdad de Jesús; pero hay una gran diferencia entre un profeta y Jesús. El profeta dice: «Así dice el Señor.» Tiene una autoridad prestada y delegada. Su mensaje no tiene su origen en él mismo. Pero Jesús dice: «Yo os digo.» Tiene derecho a hablar, y Su autoridad no es delegada, sino que Le es propia.

(iii) Hay un veredicto de que era *un loco que vivía fuera de la realidad* (versículo 20). La disyuntiva es: o Jesús es la única Persona totalmente sana que ha habido en el mundo, o es un loco. Escogió la Cruz cuando hubiera podido tener el poder. Fue el Siervo doliente cuando hubiera podido ser un rey conquistador. Lavó los pies de Sus discípulos cuando hubiera podido tener a toda la humanidad a Sus pies. Vino para servir cuando hubiera podido someter al mundo entero a Su servicio. No es sentido común lo que nos imparten las palabras de Jesús, sino un sentido que Le es exclusivo. Él puso la escala de valores del mundo patas arriba porque trajo a un mundo loco la suprema sensatez de Dios.

(iv) Hay un veredicto de que era *un hereje.* Las autoridades judías vieron en Él a uno que estaba desviando a la gente de la verdadera religión. Le acusaron de todos los crímenes contra la religión que había en lista: de quebrantar el sábado, de ser un borrachín y un glotón, de tener los amigos menos recomendables, de ir en contra

de la religión ortodoxa. Está bien claro que, si preferimos nuestra idea de la religión a la Suya, nos parecerá un hereje; y una de las cosas más difíciles del mundo es el reconocer que se está en un error.

(v) Hay un veredicto de que era *un valiente* (versículo 26). Nadie podrá jamás dudar de Su coraje. Tenía valor moral para desafiar los convencionalismos y ser diferente. Tenía el valor físico para soportar los más terribles sufrimientos. Tuvo el valor de seguir adelante cuando Su familia Le abandonó, Sus amigos Le desampararon y uno de Su propio círculo Le traicionó. Le vemos aquí entrando valientemente en Jerusalén sabiendo que era para Él como la cueva de los leones. «Temía a Dios tanto que no le tenía miedo a ningún hombre», se dijo del reformador escocés John Knox. ¡Con mucha más razón podría decirse de Jesús!

(vi) Hay un veredicto de que *tenía la personalidad más dinámica* (versículo 46). El veredicto de los alguaciles que mandaron a prenderle en el templo y volvieron con las manos vacías fue que nunca había hablado nadie como Él. Julian Duguid nos cuenta que una vez iba haciendo un viaje en el mismo transatlántico que Wilfred Grenfell; y dice que se podía saber cuando Grenfell entraba en una habitación aunque se estuviera de espaldas por la ola de autoridad que emanaba. Cuando pensamos en cómo el Carpintero galileo se enfrentaba con los más poderosos del país y los dominaba hasta el punto de que eran ellos los que estaban sometidos a juicio y no Él, estamos obligados a reconocer que Él era, por lo menos, una de las personalidades supremas de la Historia. El cromo de un Jesús blanducho y anémico no Le va. Del verdadero Jesús fluía un poder que hizo volver alucinados y con las manos vacías a los que habían sido enviados a detenerle.

(vii) Hay un veredicto de que era *el Cristo,* el Ungido de Dios. Es un hecho innegable que Jesús no encaja en ninguna de las categorías humanas que hay disponibles; sólo la categoría de lo divino Le pertenece por derecho propio.

Hay otras tres reacciones a Jesús que debemos considerar.

(i) Está la reacción de *temor* de la multitud (versículo 13). Hablaban de Él, pero tenían miedo de hacerlo en voz demasiado alta. La palabra que usa Juan es onomatopéyica —es decir, que

imita el sonido de lo que describe. Es la palabra *gonguysmós.* La palabra de la Reina-Valera es *murmullo, mormollo* en la Biblia del Oso; *cuchicheando* en la Nueva Biblia Española. Indica una especie de gruñido de queja en voz baja. Es la palabra que se usa de la murmuración de los israelitas contra Moisés en el desierto; era algo que hacían en voz baja porque tenían miedo de decirlo en alto. El miedo puede impedir que se proclamen las convicciones; pero el cristiano no debe tener miedo de decirle al mundo que cree en Jesucristo.

(ii) La reacción de algunos de la multitud fue *la fe* (versículo 31). Eran hombres y mujeres que no podían negar lo que les resultaba evidente. Oían lo que decía Jesús; veían lo que hacía; recibían el impulso de Su dinamismo, y creían en Él. Cuando una persona se desembaraza de sus prejuicios y temores no tiene más remedio que acabar creyendo.

(iii) La reacción de Nicodemo fue *defender* a Jesús (versículo 50). En aquel concilio de las autoridades judías, la suya fue la única voz que se levantó en Su defensa. Ahí está el deber de todos nosotros. Ian Maclaren solía decirles a sus alumnos cuando predicaban: «¡Decid algo bueno de Jesús!» Hoy vivimos en un mundo hostil al Evangelio de muchas maneras y en muchos sitios; pero lo sorprendente es que la gente no ha estado nunca tan dispuesta a hablar de Cristo y a discutir de religión. Vivimos en una generación en la que es fácil ganarse el título de los reyes de «Defensor de la fe.» Dios nos ha dado el privilegio de poder ser abogados y defensores de Cristo frente a las críticas, y hasta las burlas, de los que no Le conocen, pero Le necesitan desesperadamente.

LA AUTORIDAD SUPREMA

Juan 7:15-18

Los judíos estaban alucinados; y se decían:

—¿Cómo es que sabe leer Este sin haber estudiado?

—Lo que yo enseño —decía Jesús— no son cosas mías, sino que pertenecen al Que Me envió. El que quiera hacer Su voluntad percibirá si Mi enseñanza procede de Dios o si lo que estoy diciendo no tiene su fuente más allá de Mí mismo. El que habla por cuenta propia está buscando su propia gloria; el que

busca la gloria del que le envió es veraz y no tiene ninguna malicia.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que es probable que algunos pasajes del evangelio de Juan no estén colocados en su debido sitio. Puede que el mismo Juan no tuviera tiempo para ponerlos en orden; o que las diversas hojas en que estaba escrito se reunieran equivocadamente. Esta sección y la siguiente son dos de los ejemplos más claros de colocación que se supone errónea. Tal como aparecen aquí resultan difíciles de entender porque no parecen guardar ninguna relación con el contexto.

Es casi seguro que deberían aparecer después de 5:47. El capítulo 5 nos relata la curación del inválido de la piscina. Jesús realizó ese milagro en sábado, y las autoridades judías lo consideraron un quebrantamiento de aquel día santo. En Su defensa Jesús cita los escritos de Moisés, y dice que, si los judíos de veras supieran lo que esos escritos querían decir y los creyeran, también creerían en Él. El capítulo termina: «Si hubierais creído a Moisés, Me creeríais a Mí, porque él escribía acerca de Mí. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer Mis palabras?» *(Juan 5:47).*

Si pasamos directamente de ahí a 7:15-24 obtenemos muy buen sentido. Jesús acaba de referirse a los escritos de Moisés, y los líderes judíos expresan su sorpresa diciendo: «¿Cómo es que sabe leer Éste sin haber estudiado?» Entenderemos mucho mejor el sentido y lo pertinente de *Juan 7:15-24* si suponemos que seguía originalmente a *Juan 5:47;* tengámoslo presente al estudiar ahora ese pasaje en cuestión.

La objeción que Le hacían a Jesús era que era un iletrado. Es exactamente la misma acusación que hicieron contra Pedro y Juan cuando comparecieron ante el sanedrín *(Hechos 4:13).* Jesús no había estudiado en las escuelas rabínicas. La costumbre era que no se permitía explicar las Sagradas Escrituras y hablar de la Ley nada más que a los discípulos de maestros reconocidos. Ningún rabino se atrevería jamás a hacer ninguna afirmación sobre la base de su propia autoridad. Siempre empezaba: «Hay una enseñanza de que...», y proseguía citando las autoridades que sustentaban lo que él quería decir. Y aquí estaba ese Carpintero galileo, Que no tenía

estudios de ninguna clase, y Que se atrevía a citar y a explicar nada menos que lo que había dicho Moisés.

Aquí Jesús habría podido caer en una trampa. Podría haber dicho: «Yo no necesito ningún maestro. Soy autodidacto; no he recibido la enseñanza ni la sabiduría de ningún otro.» Pero, en vez, dijo: «¿Preguntáis quién ha sido Mi maestro? ¿Queréis saber qué autoridad aduzco para Mi exposición de la Escritura? *Mi autoridad es Dios.»* Jesús se presentaba como discípulo de Dios. De hecho, esta es una afirmación que hizo repetidas veces. «No he hablado de mi propia capacidad. El Padre Que Me envió Me ha mandado lo que tengo que decir y hablar» *(Juan 12: 49).* «Las cosas que Yo os digo no las hablo por Mi propia cuenta» *(Juan 14:10).*

Frank Salisbury cuenta que recibió una carta después de pintar su gran cuadro *El entierro del guerrero desconocido* en la abadía de Westminster. Un compañero artista le decía: «Quiero felicitarte por el gran cuadro que has pintado —o más bien, el cuadro que Dios te ha ayudado a pintar.» Todas las grandes producciones de la mente o del espíritu humano son dones de Dios. Si nos gloriamos de ser autodidactos, si pretendemos que cualquier descubrimiento que hayamos hecho es nuestra exclusiva obra, estamos, a fin de cuentas, glorificando solamente nuestra reputación y nuestro ego. Los hombres más grandes no piensan en el poder de su propia mente o mano, sino siempre en el Dios que les dice lo que saben y les enseña lo que pueden hacer.

Además, Jesús establece a continuación una verdad. Sólo los que hacen la voluntad de Dios pueden comprender de veras Su enseñanza. Esa no es una verdad teológica, sino universal. *Aprendemos haciendo.* Un médico puede aprender la técnica de la cirugía de los libros. Puede que llegue a saber la teoría de todas las operaciones posibles. Pero eso no le hará cirujano; tiene que aprender haciendo. Uno puede estudiar el funcionamiento de un motor de coche; en teoría puede que sea capaz de planificar cualquier arreglo o ajuste; pero eso no le hará un buen mecánico. Tiene que aprender haciendo.

Así sucede con la vida cristiana. Si esperamos hasta comprenderlo todo para ponerlo por obra, nunca empezaremos. Pero, si empezamos a hacer la voluntad de Dios hasta donde la

conocemos, la verdad de Dios se nos hará más y más clara. Si alguien dice: «Yo no puedo ser cristiano, porque hay mucho de la doctrina cristiana que no entiendo, y tengo que esperar hasta entenderlo todo,» la respuesta correcta sería: «Nunca lo entenderás todo por completo; pero, si empiezas por tratar de vivir la vida cristiana hasta donde ya la entiendes, la entenderás más y más cada día.» En el Cristianismo, como en todo lo demás, la manera de aprender es ponerlo por obra.

Recordemos que es muy probable que este pasaje debería venir realmente detrás de la historia de la curación del inválido de Betesda. Han acusado a Jesús de impiedad porque devolvió la salud a uno en sábado, y Él pasa a demostrar que estaba buscando solamente la gloria de Dios, y que no había ninguna mala intención en Su obra.

UN RAZONAMIENTO SABIO

Juan 7:19-24

> *—¿No os dio Moisés la Ley, y no hay ni uno de vosotros que de veras la guarde? ¿Por qué queréis matarme?*
>
> *—¡Estás loco! —dijo la gente— ¿Quién es el que está pensando matarte?*
>
> *Jesús les contestó:*
>
> *—Yo no he hecho más que una obra, y todos os maravillasteis. Moisés os dio el rito de la circuncisión (aunque no fue Moisés el que la originó, sino que se remonta a vuestros antepasados), y circuncidáis los varones aunque sea sábado. Si es lícito cincuncidar a un hombre en sábado sin que eso suponga quebrantar la Ley de Moisés, ¿os enfurecéis conmigo por curar todo el cuerpo de un hombre en sábado? Dejad ya de juzgar por las apariencias y haced que vuestros juicios sean justos.*

Antes de empezar a considerar este pasaje en detalle, debemos aclarar una cuestión. Tenemos que darnos cuenta de que, en esta escena, tiene lugar un debate entre Jesús y los líderes de los judíos en medio de una multitud de espectadores. Jesús está justificando

su acción de sanar a un enfermo en sábado, que era técnicamente un quebrantamiento de la ley tradicional concerniente a ese día.

Jesús empieza diciendo que Moisés les dio la Ley, pero que no hay ni uno entre ellos que la cumpla perfectamente. (Veremos dentro de poco lo que quería decir con eso). Entonces, si Él quebrantó la ley para sanar a un enfermo, ¿por qué ellos, que quebrantan la ley, están tratando de matarle?

En este punto, *la gente* interrumpe el debate con la exclamación: «¡Estás loco! ¿Quién es el que está pensando matarte?» La gente todavía no se ha dado cuenta del odio que sus líderes Le tienen a Jesús, ni de su malvado designio de eliminarle. Creen que Jesús padece una manía persecutoria que Le tiene desequilibrado; y creen eso porque no conocen los hechos. Jesús no les contesta a esta pregunta, que no es realmente una pregunta sino una interjección de la audiencia.

Jesús continúa con Su razonamiento, que es el siguiente. La ley establecía que había que circuncidar a los niños al octavo día de su nacimiento: «Y al octavo día se circuncidará al niño» *(Levítico 12:3).* Estaba claro que ese día caería frecuentemente en sábado; y la ley concretaba que «todo lo necesario para la circuncisión se podía hacer en sábado.» Así pues, el razonamiento de Jesús seguía estos pasos:

(*a*) «Vosotros decís que cumplís a rajatabla toda la ley que os ha venido por medio de Moisés que prohíbe que se haga ningún trabajo en sábado, y catalogáis como trabajo toda clase de atención médica que no sea absolutamente necesaria para salvar una vida. No obstante, permitís que se lleve a cabo la circuncisión en sábado.»

(*b*) Ahora bien: la circuncisión incluye dos cosas. Es una atención médica a una parte del cuerpo humano; y el cuerpo tiene, de hecho, doscientas cuarenta y ocho partes (según el cómputo de los judíos de entonces). Pero también es una especie de mutilación, porque consiste en eliminar algo que formaba parte del cuerpo. «¿Cómo podéis, razonablemente, culparme por darle a un hombre la salud completa de todo su cuerpo cuando vosotros os permitís mutilar cuerpos el sábado?» Ese era una razonamiento sumamente inteligente y que se basaba en los mismos principios de la ley de Dios.

(*c*) Jesús acaba diciéndoles que traten de ver lo que hay debajo de la superficie de las cosas y de juzgar justamente. Si lo hicieran, ya no podrían acusarle de quebrantar la Ley. Un pasaje como este puede que nos resulte remoto; pero, cuando lo leemos, podemos admirar la clara, profunda y lógica mente de Jesús en operación, y podemos observarle saliendo al paso a los más sabios y agudos hombres de Su tiempo con sus propias armas y en sus propios términos; y ver cómo los derrotaba.

LAS CREDENCIALES DE JESÚS

Juan 7:14, 25-30

> *Cuando el festival iba ya por la mitad, Jesús subió al recinto del templo y Se puso a enseñar. Algunos de los de Jerusalén decían:*
>
> *—¿No es Éste el que estaban buscando para matarle? ¡Y fijaos! ¡Está hablando en público, y no Le dicen nada! ¿Será que las autoridades han descubierto sin lugar a dudas que Éste es el Ungido de Dios? Pero no podría ser así; porque Éste sabemos de dónde es, y cuando venga el Ungido de Dios nadie sabrá de dónde ha venido.*
>
> *A eso Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó:*
>
> *—¡Conque me conocéis, y sabéis de dónde soy! Pero no he venido por mi propia cuenta, sino que el Que Me envió es real. Vosotros no Le conocéis, pero Yo sí, porque he venido de Él, y Él es Quien Me ha enviado.*
>
> *A todo esto, les habría gustado encontrar la manera de arrestarle; pero nadie Le puso la mano encima, porque Su hora no había llegado todavía.*

Ya hemos visto que es probable que los versículos 15-24 deban colocarse detrás de 5:47; así que, para restablecer la conexión, pasamos del versículo 14 al 25.

La gente se sorprendió de encontrar a Jesús predicando en el recinto el templo. A lo largo de los lados del atrio de los Gentiles se extendían dos grandes pórticos con columnas: el pórtico Real y el de Salomón. Eran lugares en los que se reunía la gente, y donde a veces enseñaban los rabinos, y sería allí donde se encontraba

Jesús entonces. Por lo menos parte de la gente, los que eran de Jerusalén, conocían muy bien la hostilidad de las autoridades hacia Jesús; y se sorprendieron de ver el valor con que desafiaba a las autoridades, y más aún de que Le permitieran enseñar públicamente. De pronto se les ocurrió una posibilidad sorprendente: «¿Podría ser que Éste fuera el Mesías, el Ungido de Dios, y que las autoridades lo hubieran reconocido?»

Pero tan pronto como se les ocurrió aquella idea, la rechazaron. Y la razón era que ellos sabían que Jesús era de Nazaret, y quiénes eran Sus padres, hermanos y hermanas. Su identidad no tenía ningún misterio, lo cual Le descartaba como posible Mesías, ya que la creencia popular era que el Mesías *aparecería* misteriosamente. Creían que estaría oculto esperando, y algún día eclosionaría repentinamente en el mundo sin que nadie supiera de dónde había salido. Creían que el Mesías nacería en Belén, el pueblo de David; pero también creían que eso sería todo lo que se sabría de él. En el evangelio de Juan no se hace referencia al nacimiento de Jesús en Belén que relata Lucas.

Había un dicho rabínico: «Tres cosas se presentan inesperadamente: el Mesías, las oportunidades y los alacranes.» El Mesías *aparecería* tan por sorpresa como las oportunidades que Dios envía o los alacranes que están escondidos entre las piedras. En años posteriores, cuando Justino Mártir estaba hablando y discutiendo con un judío sobre sus creencias, el judío dijo acerca del Mesías: «Aunque el Mesías hubiera nacido ya y estuviera en algún sitio, no sabría ni él mismo que era el Mesías, ni tendría ningún poder hasta que viniera Elías a ungirle y darle a conocer.» La creencia popular era que el Mesías aparecería en el mundo de improviso y misteriosamente. Esas condiciones no se daban en Jesús; para los judíos, Su origen no tenía ningún misterio.

Esta creencia era característica de una cierta actitud mental que prevalecía entre los judíos y que no ha desaparecido ni mucho menos: la que busca a Dios en lo extraordinario. La enseñanza del Evangelio es precisamente la inversa. Si Dios sólo está en lo sobrenatural, está muy poco en el mundo; mientras que, si está en las cosas normales, está siempre presente y en todo. El Cristianismo no considera este mundo como un lugar que Dios visita

raras veces, sino como un mundo del que Dios no está nunca ausente.

En respuesta a estas objeciones, Jesús hizo dos afirmaciones, ambas escandalizadoras para la gente y para las autoridades. Dijo que era verdad que sabían Quién y de dónde era Él; pero era igualmente verdad que, en último término, Él había venido directamente de Dios. Y en segundo lugar, dijo que ellos no conocían a Dios, pero Él sí. Era todo un insulto el decirle al pueblo de Dios que no conocían a Dios, y una pretensión increíble la de decir que Él, Jesús, era el único que Le conocía, que estaba en una relación única y exclusiva con Dios de la que no participaba nadie más.

Aquí tenemos uno de los grandes virajes de la vida de Jesús. Hasta aquí, las autoridades Le habían tenido por un revolucionario que quebrantaba el sábado, lo cual era ya para ellos un crimen considerable; pero desde ahora ya no sería culpable sólo de quebrantar el sábado, sino del pecado supremo de *blasfemia.* Tal como ellos lo veían, Jesús hablaba de Israel y de Dios de una manera que ningún ser humano tenía derecho a emplear.

Este es el dilema que sigue presentándonos: O lo que Jesús decía de Sí mismo era falso, en cuyo caso sería culpable de una blasfemia que nadie se ha atrevido a pronunciar jamás; o lo que decía de Sí mismo era la verdad, en cuyo caso Él es el Que pretende ser y no puede describirse en otros términos que como el Hijo de Dios. Cada persona tiene que decidirse a favor o en contra de Jesucristo.

TIEMPO DE BUSCAR

Juan 7:31-36

> *Muchos de la multitud creyeron en Él, y decían:*
>
> *—Cuando venga el Ungido de Dios, seguro que no podrá hacer señales más grandes que las que ha hecho este Hombre.*
>
> *Los fariseos oyeron a la gente discutir acerca de Jesús; y los principales sacerdotes y los fariseos mandaron alguaciles a arrestarle. Así que Jesús les dijo:*
>
> *—Estaré con vosotros un poco más de tiempo, y luego volveré al Que Me envió. Me buscaréis, pero no Me*

encontraréis. No podéis venir adonde Yo voy.

A eso los judíos empezaron a decirse:

—¿Adónde va a irse Éste, que no Le podamos encontrar? ¿Pensará irse con los judíos que están dispersos entre los griegos para enseñar a los griegos? ¿Qué querrá decir con eso de «Me buscaréis, pero no me encontraréis» y «No podréis venir adonde Yo voy»?

Algunos de la multitud creyeron que Jesús era el Ungido de Dios, porque nadie podría hacer obras más importantes que las que estaba haciendo Jesús. Esa había sido la prueba que había usado el mismo Jesús cuando Juan el Bautista estaba en duda sobre si era Él el Que había de venir o si tenían que esperar a otro. Cuando Juan Le mandó sus mensajeros, la respuesta de Jesús fue: «Id a decirle a Juan lo que habéis oído y visto» *(Mateo 11:1-6).* El mismo hecho de que hubiera algunos que estaban vacilando en la misma línea de la aceptación movió a las autoridades a la acción. Enviaron alguaciles, probablemente la policía del templo, a arrestar a Jesús. Jesús dijo que estaría con ellos poco tiempo más, pero que llegaría un día cuando Le buscaran, no para detenerle, sino para obtener lo que sólo Él podría darles, pero sería demasiado tarde.

Jesús quería decir que volvería al Padre, de Quien ellos se habían desligado por su desobediencia. Pero Sus oyentes no Le entendieron. Hacía siglos que los judíos estaban desperdigados por todo el mundo. En alguna ocasión los habían exiliado a la fuerza; en otras épocas de desgracia nacional habían tenido que emigrar al extranjero. Había un término que incluía a todos los judíos que vivían fuera de Palestina, que era *diáspora,* la dispersión, que todavía se sigue usando para describir a los judíos que viven fuera de la Tierra de Israel. Es la palabra que usa aquí la gente: «¿Será que Jesús se va a ir a la *Diáspora?* O, todavía más extraño: ¿será capaz de irse a predicar a los griegos y así perderse entre las masas del mundo gentil? ¿Se irá tan lejos que no Le podamos recuperar?» Es sorprendente el que lo que se presentaba como una absurda sugerencia llegara a ser una profecía. Los judíos lo decían como algo inaceptable e increíble; pero, con el paso de los años, llegó a ser una bendita realidad: el Cristo Resucitado se lanzó a la conquista de todo el mundo gentil.

Este pasaje nos pone cara a cara con *la promesa y la advertencia de Jesús.* Había dicho: «¡Buscad y hallaréis!» *(Mateo 7:7).* Ahora dice: «Me buscaréis, pero no Me encontraréis» (versículo 34). Mucho tiempo atrás, el antiguo profeta había unido las dos frases en un dicho maravilloso: «Buscad al Señor *mientras puede ser hallado» (Isaías 55:6).* Una de las características de esta vida es que el tiempo es limitado. La fortaleza física decae, y hay cosas que uno puede hacer a los treinta años que ya no puede hacer a los sesenta. El vigor mental se debilita, y hay tareas intelectuales que se pueden acometer en la juventud pero que están vedadas en la madurez. La fibra moral pierde flexibilidad lo mismo que la muscular; y, si una persona se deja dominar por algún hábito, puede que llegue el día en que ya no se pueda librar de él, aunque al principio lo hubiera podido desterrar de su vida fácilmente.

Así sucede entre nosotros y Jesucristo. Lo que Él le estaba diciendo a Sus oyentes entonces era: «Podéis despertar a un sentimiento de vuestra necesidad demasiado tarde.» Una persona puede estar rechazando a Cristo tanto tiempo que, al final, ya ni siquiera siente Su atractivo; el mal llega a ser su bien, y el arrepentimiento, imposible. Mientras el pecado todavía nos duele, y la bondad inasequible todavía nos atrae, la oportunidad de buscar y hallar se nos sigue ofreciendo. Pero tenemos que tener cuidado, no sea que nos acostumbremos al pecado de tal manera que ya no nos demos cuenta de que estamos pecando, y descuidemos a Dios tanto que ya nos olvidemos hasta de que existe. Para entonces ya ha muerto el sentimiento de necesidad; y si esto nos falta, ya no podemos hacer nada, porque si no podemos buscar, no podremos encontrar. La única cosa que no nos podemos permitir perder nunca es el sentimiento de pecado.

LA FUENTE DE AGUA VIVA

Juan 7:37-44

> *El último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y llamó en alta voz:*
>
> *—¡El que tenga sed, que venga a Mí a beber! Como dice la Escritura: «El que crea en Mí, ríos de agua viva correrán por sus entrañas.»*

Aquello lo dijo refiriéndose al Espíritu Que habían de recibir los que creyeran en Él; porque aún no había Espíritu, porque Jesús todavía no había sido glorificado.

Cuando Le oyeron decir aquello, algunos de la multitud dijeron:

—¡Éste es, sin duda, el Profeta prometido!

—¡Éste es el Ungido de Dios! —decían otros.

—¿Es que puede venir de Galilea el Ungido de Dios? —objetaban otros—. ¿Es que no dice la Escritura que el Ungido de Dios es descendiente de David, y que será de Belén, el pueblo de donde era David?

Así es que había división de opiniones entre la multitud acerca de Jesús. Algunos habrían querido arrestarle, pero nadie Le puso la mano encima.

Todos los acontecimientos de este capítulo tuvieron lugar durante la fiesta de los Tabernáculos; y, para entenderlos adecuadamente debemos conocer el significado y un poco del ritual de aquella fiesta.

La fiesta de los Tabernáculos —o de las cabañuelas, DRAE— era la tercera de las tres grandes fiestas judías de guardar a las que estaban obligados a asistir todos los varones que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén: la Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Caía corrientemente a finales de septiembre, el 15 del séptimo mes hebreo. Como todas las grandes fiestas judías, tenía un doble significado.

En primer lugar, tenía un significado *histórico.* Recibió su nombre del hecho de que, mientras duraba, las familias salían de sus casas y vivían en chozas. Durante la fiesta, surgían chozas por todas partes: en las azoteas de las casas, en las calles, en las plazas públicas, en los jardines y en los parques y hasta en los mismos atrios el templo. La ley establecía que las chozas no podían tener una estructura permanente, sino ser hechas sólo para la ocasión. Las paredes eran de ramas o frondas, capaces de proteger del tiempo pero dejando pasar el sol. La cubierta era de paja o cañas, pero trenzadas de tal manera que se pudieran ver las estrellas desde dentro. El significado histórico de todo esto era recordarle al pueblo de una manera inolvidable que en su pasado habían sido peregrinos por el desierto sin techo sobre sus cabezas *(Levítico*

23:40-43). El propósito era «que vuestras generaciones sepan que Yo hice habitar en chozas al pueblo de Israel cuando lo saqué de la tierra de Egipto.» En su origen duraba siete días, pero en tiempos de Jesús ya se le había añadido el octavo.

En segundo lugar, tenía una significación *agrícola.* Era sobre todo una fiesta de acción de gracias por la cosecha. Algunas veces se la llamaba *la fiesta de la cosecha (Éxodo 23:16; 34:22);* y era la más popular de todas. Por esa razón, a veces se la llamaba simplemente *la fiesta (1 Reyes 8:2),* y a veces *la fiesta del Señor (Levítico 23:39).* Las sobrepasaba a todas. La gente y la liturgia hebrea la llamaban «la fiesta de nuestra alegría», porque marcaba el final de todas las cosechas, ya que para esa fecha ya se habían segado la cebada y el trigo y vendimiado las uvas. Como establecía la ley, tenía que celebrarse «cuando hayas recogido los frutos de tus labores del campo» *(Éxodo 23:16);* había que guardarla «cuando hayas hecho la cosecha de tu era y de tu lagar» *(Deuteronomio 16:13,16).* No se daban las gracias sólo por una cosecha, sino por todas las cosas buenas de la naturaleza que hacían la vida posible y feliz. En el sueño del nuevo mundo de Zacarías sería ésta la fiesta que se celebraría en todas partes *(Zacarías 14:16-18).* Josefo la llamaba «la fiesta más santa y grande entre los judíos» *(Antigüedades de los judíos, 3:10:4).* No era una fiesta sólo para los ricos, sino que se establecía que el siervo, el extranjero, la viuda y el pobre habían de participar de la alegría general.

Había una ceremonia que se incluía especialmente en esta fiesta. Se les decía a los fieles que tomaran «ramas con fruto de árbol hermoso, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos y de sauces de los arroyos» *(Levítico 23:40).* Los saduceos decían que esta era una descripción de los materiales de los que había que hacer las chozas; y los fariseos, que los participantes en la fiesta tenían que traer estas cosas cuando venían al templo. Naturalmente, el pueblo seguía la interpretación de los fariseos, porque les daba oportunidad de participar personalmente en la fiesta de la alegría.

Una ceremonia especial está íntimamente relacionada con este pasaje y con las palabras de Jesús. Seguramente la tendría en mente cuando habló, y es posible que hasta sirvió de escenario

natural a Sus palabras. Todos los días de la fiesta venía al templo la gente con sus ramas de palmera y de sauce, y formaba con ellas una especie de pasillo que daba la vuelta al altar mayor. Al mismo tiempo, un sacerdote llevaba una vasija de oro de tres *logs* de capacidad (litro y medio) al estanque de Siloé y la llenaba de agua. Luego volvía y entraba por la puerta del Agua mientras la gente recitaba *Isaías 12:3:* «¡Sacad con gozo aguas de las fuentes de la salvación!» El agua se subía al altar del templo y se derramaba como una libación al Señor. Mientras tanto, el coro de los levitas con acompañamiento de flautas cantaba el *hallel,* es decir, los salmos 113-118. Cuando llegaban a las palabras «Alabad al Señor porque Él es bueno» *(Salmo 118:1),* y también a las palabras «Oh Señor, sálvanos ahora» *(Salmo 118:25),* y por último a las palabras finales «Alabad al Señor porque Él es bueno» *(Salmo 118:29),* los que participaban en el culto gritaban y mecían las ramas hacia el altar. Toda aquella ceremonia dramática era una acción de gracias por el don de Dios del agua, y una oración por la lluvia, y un recuerdo de cuando salió agua de la roca cuando el pueblo estaba en el desierto. El último día de la fiesta, esta ceremonia era especialmente impresionante, porque daban siete vueltas al altar en memoria de la marcha de siete vueltas alrededor de las murallas de Jericó, que cayeron e Israel conquistó la ciudad.

En ese contexto, y tal vez en ese mismo momento, resonó la voz de Jesús: «¡El que tenga sed, que venga a Mí a beber!» Es como si Jesús dijera: «Estáis dando gracias y gloria a Dios por el agua que calma la sed de vuestro cuerpo. Venid a Mí, y satisfaré la sed de vuestra alma.» Estaba usando aquel momento dramático para trasladar el pensamiento de la gente a la sed de Dios y de las cosas eternas.

LA FUENTE DE AGUA VIVA

Juan 7:37-44 *(conclusión)*

Después de haber reconstruido el trasfondo vivo de este pasaje, debemos ahora considerarlo más en detalle.

La promesa de Jesús nos presenta un poco de problema. Dijo: «El que crea en Mí, ríos de agua viva correrán por sus entrañas.» E introduce esta proclama diciendo: «Como dice la Escritura.» No se

ha conseguido identificar esta cita de manera satisfactoria; y la cuestión es: ¿Qué quiere decir? Hay dos posibilidades diferentes.

(i) Puede que se refiera a la persona que viene a Jesús y Le acepta: tendrá en su interior un río de agua refrescante. Sería otra manera de decir lo que le dijo Jesús a la Samaritana: «El agua que Yo les daré se convertirá en un manantial de agua en su interior saltando a borbollones para darles la vida eterna» *(Juan 4:14).* Sería otra manera de expresar el hermoso dicho de Isaías: «El Señor te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas cuyas aguas nunca faltan» *(Isaías 58:11).* El sentido sería que Jesús podía dar a las personas el caudal vivificador del Espíritu Santo.

Los judíos localizaban los pensamientos y las emociones en diferentes partes del cuerpo. *El corazón* era la sede de la inteligencia; *los riñones* y *el vientre,* de las emociones íntimas. Como dice el autor de *Proverbios:* «El espíritu humano es la lámpara del Señor, la cual escudriña todas sus entrañas» *(Proverbios 20:27).* Esto querría decir que Jesús prometía la corriente purificadora, refrescante y vivificadora del Espíritu Santo, que limpia y revitaliza nuestros pensamientos y sentimientos. Es como si Jesús dijera: «Venid a Mí y aceptadme; y pondré en vosotros, por Mi Espíritu, una nueva vida que os dará pureza y satisfacción, la clase de vida que habéis deseado siempre y que nunca habéis tenido.» Sea cual sea la interpretación que tomemos, es absolutamente seguro que lo que representa ésta es verdad.

(ii) La otra interpretación es que «los ríos de agua viva correrán por sus entrañas» se refiere al mismo Jesús (y a Su Cuerpo, que es la Iglesia). Puede que sea una descripción del Mesías que Jesús cita de alguna escritura que no podemos localizar. Los cristianos siempre han identificado a Jesús con la roca que dio agua a los israelitas en el desierto *(Éxodo 17:6).* Pablo también aplicó esa figura a Cristo *(1 Corintios 10:4).* Juan nos dice que, cuando un soldado abrió el costado de Jesús en la Cruz con su lanza, salió agua con sangre *(Juan 19:34).* El agua representa la purificación que recibimos en el Bautismo, y la sangre el sacrificio expiatorio de la Cruz representado en la Santa Cena. Este símbolo del agua

vivificadora que viene de Dios se encuentra a menudo en el Antiguo Testamento *(Salmo 105:41; Ezequiel 47:1,12).* Joel nos presenta un cuadro maravilloso: «Y saldrá una fuente de la casa del Señor» *(Joel 3:18).* Bien puede ser que Juan esté pensando en Jesús como la fuente de la que fluye la corriente purificadora. El agua es aquello sin lo cual no puede existir la vida; y Cristo es el único sin el Cual la humanidad no puede vivir ni enfrentarse con la muerte. De nuevo, sea cual sea la interpretación que tomemos, esto también es verdad.

Ya sea que tomemos esta figura como refiriéndose a Cristo o a los cristianos, quiere decir que de Cristo fluye la fuerza y el poder y la purificación que nos dan la vida en el sentido más auténtico de la palabra.

En este pasaje hay algo sorprendente. La versión Reina-Valera y casi todas las demás lo suavizan, pero el mejor texto original dice sorprendentemente en el versículo 39: «Porque aún no había Espíritu.» ¿Qué quiere decir eso? Vamos a considerarlo de la siguiente manera: un gran poder puede existir mucho antes de que se descubra, como ha sucedido con la electricidad o la fuerza atómica; no somos los seres humanos los que lo hemos inventado, sino sólo descubierto. El Espíritu Santo ha existido siempre; pero no llegó a ser una realidad en la Iglesia hasta el día de Pentecostés. Como se ha dicho acertadamente: «No podía haber Pentecostés sin Calvario.» Es necesario conocer a Jesús antes de experimentar el Espíritu. Antes, el Espíritu había sido un Poder; pero ahora es una Persona, porque ha llegado a ser para nosotros nada menos que la presencia del Señor Resucitado, siempre con nosotros. En esta frase aparentemente alucinante, Juan no quiere decir que el Espíritu no *existiera,* sino que fue necesaria la vida y la muerte de Jesucristo para abrir las compuertas del Espíritu para que llegara a ser real y vivificador para todo el mundo.

Debemos fijarnos en cómo termina este pasaje. Algunos tomaron a Jesús por el Profeta que había prometido Moisés *(Deuteronomio 18:15).* Otros creyeron que era el Ungido de Dios. Y se produjo una discusión sobre si el Mesías tenía que venir de Belén o no. Esa es la tragedia: la gran experiencia espiritual acabó en la aridez de una discusión teológica.

Eso es lo que tenemos que evitar a toda costa. Jesús no es un tema que hay que discutir, sino Alguien a Quien hay que conocer y amar. Si tenemos una opinión acerca de Él y otro tiene otra, eso no importa con tal de que ambos Le conozcamos como nuestro Salvador y Le aceptemos como nuestro Señor. Aunque expliquemos nuestra experiencia espiritual de diferente manera, eso no debe dividirnos; porque lo importante es la experiencia, y no la explicación que le demos.

ADMIRACIÓN INVOLUNTARIA Y TÍMIDA DEFENSA

Juan 7:45-52

> *A eso volvieron los alguaciles a los principales sacerdotes y los fariseos, y éstos les dijeron:*
>
> *—¿Por qué no os Le habéis traído para acá?*
>
> *Los alguaciles contestaron:*
>
> *—¡Jamás ha hablado nadie como este Hombre!*
>
> *—¡No os habréis descarriado vosotros también! —les replicaron los fariseos—. ¿Acaso ha creído en Él alguien de las autoridades? ¿O de los fariseos? ¡Claro que no! Pero esa chusma que no conoce la Ley, maldita sea, esos son los que sí creen en Él.*
>
> *Nicodemo, que era uno de ellos (el que había venido a Jesús antes), les dijo:*
>
> *—¿Es que nuestra Ley condena a nadie sin haberle permitido antes exponer su caso y sin haber obtenido información de primera mano sobre lo que está haciendo?*
>
> *—¡No serás tú otro galileo como Él! —replicaron—. ¡Investiga y convéncete de que no hay profeta que salga de Galilea!*

Aquí tenemos algunas reacciones espontáneas a Jesús.

(i) La reacción de los alguaciles fue de sorprendida admiración. Habían acudido con la intención de arrestar a Jesús, y habían vuelto sin Él porque en la vida habían oído a nadie hablar como Él. Realmente, el escuchar a Jesús es una experiencia sin igual para cualquier persona.

(ii) La reacción de los principales sacerdotes y los fariseos fue de desprecio. Los fariseos usaban una frase para describir a la gente normal y corriente que no observaba los millares de reglitas de la ley ceremonial. Los llamaban ‘am haáretz, la gente de la tierra, y los despreciaban olímpicamente. El casar a una hija con uno de ellos era como exponerla atada a una fiera salvaje. «Las masas que no conocen la Ley son malditas.» La ley rabínica decía: «Se establecen seis cosas con respecto a la gente de la tierra: no des testimonio a su favor; no aceptes su testimonio; no les confíes ningún secreto; no los nombres tutores de ningún menor; no los pongas a cargo de fondos de caridad, y no los aceptes como compañeros en ningún viaje.» A los fariseos les estaba prohibido invitar o aceptar una invitación de ninguno de la gente de la tierra. Estaba establecido que, hasta donde fuera posible, ni se les comprara ni se les vendiera nada. En su orgullo aristocrático, esnobismo intelectual y soberbia espiritual, los fariseos miraban por encima del hombro a las personas sencillas. Su razonamiento era: «Ninguno de los intelectuales y piadosos ha creído en Jesús. Sólo Le aceptan los ignorantes.» Es terrible el que una persona se crea demasiado culta o demasiado buena para necesitar a Jesucristo. Y es algo que sigue pasando.

(iii) La reacción de Nicodemo. Fue una reacción tímida, porque no defendió abiertamente a Jesús. Sólo se atrevió a citar algunas máximas legales que eran pertinentes. La Ley establecía que todos tenían derecho a que se les hiciera justicia (Éxodo 23:1; Deuteronomio 1:16); y parte de la justicia era y es que se le permita a uno exponer su caso, y no condenarle por información de segunda mano. Los fariseos pretendían saltarse la Ley; pero está claro que Nicodemo no llevó su protesta más adelante. El corazón le decía que debía defender a Jesús, pero la cabeza le decía que no se buscara líos. Los fariseos le lanzaron unos tópicos de los suyos, y le dijeron que no podía salir ningún profeta de Galilea, y hasta se burlaron de él preguntándole si es que tenía algo que ver con «esa gentuza». Y, al parecer, él no dijo nada más.

Es frecuente el que uno se encuentre en una situación en la que le gustaría defender a Jesús y confesar su fe. A menudo se hace una defensa tibia, y después hay que callarse. En la defensa de

Jesús es mejor dejarse llevar por un corazón arriesgado que por una cabeza calculadora. El estar por Cristo firmes puede que nos traiga burlas y nos haga impopulares; hasta puede que nos reporte perjuicios, rechazamiento y sacrificio. Pero sigue en pie el hecho de que Jesús dijo que del que diga que es de Jesús delante de la gente, Él también dirá que es Suyo delante de Su Padre; y del que diga que no es de Jesús, Él también dirá que no es Suyo ante Su Padre. La lealtad a Cristo puede suponer una cruz en la Tierra, pero seguro que reportará una corona en la eternidad.

PALABRAS hebreas, *griega*s y latinas*

* Las referencias que aparecen en este índice, corresponden a la versión impresa.

Transcripción fonética aproximada, para dar una idea de cómo se supone que se pronunciaban estas palabras cuando se escribió el *Nuevo Testamento*. **h**: más suave que la **j**, como en andaluz; **j**: como en castellano; **th**: como la **z** castellana o la **th** inglesa; **y**: en griego, como la **u** francesa, siempre vocal; **z**: **s** sonora que no existe en castellano pero sí en las demás lenguas hispánicas, románicas y en el inglés; **ll**: como doble *l*. Las demás, como en castellano. Las vocales con acento circunflejo (^) son largas. En cursiva las palabras *griegas*; en normal las latinas, y en negrita las **hebreas**. Las páginas que preceden a II: son del volumen primero; las que lo siguen, del volumen segundo.

advocatus, II:190
Adônai, II:239
agapê, II:209s
agathós, kalós, II:79
aiônios, 58s, 153, II:236
akoluthein, II:20s
alektorofônía, II:260
aletheía, alêthês, alêthinós
17s, 69, II:197
am ha-árets, 293
anamartêtos, II:12
anôthen, 148s
ánthrôpos, ho, II:277

apatheía, II:118
apostellein, 194
arbiter bibendi, 120
arjitriklinos, 120
arjôn, 147
baptizein, 103s
Bar Abba, Bar Rabbán, II:281
basilikós, 204
bastazein, II:130
bat qôl, II:148
bêma, II:279
Bethzathá, 208
Boanergues, 26, 28
collybus, 132
cutheos o juthitas, 176
Didajê, II:124
didáskalos, 107
dokein, 23, 82
dulos, pl. duloi, II:203
dynamis, 142
elenjein, II:218s
Elôhîm, II:95
emblepein, 110
embrimasthai, II:117
emet, 248
epi tês thalassês, 243
exedôke, 30
Gabatá, II:264
gallicinium, II:260
Gólgota, *Kranion,*
Calvarium, II:284
gonguysmós, 275
grafein, II:12
guynai, 119
hades, II:47
haguios, haguiazein, II:95, 245s
hallel, 289, II:136

hamartía, II:26s
helkyein, 256
hôra, 269
hosanna, II:135
hypsun, 159
Ibis ad crucem, II:284
iudaioi, 95
ius gladii, II:265
jaburá, 144
Januká, II:87
jérem, II:62
Jesus, *lêsús*,
    Yehoshúa, Josué, II:282
jortázesthai, 237
Jristós, 108s
juthitas, cutheos, 176
kairos, 269
kalós, v. agathós.
kata, katagrafein, II:12
katalambanein, 64
kathizein, II:279
Kefa, 110, 112
kófinos, 237
kollybos, kollybisthai, 132
kolymbêthon, -a,
    kolymban, 208
korbán, II:271
kosmos, II:27s
krábbatos, 210
latreía, II:216
lêstês, II:281
Logos, 16s, 43s, 48s, 72s
lulab, II:136
Marín, II:280
mathêtês, II:31
miseria, misericordia, II:12
ME MOY APTOY,

ME PTOOY, PTOEIN, II:308
Mesías, Mashîaj, 108s
metrêtês, 119
monai, II:176
monoguenês, 92
mumjeh, 132
órfanos, II:192
parthenos, II:39
pax romana, II:208
paraklêtos, II:190s
paroimía, II:228
pea, 237
pempein, 194
pétalos, II:259
pisteuein, 59
pistikós, pistós, pinein, II:127
plêrôma, 89
pneuma, 156
pontifex, II:288
prodromos, -oi, II:178
prôi, prôton 108, II:201
quaternium, II:287
Q.E.D. = quod erat demonstrandum, II:106
Rabí, 107
renatus in aeternum, 151
rûaj, 103, 156
sarx, 81s
sêmeion, sêmeía, 18, 142
Seol, sheôl, II:111s
shalôm, II:195
Shejina, 87
Shomerón, shomeroní, II:43
shoshbén, 169
sklêrós, 263
skotos, skotía, 62
Sofía, 44

speira, II:252
targûm, targumîm, 42s
taurobolium, 151
teras, 142
tetélestai, II:293
theasthai, 80
theós, 53
YHWH, YaHWeH, Jehová,
II:239
ziz, II:259
zôê, zên, 57

NOMBRES Y TEMAS QUE APARECEN EN EL TEXTO**

** Las referencias que aparecen en este índice, corresponden a la versión impresa.

Abanes, II:314
Abraham y Cristo, 37, II:46s
descendientes de, II:35s
acceso a Dios, II:203, 228ss, 288
adulterio, II:9s
advertencia, 157, 167, 185, II:17, 24, 34s, 40, 102, 104, 150, 215, 243, 250s
agua, 119s, 180s, 208s, 289ss
agua viva, 178s
Agustín de Hipona, 12, 22, 81, 106, 163, 182, II:14, 99, 321, 329
Alcibíades, 165
alegría, gozo, júbilo, II:201, 226, 243
amanuense del Cuarto Evangelio, 33s
Ambrosio de Milán, II:329
amigos de Jesús, II:204s
amor, II:93s, 158, 171, 202, 301s
de Dios, 162s
de Jesús, II:245
Anano, II:265
Anás, familia de, II:256s
Andrés, 32, 109, 239, II:141
Andrews, C. F., II:99
Antíoco Epífanes, II:87

antropomorfismo, 42
Antonino, II:50
Apocalipsis de Baruc, 218
Apuleyo, 91, 150s
Araujo Carretero, Carlos, II:53
Arístides de Atenas, el Justo, II:211
Armytage, A. H. N. Green, 32s, 122
Ascensión de Jesús, 264
asno, II:137
Atrio de los Gentiles, 136, II:140
autoridad, II:12s
  de Dios, II:14
Avery, Margaret, 244
Bacon, II:275
ayuno, 32
Barret, C. K., II:190
bautismo, 103s, 211, II:163s, 294
  de prosélitos, 98
  del Espíritu Santo, 104
Bellfell, Derek, II:234
Ben Sirá, v. Eclesiástico.
Bengel, II:147, 249
Bernanos, George, 271
Bernard, J. H., 92, II:140
Berwick, II:145
beso santo o de la paz, II:209
Boys' Brigade, II:210
Brown of Haddington, John, II:30
Browning, 223
Browning, Sra., 168
Bruce, A. B., II:185
calumnias a los cristianos, II:208
cambistas, 131s
camino, II:180s
caníbales, acusados de ser, II:209s
Canon de Muratori, 31
canto del gallo, II:260

Carlton, Will, 41
Carlyle, Thomas, II:131
carne, 260
carrera, hacer, 107
Casiano, 28
ceguera espiritual, II:67
celotas, II:76, 281
Celso, 91
Cerinto, gnóstico, 22, 28, 31
Churchill, Winston, 40
Cicerón, II:281
Cielo, (v. Reino de Dios), 175, 177
ciento ciencuenta y tres, II:318
cínicos, filósofos, 61, 85
circuncisión, 280
Cirilo de Alejandría, II:319, 325
Cirilo de Jerusalén, II:34
Clemente de Alejandría, 19, 26s, 31, II:176
Codex toletanus, 31
comer con alguien, II:164
comer la carne de Cristo, 259
compasión, 214, II:17s, 53
Comunión, 237, 262, 294, II:124, 193
Confesión de fe de Westminster, 74
confianza de Jesús, 220
  en nosotros, II:229, 240, 245
conocer a Dios, II:236s
conocimiento pleno, II:227
consagrar, -ción, II:96, 244
Constituciones apostólicas, II:329
conversaciones de Jesús
  en Juan, 148, 178, 193
convicción personal, II:213
Coponio, II:265
Corán, II:43
Cordero de Dios, id. pascual, 99s
creación, 54ss

credenciales mesiánicas, 215ss
224, 264, 281
creer, 59, 160s, 222
en Jesús, 79, 160s, 249s, II:115
Jesús en nosotros, II:19, II:217
crisis, II:106
Crisóstomo, Juan, 246, II:65, 328
cristianos, acusados de
revolucionatrios, caníbales,
inmorales, incendiarios,
divisores de familias, II:209s
cronología de la vida de Jesús, 128
crucifixión, II:281s, 293, 327
Cruz = gloria, II:84, 100, 143,
145, 170s, 177, 232ss,249
Cuarto Evangelio:
características, 10ss
conocimientos exclusivos, 13
circunstancias en que se escribió, 15
el brote de las herejías, 20
la humanidad de Jesús, 23
la deidad de Jesús, 24
el autor, 25
el discípulo amado, 28
el amanuense, 33
producción de la Iglesia, 30ss
cuerpo de Jesús, 22
cuerpo y sangre de Cristo, 257ss
culto, falso, 187s
irreverente, 134s
verdadero, 139, 189
al emperador, II:207s
Chesterton, G. K., II:28
Chirgwin, A. M., II:113s
Darwin, Charles, II:133
Dedicación, fiesta de la, II:86s
Deeping, Warwick, 182

degeneración, II:197
deidad de Jesús, 24s, 53s, II48s
Demóstenes, 228
desafío, II:19
desesperación, 70s
Día del Señor, II:225
diablo (v. Satanás), II:40
diáspora, 284
Didajé o Doctrina de los
   Doce Apóstoles, II:124
diez tribus perdidas, las, 176
Dionisio el Grande, 34
Dionysos, 127
Dios, invisible, II:183
   Su presencia en la vida, II:183s
   en la Cruz, II:184
   unicidad de Dios, II:185
discipulado, II:30s, 240s
discípulo, II:200, 239, 241s
   d. de Jesús, II:243s, 245
   secreto, II:154, 295s
Discípulo amado, el 28s, II:167, 257
divinidad de Cristo, v. deidad.
Doré, Gustavo, II:301
docetismo, docetistas, 23, 82
duda, 72
duelo judío, II:107s, 117, 121
Duguid, Julian, 275
duración del ministerio de Jesús, 12s
Eclesiástico, Ben Sirá, 45s
edad de oro, futura, II:142, 223s
edad presente, II:224s
Edersheim, Alfred, II:256
Eduardo III el Confesor, II:114
elección eterna, II:19
elegidos para la alegría, el amor,
   para ser amigos y socios de Jesús,

Sus embajadores, Su publicidad,
miembros de la familia de Dios, II:202-205
Elías, 96s
Eliot, T. S., II:275
emanaciones, 21, 55
embajadores de Jesús, II:203s
emoción de Jesús, II:117ss
Enoc, libro de, 217ss, II:142, 176
entrar y salir, II:75
enviar, Enviado, 194, II:57, 96, 306
envidia, 166s
esclavo, esclavitud, II:35s
escribas (v. fariseos), II:12s, 24
esperanza, 162
espíritu, 156, 264s
Espíritu Santo, 32, 102ss, 154, 170
II:42, 218ss
en el A. T., 171
Abogado, II:189
Auxiliador, Ayudador, II:190ss, 214s, 218
Colega de Cristo, II:194
Consolador, Confortador, II:190
de la Verdad, 83, II:221s
bautismo del, 104
nos enseña, recuerda, etc., II:194
estoicismo, -cos, 49, 230, II:34s
etapas de la vida cristiana, 252
Eusebio, 11s, 19, 26ss, 34, II:329
Eutimio Zigabeno, II:328
Evangelio apócrifo de Pedro, II:279
Evangelio de Nicodemo, o
Hechos de Pilato, II:47
evangelios, diferencias, 9s, 32s
origen de los, 11
evangelistas, símbolos de los, 9
Evans, Christmas, II:144s
exclusivismo, 71, II:80

excomunión, II:62s, 215s
familia de Dios, II:204
fariseos, 59, 145s, 272
Farmer, H. H., 134
Fausto de Marlowe, II:102s
fe (v. creer). II:204
  de Jesús (v. Jesús), II:45
fiestas judías, 12s, 128
Filón de Alejandría, 49s, 81, 102, 214
II:269, 280, 104, 213s
fin del mundo, II:210
Findlay, J. Alexander, 225
formas (v. ideas).
Francisco de Asís, II:159
Frankau, Gilbert, II:106s
Frazer, Sir James G., 209, II:233
Froude, J. A., 74, II:131
Galloway, II:112
Gamaliel II, II:107s
Garibaldi, II:217
Gee, H. L., II:234
genealogías, 15s
Gibbs, Philip, II:275
gloria, 86s, 249s
  de Dios y de Cristo, 18s II:100, 120, 235
  manifestar la gloria de Dios, II:54
  y la Cruz, II:232ss
glorificar < obedecer, II:234
Glover, T. R., 91, II:159
gnosticismo, 21ss, 54s, II:290, 294
Godet, 112, II:120
Goethe, Johann W. von, 63
Goodspeed, E. J., 16, 39
gracia, 83, 89s
Grenfell, Wifred, 126, 223, 275
griegos, II:139s
Guerra Civil de España, II:253

Gundaforo, II:314
Hades, II:47s
Händel, Georg Friedrich, II:223
Hankey, Donald, II:161s
Hanway, Jonas, II:211
Hardy, Thomas, 255
Hechos de Tomás, II:314
Heráclito, 48s
hereje, Jesús, 274
herejías, 20, 82
Heródoto, II:139
Hesíodo, 209
Hijo de Dios, II:95, 314
Hijo del Hombre, 217s, II:141s,148s
hijos de Dios, 77, 152s, II:40
hijos del diablo, II:38
hijos de la luz, II:150
Hillel, II:89
hisopo, II:291s
Hitler, 272
hogar, 75, 122, II:99, 183
  de Betania, II:99
honestidad de Jesús, II:177
honor, II:47, 202, 247
humanidad de Cristo, 23s, 82, 174s, 260
humildad, II:160s
Hutton, John, 156s
Huxley, Thomas Henry, 113
ideas, realidad, 17
identidad de Jesús con el Padre, 219s
Iglesia, 96
universalidad de la, II:319
Ignacio de Antioquía, II:320
ignorancia, v. oscuridad.
incendiarios (acusados de ser), II:209
independencia de Cristo, 24s
iniciativa de Cristo, 162, II:101s

de Dios, 106
Inquisición, II:215
intrepidez de Jesús, (v. valor) 220
Ireneo, 28, 30, 138, II:177
ironía dramática, II:122s, 138 275ss, 279
Jehová, tetragramaton, II:238
Jenófanes, 91
Jerónimo, 28, 117, 133 II:322, 329
Jesús,
  Camino, Verdad y Vida, II:180ss
  el Dador de la vida, II:221
  el Hombre, II:277
  el Que juzga, II:221
  honestidad de, II:178
  intrepidez de, II:220
  simpatía de, II:175, 231
  autoridad, II:253s
  majestad, Reino, II:276
  misión de, II:178
  silencio, soledad, II:278
  verdad, valor (v.), II:277
  lucha y vindicación, II:196
  triunfo final, II:179
Johnson, Doctor, 240s
Jorge V de Inglaterra, II:312
Josefo, Flavio, 288, II:33, 76, 122
265, 269
Juan, el anciano, 33
Juan, el apóstol, 25ss, 39, II:259
Juan el Bautista, 20s, 65s, 88, 93
96ss, 228
Juana de Arco, II:145, 150, 154, 216, 233
Judá el Patriarca, II:50
Judas Iscariote, 63s, II:173s
Judas Macabeo, II:87s
judíos, 95, II:265
juicio en Jesús, 164s, II:24, 39s, 67, 155s

verdadero, 226
Julio César, II:76
justicia de Cristo, II:219
Justino Mártir, 282s, II:36, 279
Juvenal, 237
juzgar a otros, 226, II:15
derecho de Jesús a juzgar, II:24
sólo Dios puede juzgar, II:24
Kant, Emmanuel 74
Kennedy, Stuart, II:287
Kingsley, Henry, II:200, 300
Kipling, Rudyard, 74, II:288
Knox, John, 40, 193, 275
Land, Cosme, II:144
lapidación, II:95, 263
Late, H. F., II:223
lavar los pies, II:158s
Lawrence, T. E., 255, II:168
lealtad, II:65
Lecky, 39
Lessing, Gotthold Ephraim, 161
Leubach, Frank, II:53s
levantado de la Tierra, II:148s,
264, 296
Lewis, Sinclair, 181
ley tradicional, 144s
libertad, 85, II:31, 33
Lincoln, Abraham, II:233
lobos, II:79
Luces, fiesta de las, II:88
lucha, II:195
Lutero, Martín, 239, II:125s, 242
luz, 70, 60s, 70, II:19ss
= Dios, II:22
Luz del mundo, 60, II:21ss, 55, 104
Macgregor, W. M., 32
Machado, Antonio, 182, II:32

Maclaren, Ian, 276
Maimónides, II:109, 257
majestad de Jesús, II:274, 277
maná, 250s
manuscritos del N. T., II:328
Marco Aurelio, 74, 81
María, madre de Jesús, 123, II:288s
María Magdalena, 63, II:289, 297
Maurice, D. F., II:200
McFadyen, J. E., II:111s
McGranahan, James, II:226
Mente de Dios, 16s, 51, 75, 158, II:30, 118
Mesías, ideas acerca del, 96, 283
Miguel Ángel, 113
milagros, v. señales.
Miró, Gabriel, II:282
misericordia de Dios, II:230
Misná, 145, 228, 236 II:10, 295
misterios, 250s, 258s
Moffatt, James, II:326
Montrose, James Graham, marqués de II:233
Morton, H. V., 196, II:72s, 252, 260, II:318s
muerte espiritual, 44s, 224s, II:113s
muerte, miedo a la, 71
Muirhead, Lewis, II:185
mujer, concepto judío de la, 177, 190, II:108
mundo, II:27s, 138, 191, 210, 243
  real e imaginario, 17
nacer de nuevo, v. nuevo nacimiento.
Napoleón, 246, 273, II:67
Natanael, 112ss
Nerón, II:208
Nicodemo, 144ss
Nicoll, John, II:233
noche, v. oscuridad.
nombre, 81, II:14, 238ss
  de Dios, 79, II:241

de Jesús, 79s, II:188, 204s, 227
nombres propios hebreos y griegos
(Kefa-Petros, Tomás-Dídimo, etc.), 110
nuevo nacimiento, 148-154, II:114
números: seis, siete, 125
ciento cincuenta y seis, II:321s
obediencia, 26, 153, II:33, 47, II:84, 94, 170, 239, 253
< amor, 153, 194, 220, II:94, 147, 189s, 193, 234, 244, 246, 307
> gloria, II:248
obras de Cristo (v. testigo), II:90, 94, 185s
Odas de Salomón, II:70
odio, II:264
de los judíos a Jesús, II:265s
del mundo, II:210
ofrendas, II:18s
O'Henry (William Sydney Porter), II:128s
omnisciencia de Cristo, 24
oportunidad única, 198, II:26, 55, 131, 151
segunda oportunidad, II:16
oración, II:65, 204
de Jesús, II:120, 245
en el nombre de J., II:189, 205, 228
orden natural, 73s
Orígenes, II:176s, 328
Ortega y Gasset, José, 198
oscuridad, 62s, II:104, 169s
Oxenham, John, II:282
Palabra se hizo carne, la, 80-86, 260
Palabra, Razón, Logos, 16s, 45, 72s
Palabra, trasfondo judío, 40ss
trasfondo griego, 48ss
palabras de Jesús, II:91, 185
paloma, símbolo, 102
Palmer, Alice Freeman, 121
Pan de la Vida, 252, 256
Papías, 34, II:329
paralelismo, 152

Pascua, 99, 130, II:134, 136, 139s 292
Pastor, el Buen, II:68s, 79
pastores en Palestina, II:69s
de la Iglesia, II:72
falsos, asalariados, II:79s
paternidad universal de Dios, II:83
Pausanias, II:176
Paterson, John, 40
paz, 107, 161, II:194
de Jesús, la, II:195
pecado, II:26s
> sufrimiento, 214
prenatal, II:50s
Pedro, II:173ss, 255, 302, 323
perdón de Jesús, II:230
permanecer, 103
persecución, II:214
Persio, II:56
Pilato, II:269ss
Pizarro, Francisco, II:217
Platón, 17, 20, 91, 165, II:50, 192
plenitud, 89
Plinio, II:56, 215
Plutarco, 81
Policarpo, 30, 32
Polícrates, II:259
predestinación, II:91, 153
preexistencia de Cristo, 24, 51
del alma, II:52
Prefacios monárquicos, 117
presencia de Cristo, 71
privilegio > responsabilidad, II:212
procurador, II:270
profeta, 103, 135, 273, II:61, 67
El Profeta esperado, 97, 291
puerta del redil, II:75
purificaciones, II:125

Purificación del templo, 128s
Rabí Yojanán, 177
Razón, 18, 44ss, 50ss
reacciones a Jesús, 271ss, 293
realidad, 18
Recognitiones clementinae, 97
regeneración (v. nuevo nacimiento).
Reino de Dios, del Cielo, 151s
Reith, John, II:106
relación con Dios, nueva, II:115, 227
religión, crímenes de la, II:216
responsabilidad, 233
resurrección, 225, II:115, 194
= vindicación de Jesús, II:234
realidad de la, II:320
revelación, 54, II:65, 221ss
reverencia, 135
Robertson of Brighton, II:200
Roland, Mme., II:216
Rouget de Lisle, 40
sábado, ley del, 144s, 212s, II:59
Sabiduría y literatura sapiencial, 43ss
Sabiduría, v. Palabra.
Libro de la Sabiduría, 46s, II:51, 235
sacrificio, 100, 257, II:170
sacrificios animales, 135, II:255
Sadd, Alfred, II:252
saduceos, 272, II:122, 132s
Salisbury, Franc, 278
saliva, curativa, II:56s, 60
Salomé, II:288
Salvador del mundo, 200s
samaritanos, 175ss
sangre = vida (v. cuerpo), 260s
sanidad, II:187
Seago, Edward, 134
Seeley, John, II:11

seguir a Jesús, II:20s
Segunda Venida, II:170, 179
seguridad, 106
Séneca, 74, 76, II:34
seno, estar en el seno de, 92
señales, 19
Schopenhauer, 269
Scot, E. F., 188
sed espiritual, 180ss
Segunda Venida, II:209, 323
sello, 247s
señales, milagros, 18s, 142s
servicio, II:160s
Shakespeare, William, II:68
Shammai, II:89
Shaw, George Bernard, 74, II:150
silencio de Jesús, II:276
Siloé, tunel de, II:57s
Simón Macabeo, II:136
simpatía (=sentir con), 18, 123, 175
  de Cristo, II:230
Smith, George Adam, 40s, II:69
Sócrates, 165, II:34, 192, 211
Spence, pastor americano, 168
Spurgeon, C. H., 121, 191
Starbuch, E. D., II:54s
Stevenson, Robert L., 71
Strachan, R. H., II:106
sufrimiento < pecado, II:51, 53
Suetonio, II:207
sumo sacerdote, II:123, 254, 286
  Cristo, II:286
Tabernáculos, 268, 287ss, II:19, 136
Tácito, II:56, 207, 283
Talmud, 132, 145, 248, II:109, 257, 265
Targum de Jonatán, 43
templo, nuevo, 140

Tennyson, Alfred, II:313
tentación, II:184
Teodoro de Mopsuestia, II:325
terroristas, II:77
Testamento de Benjamín, 219
Testigo, el, 29, 66s, 96, 227, II:325
testigos de Cristo, 66, 94, II:22s
Espíritu Santo, 69, 229, II:214
Juan el Bautista, v.
Dios Padre, 66, 229s, II:223
Sagradas Escrituras, 68, 230s
Sus palabras, II:186
Sus obras, 67, 229, II:186
los creyentes, 68s, 203, II:214
Thomson, W. M., II:73, 77s, 316
Tokichi Ishii, II:114
Tomás, II:106s, 180, 312
Tournier, Paul, II:14
trabajo (v. sábado), II:184
traducción armenia del N.T., II:11
Tristram, H. B., 179, 247s
tumbas en Palestina, II:119s
Tyndale, William, II:215
Tyrrell, Padre, 66
una sola cosa (v. unidad), II:92
Unamuno, Miguel de, 124
ungir, II:129
Único, Jesús, 92, 139, 264
unidad cristiana II:82ss, 92ss, 121, 124, 216s, 239, 239, 241ss, 245ss
entre Padre e Hijo, 220
valor, valentía, coraje, intrepidez,
II:107, 126ss, 138s, 146s, 211, 230
253ss, 259, 275, 277, 309
verdad, 83s, 248, II:275
Vespasiano, II:56
vid, cepa, parra,símbolo de Israel,

Jesús, la vid verdadera, II:196ss
vida, 57ss, II:181
en abundancia, II:77
cristiana, 253
eterna, 58, 153, 161s, II:91s, 236s
violencia, II:164
voluntad de Dios, hacer la, 194s
Walker, Alan, II:306
Webb, Beatrice, lady Passfield, II:14
Webb, Mary, II:114
Wells, H. G., II:32
Westcott, ? 89, II:130, 309
Westrup, Thomas Martin, II:226
Weymouth, ? II:326
Whitefield, George, II:13
Wilberforce, 193
Wood, H. G., II:133
Wordsworth, 33
voz de Dios, II:147s
Yojanán, 177
Young, Egerton, II:81s
Zoroastrismo, 62

AUTORES Y LIBROS QUE SE RECOMIENDAN

(Se indican con * los autores o títulos que se mencionan en el texto)

*ARAUJO, Carlos, *Sermones breves,* CLIE.

BARCLAY, William, *Comentario al Nuevo Testamento*, en 17 tomos. Publicados antes de éste: Lucas, Hechos, Romanos y Hebreos. Los demás saldrán próximamente.

– *La juventud de la Iglesia*, CLIE.

*EDERSHEIM, Alfred, *Usos y costumbres de los judíos en tiempos de Cristo,* CLIE.

–*El templo: su ministerio y servicio en tiempo de Cristo*, CLIE.

–*Vida y tiempos de Jesús el Mesías*, 2 tomos, CLIE.

–*Profecía e historia en relación con el Mesías*, CLIE.

*EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, 2 tomos, CLIE.

FLIEDNER, Federico, **Martín Lutero*, CLIE.

*GLOVER, T. R., *La influencia de Cristo en el mundo antiguo,* CLIE.

*JOSEFO, Flavio, **Antigüedades de los judíos*, 3 tomos, CLIE.

–**Guerra de los judíos*, 2 tomos, CLIE.

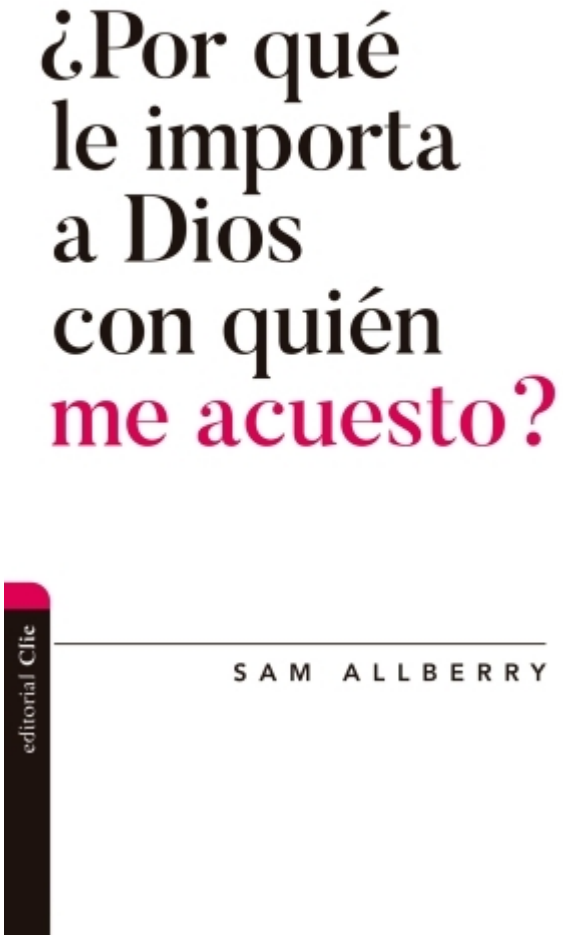
LIDDELL, Eric, *Manual de discipulado cristiano*, CLIE.

MEYER, F. B., *La Vida y Luz de los hombres*, CLIE.

RÍOS, Patrocinio, *El reformador *Unamuno y los protestantes*, CLIE.

SIMPSON, A. B., *El Evangelio de Juan*, CLIE.

SPEER, Roberto E., *El Evangelio de Juan*, CLIE.



¿Por qué le importa a Dios con quién me acuesto?

Allberry, Sam
9788418204432
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que sólo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Una perspectiva bíblica de lo que el sexo está diseñado para ser, significar y hacer por nosotros. Los cristianos son cada vez más vistos como anticuados, restrictivos y prejuiciosos cuando se trata de sexo antes del matrimonio, la cohabitación, la homosexualidad, la identidad de género o los derechos de los transexuales. De hecho, para muchas personas, este tema es una de las mayores barreras para considerar el cristianismo. Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que solo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Es un gran recordatorio del plan positivo de la Biblia para el amor, el sexo y el matrimonio, e ideal para regalar a las personas que pueden ver esto como un obstáculo para la creencia.

Cómpralo y empieza a leer

Jesús ¿realidad o ficción?

Dickson, John
9788418204036
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En **Jesús ¿realidad o ficción?** el historiador John Dickson expone cómo funciona la historia para que tengamos las herramientas para evaluar lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Poncio Pilatos, el sumo sacerdote Caifás y, por supuesto, Jesús de Nazaret. *John Dickson pregunta*: ¿Qué podemos saber con certeza sobre el pasado? ¿Se puede considerar algo de la historia antigua como "hecho"? En particular, ¿con qué seriedad podemos tomar las fuentes históricas para la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret? ¿Realmente vivió en Galilea y Judea del primer siglo, o es una figura legendaria? En este oportuno libro, el historiador Dr. John Dickson revela cómo funciona el campo de la historia, brindando a los lectores las herramientas para evaluar por sí mismos lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Alejandro Magno, Poncio Pilato y, por supuesto, Jesús de Nazaret. **Presenta la evidencia, los métodos y las conclusiones de los académicos convencionales**, tanto cristianos como no, y hace algunas preguntas contemporáneas pertinentes, sin ofrecer respuestas insistentes: si Jesús realmente existió, ¿qué debemos hacer con sus propias afirmaciones y las de sus seguidores, y ¿qué significaría algo para nosotros hoy? Con la

característica claridad y excelencia de la erudición, John Dickson examina las evidencias históricas de Jesús. Su estilo accesible y fuentes actualizadas hacen que sea una lectura obligada para cualquiera que se tome en serio la investigación de Jesús.

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede la ciencia explicarlo todo?

Lennox, John C.
9788418204012
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede la ciencia explicarlo todo? Es una pregunta interesante que John Lennox y mucha gente piensa que sí. La ciencia y las tecnologías que ha generado han aportado mucho al mundo: agua limpia; más comida; mejor asistencia sanitaria; vida más larga. Y vivimos en una época de rápido progreso científico que promete resolver muchos de los problemas que enfrentamos como humanidad. Tanto es así, de hecho, que muchos no ven la necesidad o el uso de la religión y los sistemas de creencias que nos ofrecen respuestas a los misterios de nuestro universo. La ciencia lo ha explicado, suponen. La religión es redundante.

El profesor de matemáticas de Oxford y creyente cristiano, John Lennox, ofrece **una nueva forma de pensar sobre la ciencia y el cristianismo** que disipa los conceptos erróneos comunes sobre ambos. Él revela que no solo no se oponen, sino que pueden y deben mezclarse para darnos una comprensión más completa del universo y el significado de nuestra existencia.

No es necesario ser científico ni cristiano para valorar este libro. John Lennox escribe con una simplicidad que permite que el no científico lo siga, pero lo lleva a la presencia y a los pensamientos de algunos de los grandes de la ciencia, mientras escribe persuasivamente para defender el lugar de

Dios en el mundo científico. Una introducción importante para cualquiera que luche con los problemas de la ciencia y la fe.
Rev Hugh Palmer, Rector, All Souls, Langham Place, Londres.

Cómpralo y empieza a leer

¿Soy solo un cerebro?

Dirckx, Sharon
9788417620998
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

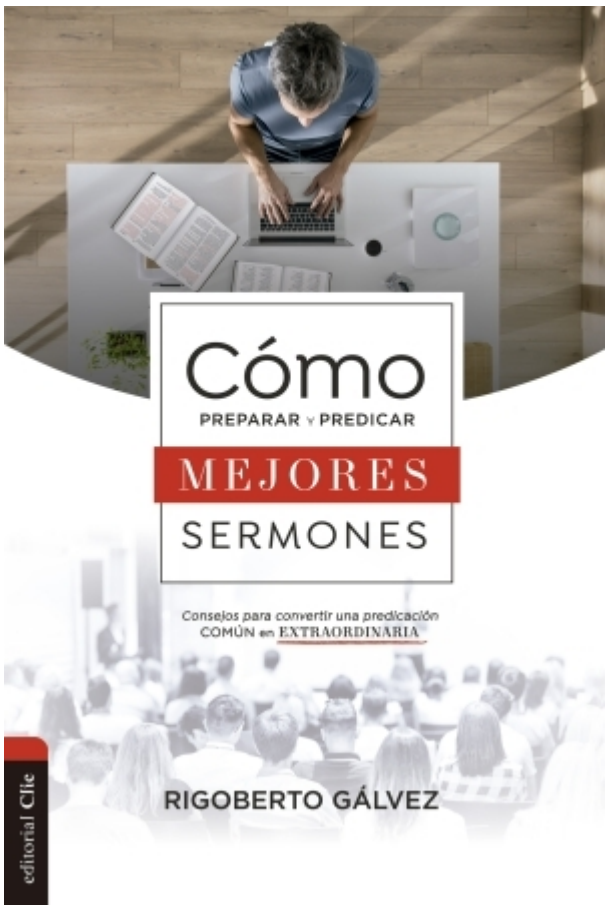
Sharon Dirckx en ¿Soy solo un cerebro? explica cómo la investigación moderna está descubriendo cada vez más detalles de lo que es nuestro cerebro y cómo funciona. Estamos viviendo, pensando en criaturas que llevan con nosotros una increíble supercomputadora orgánica en nuestras cabezas.

Pero, ¿cuál es la relación entre nuestro cerebro y nuestra mente, y en última instancia, nuestro sentido de identidad como persona? ¿Somos más que máquinas? ¿Es el libre albedrío una ilusión? ¿Tenemos un alma?

La investigadora de imágenes cerebrales Sharon Dirckx expone la comprensión actual de quiénes somos de biólogos, filósofos, teólogos y psicólogos, y señala una imagen más amplia que sugiere respuestas a las preguntas fundamentales de nuestra existencia. No solo "¿qué soy?", sino "¿quién soy?" y "¿por qué soy?"

Lea este libro para obtener información valiosa sobre lo que la investigación moderna nos dice acerca de nosotros mismos, o para desafiar a un amigo escéptico con la idea de que somos meramente seres materiales que viven en un mundo material.

Cómpralo y empieza a leer



Cómo preparar y predicar mejores sermones

Gálvez, Rigoberto
9788417620431
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras analizar muchos sermones, ajenos y propios, el autor descubre que hay una epidemia que ha estado matando la predicación de la iglesia durante décadas: la frialdad, la abstracción, la entretención, el espectáculo y el academicismo desabrido. ¿Cómo descubrir, entonces, el secreto para transformar sermones comunes y aburridos en sermones extraordinarios? ¿Cómo elaborarlos? El Reverendo Gálvez, después de servir muchos años en el Ministerio de La Palabra, consigue elaborar y predicar sermones destacados. Procurando construir un buen título en cada sermón, una acertada introducción, divisiones sólidas, cuerpo y formas de contornos definidos, con unidad coherente en las diferentes partes del sermón, destacando las verdades esenciales, trasladándolas de manera sencilla, interesante, entendible, creíble, con pasión, convicción, dependiendo del auxilio del Espíritu Santo.

Cómpralo y empieza a leer